



UNA FAMILIA NORMAL

ALEJANDRA
PAREJO

NOVELA



El mismo día en que le ofrecen uno de los proyectos más importantes de su carrera, Olivia se da cuenta de que está embarazada. Tiene 31 años, una relación aparentemente sólida con Mario y una economía estable, pero nada de eso la convence de que ha llegado su hora de ser madre. ¿En qué consiste ser una mujer independiente? ¿Qué significa ser una buena pareja, buena hija, buena amiga, buena profesional?

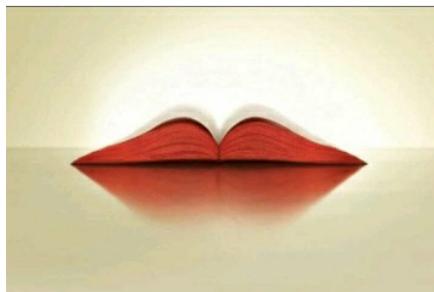
Mediante saltos temporales que llevan al lector a la infancia de Olivia, conoceremos a una niña que se vio obligada a luchar por el amor de sus padres divorciados, a crecer antes de tiempo y a proteger la fragilidad de su hermana. Una hija que aborrecía la sumisión de su madre y que luego se hace adulta para arropar las mismas inseguridades que tanto criticaba en el pasado.

Esta es una novela sobre las tensiones íntimas de una generación marcada tanto por la sociedad desigual en la que creció, como por las exigencias morales del presente. Una historia sensible y difícil, tierna y dolorosa, que basa toda su fuerza narrativa en demostrar que a veces no hay decisiones erradas, solo formas de vivir.

Alejandra Parejo



Una familia normal



Título original: *Una familia normal*
Alejandra Parejo, 2019



Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 15/10/2019

*A mis padres, Brenda y José,
por sus alas blancas, porque nuestras almas vuelan*

1

2018

Sí, tajante. Dos rayas rosas, dos rayas rectas me miraban apoyadas en el predictor que había dejado apoyado en el sofá. Me levanté a coger la caja. La abrí y metí dentro las dos rayitas, como si así dejaran de mirarme.

Me senté en el sofá agarrándome los pies. Estaban fríos. Ese que conquista tus huesos con fuerza y no se va. Por primera vez empezó a molestarme el ruido de la nevera. Uno de esos ruidos que han convivido con nosotros y al que nos acostumbramos al llegar, como el temblor del metro o las canicas con las que solían jugar los niños del segundo. Ninguno de esos ruidos me había molestado nunca, pero el de la nevera, ese día, se repetía en bucle, lento y bajito, desbordándose desde la cocina hasta el salón.

Le di al *play*. *Sonó Don't ask me why*. Cerré los ojos y me tapé con la manta hasta la nariz. Me asomé para ver si el bolso seguía en su sitio. Ahí estaba, encima del taburete de madera que compramos en el Rastro hace unos años. Y me acordé de cómo Mario, a pesar del poco dinero que por aquel entonces teníamos en nuestra cuenta de ahorros, pasó la tarjeta de crédito con la felicidad de quien vive en el ahora sin pensar en lo que vendrá. Recordé cómo me miró, haciendo aspavientos a través del cristal, celebrando una victoria en esa mudanza eterna. Volví a escuchar el ruido de la nevera mezclándose con Billy Joel, atravesando todas las barreras.

Mario abrió la puerta de casa. Normalmente ese sonido me impacientaba. Pasábamos muchos días sin vernos o coincidiendo solo mientras dormíamos. Oír las llaves quería decir que íbamos a tener un momento para nosotros. Con prisas, cansados. Pero para nosotros. Dedicarnos a lo mismo era complicado. Subí el volumen de la música, como si así no tuviera que ser sincera, quitándole sitio a la conversación que teníamos pendiente sin que él lo supiera. Entró en el salón con una planta de metro y medio como mínimo. Parecía que volaba. Si me hubiera puesto de pie, cosa que no hice, podría haberme escondido detrás de ella. Mario se asomó y sonrió. Miré el bolso, seguía allí. Paré la música y creí escuchar un *tatatachán* de Mario, pero al mezclarse con el ruido de la nevera no supe si me lo había inventado. Se acercó al sofá, puso su cara muy cerca de la mía y, susurrando, me dijo:

—Te voy a contar un secreto.

Sentí que palidecía.

—A ver, cuéntame.

—Que no nos oiga, pero que sepas que las plantas tienen sentimientos y que uno no puede estar de mal humor en la misma habitación que ellas porque se mueren.

Miró hacia la planta y se tapó la boca con el dedo índice. Me dio un beso en la frente y se fue a la cocina riéndose. Mario y yo nunca nos habíamos escondido nada. Solíamos compartir todo en el momento justo: ni antes, ni después. Menos ese día. Volvió de la cocina con un trapo colgando del bolsillo del pantalón, una copa de vino tinto y un trozo de queso en la boca. Fue hacia mi bolso y lo cogió. Me levanté rápido, sin dudar por primera vez en todo el día, y le quité el bolso con fuerza. Se le cayó el trozo de queso de la boca, pero en vez de mirarlo, me clavó la mirada a mí y dijo qué pasa y yo que nada, nada, perdona, que qué necesitas. Se agachó para coger el trozo de queso y cuando se puso de pie, dio un paso hacia delante, se encorvó y me miró con esa mirada de estás bien, de qué pasa, mi amor, de dime algo y yo solo pude ofrecerle mi bolso.

—No, no hace falta. Solo quería coger las llaves del trastero. Me he dejado las mías en casa de mi madre.

—Claro, toma.

Metí la mano en el bolso. Lo revolví todo sin mirar. Moví la caja del test varias veces, pasé por encima de mi cartera, el neceser de maquillaje, localicé un bolígrafo y llegué a las llaves. Intenté diferenciar entre las de casa y las del garaje sin sacarlas. El ruido del pie de Mario dando golpes en el parqué se juntaba con el que hacían las cosas que revolvía en el bolso.

—Sácalo todo y acabamos antes, amor, ¿no?

En ese momento sonó un ruido muy fuerte desde la ventana. Se me escurrió el bolso de las manos y todo lo que llevaba dentro cayó al suelo. Se me aceleró el corazón. Me agaché, moví las manos por encima de todas las cosas que había en mi bolso hasta que llegué al test. Lo cogí, lo agarré con fuerza y lo metí entre mi vaquero, mi espalda y el jersey de lana. No se dio cuenta. Mientras me quedaba recta para que el test no se moviera, Mario ya había abierto la ventana para descubrir qué era aquel ruido. Una paloma. Una paloma gris. Había plumas por todo el balcón. Grises, blancas. Plumas sucias. La paloma, o más bien lo que quedaba de ella, estaba encima de la alfombra y había manchado el yute trenzado con gotas de sangre. No lograba distinguir sus alas del resto del cuerpo. Estaba destrozada. Lo único que pude diferenciar de toda aquella mezcla fue un ojo abierto que parecía mirarnos con desprecio. Mario cogió un par de plumas y levantó al pájaro, se lo llevó goteando sangre por todo el salón. No vi más de lo que hizo, pero pude escuchar que abría la papelera, lanzaba al bicho y cambiaba la bolsa.

Volvió al salón con otro trozo de queso en la boca y la fregona en una mano. Fregó el salón mientras mordisqueaba el queso y me dejó en la esquina donde estaba el taburete. Me senté con el bolso encima de las rodillas y el test de embarazo rozando mi espalda y escuché no te muevas, amor. No dije nada. Dejé la mirada perdida, en pausa. En ese estado raro en el que ves todo borroso, tu respiración se calma y el resto de las cosas que pasan alrededor dejan de importar durante unos segundos.

—Relaja esa espalda, que ya pasó. Solo ha sido una paloma.

Le miré. Estaba en la otra punta del salón apoyado en el palo de la fregona. Me sonrió, guiñó un ojo y se quedó allí esperando a que el suelo se secara. No hacía tanto que Mario me había hecho prometerle que le contaría todo lo que me rondara por la cabeza. Fue justo después de no haber querido entrar en una obra de teatro. Me había regalado unas entradas para celebrar que había terminado el rodaje de un videoclip que me había dado varios dolores de cabeza. Recuerdo el cartel de la obra colgado en un marco dorado con un fondo blanco y muchas flores bucólicas y un título: *Bodas de sangre*. De inmediato se activaron todos mis miedos, la incertidumbre, ese

pánico a enfrentarme a una historia sin saber qué iba a suceder. Sabía perfectamente que era una adaptación de Federico García Lorca y que, sin duda, tenía que haber un asesinato, y el cómo me despertaba esa parte que tanto odiaba de mi cuerpo: sudores, taquicardias y vértigos. Pregunté en la taquilla cómo era la sala, dónde estaban las salidas más cercanas, qué asientos teníamos y si iba a estar mucho tiempo a oscuras. Ninguna respuesta me gustó. Recuerdo decirle que quería irme y él sin entender nada, sin preguntar, me cogió de la mano y me llevó a casa. Allí pude contarle lo que me pasaba, pude explicarle lo irracional que era todo aquello y lo poco que lo entendía yo misma, los años de terapia, las sesiones a escondidas. Me hizo prometerle que siempre le contaría lo que pasara por mi cabeza y asentí, pero hoy no lo estaba haciendo.

—Venga, mi amor, vístete que nos vamos.

Había olvidado la comida con su familia. Cada domingo desde hacía ya varios años, Mario y yo pasábamos los domingos que teníamos libres con su madre, su padre, sus hermanos y sobrinas.

—¿Estás bien?

—Un poco asustada.

Si Mario hubiera sabido lo que realmente me asustaba, no hubiéramos ido a comer con nadie.

2

1998

Apoyada en la ventana del coche, acaricio la mano de mamá que se asoma desde el asiento de delante. Es suave. Rozo sus anillos y ella me mira por el retrovisor y sonrío. Lu duerme a mi lado, en esos asientos de piel que parecen nubes. Creo que podría quedarme a vivir en ellos. Sí, podría dormir aquí. Creo que así no tendría pesadillas. Lu se gira y el cinturón le aprieta. Suelto la mano de mamá y le coloco el cinturón para que no le moleste.

Estamos en una carretera que parece eterna. No consigo ver el final. Si seguimos así, llegaremos a ese pueblecito donde fuimos un día con papá. Era un pueblo donde vivió un pintor que tenía bigote y papá nos enseñaba cada rincón mientras le imitaba. Se tocaba el bigote invisible y nos decía que veía tigres voladores. Recuerdo que mamá se reía y se tapaba la cara con el pelo. Le decía sssh, baja el volumen. Y él reía y hablaba más alto. Ahora la carretera se acaba porque el conductor, que lleva gorra y un traje que parece incómodo, gira a la derecha por una salida que tiene un cartel con un siete. Pasamos una rotonda y mamá saluda a un señor que también va con traje y que está encerrado en un cuadrado de cristal. Le dice hola con la mano como si fueran amigos. Giramos a la derecha. Hay coches muy grandes y limpios. Casi todos brillan. Pasamos un bache muy despacio y Lu se despierta. Me mira. Me pellizca.

—Ay, para —le digo.

Ella mira por la ventana y pone un pie encima del asiento. Se ha quitado los zapatos en algún momento en el que yo no me he dado cuenta. El coche para delante de una puerta amplia, de color negro y se abre hacia la derecha. Me asomo entre los dos asientos de delante y me fijo en que es mamá la que abre la puerta con un mando. Lo siguiente que veo es una carretera demasiado grande para estar dentro de una casa. Mamá baja del coche. Está muy guapa. El sol le ilumina el pelo y pienso que yo también quiero ser pelirroja. Lleva tacones y una falda estrecha. Hacía mucho tiempo que no estaba tan guapa.

Le doy la mano a Lu para acercarla a mí y le digo que es tonta. Ella me pega un golpe suave en el hombro, pero se agarra a mi mano y no me suelta. Bajamos juntas del coche. Hay un jardín con el césped muy verde. Podríamos tumbarnos y dormirnos allí. Podríamos tumbarnos y quedarnos a vivir allí. Bueno, no. Allí no quiero vivir. Lu me señala unas rosas rojas y se ríe. Mamá coge nuestras maletas.

—Niñas, vamos, por aquí.

Vamos detrás de ella, detrás de nuestras maletas. Esa casa es inmensa. Es blanca y tiene dos columnas que miden tanto como los jugadores de baloncesto que nos enseñaba papá en la tele, los

mismos que a mí me aburrían, los mismos que a Lu le parecían graciosos. No hay una puerta como en nuestra casa, hay dos puertas. Una de ellas se abre y aparece una señora con un vestido rosa de flores pequeñas y un mandil blanco. Agacha la cabeza y, aunque no lo entiendo, yo también la agacho.

Subimos cuatro escalones y entramos. Todo es tan bonito que me asusta. Hay una escalera blanca que se divide en otras dos y un ventanal que me deja ver que hay piscina y más césped. Lu me aprieta la mano. Al lado de la escalera hay dos estatuas blancas. Están desnudas. Cierro un poco los ojos, lo justo para verlas sin verlas bien. Por las escaleras baja otra mujer vestida igual que la anterior, aunque ella tiene la piel más oscura. Se acerca a nosotras. Me acaricia el pelo y nos dice que bienvenidas a casa. Yo le digo que gracias y me callo que esa no es mi casa.

Las dos mujeres que llevan el mismo vestido cogen nuestras maletas y las suben por las escaleras. Les quiero decir que gracias, pero se van muy rápido. Suelto a Lu y me acerco a un espejo redondo que me deforma la cara.

—Lu, ven.

Nos miramos en el espejo. Nos ha crecido la frente. Me giro para comprobar que la frente de Lu sigue siendo igual que siempre. Nos reímos. Mucho. Un olor a manzana caliente inunda la habitación y Lu me mira con los ojos más abiertos de lo normal. Vamos en busca del olor. Toco el papel pintado de flores que hay en la pared, llegamos a una puerta y la abro. Es un baño. No hay manzana en los baños. Seguimos caminando. Lu me copia y toca la pared también. Está rugosa, pero es bonita. Abrimos otra puerta y hay un pasillo muy largo. Cierro rápido. Caminamos dos pasos más y esta vez es Lu la que abre la puerta. Allí encontramos una cocina que es más grande que nuestro salón y nuestra cocina juntos. Por otra puerta, que está al final de la cocina, se asoma un señor con un traje gris y una corbata negra. Nos saluda con la mano. Lu le devuelve el saludo. Tiene bigote.

—¿Estáis haciendo un pastel? —le dice Lu mientras entra en la cocina dando saltos.

—Sí, señorita.

Yo no entro. Me quedo apoyada en la puerta y Lu me mira y mueve la mano en un vaivén que quiere decir que me acerque, pero no lo hago.

—Oli, ven.

Muevo la cabeza de derecha a izquierda. Creo que a mamá no le gustaría que abriéramos las puertas de una casa que no es la nuestra. El señor me sonrío. Me acerco hasta donde están y veo, a través del cristal del horno iluminado por una luz amarilla, dos tartas redondas del tamaño de un plato. Tienen rodajas de manzana colocadas en el mismo sentido. Algunos trozos están marrones, deben crujir.

Un señor grita desde otra habitación. Su voz es grave. No me gusta. Lu se acerca a mí y nos ponemos de espaldas al horno, pegada la una a la otra. El señor del traje sale rápido de la habitación. Mamá entra en la cocina.

—Niñas, ¿qué hacéis ahí tan tíasas? Vamos, venid a saludar a Roberto.

Nos coge de la mano y vamos por un pasillo largo. Abre dos puertas y en el sofá está él tumbado con las piernas encima de la mesa. Lleva los zapatos puestos. A mamá eso no le gusta. La tele suena muy alta, está viendo un circuito de motos. Quiero decirle que baje el volumen, pero no me atrevo. Nos mira de reojo y dice hola. Vuelve a mirar la tele mientras enciende un cigarro. En la mesa hay un cenicero lleno de cigarrillos. Todos están apagados menos uno. De ese, a pesar de

estar aplastado, sigue saliendo humo. Huele mal. Me quiero tapar la nariz, pero no quiero que piense que me la tapo porque él huele mal.

—Venga, acercaos a darle un beso.

Lu es la primera. Se acerca y le da un beso en la mejilla. Él le dice que muy bien y sigue mirando hacia la tele. Mamá me da un empujoncito en la espalda y voy a darle un beso, aunque preferiría no hacerlo. Cuando Lu era más pequeña no quería dar besos, siempre le decía a mamá que los diera por ella. Mamá le decía que eso no está bien porque la gente se ofende. Así que yo siempre doy besos, así nadie se puede enfadar. Su piel raspa, tiene una barba gris que pincha. Creo que si tuviera barba me la quitaría para días especiales, así no pincharía a nadie. Me aparto y vuelvo a mi sitio. Mamá sonrío.

—¡Muy bien! Ya podéis ir a merendar.

—¿Y tú no? —pregunto.

—¿Me has comprado tabaco? —le pregunta a mamá.

—Sí, toma.

Saca dos paquetes de tabaco y los pone encima de la mesa. Una de las señoras del vestido de flores entra en la habitación y nos llama. Mamá nos dice que vayamos y le hacemos caso. Me gustaría que viniera con nosotras. No me puedo creer que se vaya a perder ese pastel.

3

2018

A lo mejor si hubiera sabido que esa llamada podía determinar tantas cosas en mi vida, no la hubiera cogido. O sí. Cuando sonó mi teléfono iba hacia el jardín haciendo equilibrios, cargando con doce naranjas que Mario me había plantado en los brazos. Intenté retroceder, pero se movió la de arriba, así que reulé y seguí mi camino. Cuando volvía, oí el móvil de Mario. Lo cogió enseguida.

—¿Hola? —Calló, me miró y apartó rápido la mirada—. Ah, sí, sí, aquí está. Claro, ahora te la paso.

Me acerqué despacio mientras él me hacía aspavientos con la mano que tenía libre. Me pasó el teléfono y se quedó a mi lado, escuchando atento.

—¿Hola? Sí, soy yo. —Caminé hacia la cocina y, apartándome el teléfono, le susurré a Mario que iba a por agua.

Abrí la nevera sin sed y fui contestando a todas las preguntas: sí, la última que rodé fue con él. No, no he estado nunca, pero he viajado por otras ciudades que están cerca. Sí. Vale. Eso es, eso lo miran ellos. Te paso el teléfono de mi agencia. Perfecto, hablamos. Sin darme cuenta, me había quedado hablando casi dentro de la nevera. Estaba repleta de verduras ordenadas por colores, frutas cortadas en diferentes *tuppers* ordenados por tamaños, botellas de leche de cristal que la madre de Mario, Carlota, recogía en la panadería de al lado de su casa cada mañana y quesos colocados en una tabla con una tapa de cristal. Siempre quise una nevera así. Al cerrarla me encontré a Mario.

A Mario por decir algo, porque realmente su mirada estaba a varios kilómetros por debajo del parque y tenía un color de piel extraño, como si hubiera estado él metido en la nevera. Sentí ese frío agarrándose a mis huesos de nuevo, las manos mojadas y cómo el pulso se me aceleraba en las muñecas y en el cuello.

—¿Dónde no has estado nunca?

—En Roma.

—No me lo puedo creer. Lo vi en mi calendario, la agencia me lo puso a mí. Joder, quitan y ponen proyectos a su antojo.

—Mario, lo siento. Ya sabes que les tira mucho la experiencia, no es tu culpa.

—Déjalo, Oli.

Y se fue hacia el jardín a mezclarse con los suyos que, a esas alturas, eran también parte de mí.

Nuestro trabajo nos unió. Por aquel entonces éramos un par de meritorios con la ambición de ser directores de fotografía en los rodajes más importantes de la ciudad. Al principio pasábamos horas comparando películas, fotógrafos, cámaras, carretes, *kinos* o gelatinas. Los días pasaban deprisa, sobre todo para mí. Justo en el momento en el que nos conocimos rodé mi primera película. Lo vivimos con esa ilusión que viste de una incredulidad rara y de emoción medida. Fue en mi veintinueve cumpleaños, dos años atrás, cuando empecé a notar la distancia de Mario cada vez que hablábamos de mis proyectos nuevos.

Salí al jardín y allí estaban, una mesa alargada con toda la familia de Mario. Había un mantel blanco de algodón y unas hojas de olivo en el centro. El sol se colaba por los vacíos de la buganvilla, la brisa mecía el pelo de sus sobrinas y una de ellas, torpemente, intentaba apartárselo de la cara. Me senté al lado de Mario. De un altavoz colgado en la esquina del porche sonaba música clásica. Coloqué la servilleta de algodón encima de los muslos y acaricié su pierna, despacio, de arriba abajo. Pero nada, no me miraba. Sin embargo, era capaz de actuar con total normalidad con el resto. Quité la mano y pregunté si alguien me pasaba la jarra, a lo que Mario respondió sin mirarme y acercándose la jarra mientras decía a gritos a Carlota que una de las ramas del olivo tenía podredumbre. Dije gracias, pero no me respondió. Cuando me acerqué a su oído y le susurré que por favor me mirara, que estaba haciendo que me sintiera incómoda, Carlota llegó a la mesa con el postre y las niñas se abalanzaron sobre ella, Berta se agarró a su vestido y Marta estaba ya a su lado dando golpecitos a la mesa con las yemas de los dedos. Mario se levantó y entró en la casa. Carlota cortó las tartas en triángulos con delicadeza y, cuando se movió para coger unas servilletas, Marta metió el dedo en la tarta de limón, cogió merengue y se lo puso a Berta en la nariz, entonces Carlota se volvió rápido hacia las niñas, repitió el gesto a Marta y las dos se miraron y rieron al darse cuenta de que estaban igual, las dos con merengue en la nariz. Carlota siempre ponía paz en la familia. Entre las niñas, entre nosotros, entre sus demás hijos. Vivía por y para ellos. Marcos se acercó a la mesa con una bandeja con café y una jarra de cristal con leche. Nos sirvió despacio, con la poca prisa que tiene la gente que vive en el campo.

—Papá, ¿me pasas el café, por favor? —le dijo Mario mientras se acercaba a la mesa y volvía a sentarse a mi lado.

Mi móvil vibró. Vi que volvía a ser el mismo número de antes, le di la vuelta y lo silencié. Mario seguía sin mirarme, ahora servía el café y charlaba tranquilamente sobre el último partido de no sé qué equipo de segunda que a mí me importaba bastante poco. Cogí el teléfono, me levanté y me alejé de la mesa.

—Hola, Amanda, dime —me tumbé en una hamaca blanca que colgaba de dos árboles.

—Perdona que te moleste, Olivia. Quería comentarte que tenemos que irnos un par de días antes del rodaje para ver algunas localizaciones. Volveríamos a Madrid, estaríamos dos semanas aquí organizando lo que falte y ya nos iríamos a rodar. ¿Cómo lo ves?

—Ah, claro. ¿Cuándo sería?

—Pues hoy es domingo. Calculo que sobre el miércoles. ¿Te viene bien?

—Sí, cuenta con ello.

—Perfecto, te escribo luego para pedirte los datos y te mando el billete.

—Genial, Amanda. Gracias.

—A ti, hasta luego.

Volví a la mesa. Mario me ofreció un trozo de pastel de manzana. Puso el plato entre los dos y

colocó dos cucharas doradas en cada lado. Miré a mi alrededor. Todos hablaban entre ellos, las niñas corrían por el jardín mientras perseguían al perro, un *golden* que se dedicaba a distraerlas y a darnos una tregua a los demás, Carlota apoyaba su cabeza en el hombro de Marcos mientras él le acercaba un poco de pastel a la boca. Una de las niñas gritó. Me levanté rápido, tiré la servilleta al suelo y fui hacia donde estaban. Detrás de mí venía Carlota agarrándose el vestido. Subí las escaleras que separaban el jardín de la piscina y vi a Berta dentro chapoteando mientras intentaba avanzar hasta la escalera. Su hermana miraba sin saber qué hacer, estaba tumbada en el bordillo alargando el brazo para que se agarrara. Me tiré al agua y la saqué de allí. Berta tosía y lloraba mientras, entre mis brazos, Carlota le secaba la cara con su vestido. Parecía que había encogido. Tenía el pelo en la cara, la ropa pegada a sus costillas y la respiración tan agitada que pensé que se paralizaría allí mismo. Tenía tanto frío. Tiritábamos las dos. Apreté mis brazos contra ella, acerqué mi nariz a la suya y le susurré todo va a ir bien. El resto llegó mientras calmábamos a Berta. Ella lloraba sin consuelo y todos preguntaban que si estáis bien, que qué ha pasado, que cómo ha podido ser. Me acerqué la mano al corazón, intenté disimular para que nadie me viera. Iba tan rápido, sonaba tan fuerte... Vi a Mario al otro lado de la piscina. Su respiración también estaba agitada, tenía la mano a la altura del esternón. Miró al cielo, hinchó el pecho, soltó el aire, se dio la vuelta y se fue.

Entramos en casa de los padres de Mario. Mi ropa goteaba. Tiré de mi camiseta con el índice y el pulgar, como si la pellizcara, y separé de mi cuerpo la tela, que hizo ventosa antes de desprenderse de mi piel y volver a su sitio. Subí las escaleras y, cuando me acercaba al baño de mi habitación, me crucé con Carlota. Me abrazó fuerte y dijo qué bien lo has hecho, cualquiera diría que son tus hijas con ese insólito. Me separé de ella un poco, pero tiró de mí y yo me abracé a ella.

—Te voy a mojar.

—Y a mí qué, reina.

No sabía ocultarle cosas a Mario, pero mucho menos a Carlota. Siempre me decía que yo era la hija que nunca tuvo. Y así lo sentía yo. El día que nos conocimos, pasamos una noche solas antes de que llegara Mario. Él perdió el avión que le llevaba a Barcelona y yo me enteré llegando a Cadaqués, muy cerca de la casa donde veraneaban Mario y su familia, donde nos esperaba Carlota. Así que las dos decidimos que aprovecharíamos la noche para conocernos. Cenamos frente al mar. Preparó una tabla de quesos con membrillo, uvas rojas, mermelada de tomate que había hecho ella y abrió una botella de vino blanco. Había dos velas en el suelo, cerca de la mesa, y podía oír el zumbido de algún mosquito que iba y venía. Carlota llevaba un peto de lino ancho que se movía a su compás cada vez que se levantaba a traer algo que necesitábamos. Nunca faltó nada. Tuvimos tiempo de conocernos sin miradas ajenas, tiempo para contarnos cosas que probablemente no nos hubiéramos contado delante de Mario.

Me cogió de los hombros, me apartó de ella y me miró a los ojos.

—¿Qué pasa, Oli?

—Nada, nada. Me ha dejado atontada todo esto de Berta.

Volvió a abrazarme. Sacó una toalla blanca del armario y me la dio. Olía a suavizante de lavanda. Las niñas se acercaron corriendo por el pasillo, Berta se agarró a mi pierna y, mirándome casi desde el suelo, me dijo:

—¿A ti también te ha dado asco el agua?

—Ay, sí. ¡Estaba verde!

Ella arrugó la nariz, tiró de mi pantalón. La miré y movió la mano para que me agachara. Carlota nos miró con ternura y se fue hacia las escaleras hasta que desapareció. Me tumbé en el suelo con ella. Estábamos las dos mirando hacia el techo. Berta se acercó despacio hasta que agarró mi mano y se acurrucó alrededor de mi brazo.

—Yo sé nadar.

—Ya lo sé, Berta.

—Sé nadar muy bien, no sé lo que me ha pasado.

—No te ha pasado nada, claro que sabes nadar. A veces, cuando nos ponemos nerviosos, pasan estas cosas.

—¿Si te pones nerviosa ya no sabes nadar?

—No, quiero decir que a veces cuando te pones nerviosa hay cosas que se te olvidan o que haces de otra forma.

—Vale. Sí, eso me pasa.

Me giré, besé su frente y me levanté.

—Venga, vamos.

—¡No! Espera, Oli.

Me miraba tumbada en el suelo. Parecía tan pequeña desde ahí arriba.

—Algunas veces me gustaría que fueras mi mamá, la mía trabaja mucho.

Sentí un dolor en los riñones. Me puse las manos en la espalda y las moví despacio. El dolor se extendió hasta la zona baja de mi abdomen, justo en los ovarios. Ese test debía estar equivocado. Coloqué las manos en jarra intentando calentarme la zona de los riñones. Tenía que llamar a mi ginecóloga para ir a verla cuanto antes. Creo que debí reírme porque Berta se levantó y puso sus brazos en la cintura, casi como los tenía yo.

—Ya veo que te hace mucha gracia. ¡Ay Dios!, no me tomáis en serio. —Puso una mano en la frente como si aquello fuera algo muy grave y se fue corriendo por el pasillo.

Bajé las escaleras y vi a Mario apoyado en la esquina del piano. Miraba por la ventana que daba al jardín. Llevaba los calcetines por encima de unos pantalones de pana y tenía las piernas entrelazadas con un pie encima del otro. Fui hasta donde estaba, me senté a su lado empujándole con mi cadera para que me hiciera hueco. Le toqué la nuca, le acaricié el pelo y me apoyé en su hombro para intentar ver lo que estaba mirando. En frente, estaban Berta y Marta jugando. Marta estaba subida en un árbol y Berta le hacía gestos para que bajara. Marta le decía que no, riéndose, y Berta intentaba subir, pero se le resbalaban los pies.

—No es fácil llegar. —Levantó la tapa del piano y comenzó a tocar.

—¿A dónde?

No contestó. Apreté las teclas del final del piano, en las notas más agudas. Las apreté con fuerza varias veces. Él dejó de tocar, me cogió la mano con suavidad y la apartó del piano. Puso sus manos en mis caderas y me giró para poder mirarme. Se quedó así, clavando sus ojos color miel en los míos. Aparté la mirada y me callé que no era mi culpa que aquel proyecto fuera mío.

—¿Cuándo te vas?

—Lista semana un par de días. Vuelvo, me quedo dos semanas y me vuelvo a ir.

—Me alegro por ti.

4

1998

Me despierto llorando y no consigo encender la luz. Busco donde siempre, pero no la encuentro. Pongo la mano en la pared, en la mesa, en la cama, otra vez en la pared hasta que toco una mesa que no es la mía, que no es la de nuestra habitación. Alargo la mano para despertar a Lu, que suele dormir en su cama pegada a la mía, pero no está. Me quito la manta y me levanto. Encuentro la luz y, cuando la enciendo, la habitación es verde en vez de blanca y no hay cama para Lu.

Salgo de la habitación. Está muy oscuro. Al final del pasillo veo una lámpara encendida. El corazón me va tan rápido como en la prueba que nos han hecho en el colegio nuevo para saber si somos de los rápidos o de los lentos. Corro hasta la lámpara. Menos mal que soy de las rápidas. Quiero encontrar a Lu, quiero dormir con ella. También me gustaría ir al cuarto de mamá y meterme en su cama porque siempre tiene los pies calientes y me abraza fuerte cuando tengo miedo. Estoy al lado de la lámpara, pero no sé a dónde ir. Y el corazón corre más. Le digo para, para, pero no me escucha. Salto a la alfombra porque el suelo está frío. Abro la primera puerta y oigo a alguien que ronca. Es un sonido muy fuerte. Me tapo los oídos con los dedos índices y dejo de oírle. Me destapo los oídos, pero tampoco le oigo ahora. A lo mejor se ha ahogado. Enciendo la luz por si le ha pasado algo. Cuando la enciendo, veo los rizos de mamá. Ella se sienta en la cama y me susurra qué estoy luciendo levantada y yo le digo que qué está haciendo ella durmiendo con ese señor que ronca. Apaga la luz. Pego la espalda a la pared, al papel pintado de flores. Ella camina hacia mí. Lo sé porque reconozco sus pasos. Siempre los reconozco. Me coge de la mano y salimos de la habitación.

Vamos hasta ese cuarto que no es mi cuarto. Me meto en la cama y me arropa. Después se tumba ella, pero no se mete debajo de la manta y quiero llorar. Se va a ir. Noto una cosa que sube por la garganta y me empuja en la nariz y en los ojos. Voy a llorar y no quiero hacerlo. Aprieto los ojos todo lo fuerte que puedo y me muerdo el labio de abajo.

—¿Qué pasa, mi amor?

—¿Dónde está Lu?

—Está en su cuarto.

—Su cuarto es mi cuarto.

—No, tu cuarto ahora es este. Lu está en su habitación nueva.

Me cae una lágrima. Y me enfado más porque de verdad no quiero llorar. Mamá se incorpora y se sienta en la cama. Creo que se va a ir. No se ha dado cuenta de que lloro. Quiero pedirle que se quede, pero no lo hago.

- ¿Puedo ir a dormir con ella?
—Tienes que aprender a dormir sola.
—¿Puedo dormir con luz?
—Me quedaré contigo hasta que te duermas.

Me asusta mucho estar con la luz apagada. Mamá siempre me ha dejado dormir con una lamparita encendida y ahora quiere que aprenda todo a la vez. No son horas de aprender nada. Yo solo quiero dormir sin tener miedo. Dormir con Lu. Dormir con ella.

Solo quiero que vuelva papá y que me regañe por haberme dejado todas las luces encendidas y decirle que lo siento, que se me ha olvidado y que él me conteste que sea la última vez. Mamá me acaricia el pelo y me entra sueño, pero yo abro mucho los ojos. Seguro que si no me duermo se queda conmigo más rato. Noto que se me cierran los ojos poco a poco y pienso en que hace muchos días que papá no llama.

- ¿Has hablado con papi?
—Sí, ha dicho que llamará en unos días.

Mamá enciende la lámpara de mi mesita de noche. Echo de menos que papá diga muchas tonterías, que las repita siempre igual y que a Lu y a mí nos entre la risa y no podamos parar. A veces, cuando Lu se ríe mucho, se queda sin aire y se ríe como un cerdo. Entonces a mí me entra más risa. Mamá deja de acariciarme el pelo. Se levanta con cuidado. Debe ir de puntillas porque no consigo escuchar sus pasos.

- Estoy despierta.

Vuelve a la cama, se sienta en el borde y me sigue tocando el pelo. Le cojo del brazo y estiro hasta que está tumbada encima de mí. Huelo su pelo, me recuerda a casa. A cuando se miraba al espejo y se ponía unas cosas redondas por toda la cabeza para tener más rizos. Aprieto fuerte. Se levanta, pasa por encima de mí y se mete en mi cama. Escuchamos unos pasos que se acercan a la habitación. Me agarro a mamá y me imagino a las señoras de los vestidos de flores entrando en ese cuarto. No quiero que entren. Pienso que a lo mejor es Roberto, pero no puede ser porque sus ronquidos se oyen desde aquí. No creo que pueda caminar mientras ronca.

Lu entra en la habitación. Veo su silueta en la puerta. Corre hacia la cama y se mete rápido. Ahora estoy en medio, ya no puede pasarme nada.

- Hacéis trampas. Si vais a dormir juntas, yo también quiero.
—Última noche, niñas.

Nos giramos. Lu se pega a mi espalda y yo a la de mamá. No entiendo que mamá prefiera dormir con ese señor. Si no lo entendía con papá, ahora menos.

- ¿Cuándo vamos a ver a papá? —dice Lu.

Mamá no contesta, debe estar dormida. Yo me giro despacio, la miro y le susurro que en unos días y que no haga ruido, que si habla mucho seguro que mamá se va. Ella se tapa la boca con el dedo índice y se aguanta la risa.

5

2018

Era todavía de noche cuando salí de casa. Cerré la puerta despacio, Mario dormía. Acaricié el gotelé en busca del interruptor. Arriba, abajo. Un par de golpes aquí y allá. Nada. Lo repetí. Nada. Abrí el bolso y moví lo que llevaba dentro con prisa. Todo el día con el móvil en la mano y cuando realmente lo necesitaba era imposible encontrarlo. Y no fallaba: aquella sensación de sentirme observada, perdida y desubicada. El estómago del revés y esas cosquillas que subían desde las piernas hasta la garganta. Las manos mojadas, torpes, incómodas. Toqué la pared otra vez. Encontré el interruptor y le di un golpe tan fuerte que se quedó enganchado en una esquina. Bajé las escaleras corriendo, di un portazo y me quedé en el escalón de mi portal esperando el *Cabify* que había pedido.

—Buenos días, a la calle Libertad, 21, por favor.

—Buenos días.

El conductor tocó su móvil, pulsó algo que no logré ver y arrancó. Me puse los AirPods, abrí *Spotify* y fui a pulsar *play* cuando apareció la foto de mi madre en la pantalla.

—Hola, mamá.

—¡Buenos días, Olí! ¿Tienes un minuto?

Mientras le decía que sí, vi que tenía un círculo con un trece rojo al lado de la aplicación del *e-mail*. Lo abrí. Amanda había mandado el guion y cadenas de *e-mails* dándonos órdenes que nos repetiría en cuanto nos viéramos. Como siempre. Marqué todos como leídos y cerré la aplicación. Entré en Instagram, deslicé el pulgar varias veces por la pantalla mientras mi madre decía que no le lo vas a creer, ayer llamé a Aída y total, que le pedí una tirada general y me habló de ti y me dijo que estás metida en un proyecto importante y que vas a ganar mucho dinero. ¿Olí? Y yo qué dices, mamá. Y ella otra vez que no me has dicho nada y ya sabes que me gusta saber que estás tranquila en ese sentido, el del dinero, hija, ya sabes. Me apoyé en la ventana. El coche dio la vuelta a la Cibeles y subió por Gran Vía. La primera luz de la mañana empezaba a iluminar los edificios por sus azoteas. Seguía sorprendiéndome la inmensidad de esa parte de la ciudad. Cerré los ojos. La voz de mi madre estaba demasiado cerca con esos cascos. Y lo que te decía, Olí, que después me dijo si quería saber algo más y yo le dije que sí, que por supuesto y ya sabes tú que Aída es muy de preguntas concretas, que se cree que me va a sacar información y yo me niego, que lo adivine ella que muy cara me cuesta, pero ayer me lancé y le pregunté que si iba a ser abuela.

Tragué saliva y me atraganté. Empecé a toser, miré hacia arriba, contuve la respiración. El taxi paró en un semáforo y en un segundo volvió a arrancar, con la inercia mi cuerpo se pegó al asiento

de un golpe, cogí aire por la nariz y lo expulsé poco a poco, pero me interrumpió la tos otra vez mientras mi madre gritaba qué pasa, Oli, que te me ahogas, hija, respira, hombre, que siempre vas con prisa y mira lo que pasa. Abrí la ventana, apoyé la nuca, el aire movió mi pelo de aquí para allá, pero en vez de sentir alivio una náusea volvió a recorrer mi esófago hasta llegar a la garganta. Apreté la mandíbula y tragué saliva.

—Mamá, estoy bien. Luego, te llamo, ¿vale?

—No, no, espera.

—No, es que ya te he dicho que no quiero saber nada de esa bruja, mamá.

Resoplé. Cogí una botella de agua que había en la puerta y bebí un trago. Mi madre seguía hablando y que Oli no me quites la ilusión, que ya te he dicho que no digas bruja que estas mujeres son muy sabias y que tú te ríes, pero me ha dicho que voy a ser abuela de dos nietos, así que ya me dirás si eres tú o es tu hermana, pero yo abuela pienso ser que me lo ha dicho Aída. El conductor dio un volantazo y giró a la izquierda. Me agarré al asiento y chasqueé la lengua contra el paladar.

—¿Le pasa algo, señora? —dijo el conductor.

—No, no. ¿Tardamos mucho? —tapé el auricular.

—¿A dónde vas? —escuché que decía mi madre.

—A una reunión.

—No. Dos minutos, señora.

Señora, señora, señora, le imité en mi cabeza deseando bajarme de ahí. Tenía la boca seca, las palmas de las manos húmedas como cuando me sacaban delante de toda la clase a recitar las declinaciones en latín y llegaba el momento de empezar la segunda y no era capaz. Volví a beber un sorbo de agua. Al tragar, sentí que iba a escupirla. Apreté la garganta, conseguí tragar mientras escuchaba a mi madre decir que qué reunión, que no me ocultes información que me pongo nerviosa.

—Mamá, basta. Ni me voy a hacer rica ni voy a hacerte abuela todavía. Hablamos más tarde.

—Oli, estás tú muy antipática, eh. A ver si te aireas un poco, hija. —Y colgó.

El señor frenó tan fuerte que el bolso salió disparado contra el asiento de delante y cayó al suelo. No debería llevarlo conmigo. No debería estar allí. Aquella caja blanca con letras azul celeste tendría que haber estado en la basura que había tirado la noche anterior. Me agaché y recogí todo con prisa, como si así aquel hombre no fuera a saber que no estábamos solos en ese coche. Como si le importara. Abrí la puerta. Puse un pie en el suelo y cuando fui a levantarme, sentí que la acera daba un vuelco. Me agarré como pude entre el asiento y la puerta, la boca se me llenó de saliva y vomité.

6

1998

Esta cocina huele muy bien. Igual que cuando la abuela pasa la fregona y no me deja moverme. Camino hasta la despensa y, como veo que no está ni el señor que viste con traje ni las señoras de vestidos de flores, cojo unas galletas. Me duele la barriga desde que llegué. A mamá no le gustaría que comiera galletas si me duele la barriga. Es un dolor raro. Es algo que me aprieta justo donde empieza la falda del uniforme. A lo mejor es eso. Sí, debe ser eso. Nunca he llevado una falda que me tape el ombligo. Es la primera vez que voy vestida igual que el resto de la clase y no me parece divertido. Además, el jersey y los leotardos pican. Las niñas me han dicho que cuando llegue el calor nos los podremos quitar, que nos ponen calcetines hasta la rodilla y que cuando sale el sol se los bajan hasta los tobillos para que se les calienten las piernas. Son niñas raras. Algunas llevan las uñas pintadas y hay una de ellas que en el recreo se pinta los labios y dice que así los chicos la miran más. Aunque yo lo que veo es que los chicos solo juegan a cosas y ni nos miran ni nos dicen que si queremos jugar. En mi colegio jugaba al fútbol con los chicos. Ahora no sé si pintarme los labios o intentar que me dejen jugar. No parece que tengan ganas de jugar con niñas. Son todos raros aquí.

Abro el paquete de galletas y entra Lu. Se tapa la boca con la mano para que nadie escuche que se ríe y corre hasta donde estoy. Aparto las galletas y me las escondo detrás de la espalda.

—Dame un poco.

Niego con la cabeza. Ella intenta quitármelas, pero no le voy a dar ni una. He visto en su mochila que tiene una nota en la agenda porque ha contestado a una profesora y eso no está bien. Me empuja y me tropiezo con una de esas cosas que pesan que están por toda la casa para que las puertas no se cierren. No me caigo, pero al tropezarme se me caen todas las galletas. Están esparcidas por el suelo, rotas. Quiero llorar. Lu se tira al suelo y con los brazos, como si nadara, consigue coger muchos trozos de mis galletas.

—¡A mamá que vas!

Lu está sentada en mitad de la cocina. Se come mis galletas mientras me mira. Se ríe. Voy a la despensa y cojo otras. Me siento al final de la despensa, cerca de las cebollas. Hay muchas. Las cuento y, antes de terminar, Lu entra. Se sienta a mi lado y apoya su cabeza en mi hombro. Le doy una galleta porque si me enfado con ella no podré jugar con nadie en esta casa tan grande. Ella la coge y se la come.

—¿Qué se dice?

—Gracias, Oli.

Le doy un empujón con el cuerpo y ella se tira al suelo como si le hubiera pegado muy fuerte. Grita y da patadas al suelo. Se levanta y se ríe. Me levanto el jersey y meto dos dedos entre la falda y mi tripa. Lu me mira atenta. Creo que piensa que voy a sacar alguna sorpresa cuando en realidad solo me duele la barriga. Me aprieta mucho. Le doy el resto de las galletas que me quedan. Ya no tengo hambre. Ella se las come todas en poco tiempo y pienso que a mamá no le gustaría porque luego no cena.

—Luego no vas a cenar.

—Sí.

—No, ya lo verás.

—¿Por qué te tocas la falda todo el rato? ¿Te pica?

—Me duele aquí.

Le señalo la tripa y ella me examina.

—No tienes nada.

—A veces duele por dentro.

—Si no hay sangre no es nada. Eso dice papá.

—Papá no lo sabe todo.

—Sí que lo sabe todo.

—No.

—Que sí, Oli. ¡Cállate!

—A mí no me mandes callar o a mamá que vas.

—Chivata.

—Loca.

No tendría que haber dicho eso. Lu odia que le diga que está loca y yo creo que si lo odia es porque cree que lo está. Se tira encima de mí, me tira del pelo y me dice muchas cosas que no entiendo porque aprieta los dientes. Yo intento apartarla de mí. Le estiro el jersey fuerte, le doy patadas para que me deje levantarme. Cuando lo consigo me levanto rápido y salgo de la despensa. Ella corre detrás de mí. El corazón me va muy rápido cuando Lu me persigue, juguemos o no. Corro por el pasillo, subo las escaleras hasta que llego a la habitación, recuesto todo mi peso en la puerta para que no abra, pero poco a poco lo consigue hasta que la veo otra vez. Está muy roja.

—¡Te odio!

Grito mamá muchas veces, pero mamá no viene. Mamá no está. Me escondo debajo del escritorio de mi habitación y Lu por fin para. Solo veo sus piernas con esos leotardos azules que a mí me pican y a ella no lo sé. Camina de un lado a otro y me da miedo. Desde que mide más que yo, aunque sea más pequeña, me pega más fuerte. Asoma la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

Se agacha y se mete conmigo debajo del escritorio. Estamos muy juntas, las dos sentadas con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas. Suena un ruido muy fuerte que nos asusta. Es ese ambientador que ha colocado una de las señoras del vestido de llores. Huele raro, huele a cuando las toallas no se secan bien en la playa y luego ya no las podemos usar hasta que mamá las lava y las tiende de las cuerdas del jardín. Lu me coge de la mano y yo dejo que lo haga. Antes me ha escupido. Se lo quiero decir, pero no quiero que nos volvamos a enfadar otra vez. Está muy mal

que escupa. A mí no me da asco porque es ella, pero me imagino que lo hace otra persona y creo que podría vomitar.

—¿Y mamá?

—No sé. Lu, no me escupas más.

—Perdón.

—Siempre dices perdón y luego lo haces.

—Perdón de los de verdad.

Me ofrece su dedo meñique. Engancho el mío al suyo, damos un beso a nuestro pulgar y nos soltamos. En ese momento, vemos unos zapatos negros con unos leotardos como los nuestros, pero de color blanco. Caminan por la habitación, pero nadie dice nada. Lu saca la cabeza.

—Niñas, ¿qué hacéis ahí?

—¿Y mi madre?

—En viaje. Londres.

—¿Y por qué no nos ha dicho adiós?

—Sí ha dicho. Esta mañana, tú dormir.

—No me acuerdo.

Lu se ríe y da un salto. Cuando intento salir de allí, me doy contra la mesa. Me vuelvo a sentar porque, aunque no ha sido fuerte, me duele un poco. Las dos agachan la cabeza y me miran. Esa señora parece simpática, pero habla raro.

—Ven —la señora me mira mientras lo dice.

Me ofrece su mano y salgo. Me toca la cabeza para ver si me he hecho daño. No me duele. No me duele, pero rompo a llorar. Me siento en el suelo, me cojo las rodillas y lloro mucho.

—Perdón, Oli. ¿Me perdonas, *porfi*? Lo siento mucho.

—¿Qué hacer tú, niña!

Me pone más nerviosa que grite a Lu. No sé qué se cree esa señora y oigo que Lu le contesta que ya me había perdonado, *jo*, díselo, Oli. Pobre Lu. Quiero contestar que sí, que no es por Lu, pero sigo llorando, aunque no sé por qué lloro si no me duele nada. La tripa sí me duele. Me aprieta. Creo que si mamá me pusiera las manos justo en ese punto, dejaría de dolerme. Pero mamá no está y esa señora me abraza y yo no sé ni cómo se llama. Lu se sienta conmigo y me abraza también. Desde que ha crecido sus abrazos son más fuertes.

—Oli, *porfi*, perdón.

Ya puedo respirar mejor. He dejado de llorar y las veo mejor. Antes las veía borrosas. Esa señora me mira con las cejas hacia arriba. Me acaricia el pelo. Me seca la cara con su mandil blanco que huele tan bien como la cocina, como cuando la abuela pasa la fregona y no me deja moverme.

—¿Qué pasa, *signorina*?

—No lo sé, me duele aquí. Creo que es la falda.

Le señalo la tripa. Ella me mueve la falda que gira sin atascarse en ningún lado.

—Nada.

—¿Nada?

—Sí, no tener nada.

—¿Cuándo vuelve mi madre? —le pregunto.

—Pasado mañana.

—Y tú ¿cómo te llamas? —le pregunta Lu.

—María.

Y a mí qué me importa su nombre. Yo solo quiero que venga mamá.

2018

Llegué la primera. No me importó esperar. En Bazaar, en aquel restaurante, a esa hora, justo en la esquina de la izquierda al lado de la ventana, solía entrar una luz acogedora. Estaba en la calle Libertad. Libertad. Fui a recogerme el pelo y cuando pasé las manos cerca de la cara olí las toallitas de bebé que me había pasado el conductor justo después de vomitar delante de media ciudad. Me entraron náuseas. Me levanté para ir al baño y tuve que caminar con la mano en la boca con la sensación de que no llegaba, y con algo que me empujaba la campanilla. Si hubiera podido contar los escalones que me separaban del baño, probablemente me hubiera dado cuenta de que eran mucho menos de los que yo sentí que había.

Me lavé la cara con agua fría para ver si volvía a ver mis pecas encima de la nariz, para ver si aquella palidez se iba. Siempre tenía algo de ojeras, pero esas que me miraban desde el otro lado del espejo no eran mías. Froté esos huecos y los párpados con los dedos índices y, con los mismos me coloqué el flequillo y solté dos mechones de pelo al lado de las orejas. El moño seguía en su sitio. Era lo único que estaba donde siempre había estado. El color *beige* del algodón del jersey de cuello vuelto que me había puesto se mimetizaba con mi piel y hacía que pareciera todavía más pálida.

Tenía los ojos cerrados y los AirPods puestos, así que cuando entró Amanda no me enteré. Me tocó el hombro dándome unos golpecitos como si llamara a alguna puerta. Abrí los ojos y me encontré con una Amanda desbordada: el bolso cruzado enredado con una bolsa de tela con el ordenador y varias carpetas que sobresalían, el móvil en una mano y en la otra un paraguas y un chubasquero.

—¿Paraguas por qué, doña trastos? —Me reí y la ayudé a quitarse todas esas cosas de encima.

—Nunca se sabe. El tiempo es de las pocas cosas que no podemos controlar, Oli.

En la mesa de al lado empezó a llorar un niño rubio que no tendría más de un año. Lloraba y levantaba los brazos hacia una mujer también rubia, con el pelo largo y ondulado. Un pelo de esos de peluquería, de esos que yo nunca hubiera llevado. Él abría y cerraba las palmas de las manos. La que yo pensaba que debía ser su madre se llevaba el dedo índice a la boca como rogándole silencio y le acariciaba el pelo. Él seguía. Lloraba con rabia. Movía los pies con fuerza y seguía con ese gesto tan acogedor, esas manos que exigían un poco de amor. Ella le pasó un iPad y le mostró unos dibujos que hacían un sonido desagradable. Y así se calló, mientras ella seguía hablando con alguien que, visto lo visto, era más importante que él.

Sentados en una mesa redonda, Amanda repartió el guion encuadernado a Diego, a Pedro y a

mí. En la primera página leí el título: *No me olvides*. Lo abrí y vi los colores del subrayado que diferenciaban el papel que íbamos a interpretar cada uno para esa lectura. A mí me tocó el azul, justo en el nombre de la madre de la protagonista. La camarera se acercó a nuestra mesa y dejó varios platos de cerámica en los que había unas albóndigas humeantes con patatas pequeñas con ramas de tomillo, unos rollitos de pato envueltos en algo que parecía papel, una ensalada *caprese* con tomates *cherry* y albahaca y una tabla con embutidos. Seguro que los había pedido Amanda. No me había dado cuenta de que ella misma había empezado a leer la sinopsis, como tantas otras veces en diferentes proyectos. Yo le daba sorbos a mi café mientras decidía qué coger. El plato que tenía más cerca era el de las albóndigas. Me acerqué y las olí. Empecé a sudar. Otra vez no, por favor. Me quité el jersey. Amanda levantó la vista del papel.

—Oli, te tocaba a ti. ¿Estamos a lo que hay que estar?

—Sí, sí. Perdón. Estabas diciendo que ella coge la carta que hay en la mesita de noche y la va a leer, ¿no? Vale, me toca.

—¿Estás bien? —Amanda me miraba con el ceño fruncido.

—Claro. ¿Por? Venga, sigamos.

—No sé, tienes una cara de muerta... Vete a dar rayos, te sentarán bien. Y no, no estaba diciendo eso. Repito, *veenga*. Todos atentos. Ana, la hija, la protagonista de la película, coge de la mesita de noche una carta que su madre le ha dejado y la lee. Y ahora lo lees tú, Olivia, como si fuera la voz en *off* de la madre. Vamos.

—«Si cuando hayas leído esto te miro perdida, no sé quién eres ni dónde estoy. Entonces, te pido que me recuerdes aquella historieta que tanto te gustaba escuchar de cuando balbuceabas “mamá, mamá” y venías hacia mí con ese andar torpe, con la fragilidad de la inocencia y la seguridad del que sabe dónde va. Y después, te pido que perdones mis errores como puedas. Pero que lo hagas. Y pensarás que hasta sin saber quién soy, mando. Sí, señorita. Ahora coge las pastillas y dámelas. Y perdónate a ti. Me estás haciendo el favor de mi vida quitándomela».

Nos quedamos en silencio. Diego miraba el guion y apuntaba algunas cosas en los márgenes. Pedro bebía de un café que ya debía estar frío y Amanda daba golpes al suelo con una pierna, esperando a que retomáramos.

—Diego, vamos. Te toca a ti.

—Interior noche, casa de la madre de Ana. Tumbada en la cama, levanta un brazo para llamar a su hija que se acerca a ella y le dice: «Mamá, no puedo». Su madre dirige la mirada a varios rincones de la habitación, buscando algún detalle que Ana no logra entender.

—«¿Tú eres mi amiga?» —dije interpretando a la madre.

—«No, yo soy tu hija, mamá» —dijo Diego.

—«No, no eres mi hija. Yo no tengo hija» —contesté.

—«Claro que sí mami. Mira, soy yo. Soy tu hija».

—«He dicho que no. Quiero ir con mi mamá».

—«Mamá, me has pedido que haga una cosa por ti y lo estoy intentando. ¿Recuerdas la carta? ¿La recuerdas o no?».

—«Déjame, no te conozco. Yo no tengo hija». —Cerré el cuaderno después de decir aquella frase, lo cerré con los dedos en esa página para retomar cuando pudiera respirar de nuevo.

Amanda cerró el guion. Diego levantó la cabeza y se quedó mirando a Amanda sin decir nada. Pasé las páginas que quedaban y me di cuenta de que solo quedaban dos.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Yo creo que ya es suficiente por hoy. Queda la última escena, así que seguiremos el próximo día. Bien. Si alguien tiene dudas que hable ahora o calle para siempre. Rapidito.

Amanda no nos miraba, tenía la mirada perdida más allá de la ventana. Diego se levantó de su silla y, pasando la mano por encima de la mesa, le dio un toque a Amanda en el hombro y se llevó la mano a la sien.

—Ninguna duda, mi general —dijo Diego sin poder contener la risa.

—Así me gusta. Todas las agendas a punto que salimos pasado mañana a Roma para ir a ver las localizaciones. Volvemos, nos quedamos una semana cada uno en su casa y Dios en la de todos y luego nos volvemos a ir. ¿Entendido?

Amanda se levantó y recogió sus cosas.

—Me voy, señores. Seamos prácticos que no nos queda mucho tiempo. Y por favor, mandadme vuestros seguros médicos. El rodaje tiene alguna localización complicada y no quiero disgustos.

Tiró un beso al aire, se dio la vuelta y se fue hacia la puerta. Antes de irse, se giró y gritó:

—Olivia, al médico, que con esa cara no vienes. ¡Te aviso ya!

Diego me miró, levantó las cejas y se colocó la servilleta encima de las rodillas. No hablaba demasiado. Solía aportar lo justo, lo absolutamente necesario. El resto del tiempo estaba en silencio con la mirada perdida en algún mundo al que no estábamos invitados. Cerró el guion, llamó la atención de la camarera y le señaló su cerveza. Me miró y supuse que preguntaba si yo también quería mía. Negué con la cabeza y cogí mi bolso.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿por qué no? No sé, Diego. Tengo cosas que hacer.

—Vaya. —Volvió a buscar a la camarera, señaló su vaso y le dijo que no con un gesto exagerado—. ¿Oye, estás bien?

Miré hacia abajo para comprobar que mi tripa seguía tan plana como siempre. Diego nunca se interesaba por el bienestar de los demás. Me pellizqué las mejillas.

—¿Qué haces? ¿Estás bien o no?

—Nada, que me pica la cara. Estoy bien, gracias Diego.

Se levantó. Era mucho más alto que yo. Tenía la espalda ancha y la cadera estrecha. Pensé en cómo sería su ombligo. Seguro que lo tenía estirado, pequeño y poco hondo. Mientras pensaba en su ombligo, Diego pasó su brazo por mis hombros y me agarró de la nuca. Se agachó hasta quedarse a la altura de la nariz y con la mirada firme me preguntó que si seguro. Sentí que iba a vomitarle en la cara. Solté un que sí. Cogí mi abrigo y el bolso y me fui hacia la puerta.

—¡Oli! —gritó.

No podía creer que estuviera tan intenso. Nunca en estos ocho años que llevábamos compartiendo proyectos se había preocupado por nada. Creo que no le parecía importante ni la mitad de las cosas que me pasaban. No me giré. Abrí la puerta, salí y caminé hasta la parada de metro de Chueca. Bajé las escaleras. El aire estaba caliente y olía igual que cuando *Coco*, nuestro *beagle* que vivió en casa de mamá diez años, se mojaba con los aspersores, se metía en casa y se restregaba con la alfombra. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me toqué la nuca y me di cuenta de que estaba sudando. Intenté quitarme el abrigo, pero se me enganchó con el bolso que llevaba

cruzado. Ahora me sudaban también la frente y las palmas de las manos. Miré hacia todas las esquinas, buscando aquel botón de emergencia del que tanto había oído hablar, pero no lo encontré. Creo que si lo hubiera encontrado tampoco me hubiera atrevido a darle. Me di la vuelta y subí las escaleras hacia la salida, me senté en un banco que había en frente de una farmacia, respiré hondo y noté cómo mis pulsaciones se calmaban de nuevo.

Entré en la farmacia y pedí que me dieran un par de test de embarazo. Las farmacias siempre me habían gustado. Creo que era el orden de sus estanterías, el color blanco predominando en todas partes y la posibilidad de encontrar cualquier remedio para todos los dolores que solía tener, excepto por ese olor a alcohol que me recordaba a los hospitales y que en ese momento estaba volviendo a activar los escalofríos y las ganas de vomitar todo lo que había ingerido en Bazaar. Sentí que la farmacéutica me miraba con compasión con los dos test en la mano mientras decía serán veintiuno con treinta y daba golpes con el pie y de vez en cuando se golpeaba en la otra mano con los test mientras esperaba a que yo encontrara mi cartera en el bolso. Caí en que me había dejado el guion. Seré idiota. Eso debía querer Diego. Claro, cómo había podido pensar que quería otra cosa. Pagué y me fui directa a Bazaar.

Al entrar, la camarera me dio el guion y me guiñó un ojo. Entre el plástico de la portada y la primera página había una nota de Diego, su letra era inconfundible:

Llámame si necesitas algo,

DIEGO

8

1998

Roberto ha cogido la manguera y riega las plantas con un cigarro en la boca. Tiene una barriga gigante. Voy descalza por el asfalto, está calentito. Mamá se acerca a Roberto. Camina con unos tacones muy altos. Desde que hemos llegado a esta casa, siempre lleva tacones. Roberto tira el cigarro al suelo y eso no está bien. Parece que se le ha olvidado que es su casa, seguro que luego María tiene que recogerlo. Roberto le da una palmada en el culo a mamá y ella se ríe. Se toca uno de sus rizos y se mueve de derecha a izquierda. Roberto se gira y sigue regando, ya no la mira, pero mamá sigue haciendo ese movimiento todo el rato.

—¡Mami!

—Dime, Oli.

—¡Ven!

—Ahora voy.

Se quita los tacones y camina con ellos en la mano. Una avispa se acerca a mí, se coloca en mi hombro. Intento quedarme quieta como me dice papá, pero creo que me está mirando fijamente como si me fuera a atacar. Muevo los brazos con fuerza. Me va a picar. Me va a picar. Corro sin saber a dónde voy y doy palmadas al aire.

—¡Qué haces, Olivia!

Mamá viene hasta donde estoy y me coge fuerte.

—Calma. ¿Qué pasa?

—Avispa, avispa.

—Quédate quieta, déjame ver.

—No puedo.

Y no puedo de verdad. No puedo parar de moverme. Me imagino a ese bicho posándose encima de mi piel y me entra como prisa y asco. Mamá dice que se ha ido y me pone la camiseta mientras yo no dejo de moverme. Odio esta casa con todas mis fuerzas.

—Ya pasó, Oli. ¿Qué querías?

—Ya no me acuerdo.

—Venga, di.

—Te lo prometo, no me acuerdo.

—No prometas mentiras.

Sí que me acuerdo, pero ya no se lo quiero preguntar. Quiero saber si papá ha llamado y, si ha llamado, quiero saber por qué solo habla con ella y no nos pasa el teléfono. A lo mejor mamá no

quiere que hablemos con él porque está enfadada. Si tuviera un móvil como el Alcatel que tienen las niñas de mi clase, seguro que papá me llamaría a mí y no tendría que estar preguntando todo el día, pero resulta que yo no tengo móvil porque mamá dice que eso es de mayores.

Mamá me da la mano y pasa su otro brazo por encima de mí hasta que me obliga a apoyarme en su hombro.

—¿Me lo cuentas?

—No.

—Vamos, entre nosotras no hay secretos.

Quiero decirle que es mentira, pero luego estará triste. Es mentira porque ella sí tiene secretos. Tiene secretos como el de Roberto. A mí nunca me contó que iba a ser su nuevo novio ni que nos traería a esta casa. Son secretos que se ha guardado para ella y que a mí no me ha contado así que yo tampoco tengo que contarle todo. Me hace cosquillas para que hable. Eso siempre funciona. Me toca en la barriga, justo debajo de las costillas y, aunque yo no quiera, consigue que hable porque esas cosquillas me matan de la risa.

—Vale, vale, vale.

—Así me gusta.

Cuando voy a preguntarle por papá, llega Lu con *Coco*, el perro que nos ha regalado mamá. Es mono. No sé si es buena idea decir eso delante de Lu. Ella no está preocupada por papá o eso dice. No está bien recordárselo porque a lo mejor empieza a pensar en eso todo el rato como hago yo. Acaricio a *Coco* y él se tumba en el suelo boca arriba. Tiene la barriga rosa y es igual de suave que la falda de terciopelo que me regalaron por mi cumpleaños el año pasado. Lu se tumba en el suelo imitando a *Coco*. Apoya su cabeza en mis piernas.

—¿Tú también quieres que te toque la barriga?

—No, no, quita.

Se levanta y se vuelve a ir corriendo con *Coco* detrás de ella.

—Venga, cuéntame, mi amor.

—¿Has hablado con papá?

—Sí, me ha dicho que os llamará mañana.

—¿Y por qué habla solo contigo?

—Porque me llama al móvil.

—A lo mejor tendría que tener un móvil.

—Ni hablar.

—Pues quédate más en casa. Así, cuando te llame, podré hablar con él.

—Vale.

Mamá me da un beso en la frente, se levanta y se va.

Sé que no se va a quedar más tiempo en casa por mucho que me haya dicho que sí.

9

2018

Debía ser muy pronto cuando me desperté porque la habitación estaba oscura. Me giré para coger el móvil de la mesilla de noche y mirar la hora, pero al estirar el brazo Mario me agarró y me atrajo hasta su lado. Solía hacerlo. Cuando dormía y yo me movía más de lo habitual, me cogía para que no me fuera lejos. Casi siempre me dejaba hacer y acababa durmiéndome de nuevo acurrucada cerca de su cuerpo. Justo cuando encontré la postura más cómoda para dormirme a su lado, noté algo entre mis piernas. Un líquido caliente entre las ingles.

—Ahora vuelvo —le susurré.

Salí todo lo rápido que pude de allí. Por el pasillo, metí la mano dentro de mis bragas para comprobar que de verdad había algo, que no me lo había inventado como el resto de las veces. Esas dos rayas rosas me estaban volviendo loca. Caminé con prisa hasta el baño y encendí la luz, que se estrelló contra mis ojos. Tuve que arrugarlos. Los abrí cuanto pude, bajé la mirada y vi mi mano manchada. Me lavé ambas sin esperar a que se templara el agua.

Me quité los pantalones del pijama, los tiré al suelo y me senté en la taza del váter. Allí estaba. Creí que iba a llorar. Nunca había sentido tanto alivio. Me tapé la cara con las manos y apreté fuerte para no gritar. Tenía muchas ganas de chillar, de ir corriendo a nuestra cama y saltar encima de Mario, de contarle toda la verdad, todas mis preocupaciones, aquel secreto tan desagradable que me había guardado para mí. Tenía ganas de pedirle perdón, de decirle que nunca más le escondería nada. Me desnudé y me metí en la ducha. El agua bajaba por mi cuerpo con intensidad. Cerré los ojos y levanté la barbilla para sentir cada gota. Abrí la boca, cogí agua, me enjuagué y la escupí. Estaba caliente. En la esquina de la ducha, en el banco de piedra, estaban divididos los botes, por un lado estaban los míos ordenados según el uso que les daba: el champú y la mascarilla de Moroccanoil, el gel del cuerpo de Apivotita que siempre olía a verano, una esponja que nunca usaba y que Mario se empeñaba en regalarme cada vez que renovaba la suya y un gel íntimo, en el otro lado estaban los de Mario, todos tirados sin ningún tipo de orden concreto, entre ellos su gel de Sanex, el único olor que se mezclaba con su piel porque odiaba todo lo que tuviera que ver con colonias o perfumes. Cogí su bote de gel, lo apreté y entre mis manos noté el líquido blanco y frío. Enjaboné mis brazos entrelazados, después pasé a los pechos y al tocarlos rápido noté una presión distinta, bajé por la tripa, separé las piernas y pasé las manos por todas partes, frotando compulsivamente.

No sé el tiempo que debí estar en la ducha, pero cuando salí del baño Mario ya había preparado el desayuno y me esperaba sentado a la mesa que teníamos cerca de la ventana. La luz

entraba con fuerza ya, se paraba en la cafetera y su reflejo me deslumbraba. Puse la mano en la frente para que no me molestara. Le di un beso a Mario y me senté en frente de él.

—¿No tienes frío con el pelo mojado?

—No, estoy genial. ¡Pero qué rico!

En la mesa había de todo: café, leche, tostadas calientes de un pan de semillas que comprábamos siempre en la panadería de debajo de casa, un bol con mango cortado y trozos de frambuesas congeladas y un sobre. Un sobre.

—¿Qué es esto?

—¡Ah! Sorpresa.

—¡Pero si no es mi cumple!

—O sí. ¡Felicidades!

Y sacó otro sobre, uno grande. Me miraba expectante, con el pelo revuelto y la barba desordenada, con la taza de café entre las manos y un humo que a ratos me tapaba sus labios.

Abrí el primer sobre. Lo primero que había era una nota escrita a mano que decía: «Te voy a llevar lejos para volver a sentirte cerca». Le miré y me reí. Tenía razón. Había estado muy lejos de su lado estos últimos días. Casi no habíamos hablado y las pocas veces que nos cruzábamos en casa me había inventado que tenía trabajo cuando en realidad lo único que había estado haciendo era pensar en cómo iba a resolver todo aquello si realmente estaba embarazada. Mario tenía las piernas cruzadas y el pie de la pierna que cruzaba por encima de la otra se movía con impaciencia. Saqué lo que había detrás y me encontré con dos billetes para Lanzarote y una foto de un perro negro muy pequeño.

—¡No! —dije poniéndome los billetes cerca de la boca.

—¡Sí!

Tiré los billetes encima de la mesa y me levanté para abrazarle. Lanzarote era uno de mis sitios favoritos. Un lugar a donde Mario y yo nos escapábamos siempre que podíamos. Los paisajes de allí eran muy diferentes a lo que estaba acostumbrada: la arena volcánica, las carreteras infinitas, el mar enfadado y aquellos colores tan áridos que se mezclaban unos con otros y que nos dejaban imaginarnos que estábamos en un wéstern. Siempre que pisaba ese suelo pensaba en que la luna debía ser igual que todo aquello.

—¿Y este perro? —dije mientras me acercaba un poco más la foto a los ojos.

—Vamos a ir a por él.

—¿Cómo? ¿Un perro para nosotros? ¿Y por qué hasta allí?

—Porque lo he encontrado en Lanzarote y me ha parecido una casualidad bonita.

—Pero amor, un perro necesita que tengamos mucho tiempo libre y nosotros...

—Bueno venga, abre el otro.

—Pero de verdad que no podemos. Ahora no.

Volví a sentarme. Apoyé los codos encima de la mesa y, al mover uno de los brazos, tiré la cafetera y se derramó por el mantel blanco.

—¡Mierda!

Mario cogió unas servilletas y las empapó en aquel café.

—No pasa nada. Venga, ábrelo, Oli.

—Sí pasa, mira cómo lo he puesto todo.

—Venga, Oli, por favor. No lo estropeemos.

—Joder, pero mira.

Señalé el café derramado y Mario apoyó el codo en la mesa y se estrujó la frente. Abrí el sobre. Había un cuaderno. Lo saqué y vi que era un guion.

—¿Y esto?

No dijo nada, solo sonrió. Tenía una sonrisa perfecta: los dientes alineados, grandes y blancos arropados por unos labios mullidos de un color rosa oscuro. Pensé en las pocas veces que los rozaba últimamente.

—¿Tuya?

—Sí. Por fin. Mi primera película, Oli.

—No me lo puedo creer. ¡Pero bueno! ¡Enhorabuena!

—Luego te enseño el *dossier*.

Volví a mirar el guion. Me levanté, di unos pasos y me senté encima de sus piernas. Le besé la frente, la nariz, los ojos. Pasé por el hueco de sus ojeras, los mofletes, la boca hasta que llegué a su oreja derecha.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias.

Me devolvió todos aquellos besos con impaciencia, rápido. Fueron muchos. Después me los dio más lentos, rozándome con la punta de su lengua en cada trozo de piel que encontraba. Se levantó conmigo en brazos y empezamos a besarnos de nuevo. Tropezó con una zapatilla, me dejó en el suelo de nuevo mientras susurraba que lo siento, que qué torpe estoy y yo que no pasa nada. Me llevó hasta nuestra cama y me tiró encima del colchón. Yo reí. Hacía tiempo que no veía a Mario con tantas ganas. Tiró la camiseta al suelo y se tumbó encima de mí. Me quitó los botones uno a uno. Uno a uno. Sin prisa. Yo le observaba y le cogía mechones de pelo para que me mirara. Un botón se atascó. Le solté el pelo. Tiró mi camiseta al suelo y cayó encima de la suya. Miré la ropa en el suelo y pensé en lo bien que nos sentaba quitárnosla de vez en cuando.

Cuando empezó a desabrocharme el pantalón, sonó su teléfono. Mario paró en seco.

—Perdón, deben ser de la peli.

Fue corriendo hasta el salón y cogió el teléfono. Solo escuché un «dime, Martina» y dejé de oírle porque siguió caminando hasta un lugar en el que yo ya ni veía ni oía.

Me levanté, cogí mi pijama y me lo puse de nuevo. Recogí el suyo, lo doblé y lo puse encima de una escultura cuadrada de mármol blanco que nos habían regalado sus padres. No le iba a gustar, así que cogí la ropa y la dejé en la silla de mimbre. Hice la cama mientras Mario seguía en el baño hablando con esa tal Martina que no me sonaba de nada.

Apareció de nuevo en la habitación y dejó el móvil boca abajo en la mesita de noche.

—¿A dónde vas?

—¿Quién es Martina?

—La directora de la película. Es que al final no te he contado nada. Esta película es el proyecto final de carrera de esta chica. Viene de Berlín y ha decidido que tiene ganas de rodar en Madrid un guion que ha escrito con otros de clase.

—Pero a ver, que yo me entere. ¿Esta chica te contacta para su proyecto final de carrera que es una película?

—Sí. Viene a Madrid a organizar todo conmigo y parte del equipo y luego nos iremos a rodar a Francia.

—Guau. Pero ¿te pagan?

—Eh, no. Pero da igual, es una película.

—Vale, sí. Tienes razón. ¿Puedo leer el guion?

—Le preguntaré a Martina si le parece bien, ¿vale?

—¿Cómo? ¿Tienes que pedirle permiso?

—Bueno, es su película.

—Ya, ¿y?

—Pues que no sé, a lo mejor prefiere retocar algo antes de que lo enseñemos.

—Mario, siempre nos enseñamos todos los proyectos. ¿A qué viene tanto secretismo?

—No te pongas así. Es solo respeto por su obra, Oli.

Salí de la habitación y fui a recoger el desayuno que todavía no habíamos empezado. Mario me siguió. Repetía cada uno de mis pasos. Cogí la bandeja con la que él había traído todo y lo ordené para llevármelo a la cocina. Cuando agarré la cafetera, me paró.

—Oye, ¿qué pasa? Mírame.

—No pasa nada, Mario.

En ese momento sonó mi teléfono. La voz de mi madre acelerada saltaba de una palabra a otra sin dejarme entender muy bien lo que quería decirme y yo que por favor, para, que no te entiendo y ella que tienes que venir, que yo con esto sola no puedo, que estaba duchándome cuando me han llamado, que el jabón se me ha caído, esa mierda de jabón que huele a rancio y claro, tenía champú en el pelo y no encontraba la toalla y cuando he llegado ya habían colgado, serán cutres, seguro que cuelgan por si sale el contestador y cuando han vuelto a llamarme lo he cogido, y qué mamá, y qué más, que el ictus, el cerebro, que ya le digo siempre que vaya al médico cuando dice que le duele la cabeza y que qué hacemos, Oli, qué hacemos, que a mí no me gusta ir sola, ven, por favor.

No oí que nos llamaban, estaba repasando con la mano las líneas de las baldosas de la pared. Me levanté de la silla de plástico en la que estaba dejando parte de mis huesos del coxis. En aquellos lugares deberían poner sillas más cómodas, más bonitas, acogedoras. Parece que te quieren echar. Y uno no va a un hospital a pasar un buen rato. Antes de irme, miré hacia la sala de espera para ver a la gente que se quedaba allí. Una pareja de ancianos que se daban la mano intentando apaciguar los temblores de uno de ellos, un niño que le preguntaba al que debía ser su padre que dónde estaba mamá y una mujer con gafas de sol sentada en una esquina, absolutamente sola. Seguí a Lu y a mi madre que iban por delante. En esos sitios siempre iban delante de mí. No es que pasáramos mucho tiempo en hospitales, pero la vez que fui porque Lu se hizo aquellas heridas ella también fue delante de mí. Fue delante, en una camilla con las patas amarillas y muchas personas corriendo y agarrando aparatos que yo no sabía descifrar. Aunque aquel día mi madre tardó en llegar, no como hoy, y yo, pasadas las primeras horas en las que creía que Lu se iba a cualquier otro lugar, pasadas las primeras horas en las que entendí que iba a curarse y que nunca estaría sola, dejé de echar de menos que llegara. Ese día, probablemente, se terminó mi infancia. Una infancia a la que quería agarrarme hoy en ese hospital que olía a alcohol y a desinfectante. Lu se giró y me guiñó un ojo, me tendió la mano. Me agarré a ella. Las dos caminaban con paso firme. Lu cogió su bolso buscando algo que yo no sabía y mi madre intentaba hablar con el médico que iba mucho más rápido que ella. Tenía las piernas más largas y seguro que más prisa. Hay noticias que los médicos se guardan, pero que podemos entender por la

velocidad de sus movimientos. Mi abuela se iba a morir. Lo supe cuando el médico giró a la izquierda, se metió en la habitación y le pidió a mi hermana que esperara fuera dejando a mi madre sola en ese lugar que odiaba tanto como yo. Lu se acercó a mí y, con su dedo índice, me tocó las ojeras. Lo hizo despacio mientras me miraba con esa expresión que a veces me ponía: una risa a punto de explotar y la comprensión absoluta de mis miedos.

—Todo va a ir bien.

Lu pasó su mano por mi hombro y me apretujó. Yo no hice nada. Me quedé quieta dejándome abrazar. Quería decirle que lo triste de estar allí en ese hospital y en ese pasillo que daba a una puerta que abría la habitación donde estaba mi abuela, que había sufrido un ictus, no era precisamente la pena que me daba, era la poca que sentía por ella. Había sentido más compasión por la mujer que estaba sola en la sala de espera. Una mujer que pretendía ocultarle al mundo su tristeza. Pero aquello no podía decirlo.

—¿Te cuento algo?

Lu lo dijo bajito, cerca de mi oído. Yo asentí con la cabeza.

—No siento pena.

Me giré y la miré a los ojos. Tenían tanta verdad. Eran de un azul clarito. Un azul muy muy clarito. Uno de esos en el que podrías nadar. Casi siempre tenía la pupila muy dilatada y me decía que en otra vida había sido un gato, pero que no se lo contara a nadie. Ella me miraba con tranquilidad, sin prisa. Me miraba y sonreía un poco. Lo justo como para que yo entendiera que no había nada malo en sentir aquello. Apoyé mi cabeza en su hombro y no dije nada. Ella se volvió a acercar e imitó la voz de la abuela, una voz aguda y con un carraspeo que siempre me llevaba a distraerme pensando en que ojalá se aclarara la garganta tosiendo.

—Pon la espalda recta.

Sonreí.

—He dicho que pongas la espalda recta. A ver esas uñas, ¿las llevas bien pintadas?

Lu cogió mis manos y se las acercó a esos ojos tan azules. Hizo que se colocaba unas gafas que no llevaba.

—Esta vez te has librado. Aunque este color rojo podría ser granate, ¿no? Sería más bonito.

Le solté las manos y le dije que *shhh*. Le apreté la mano.

—A mí no me mandes callar, señorita. Aquí la que manda soy yo. Hombre, ya.

Seguía imitando a la abuela. Lo hacía demasiado bien. Pensé que si se despertaba en ese momento y se asomaba por la puerta y nos oía, dejaría de hablarnos para siempre. Pero no podía hacerlo porque su cerebro había dicho basta. Un basta de esos que no te permiten dudas, ni un ahora voy, ni un ratito más y ya. Un basta del todo.

El médico salió y no nos miró. Parecía que allí la única familia de mi abuela era mi madre. Nosotras le debíamos parecer personas fuera del radar familiar de esa señora que yacía en una cama como cualquier otra señora más. Pensé que pararía, que diría algo. Creo que más bien lo deseé como para que yo supiera que sí éramos su familia. Pero no dijo ni un lo siento, ni un mejorará. Nada. Pasó por delante mirando el móvil que acababa de sacar del bolsillo de la bata y siguió su camino como si allí no hubiera pasado nada. Y creo que tenía razón.

Mi madre nos llamó por teléfono. Yo lo tenía en silencio, no lo oí. Lu sí. Lo cogió y dijo un par de sí, sí, vale, ya vamos. Temía ese momento desde que había entrado por la puerta del hospital. No me gustaban esas habitaciones. Lu se levantó rápido y me dijo vamos. Yo quise

levantarme, pero mis piernas decidieron que allí estaban mucho mejor, que esas sillas que antes había criticado ahora parecían haberse transformado en unas sillas de terciopelo mullidas y acogedoras, unas sillas a punto de abrazarme. Lu ya estaba dentro de la habitación. No me había dado ni tiempo a pensar en si notaría que me estaba entrando ese pánico paralizador que vivía dentro de mí y que ella no entendía, pero sí sabía que existía. Inspiré todo el aire que pude, pero el aire olía a desinfectante y tenía la sensación de que no me cabía más. Entraba muy poco, era como si se me hubieran bloqueado las costillas. Volví a inspirar para que entrara algo más, pero entre costilla y costilla había algo que lo frenaba. Mi móvil vibró. Me llamaba mi madre otra vez. Y pensé en lo absurdo que era que no saliera por la puerta a decirme si necesitaba algo en vez de volver a llamarme. Ella tenía el mismo miedo que yo a esos lugares donde la gente está enferma, triste, donde la muerte se acumula y puede pulular a sus anchas.

Mientras me levantaba, pasó el médico otra vez. Se paró y me preguntó si estaba bien. Yo respondí que sí y él me respondió que no. No escuché más. Abrí los ojos en una camilla que habían colocado al lado de la habitación de mi abuela, en el pasillo. Había una enfermera a mi lado y el médico de antes estaba explicándole algo a mi madre. Algo que yo no podía escuchar. Algo que podía ser aquello de lo que no quería hablar, aquello que ella tanto deseaba. Movía las manos de aquí para allá. Mi madre escuchaba con los brazos cruzados y, de vez en cuando, miraba hacia arriba. En un momento dado, él se puso el índice y el pulgar delante de la cara, como diciéndole que había algo que medía eso. Y eso era muy pequeño. Tan pequeño como un feto, quizá. Me palpitaba la sien, sentía el pulso acelerándose en el cuello y pensé que tal vez aquella enfermera se iba a dar cuenta de que me estaba poniendo nerviosa.

—¿Tienes alergia a algún medicamento?

—No.

—Bien. ¿Algo importante? ¿Intolerancias, alguna operación?

—¿Por qué?

—Por ponerte un poco de suero. Te has desmayado.

—¿Suero? Dame un poco de alcohol y se me pasa. Solo tengo ansiedad.

Se acercó al médico que hablaba con mi madre y él negó con la cabeza. Ella volvió y empezó a preparar algo con unos cables transparentes. Me iba a poner una vía.

—Oye, de verdad, estoy bien.

Lo dije mientras me levantaba. Sentí la espalda mojada. Me bajé la camiseta, estaba húmeda.

—Como quieras.

Cuando me levanté pensé en mi abuela. No sé cómo se debe encontrar una cuando le da un ictus y está completamente sola. Mi madre se acercó y me acarició la frente.

—Ay, hija. Estás sudando.

Asentí y miré hacia otro lado.

—Ya me ha contado el médico todo. Siempre igual en los hospitales... Vaya dos estamos hechas.

Debí girarme muy rápido y mirarla muy asustada porque lo siguiente que hizo fue cogerme de la muñeca, tirar de mí y abrazarme fuerte. Ese abrazo no me reconfortaba. *Hacia tiempo que nuestro piel con piel estaba muy alejado.* Había una especie de electricidad que me pedía que me moviera cuando nuestros espacios vitales se unían más de la cuenta. Ella me abrazaba, pasaba su mano por mi espalda y con la otra me agarraba la nuca. Apretaba y soltaba. Apretaba y me

acariciaba el pelo. Apretaba y volvía a agarrarme de la nuca. No recuerdo el día en el que me convertí en la madre de Lu, pero haberme transformado de hermana a madre me alejó de ser la hija de mi madre.

Sorprendentemente, mi madre no dijo nada sobre mi embarazo. Solo me dijo que entráramos a ver a la abuela.

La habitación estaba a oscuras. La oscuridad espanta a la salud. Lu estaba sentada en un sillón azul de una tela que parecía plástico, pero a saber. Mi madre iba detrás de mí. Creo que pensaba que me iba a caer y podía sentir sus manos intentando hacer de salvavidas, sujetando la nada por si pasaba algo. Miré a mi abuela. No podía distinguir el color de su piel, pero sí podía ver las arrugas del ceño marcadas como si estuviera enfadada, como si aquellos años de vida hubieran sido una completa molestia para ella.

Me acerqué a la ventana, abrí la persiana y entró luz. Creo que a mi abuela le gustó, porque cuando la miré tenía una expresión más relajada. Me acerqué a la cama. Las sábanas eran blancas y tenían una raya azul que podría haber sido un trozo de mar. A ella no le hubiera aliviado. A mí sí. Tenía los dos brazos colocados fuera de la sábana y una mascarilla que le tapaba la nariz y la boca y no me dejaba ver si hasta en ese lugar llevaba los labios pintados de rosa. Si fuera por ella, los llevaría. Levanté la mascarilla. Y no. Sus labios estaban de un color azulado, como si se hubiera ahogado. Me senté en el borde de la cama y me quedé mirando su brazo izquierdo. Tenía la piel casi transparente. Las venas eran pequeñas carreteras finas que recorrían su cuerpo entre lunar y lunar. Su piel podría haber sido papel de seda, de ese papel que utilizábamos en el cole y que se arrugaba con mirarlo. Pasé el dedo índice por su mano y no sentí nada, solo su piel rugosa que a la vez era suave. En esa habitación había mucha nada desconcertada. Una nada que no sabía cuál era su lugar. La nada más vacía, más llena de nada.

—Le ha dado un ictus.

Mi madre lo dijo como quien dice que se va a comprar el pan.

—Le ha dado un ictus y bueno, tenemos que esperar a que se despierte. Dicen que todo irá bien. ¿Vamos un segundo a la entrada?

Llevaba veinte años sin fumar y, aquel día, justamente, le pareció un buen momento para retomar ese vicio que tanto esfuerzo le había costado dejar. Le pidió un cigarro a Lu y ella, divertida, se lo dio. Después le ofreció un porro y a punto estuvo de decir que sí. Encendió el cigarro con el mechero que le acercaba Lu, inhaló y miró al cielo.

—Perdón, papá.

—¿Qué dices, mami?

Lu reía, como siempre. Yo quería irme de allí. Nos sentamos en un banco cerca de un olivo. La entrada de ese hospital era como para quedarse a vivir. Cemento liso, gris, probablemente fresquito en verano si lo pisara descalza. Un cemento rodeado de olivos solitarios, separados por varios metros como para que no pudieran hablar y hubiera el silencio que necesitan las familias cuando tienen que tomar decisiones importantes. Pero mi madre no quería silencio. No le gustaba. Siempre que íbamos a verla, fuera el momento que fuera, encendía la televisión: por la mañana, por la noche, al despertarnos, mientras dormía. A todas horas ruido. A todas horas cubría los silencios que se colaban en la vida de todos. Menos en la suya. En la suya no había espacio para el silencio.

Sentada en aquel banco, mirando recto y de vez en cuando al suelo, nos contó cómo se había

ido su padre. Ella tenía quince años, él cuarenta. Aquella noche, su padre les regaló unas botas llenas de pelo para que fueran a la nieve elegantes. A él, según ella, le gustaba mucho que fueran personas elegantes. Que fueran elegantes para ir al puerto, para ir a misa a pesar de que él se riera de Dios, a los cumpleaños, a la playa, a la nieve, al colegio. A todas partes elegantes. Muy elegantes. Y ella creyó que irían a la nieve, que irían, sobre todo, elegantes. Aquella noche llevaba un vestido rojo con lunares blancos y unas medias granates, según ella a conjunto. Su madre le había dicho muchas veces que el rojo, siendo pelirroja, no le sentaba nada bien y que era mejor vestirse de un color más oscuro para esas fechas porque hacía muy poco que su abuelo los había dejado. Sin embargo, su padre le dijo que era el vestido más bonito que tenía en el armario, que no tenía edad para vestir de luto y, por supuesto, que se había puesto muy elegante. Así, con el vestido rojo, las medias granates y las botas de pelo blancas, despidió a su padre que se fue a trabajar al restaurante donde hacía poco le habían ascendido a jefe de sala. Se fue y no volvió. No volvió nunca más y mi madre nunca fue a la nieve. Lo siguiente que recuerda es a su madre vestida de negro. La recordaba con un vestido hasta los pies con un encaje que le cubría el pecho y el cuello. Recordaba también que les había contado que papá no iba a volver más porque había tenido un accidente con su coche. No recordaba abrazos ni caricias. No le dejaron llorar demasiado. Nunca pudo entender por qué la vida te da esos golpes y ese día se preguntó si en ese coche, en ese accidente, su padre iría vestido tan elegante como le había visto salir de casa la última vez.

Los ojos de mi madre eran verdes, aunque tenían algo azul que confundía. Cuando tenía que hacer descripciones en el colegio, nunca sabía si poner que sus ojos eran verdes o azules. Un profesor me dijo que cómo no iba a saber el color exacto de los ojos de mi madre, que si estaba poco en casa o qué. No supe contestarle. Los ojos de mi madre cambiaban cada día de color, pero, claro, tampoco estaba demasiado en casa. Ese profesor era un desgraciado. Qué tiene que ver el color de los ojos con la presencia de uno en cualquier lugar.

Miré a mi madre. Lloraba en silencio. Un llanto de esos que es mejor no interrumpir. Lloraba y miraba al cielo, al suelo, al cielo, al suelo.

—Yo creo que ya no soy elegante.

Lo dijo con el labio inferior apoyándose en el superior. Me cambié de sitio. Se quedó entre Lu y yo. Les di la mano a las dos.

—Eres muy elegante, mamá.

Lu siempre sabía decir algo agradable. Solía saber el momento justo para soltar un par de palabras que alegraran cualquier situación.

—Sí, eres muy elegante —repetí.

Y le toqué un collar de oro con una piedra azul que llevaba siempre. Cada vez que alguien le decía que era bonito, ella contestaba que sí, que era un zafiro y de los buenos, pero que también llevaba cosas de los chinos. Siempre tenía que dejar claro que era capaz de estar en cualquier mundo, en cualquier circunstancia.

—Mi madre cambió mucho cuando él se fue. Ha sido muy duro. —Lo dijo sin mirarnos. Y creo que lo dijo por ella, por nosotras también.

Nos dio la mano a las dos, como si se sujetara para no caer.

1998

Tengo que estudiar porque mañana hay un examen con esa profesora de matemáticas que tan poco me gusta. Es muy gorda. Y eso no tendría que tener importancia, da igual si eres alto, gordo o flaco, feo o guapo, o eso siempre dice mamá. Pero es que cuando la profe pasa entre mesa y mesa nos tira las hojas al suelo con su cuerpo y yo a veces dudo que sea sin querer, creo que lo hace para molestar y demostrar que ella manda. El otro día le tiró una tiza a un niño que estaba hablando con otro. Eso no pasaba en mi colegio de antes. Nadie tiraba tizas, ni hojas, ni se miraba mal ni se burlaba del acento de los demás. Abro el cuaderno, me pone nerviosa que esté desordenado así que arranco la hoja y empiezo otra vez. Me gusta ordenar cosas. Me gusta ordenar, por ejemplo, los botes de champú del baño de mamá. Ella siempre deja todos, los use o no. Es algo que no entiendo. Si no los usa, ¿por qué los guarda? En su baño hay muchas cosas. Así que cuando me aburro le saco todas las cosas de los armarios y le ordeno todo: tiro lo que está caducado, los botes vacíos, y dejo los que están llenos con la etiqueta mirando hacia delante. Siempre que ve que lo hago me dice que eso lo he heredado de mi padre, que menos mal que he heredado algo bueno. Las matemáticas se me dan mal. A papá se le dan bien. Ojalá hubiera heredado eso. A mí no me gustan los números, no me gustan nada.

Tiro el boli contra el cuaderno y unas gotitas de tinta manchan la hoja. La arranco. Ahora tendré que volver a empezar. Desde que estoy aquí las frases se me aceleran en la cabeza. Antes de que me levante entra Lu en la habitación. Me dice que qué hago y le contesto que estoy intentando estudiar mates pero que no me concentro. Ella me dice que es muy fácil, que a ver. Lu siempre sabe hacer mis deberes antes que yo, pero luego suspende sus asignaturas. A veces pienso que lo hace aposta. Abro la boca para coger aire y debo estar muy fea porque Lu me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces?

—Respirar.

—Pues respira así, normal.

Me enseña que respira normal y yo le digo que no puedo, que algo me aprieta aquí. Le señalo en el pecho y en la tripa, ella me dice que siempre me duele algo, que soy una quejica. Y yo le quiero decir que me siento sola y que a veces tengo miedo, que no me gusta este colegio, ni Roberto, ni esta casa, que tengo muchas ganas de llorar, pero que me aguanto porque me da vergüenza. Mientras estoy pensando en esto, llega el hijo de Roberto. Tiene la misma edad que Lu, se han hecho muy amigos. A mí no me cae bien. Creo que nadie de aquí me cae bien. Juan entra en

la habitación y le pregunta a Lu que si juegan al escondite. Ella responde que claro y me dice que adiós. Su adiós se repite muchas veces, muy rápido en mi cabeza. A veces siento que Lu empieza a odiarme porque cuando no hace los deberes le regaña, porque le recuerdo cada noche que se tiene que lavar los dientes y porque cuando se hace la loca y no se ducha, le digo que tiene que ducharse. Creo que me odia, pero no puede evitar quererme. Sobre todo, me odia cuando le digo que no se ponga tanto Cola Cao en la cuchara porque luego se ahoga, que lleva la falda muy corta y que no me gusta cuando llega Juan y se esconden por la casa porque a veces oigo que chilla y me preocupo. También me odia cuando llamo por teléfono a mamá para decirle que ha hecho algo malo. Eso lo odia con todas sus fuerzas. Siempre me dice que soy una chivata y que ella puede hacer lo que quiera, que yo no le mando. Y yo creo que sí, que por supuesto que puedo mandar porque soy la hermana mayor. El otro día le prohibí ir delante en el coche. Todavía no tiene doce años, no se puede y la policía se puede enfadar. Ella me dijo que yo no era su madre y cuando me voy a la cama, se me repite esa frase en la cabeza muchas veces. Porque es verdad: yo no soy su madre.

Salgo de la habitación para ver si están jugando Juan y ella. A lo mejor si me hago amiga de Juan, Tu deja de odiarme a ratos. Voy en busca de los dos, recorro la casa, pero no los encuentro. Grito varias veces Juan, más veces Lu, pero allí nadie dice nada. Bajo las escaleras hasta un piso que está por debajo de la tierra. Está oscuro. Quiero encontrar a Lu, así que camino despacio, muy cerca de la pared, acariciando el gotelé para no perderme. Siento que hay alguien detrás de mí, pero cuando me giro no hay nadie. Nada. Grito Lu. Grito Juan. Oigo unas risas en la bodega. Camino más rápido por ese pasillo que está húmedo y que huele raro, como cuando Roberto deja las copas de vino por la mitad y se quedan en el salón hasta el día siguiente. Acelero el paso. Cuando estoy a punto de abrir la puerta, oigo que Lu grita déjame en paz, quita. Doy un paso hacia atrás, pero cuando él le dice que se calle, mis pies caminan solos, mi mano abre la puerta y me abalanzo sobre Juan sin saber lo que ha pasado. Él se ríe y me dice quita, quita. Lu está sentada en un sofá de llores con la falda del uniforme medio abierta. Estoy entre los dos, estamos callados. Lu mira al suelo y Juan no lo sé porque no le veo, solo puedo mirar a Lu. Oigo un portazo y me doy cuenta de que nos hemos quedado solas. Me siento a su lado y le pregunto que qué ha pasado y ella me dice que nada, que solo estaban jugando, que siempre me meto en todo. Yo le digo que no está bien que juegue a cosas que le hacen daño y ella me dice que nadie le estaba haciendo daño. Me acerco un poco más, me muevo despacio para que no se vaya hasta que tengo mi hombro pegado al suyo. Le coloco bien la falda e intento abrazar a Lu, que me dice que siempre estropeo todo, que solo estaban jugando. Se aparta y se va.

Me quedo en esa bodega sucia. Hay alguna tela de araña de botella a botella. A mi derecha veo una especie de barra de bar que no sé para qué sirve porque aquí nadie baja nunca. Nadie, nunca.

2018

Aterrizar siempre me había gustado. Lo que más ilusión me hacía desde que era pequeña era cerrar los ojos y adivinar el momento en el que las ruedas tocaban el asfalto. Ahora ya no cerraba los ojos y la mayoría de las veces me olvidaba de ese detalle que tan feliz me había hecho años atrás. Pero ahora que aterrizábamos en Roma para empezar aquel proyecto, me acordé. No cerré los ojos. Miré recto, hacia aquella fila de sillas puestas en el mismo sitio, me quité el cinturón esforzándome en que no sonara el chasquido metálico y disfruté de esa sensación familiar. Aceleró un poco, empezó a descender y, en un punto en el que parecía que flotaba, tocó el suelo y nos levantó sutilmente del asiento y no pude evitar pensar en mi padre. Viajar me hacía recordarlo. Pensé en todas las veces que nos había dicho que nos portáramos bien en el avión, que nos imagináramos que ese lugar era su barco y que no se nos olvidara cómo nos comportábamos cuando él estaba de servicio, en sus indicaciones para saludar a la tripulación de cualquier lugar, en que había que respetar el silencio y no hablar demasiado alto y, por supuesto, en todas las veces en las que nos prohibió con una mirada que nos peleáramos Lu y yo en el mar. También recordé su uniforme blanco, aquel traje perfectamente planchado y lo alto que parecía cuando salía a saludar a los pasajeros que entraban por la escalinata del barco dispuestos a disfrutar del trayecto. Recordé sus caras al ver que el capitán no solo les daba la bienvenida a ellos. También se agachaba para saludarnos a nosotras: se acercaba a nuestro asiento y nos preguntaba que cómo estábamos y las dos contestábamos siempre que bien, aunque nos pellizcáramos los brazos en silencio cuando se iba para pelearnos sin hacer ruido. Encuerdo cómo nos perseguíamos la una a la otra por aquellos pasillos eternos, llenos de camarotes en los que pasaban cosas que nosotras solo podíamos imaginarnos a través del alboroto que hubiera detrás de las paredes, o cómo Lu me aguantaba un pie con sus manos para que pudiera asomarme a la escotilla y ver el amanecer. Ojalá pudiese verle ahora en el puerto, asomarme por esta ventana y encontrarle entre estas nubes moviendo los brazos con aspavientos divertidos. Cuando era pequeña siempre pensaba que, si mi padre hubiera sido piloto en vez de marino, por lo menos su trabajo podría haberle traído a Madrid en vez de obligarle a quedarse cerca del mar.

En cuanto el avión tocó el suelo, Amanda encendió su móvil, llamó a alguien y habló en un italiano perfecto. Diego, que iba al lado de Amanda, adelantó el cuerpo y me miró levantando las cejas. Yo sonreí y le hice un gesto con la mano para que parara. Colgó y nos miró.

—¿Risitas?

No pude evitar volver a reírme.

—Anda que... El rodaje que me espera. A ver, la furgoneta está esperando así que vamos rapidito.

Se fue a levantar antes de que el avión parara. Agarré a Amanda de la muñeca y tiré de ella. Ella se sentó y se rindió. Diego ya no me miraba. Tampoco miraba a Amanda. Solía estar así, mirando a algún lugar que nosotras no veíamos.

Diego puso un pie en mi vida el mismo día en el que yo empecé mi primer rodaje, con veintitrés. Supongo que formar parte del principio de algo tan importante debió anclarlo en mi vida. No sé si para siempre o hasta cuándo, pero por una cosa o por otra, estábamos en el mismo camino. Desde hacía ocho años, Diego aparecía de forma intermitente. A veces pensaba que nos conocíamos y otras veces me daba cuenta de que era un extraño para mí. Entendernos con una mirada formaba parte de nuestro trabajo, no era nada excepcional. Lo raro era que cuando salíamos del set no nos entendíamos nada, pero nos mirábamos mucho más.

Salimos del avión y seguimos a Amanda, que se perdía entre toda aquella gente que creía que por llegar antes iba a conseguir su maleta mucho más rápido que el resto. En el único sitio del mundo en el que yo era paciente era en los aeropuertos. Había aprendido que no ganaba nada por correr más que los demás. Todo llega en el momento en el que tiene que llegar. O no. Como ese minúsculo ser o no ser que había entrado en mi vida sin avisar, que se había ido a no sé dónde, que no había llegado en el momento adecuado o, por lo menos, no en el momento que yo esperaba. Pero ahora ya no estaba ahí. Suspiré. Me paré y me toqué la camiseta justo a la altura del ombligo. Bajé la mano despacio para comprobar que todo seguía siendo del mismo tamaño y algo subió por mi garganta hasta hacerme abrir la boca. Me tapé rápido. Diego se giró.

—¡Venga!

Miró hacia arriba y siguió caminando. Nunca iba a decirlo en voz alta, nunca, pero a veces tenía ganas de abrazarme a su espalda. Era una espalda nueva, una que, al girarse, me escuchaba y me entendía. Una espalda cómoda, generosa y paciente, detallista. Una con la que brindar con vino tinto por lo bien que había salido el rodaje, pero también una espalda que se alegrara por los rodajes que eran solo míos. Una capaz de entender lo que yo misma no comprendía, a la que contarle aquel secreto que me había complicado los días. Tenía ganas de ir, darle unos golpecitos como nos enseñaron en el colegio cuando bailábamos chachachá y jugábamos a te llamo y me voy, me llamas y vuelvo. Darle unos golpes cuidadosos, flojos, llenos de sinceridad, unos golpes que gritan ayuda sin llamar mucho la atención. Quería ir y contarle mis dudas como hice en aquel primer rodaje donde él me salvó de equivocarme muchas veces y yo me equivoqué muchas veces por distraerme en sus ojos grises y con su espalda.

Llegamos al hotel a las 8.00 h de la mañana. Amanda nos pidió que dejáramos las maletas y bajáramos a desayunar para comentarnos los horarios cuanto antes. Cuando entré en el restaurante, se acercó a mí con un plato en la mano. Cogí los dos lados de mi gabardina y los crucé. Era larga hasta los pies, pero tan ancha que si no la apretaba contra mi cuerpo no me abrigaba nada.

—Toma, anda. Come algo que estás en los huesos.

—Tú siempre tan amable.

—Si lo digo por tu bien.

Lo primero que vi en ese desayuno fue un cocinero con una plancha y, delante de la plancha, varios recipientes con pimiento rojo, verde, amarillo, jamón york, champiñones y un montón de opciones para elegir cómo querías los huevos por la mañana. Demasiadas decisiones para ser tan

pronto. Amanda se adelantó y pidió unos poco hechos sin nada más que huevos. Sencillo, rápido, práctico. Cuando el cocinero vertió aquel revuelto en el plato, vi un poco de clara blanquecina casi transparente moviéndose como si fuera gelatina. Arcada. Una arcada incontrolable. Me tapé la boca y miré hacia otro lado para que Amanda pensara que había sido cualquier otra persona.

Todo mi cuerpo se erizó. Cada centímetro de piel se contrajo. Amanda lo vio y yo vi cómo lo vio.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ¿por qué?

—¿Acabas de tener una arcada?

—No, no, para nada.

—¿Tienes frío?

—No, Amanda, no tengo frío. No estoy en los huesos, no estoy pálida, no estoy nada de eso.

Déjalo ya, estoy bien.

—Si tienes que contarme algo es mejor que lo hagas ahora que es el principio.

—¿Contar qué?

Diego nos interrumpió.

—Nada, tonterías.

—Ya, siempre con tonterías. Pregunta: ¿nos da tiempo a una siesta? —dijo Diego mientras sonreía a Amanda.

Amanda se fue hacia la mesa. Nunca respondía preguntas absurdas. Yo me quedé allí con él, sin hablar. Tampoco hacía falta. No iba a contarle que esas náuseas volvían a despertar todos mis miedos y él tampoco querría escucharlo. Era una conversación que sencillamente no tenía que existir, como muchas otras cosas que habíamos evitado.

Subí a mi habitación antes de terminarme el desayuno, salí de allí bajo la mirada atenta de Amanda que cortaba su plátano en rodajas con cuchillo y tenedor. Cerré la puerta, solté la maleta, tecleé la clave de un *wifi* eterno y en favoritos pulsé en Almu. No tardó en cogerlo. En la pantalla de mi iPhone apareció su cara y gritó hola Oli, hola Oli, hola Oli con ese tono absurdo que ponía cuando llevaba muchos días sin cogerle el teléfono. Tenía la piel tostada y los mofletes y los labios muy rojos, el pelo le caía a los lados y no podía ver el final. Detrás de ella había una palmera y conseguí distinguir un trozo de mar. Hacía un año y medio que Almu se había ido a vivir a Fuerteventura, una isla lo suficientemente lejos para vernos poco y tan cerca como para no echarnos tanto de menos. La distancia tiene mucho peso en el corazón. Había montado una casa en la que organizaba retiros para mujeres, se daban clases de yoga, meditación, alimentación vegana y distintas actividades con nombres raros que yo siempre olvidaba. Alargó el brazo para enseñarme las vistas. ¿Ves eso de allí, al lado de la piscina? Pues allí mismo ponemos las esterillas y todas a hacer saludos al sol cada mañana. ¿Y ves esa ventana? Es la cocina, justo detrás de ella hacemos *açaí*, *pancakes* de avena y unos *smoothies* riquísimos para desayunar. Ya sé que te aburre todo esto, pero es que si lo probaras, aunque fuera una vez, sé que te encantaría. ¿Tienes que venir! ¿Cuándo vas a venir? Ven pronto, Oli, te lo ruego. ¿Oye, y qué tal Mario? Espero que riegue las plantas ahora que no estás. Si estuviera yo iría a regarlas, ya lo sabes. ¿Y tu madre? ¿Está bien? Tengo que llamarla. Oye y cuéntame, ¿qué tal el rodaje? ¿Pinta bien? ¿Está Diego por allí? Y así era Almu, casi hablaba sola, y aunque muchas veces había conseguido sacarme de quicio, ahora agradecía que no se parara a escucharme porque sería casi imposible

ocultarle algo a ella.

Colgué mientras me lanzaba besos y daba vueltas sobre sí misma para enseñarme el lugar donde se había encontrado, el que de verdad la hacía feliz. Tiré el iPhone en la cama, me tumbé, miré al techo. Volví a levantarme, saqué la cartera de mi bolso, cogí el blíster de pastillas, lo estrujé y me tomé un Rivotril.

12

1998

Me despierto y todas esas personas que van con nosotras en el avión ya están de pie cogiendo sus maletas. Entre que soy bajita y estoy sentada, me siento muy pequeña. En los aviones siempre me duermo. Me siento como antes cuando iba corriendo a la cama de mamá y, cuando papá estaba navegando, me dejaba meterme y acurrucarme cerca de su espalda. En los aviones me entra el mismo sueño, igual de rápido. Despierto a Lu, que está tan dormida como yo. Abre un ojo, mira hacia mi cadera y me dice que no me he puesto el cinturón. Y yo le digo que ya, que siempre hago eso porque me gusta ver cómo la azafata no se da cuenta y le tomo el pelo. Lu se ríe y me dice la próxima vez lo pienso hacer.

La azafata nos acompaña por el aeropuerto. Lu camina despacio porque dice que así parece una niña mayor, cree que los demás piensan que va ella sola. Camina y se coge esa cosa roja que nos han colgado del cuello para que todos sepan que viajamos solas, sin papá ni mamá, y se la mete debajo de la camiseta. Me acerco a ella y le digo que parece mayor y ella me dice que ya lo sabe.

Cuando salimos por la puerta, la abuela nos está esperando. Nos da dos besos a cada una y camina hacia la salida. Nosotras vamos detrás. La abuela siempre va muy recta. Es alta, tiene las piernas largas y, como tiene el pelo corto como un chico, siempre me fijo en que lleva el cuello superestirado. Yo me cansaría de ir tan recta seguro. Lu se acerca y le da la mano. Y ella se la da, pero al cabo de unos segundos la suelta para ver si encuentra una cosa en su bolso.

Para llegar al coche tenemos que pasar por dos cintas de esas en las que vas de pie y te llevan. Tendría que haber eso por todas partes, así no tendríamos que hacer esfuerzos y nos cansaríamos menos. Muchas veces lo hablo con Lu y ella me dice que pondría una cinta desde su cama al baño porque cuando tiene pis le da mucha pereza levantarse. Nos subimos a las cintas y jugamos a quedarnos inmóviles. La abuela nos pregunta si queremos ir a comer y nosotras no contestamos porque si nos movemos podemos perder. Lu está con las manos en la cabeza y las piernas abiertas. Yo con la pierna derecha levantada y la mano izquierda hacia arriba. La abuela no entiende nada y dice niñas, escuchadme, pero no podemos movernos o perderemos. En ese momento, mientras estamos quietas y tenemos los ojos clavados la una en la otra, por el lado izquierdo, justo por la otra cinta, me parece ver a papá. Me muevo, me giro rápido pero solo veo a un hombre con un traje de pana color marrón. Creo que papá no viste así, me he confundido. Aunque a lo mejor es un traje nuevo. Ya no sé lo que se compra papá ni él sabe lo que me compra mamá. Intento correr mientras Lu me grita que he perdido y la abuela que a dónde voy. Corro, pero hay una familia con

muchas maletas y no puedo pasar.

—Perdone, quiero pasar, por favor.

—Hija, espera que ya llegamos. Menuda impaciencia.

Yo me giro y sigo viendo a ese que puede ser papá quieto en la cinta. Lleva una maleta pequeña de color azul y si estuviera más cerca podría ver las iniciales que siempre lleva: TSQ. Te sigo queriendo. Como si a veces dejara de hacerlo o como si fuera una advertencia de que puede dejar de hacerlo. Pero desde aquí no las veo.

—Quiero pasar.

Y no se mueven. Me entran ganas de subir por encima de sus maletas y empujarlos, pero eso está mal. Delante de la abuela no puedo portarme mal porque se enfada mucho. Se estira más de lo que ya suele estar, mira recto y claro, cuando mira recto no me ve porque yo no estoy a la altura de sus ojos. A veces siento que no conozco a la abuela. Lo único que hace es regañarnos cada vez que nos ve, como aquella Navidad en la que Lu y yo queríamos llevar los carritos de bebé con nuestras muñecas a su casa. Recuerdo que la abuela abrió la puerta, nos miró a Lu y a mí, después a mamá, dijo que no con la cabeza y se fue a la cocina a seguir con aquel cordero al horno que tan poco me gusta. Cuando pusimos a las muñecas encima de la mesa, la abuela se enfadó. Se sentó a la mesa, la servilleta encima de sus rodillas, las manos apoyadas con delicadeza, levantó la barbilla y le dijo a mamá que siempre nos consentía todo y que éramos unas malcriadas. No comimos el cordero y menos mal.

Llega el final de la primera cinta y salgo corriendo, me voy a la otra en dirección contraria y corro, corro mucho. Me cruzo con Lu y la abuela que no sé si me dicen algo porque no tengo tiempo para pararme y verlas. Corro todo lo que puedo, tanto como cuando corro en la clase de gimnasia del colegio nuevo para que todos vean que, aunque acabo de llegar, soy muy rápida.

Cuando pongo un pie fuera de la cinta, todavía veo a ese señor caminar hacia la puerta corredera del aeropuerto. Creo que no es papá porque él siempre tiene trabajo en el barco, no suele ir mucho en avión, pero quiero ver si es o no. Voy a salir de la cinta y pasa un señor con un montón de carritos en fila. Casi me caigo. Me pongo de puntillas y consigo frenar. Salgo de la cinta y me quedo allí, acorralada, igual que cuando la abuela pasa la fregona y no nos deja movernos. El señor entra en el aeropuerto, se mueve parecido a papá. No sé a dónde va a ir, quiero que me espere. Grito papá. Grito papá muchas veces. Papá, papá, papá. No me oye. En ese aeropuerto siempre hay mucha gente. Hay muchas personas rubias como papá, personas que parece que están perdidas y que llevan chanclas y debajo calcetines, casi siempre blancos. El señor con los carritos se va y, por fin, puedo avanzar. Me meto en el aeropuerto y no le veo. No está por la derecha ni por la izquierda. Tampoco en la cola de facturación que tengo en frente.

Alguien me coge del brazo con fuerza y me giro rápido. La abuela me mira muy enfadada, arruga la frente y las cejas casi se le juntan. Cuando quiere sí sabe mirarme a los ojos y podría decirle que me parece mal, que es más fácil que me mire siempre porque así entiendo que está enfadada, pero no lo hago. Ni lo haré. Lu está detrás tapándose la boca para no reírse.

—Era papá.

—Anda, deja de decir tonterías.

—Te he ganado.

Lu sonrío.

—Lu, era papi.

—¡Te he ganado!

Cojo a Lu del brazo y le aprieto. Se lo estrujo porque me da rabia que no entienda que papá acaba de pasar por delante de nosotras y podríamos haberle dicho que hola, que dónde suele estar cada vez que no llama.

—¡Ay!

Lu quita el brazo y me llama tonta.

—Era papá.

La abuela dice que nos vamos y yo no me quiero ir. Quiero ir a buscarle y decirle que a mí no me gustan los churros, pero que si quiere le acompaño a tomar unos. Me gusta ver cómo se los come porque le gustan mucho y le chorrea chocolate por la barbilla. Cuando le pasa eso, coge una servilleta y se limpia rápido dando golpecitos. Yo me limpiaría de una pasada, no daría golpecitos, pero tampoco se lo digo nunca. Solo le miro y me río porque es gracioso que se limpie tan mal siendo mayor. Nos damos la vuelta para irnos. Estoy a punto de llorar. El aeropuerto da mucha pena. Aunque me da más pena el puerto porque en Madrid no hay, allí papá no puede llegar. En el aeropuerto y en el puerto la gente se despide, se abraza fuerte. Nosotras no nos despedimos de papá cuando nos fuimos de la isla. No tuvimos la ocasión porque se pelearon mamá y él cuando se enteró de que nos íbamos y dijo que iba a dejar de pasar la pensión. Nosotras no sabemos lo que es eso. Debe ser como los hoteles, un sitio para dormir. A lo mejor papá paga la casa en la que vivimos en Madrid y a eso le llaman pensión. Pues podría haber elegido otra o por lo menos una que estuviera en nuestra isla.

Cuando nos volvemos a subir a la cinta, escucho su voz. No puede ser. Tiene que ser él. Me acerco, tiro de su chaqueta y, cuando se gira, veo sus ojos.

—¡Pero bueno, princesa!

Me abrazo fuerte a su cadera. La chaqueta huele a casa. Huele a cuando se va de viaje, no a cuando vuelve. Huele a fresquito, a Lu y a mamá, a los domingos en los que paseamos hasta el quiosco y él compra el periódico y a nosotras nos compra un huevo Kinder. Huele a playa, al mar, a su café de por las mañanas y eso me recuerda aquel zumo de naranja y zanahoria que nos hacía mamá. Le abrazo muy fuerte y a mi abrazo se une Lu. No nos queremos mover. Yo le aprieto más porque así seguro que no se irá.

—A ver, dejad que os vea.

Nos coge de los hombros. Miro a Lu y veo que ya casi me mira desde arriba. No sé en qué momento Lu ha empezado a ser más alta que yo.

—Pero qué guapas estáis.

Le quiero preguntar que por qué no nos ha llamado, que si nos echa de menos y decirle que quiero volver a casa, que esa otra casa no me gusta. Ni la ciudad donde no hay mar, ni puerto, ni barcos, ni un colegio divertido. Quiero decírselo, pero no me sale. Miro hacia su maleta y veo que sigue llevando esas letras. La abuela se pone delante de nosotras y le saluda con dos besos que no rozan sus mejillas.

—Hola, Javier.

Lo dice con el tono ese de cuando no le apetece hacer algo. Mamá lo llama altivo, dice que parece que te habla como desde arriba. Y es verdad. No ha sonado muy bien.

—Hola, Belén.

Papi, ¿podemos ir a tomar churros?

Eso lo pregunta Lu y yo me asusto, parece que me ha leído el pensamiento.

Niñas, tenemos que irnos.

La abuela tiene el don del aburrimiento. Cada vez que hacemos algo que nos gusta, nos interrumpe para decir que hay que lavarse los dientes, que hay que dormir, que hay que estudiar, que no se puede ver tanto la tele o que basta de jugar. Hace mucho que no veo a papá y no quiero que se vaya, y se lo quiero decir, pero no sé cómo hacerlo.

—Queremos estar con papá.

Lu lo dice por mí y a mí me entran ganas de abrazarla fuerte y decirle que es muy lista y que ojalá algún día yo sea tan clara como ella porque así si quiero comer churros, comeré churros.

—Otro día, venga.

Eso lo dice la abuela, papá no dice nada. Creo que está apretando los dientes porque se le tensa la mandíbula y ya no sonrío.

—Otro día, sí.

Papá nos da un abrazo fuerte y un beso a cada una. No me quiero ir. Quiero quedarme allí y darle la mano, pedirle que me deje su gorra y que Lu me la quite. Quiero subirme en su coche y que vaya rápido, que me diga que vamos a ver cuánto corre esto y yo me agarre rápido a cualquier sitio que pille. Quiero subirme a su coche y oler a lavanda. Quiero ver que en su mesita de noche sigue guardando el dibujo que le hice de nosotros agarrados de las manos.

Caminamos por la cinta porque la abuela ha dicho que vayamos rápido. Qué sentido tiene caminar por una cinta que te lleva. Tengo una abuela rara. Me giro y papá levanta el brazo como cuando está en el puerto. Nos tira un beso. Lo quiero coger. Le echo tanto de menos que quiero tirarme al suelo y llorar, pegar patadas y decirle a la abuela que no entiendo que sea tan rancia y aburrida, que quién es ella para decidir si nos quedamos con papá, que papá siempre mandaba por encima de la abuela y que ahora no entiendo por qué es ella la que decide que no podemos tomar churros. Y sobre todo, que no entiendo por qué no podemos tomar churros con papá si es papá.

13

2018

Las ciudades son románticas cuando estamos enamorados. No conozco a nadie que haya ido a París en pleno desamor y haya vuelto contando que es la ciudad del amor, que allí sintió cosas diferentes, nuevas, bonitas. Cuando el corazón se rompe, está roto en cualquier sitio al que vamos. El corazón está roto en la cocina, en el salón, en el coche, sobre todo en el coche, cuando duermes y cuando te despiertas. El corazón se rompe en trocitos. Se rompe al lado del pecho, en el lado izquierdo. Se rompe entre las costillas. En tu forma de mirar las cosas, en tus pensamientos, en tus recuerdos y se hace fuerte la nostalgia que viene a saludar, casi cada día, para recordarte que aquello que viviste es más bonito todavía. Porque cuando se va, cuando no vuelve, cobra una belleza distinta. Más poderosa, más inquietante, más atrayente. No hay una ciudad del desamor. Nadie dice me voy a ir a Sídney que es la ciudad del desamor, me voy a ir a Bali que es la ciudad de los corazones rotos. No existen. Y no existen porque nadie querría ir. Nadie quiere viajar al desamor.

Aquel martes estuvimos todo el día recorriendo Roma. Nos dividimos en motos, unas Vespas que invitaban a viajar y no a trabajar. Yo me subí con Amanda. Agarrarme a otra espalda no era buena idea. Pasamos por la Fontana di Trevi, por el Coliseo, por la Piazza Navona y, por supuesto, por la Basílica de San Pedro en el Vaticano. Un vistazo rápido a todo para hacernos a la idea de los lugares más concurridos, más populares. Pero no era eso lo que buscábamos. Queríamos encontrar calles estrechas con macetas colgadas de sus fachadas, ventanas viejas, persianas de colores, callejuelas que guardaran secretos, esquinas en las que esconderse. Buscábamos lugares distintos que nos ayudaran a explicar la tristeza de nuestra protagonista. Aquel día no encontramos lo que estábamos buscando. Llegamos al hotel exhaustos, algo decepcionados.

Caminaba por el pasillo hasta mi habitación, cuando Diego me cogió de la muñeca. Al girarme, me encontré con sus ojos grises.

—Qué susto, Diego.

—Siempre con tus sustos. A ver si espabilas —me acarició la mejilla—. Oye, encontraremos la solución a todo esto. Ya lo verás.

—¿A qué?

—¿Cómo que a qué? A las localizaciones, a qué va a ser.

—Ah, sí.

Siempre esperaba algo más de Diego.

Esperaba que me explicara sus ausencias, que pudiera darme una razón para que todo aquello nunca fuera lo que quisimos. Pero Diego no hablaba, no era capaz de soltar ni una palabra que estuviera cerca de sus sentimientos.

Nos sentamos a cenar en la terraza del hotel. Estaba iluminada con bolas de luces colocadas entre las plantas y los árboles que había por todas partes. Era abril y habíamos tenido suerte con el tiempo. Ni frío, ni calor. Ese tiempo que querrías meter en una cajita para sacarlo de vez en cuando y que te alegre los días en los que está un poco hostil. El equipo se fue a la cama, excepto Amanda, que se sentó a mi lado.

—¿Cenamos algo?

Abrí la carta para ver si había alguna cosa que no me volviera a dejar en evidencia. Últimamente todo lo que estaba un poco crudo me atravesaba el estómago. Pedí una *pizza* cuatro quesos al camarero se acercó, me enseñó la *pizza* como si fuera un premio al que idolatrar y me puso la cena delante. Olí el queso y me tapé la boca. Aguanté el aire, pero era imposible que me quedara así.

—¿Estás bien, Oli?

—Sí, claro.

Cogí el cuchillo y el tenedor y empecé a partir la *pizza* en trozos. Primero grandes, luego los grandes los partí por la mitad, después hice otra mitad y así, como pude, fui comiéndome los trozos que tenían menos roquefort y desordené el plato como cuando era pequeña y no quería comerme el pescado. Amanda fue cogiendo los trozos que dejaba, sin decir nada.

—¿Puedo contarte algo?

Me lo dijo mirándome a los ojos con intensidad. Clavó sus ojos negros en los míos y sentí que, si seguía haciéndolo así, me adivinaría. Miré hacia otro lado.

—¿Puedo o no?

—Claro, cuéntame.

—Bien. Espera, vamos a pedirle al camarero que quite esto de aquí. ¿Quieres postre?

—No, gracias.

El camarero se acercó y nos ofreció unos chupitos de *limoncello*. Le miré y le dije que no. Amanda dijo que sí, que trajera dos bien puestos.

—¡Vamos a brindar por el rodaje!

—Bueno, como veas.

El limoncello olía fuerte, pero bien. Ese líquido amarillo me había traído muchas alegrías. Amanda levantó su chupito, levanté el mío, brindamos y, justo cuando iba a beber, sonó mi móvil. Dejé el vaso y busqué en el bolso hasta que lo encontré.

—Perdona, es Mario.

Me levanté y caminé hacia ninguna parte. La voz de Mario sonaba tan dulce como todas las mañanas en las que nos despertábamos y no teníamos que madrugar, en las que podíamos dar vueltas entre las sábanas hasta que nos cansáramos de estar en horizontal.

—Hola, amor.

—Hola —le contesté en voz baja pensando en si Diego podría pasar por allí.

—¿Qué tal estáis?

—Bien. Estoy cenando con Amanda. ¿Y tú?

—¡Muy bien! Con ganas de verte. ¿Cuándo vuelves?

—Mañana. ¿Estarás en casa?

—Claro, aquí te espero. ¿Has hablado con tu madre?

—Sí, todo sigue igual, no hay noticias nuevas. Te tengo que dejar, estoy cenando con Amanda.

—Vale. Oye, mi madre está aquí y te manda un beso, dice que te echa de menos.

—Ay, dile que yo también.

Cuando volví a la mesa, ya no estaba el limoncello.

—Olivia. Te pasa algo, lo sé. Quiero que me escuches, antes de nada.

No pude responder. Me cogió de la mano y me acarició. Era raro en Amanda. Ella era más de dar golpes en la espalda, un codazo o silbar para celebrar algo que estaba bien. Contuve la respiración mientras pensaba qué contestar. Podía decirle que se equivocaba, que no era verdad, que de dónde había sacado semejante estupidez. Pero Amanda todavía no había dicho nada. A lo mejor sabía lo de Diego. Sí, debía ser eso. Y tampoco era tan grave. Éramos jóvenes, hacía muchos años. Además, a ella no debía importarle lo que yo hiciera con mi vida personal y mucho menos en el pasado. Y de pronto los fantasmas. Amanda me iba a echar. Amanda sabía que podía estar embarazada y me iba a mandar a mi casa. No podía perder ese proyecto. Amanda lo sabía. Mientras yo bailaba entre mis fantasmas, el camarero nos volvió a interrumpir.

—¿Van a pedir algo más?

—No, muchas gracias. La cuenta, por favor.

—Sigo, que no me escuchas, Olivia.

Me costó ordenar todas sus frases. Caían sobre mí como si fueran piedras, losas que tiraban de mí hacia abajo ignorando por completo la fuerza de la gravedad. Que si había estado años buscando un bebé, años de pruebas, hormonas, hospitales, años de llorar desconsoladamente cada vez que le venía la regla o sentía cualquier tipo de dolor de ovarios, años de decepciones, de salas de espera, de ecografías vacías. Yo no podía interrumpirla. Hablaba rápido para contarme algo que estaba a punto de llegar y que yo no vi venir. Me quedé embarazada y, a los cinco meses, tuve que parir un bebé muerto. Lo dijo así. Así tal cual. Me quedé embarazada y, a los cinco meses, tuve que parir un bebé muerto. Lloró. Me soltó la mano y se tapó la cara con los codos apoyados en la mesa. Lloró desconsolada, pero sin hacer ruido. No tenía respuestas para todos esos sentimientos huérfanos, no sabía cómo podía ayudar a alguien que había acumulado tanto dolor en su vida. Parir un bebé muerto. La vida está loca. La vida tiene rincones oscuros, agujeros negros. Parir un bebé muerto. No es justo que exista la posibilidad de parir un bebé muerto.

Nadie nos ha preparado para tomar decisiones como la que yo había querido tomar cuando pensé que estaba embarazada. Y, en ese momento en el que Amanda me contaba su experiencia, deseé con todas mis fuerzas que me hubieran enseñado. Porque lo único que sí me habían enseñado era a sentirme culpable y justo ahí, en esa ciudad extraña, en esa ciudad que gritaba amor al revés, sentí la culpa más que nunca.

Antes de subir a mi habitación, pensé en buscar una farmacia que estuviera abierta a esas horas, en comprarme un test, volver a enfrentarme a mi futuro, a mis bragas por las rodillas, a ese aparato de plástico mojándose con una parte de mí que podía dibujar una raya de más otra vez. Pensé en la certidumbre, en la paz que te da saber la verdad, aunque eso signifique el principio de un camino difícil. Pero no fui. No hacía falta. El cuerpo lo sabe todo. Subí a la habitación, cerré la puerta y me senté en el suelo. Allí pensé en Amanda, en la injusticia de las decisiones de la naturaleza y en la que quería tomar yo.

La lista de *Spotify* que tenía compartida con Almu se llamaba «aguacate y limón». Le cambió el nombre a la anterior un fin de semana que nos dio por disfrazar la comida y la cena de desayunos y nos pasamos dos días enteros comiendo tostadas con aguacate y limón. Antes del maratón de aguacate, Almu dijo pruébalo, por favor, te juro que te va a encantar, a lo que yo respondí que no seas pesada, déjame tranquila. Los sabores nuevos nunca han tenido mucho hueco en mi paladar. Se jugó una cena en Amargo a que me gustaba y yo me aposté dos cenas a que no. Le di al *play* y sonó Devendrá y su *Quédate luna*. Doblé la almohada, me quité los calcetines, abrí WhatsApp y busqué la conversación con Almu.

Escribí:

Estás ahí?

Oliiii
Qué tal el primer día?
[icono corazón, icono cámara].

Regular
Hemos ido a buscar localizaciones
y nada
No hemos encontrado lo que
buscábamos
Pero bueno, bien. Tú?

Yo genial!
Por qué escribes y borras todo el
rato? Me estás poniendo nerviosa

Jajaja
Ay, yo que sé, se habrá quedado
tonto el móvil

Ya
Qué pasa?
[icono triste, icono triste,
icono corazón azul].
Otra vez!!! Deja de hacerlo

No pasa nada
[icono corazón rosa con flecha].
Es que Amanda, la de producción,
me ha contado una historia que me ha
dejado un poco tocada

Y eso?

Almu me envía una foto del amanecer, veo la piscina infinita y justo detrás el mar.

Guau!

No te despistes, sigue

Me lo pones difícil con ese
amanecer

Bueno, que Amanda me ha
contado que tuvo que parir un bebé
muerto y joder, me ha parecido tan
triste que estoy rara

Vaya
Sí que es triste
Pero todo pasa por algo

Ya
Supongo que sí
Te dejo
[icono aguacate].

Vale, llámame si sigues triste

Almu

Dime

Oye, te da miedo no poder tener
hijos?

No
Ay, Oli, estás rarísima. Tienes
miedo tú?

No, no
No sé, es que nunca lo hablamos

Estás muy tonta

Ya. Venga, te dejo que tengo
curro, mua!

Quando bloqueé el iPhone sonaba *El equilibrio es imposible* y escuchar la voz de Iván Ferreiro me acogió en esa tristeza que a veces es necesaria.

1998

Salgo por la puerta de cristal que da al patio, detrás de Almu y Elena. Las dos caminan dando saltitos y se les mueve la falda del uniforme. Estamos contentas porque ha salido el sol, no paraba de llover desde hace cinco días. La lluvia me entristece. Y parece que a ellas también. Almu y Elena son mis nuevas amigas. Almu tiene el pelo muy largo, casi por la cadera. Lo tiene liso y, por delante, tiene algunas capas más cortas que le caen cerca de la barbilla. Yo siempre quiero tener el pelo así, pero mamá dice que con mi pelo rizado me va a quedar fatal. Y siempre pienso que no es rizado como el suyo, es ondulado. A lo mejor a mí sí que me quedaría bien. Elena lo tiene rubio. Almu a veces le dice que no es rubia, que se hace mechas. Yo creo que no se hace porque somos muy pequeñas para hacernos mechas, pero teniendo en cuenta que se pintan los labios, quién sabe. Yo todo esto no lo digo. Acabo de llegar a este colegio y con lo que me ha costado hacer estas dos amigas, no pienso perderlas.

Llegamos al banco donde nos solemos sentar en el recreo. Está cerca del baño. Veo que hay cola, como siempre. Me pregunto por qué en el baño de las chicas siempre hay cola y en el de los chicos no. Nos sentamos y nos bajamos los calcetines para que se nos calienten las piernas. Unos niños pasan por delante de nosotras y todos miran a Almu. Hila se mueve el pelo hacia un lado y nos mira a nosotras. A ellos no se les pueden calentar las piernas porque llevan pantalones largos. A mí me gustaría llevar pantalones, pero a la abuela se le pararía el corazón si me viera con los pantalones de los chicos. A ella le gusta que seamos señoritas y así nos lo dice siempre que vamos a su casa. Cada vez me gusta menos ir a su casa. Hay un bicho bola que se acerca a mi mano. La dejo quieta para ver si se atreve a subir. Es el único bicho que no me da asco. Me gusta cuando se hace una bolita. Creo que tiene un miedo parecido al mío. Yo no puedo hacerme bolita en cualquier sitio. Cuando está a punto de subirse a mi mano, oigo la voz de Lu que grita desde alguna parte del recreo que no puedo ver. Me levanto rápido y salgo corriendo. Creo que Almu y Elena vienen detrás de mí. Veo a Lu apoyada en una de las ventanas de las clases de los mayores y grita a una profesora que no conozco, pero que sé que es su profesora porque me lo ha contado. Según ella, no la soporta porque dice que le tiene manía. Lu me ve, cruza los brazos y dice la que faltaba.

—¿Qué pasa, Lu?

—Nada.

Miro a la profesora y me dice que es mejor que nos vayamos. Miro a Almu y a Elena para que se vayan, pero no se mueven.

—Es mi hermana, quiero saber lo que ha pasado.

—Muy bien, señorita. Su hermana ha decidido tirar una mesa al suelo porque no ha querido contestar a una pregunta de doña Amelia, su profesora de inglés.

—¡No es verdad!

Lu grita y da patadas al suelo. El polvo nos mancha los mocasines. No me extrañaría nada que Lu gritara a una profesora porque a mí me grita mucho, pero dudo que haya tirado una mesa al suelo. Eso Lu nunca lo hace.

—Lu, mírame a mí. ¿Has hecho eso?

—No, Olí. Me tienen manía en este colegio. Quiero irme a casa.

—Ni casa, ni *cusu*. Ahora mismo le voy a poner un parte a esta señorita que no deja de gritar y montar numeritos inaceptables.

—¿Puedo hablar con ella a solas?

—Pero bueno, solo faltaría. Se va a su clase ahora y nos deja tranquilas. A ver si se va a creer usted que es su madre. ¡Lo que me faltaba por oír!

Lu me mira con esos ojos azules que me piden auxilio y no puedo hacer nada, no quiero portarme mal ni que me pongan un parte a mí. Me gustaría tener poderes, parar el tiempo y decirle a Lu al oído que esa señora es una estúpida, que huele a huevo pasado y que no tiene razón. Pero, claro, eso no se puede hacer. Encojo los hombros y le digo a Lu que nos vemos en casa. Ella me dice que nos vemos en el coche, que a ver si me creo que va a ir andando.

Cuando volvemos al banco, Almu y Elena se sientan un poco más alejadas de mí justo antes de que suene el timbre, se acerca una de esas niñas que me caen tan mal. Se llama Clara y siempre me mira como si fuera más alta que yo, aunque no lo es. Les saluda a ellas, a mí no. Antes de irse para un segundo, me mira y me dice demasiado alto:

—Tu hermana está loca.

Almu y Elena se levantan y se van con ella.

En el coche Lu no habla. Es raro que no lo haga.

—¿Te han puesto el parte?

—Sí.

—Lo de la manía es injusto.

—Ya.

—¿Tiraste la mesa?

—Sí.

—Vaya.

—Odio este colegio, pero no se lo digas a mamá.

Al llegar a casa, marco el teléfono de mamá varias veces y en ninguna de ellas lo coge. Muevo la antena, pero ni así. Estoy escondida en la lavandería porque sé que Lu nunca me encontrará allí. Vuelvo a marcar, escucho paciente los pitidos y nada, otra vez el contestador. Quiero contarle que Lu tiene un parte, que hay que firmarlo, que cuándo va a venir. Pero nada, no lo coge.

Entro en el salón donde está Lu.

—He llamado a mamá. —En cuanto lo digo me arrepiento.

—¿Y?

—No lo coge.

—Ya lo sé. Si para pedirle permiso y comer tortitas no lo coge, ¿crees que lo hará para que le

cuentas que me han puesto un parte?

—Lu, es lo que hay que hacer.

—Lu, *is li qui hiy qui hicir*.

—No me imites.

—Es que pareces tonta. Vamos a llamarla juntas.

Sentadas en el suelo, encima de esa alfombra rosa llena de pelos cursis, llamamos a mamá. Y parece mentira, pero lo coge a la primera.

—¿Hola?

—Hola, mami.

—Hola, cielo. Estoy en una reunión. Os llamo más tarde.

Lu me pasa el teléfono y me hace un gesto con la palma de la mano. La mueve de arriba hacia abajo como diciendo que qué rápido.

—Mamá, soy Oli.

—Dime, cariño. Es que estoy en una reunión importante. ¿Te llamo luego?

—No, no. A Lu le han puesto un parte.

—Bueno, no pasa nada, seguro que le tienen manía.

—Eso dice ella. Hay que firmarlo para que lo lleve mañana. ¿Cuándo vienes?

—Oli, firmalo tú que ahora estoy ocupada. Te llamo luego, mi amor.

Cuelga el teléfono y yo miro a Lu, que me mira también.

Nuestras miradas no dicen nada. Solo nos miramos porque no sabemos qué hacer. Lu se tumba en la alfombra y estira las piernas y los brazos. Me tumbo a su lado.

—Ha dicho que lo firme yo.

—Vale.

Y lo firmo. Lo firmo como si fuera mayor. Como si tuviera algún poder sobre ese parte, sobre Lu.

2018

En Madrid llovía cuando aterrizamos. Amanda salió rápido de la terminal cuatro. Se despidió levantando el brazo, sin mirar atrás. No me había vuelto a mirar desde la noche anterior. Diego y yo cogimos un taxi hasta Alonso Martínez. Allí tenía mi moto y él vivía a un par de calles. En el trayecto no hablamos. Viajamos en un silencio de esos que se acumulan con los años y hacen que te sientas en casa. Él miraba por la ventana y, de vez en cuando, se giraba a mirarme. Una de esas veces coincidimos, levantó la barbilla, como siempre, yo hice lo mismo. Nos bajamos y nos fuimos, aunque me hubiera quedado allí un rato más.

Abrí con mis llaves la puerta de casa de mi madre. Casi siempre revisaba el buzón por si había alguna carta para mí. Cada vez que lo hacía me caían cartas y propaganda de hacía mucho tiempo. Ella no lo miraba nunca, decía que el que quisiera algo que llamara al timbre. Entré sin hacer ruido por si estaba Roberto. Hacía mucho tiempo que me esforzaba en no coincidir con él. Por ahora mi madre no se había dado cuenta, pero todos los días me repetía por teléfono que fuera más veces a casa, que a ella le hacía muy feliz y que a mí me costaba muy poco esfuerzo. Crucé el pasillo hasta la cocina. Olía a tabaco, el aire parecía compacto entre sus cuatro esquinas. Las persianas estaban bajadas y las luces de la cocina, el pasillo y el salón estaban encendidas. Las apagué, le di al botón automático que subía las persianas y la luz entró. Abrí las ventanas y eché de menos que *Coco* caminara con esa parsimonia tan suya, que me mirara con esos ojos que me pedían un poco de cualquier cosa que estuviera comiendo, tumbado boca arriba, sentado, pegado a mí. Escapó hacía dos años y nunca más volvió. Puede que él tampoco soportara esa casa.

Me asomé a la escalera, miré hacia arriba y grité:

—¡Mamá?!

Nadie me contestó.

—¡Mami?!

Nada. Oía una televisión en el piso de arriba, pero nadie me contestaba. Allí solía estar Roberto, tumbado en el sofá con las piernas abiertas y con un cenicero lleno de cigarros mal apagados apoyado en su barriga inmensa. No quería verle. Subí las escaleras de dos en dos, en el sexto escalón sentí que, en un segundo, se habían movido, que habían dado casi la vuelta. Otro vértigo. Me agarré a la barandilla y paré. Y otra vez aparecieron las náuseas, un nudo en la boca del estómago que ya no sabía diferenciar si eran nervios o qué. O qué. Ese qué me daba mucho miedo. Seguí subiendo las escaleras hasta que llegué al piso de arriba. Empecé a escuchar la voz de Roberto encerrada en el baño de mi madre. Esa voz grave tensaba mis sentidos y me convertía

en alguien que no me gustaba ser. Me temblaban las piernas de nuevo, como cuando María se equivocaba en alguna cosa y él gritaba barbaridades que no quería recordar, como cuando mi madre lloraba y se escondía en mi habitación después de haber escuchado que no valía para nada, que todo lo hacía mal, que era una inútil y que siempre dependería de él le gustara o no. Mis piernas empezaron a moverse solas. Sin pensarlo, abrí la puerta del baño. No llamé, no esperé, no intenté escuchar primero. Abrí y le vi. Tenía la maquinilla de afeitar en una mano y la otra mano la tenía levantada con el dedo índice señalando a mi madre. Los dos me miraron sin decir nada mientras yo apretaba los dedos contra la palma de mi mano.

—Hola.

Mi madre bajó la mirada y me contestó un hola, cielo, muy bajito.

—¿Por qué gritáis?

—No estamos gritando. Estamos hablando.

—Desde la escalera parecía que estabais gritando.

—No, de verdad que no. ¿Qué tal? Vamos a la cocina y me cuentas.

Siempre hacía lo mismo. Apreté más los dedos. Disimulaba todos sus gritos y sus faltas de respeto como si me los hubiera inventado, hacía como que todo aquello no existía y me llevaba a otra habitación para hablarme de un tema cualquiera que pudiera cubrir todo el dolor que me causaba escuchar a Roberto volver a tratarla así. Mientras bajábamos a la cocina, sentí náuseas otra vez. Corrí al baño y vomité. Odiaba el olor del váter, esa mezcla de agua estancada y desinfectante. Me senté en el suelo, estaba frío y me aliviaba. Cerré los ojos, me llevé las manos a la cara y quise llorar, pero no pude. No quise pensar en todas las veces que mi madre me había dicho que tenía que ser una mujer independiente, ni en las veces que había visto cómo ella no lo era.

Tampoco quise pensar en aquel bebé que podía estar dentro de mí porque no, realmente no estaba. ¿O sí? No quise pensar en parar aquel proyecto, en pasar meses gestando una vida que no sabía si quería traer al mundo, ni quise pensar en el rodaje de Mario, en lo sola que podía estar cada vez que a él le surgiera un proyecto mientras yo estaba embarazada, quizá en reposo, quizá bien, quién sabe. No quise pensar en la posibilidad de perder el ritmo en mi trabajo o de ver cómo otros me adelantaban en una pausa que yo todavía no había elegido. Tampoco quise pensar en la idea que me rondaba por la cabeza desde que había vuelto a sentir los síntomas de aquel embarazo de nuevo, pero lo hice.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí?

—Hija, soy yo.

—Pasa.

—Lo siento.

—¿Qué tal está la abuela?

—Igual, Oli. Tenemos que esperar, es lo único que nos dicen.

Volví a taparme la cara.

—Mamá, me voy a ir.

—No, por favor. Quédate. Ya sabes que él es así.

Me miraba con tristeza, con unos ojos que pedían comprensión más que ayuda. Me abrazó fuerte y quise contarle todo lo que me preocupaba, pedirle que me acompañara al médico para que

me diera la mano cuando me explicaran todo aquello. Quise pedirle que lo hiciéramos en secreto, que viniera conmigo, que me acogiera unos días en su casa mientras me recuperaba y que superáramos todo este momento juntas. Quise decirle que a lo mejor estaba equivocada y que seguro que no estaba embarazada, que debían ser cosas mías, pero tenía mucho miedo. No hice nada de eso. Me levanté, bajé las escaleras y sentí cómo mi madre las bajaba detrás de mí. Cogí mi bolso y, cuando me acerqué a la puerta, me giré y ella sonrió.

—Lo siento, mamá.

—No pasa nada, Oli.

Pero sí pasaba. Me fui sin la cámara que había ido a buscar y sin ese volver a casa que hacía años que no existía.

No dudé ni un segundo. Marqué el teléfono de Carlota. Lo cogió en el primer tono, como siempre.

—Hola, reina. ¿Cómo estás? ¿Ya has vuelto?

—¡Sí! ¿Puedo ir a verte?

—¡Claro! Vente, he preparado comida y no va a venir nadie, así que comemos tú y yo, y yo tan feliz, ya lo sabes.

—Venga, voy para allá.

—Cuidado con el coche.

Tiré el bolso en el asiento del copiloto, enchufé el móvil al cable auxiliar y le di al *play*. Subí el volumen y arranqué. Sonó *Del invierno*, de Zahara. Pasé la canción, quité el freno de mano y, cuando estaba a punto de salir, un coche rojo que iba con la música mucho más alta que la mía y las ventanillas bajadas chocó conmigo cuando daba marcha atrás. Será imbécil. Me bajé corriendo y me acerqué al conductor para ver si estaba bien. Antes de que llegara a su ventanilla, salió Lu con esas gafas grandes que siempre le habían gustado y un porro en la mano.

—Joder, hermanita, cómo estamos.

Miró si le había hecho algo al coche. Yo iba detrás de ella diciéndole que qué susto, que no sabía lo que había hecho, que si no miraba. Y ella se reía y me decía que ya ves tú, que el coche no era suyo, que no me preocupara. A mí lo que me preocupaba era el mío. Lu era así. Despreocupada y divertida, nunca pensaba demasiado en las consecuencias. Yo era todo lo contrario. Y eso, en un punto de nuestras vidas, nos separó.

Nos acercamos a mi coche. La parte delantera se había arrugado, parecía un acordeón. Salía humo y el faro izquierdo estaba roto. No me había hecho daño, pero pensaba que ojalá me hubiera dado un golpe diferente y todo aquello pudiera terminar cuanto antes.

Hacía semanas que no veía a Lu. Ella siempre iba a su aire, sin ataduras ni compromisos. Seguía estudiando porque había dejado varias carreras, y ahora, que por fin parecía haberse comprometido con una de ellas, con Trabajo Social, porque decía que quería ayudar a los demás en este mundo injusto, le salía un trabajo en un musical como actriz secundaria. Por lo visto, había conocido a un productor que vio en ella algo especial. Era la segunda vez que pasaba, así que cuando lo contó no nos extrañó. Dejaba todo y se iba de gira por el mundo: Argentina, México, Colombia, San Francisco, Nueva York y Madrid y Barcelona.

Fui hasta mi coche mientras Lu se sentaba en el capó del suyo a terminar de fumarse el porro que llevaba entre sus dedos. Me senté para ver si arrancaba. Metí la llave y la música sonó tan fuerte que me asusté. Lu se reía desde el otro lado. Intenté arrancar el coche, pero nada. Por más

que forzara la llave hacia delante, el coche no reaccionaba.

Salí y me senté con Lu en el capó del suyo. Listaba caliente, fiero no quemaba. Lu me preguntó si quería fumar. Le hubiera dicho que sí para evadirme un poco de todo aquello, pero seguro que solo conseguiría marearme y encontrarme mal. Me dio un codazo.

—¿A qué has venido?

—A ver a mamá.

—¿Y has comido con ella?

—No, está Roberto.

Silencio. Lila sí me entendía. Entendía que no soportara esos cambios de humor, esa mala educación y falta de todo. Y, en especial, entendía que nunca le perdonaría aquello que le hizo a Lu. Lu se levantó de un salto, como si de pronto hubiera escuchado mis pensamientos y no le trajeran buenos recuerdos.

—A mí es que me la pela.

—Lu, no hables así.

—Bueno, pues que me da igual.

Habíamos dejado los coches tal y como se habían quedado después de chocarnos: en mitad de una calle en la que pasaba uno cada día y medio. Mi madre y Roberto vivían en Las Rozas, a media hora en coche de mi casa. Una nube tapó el sol que nos estaba calentando y nos miramos. Levantamos mi capó y, justo cuando lo hacíamos, pasó un chico caminando con parsimonia. Llevaba las manos en los bolsillos de un pantalón vaquero muy estrecho. No se cómo podían caberle las manos en esos bolsillos tan pequeños. Nos preguntó si necesitábamos algo y le dijimos que muchas cosas. Lu, de hecho, dijo que un novio. Él se quitó las gafas, miró a Lu y se empezó a reír como si no hubiera nada más divertido en el mundo. Con Lu pasaba mucho eso. El chico toqueteó un par de cosas del coche, se sentó en mi asiento e intentó arrancarlo, pero nada. Mientras lo hacía miré el asiento del copiloto donde había lanzado mi bolso y me imaginé que se había caído todo y que aquel chico podía ver el test de embarazo, decirlo en voz alta y que Lu se enterara de todo. Abrí la puerta del copiloto y me senté a su lado.

—Hola.

—Nada, que no arranca, lo siento.

Miré el bolso y lo cogí. Crucé los brazos y lo apreté contra mí.

—Oye, tranquila, no voy a robarte.

—Ya, ya. Si es que estoy tonta...

Salimos del coche a la vez. Dijo que tenía que irse, que lo sentía, que no podía ayudarnos más, se metió las manos en los bolsillos y caminó de nuevo como si le pesara la vida. Cuando se alejó unos cuantos pasos, Lu gritó.

—Oye, ¿cómo te llamas?

—¡Juan! ¿Y tú?

Lu no contestó. Se puso sus gafas de sol y me dijo que tenía que irse. Se subió a su coche y se fue, esta vez sin música.

Recordé cuando paseaba con Mario en verano desde su casa en Cadaqués hasta el faro. Aquel faro blanco rodeado del mar que había sido testigo de nuestros primeros besos, de la llave que me regaló cuando me pidió que viviéramos juntos. El faro y su luz. El verano y sus noches cortas, los días largos, el descanso que nos permitía encontrarnos de nuevo, los desayunos eternos en los que

Mario leía el periódico en silencio y yo me impacientaba porque quería que me hiciera caso. Él bajando a darse un baño mientras yo miraba por la ventana para ver cuándo volvía. Aquellas bicicletas, los paseos cuando atardecía y el calor que nos daba una tregua, los mosquitos, todas las picadas que siempre compensaba poder vivir en aquel lugar, aunque fueran unos días.

Toqué el faro y me pinché con un trocito de cristal. Juan. Juan y la bodega, Juan y Lu.

1998

Mamá nunca llega pronto.

No llega pronto, aunque diga que va a llegar pronto.

Hoy no llega ni pronto ni tarde.

No llega.

Las dos profesoras que están de guardia esperando a que nos recojan nos miran a Lu y a mí con cara de pena. Sí, es una cara de pena fea, una cara que podría decirnos que pobrecitas, pero que vengan ya a por vosotras que nos queremos ir. Van de un lado al otro. Una de ellas ha sacado una lima y hace un sonido con sus uñas que me pone nerviosa. Los pelos de la piel se me ponen de punta. Quiero decirle que pare, pero se va a enfadar. Lu está tumbada en una colchoneta del gimnasio donde estamos esperando a mamá. Se chupa el dedo gordo. A veces hace eso cuando se pone nerviosa o tiene mucho sueño. Los mayores le dicen que eso es de niñas pequeñas y ella dice que es una niña pequeña. Yo estoy sentada en esta silla verde en la que se me engancha el pelo cada dos por tres con los tornillos de las esquinas. Podrían ponerle algo a estos tornillos arranca pelos, son muy molestos. Me estado mucho rato moviendo la pierna sin darme cuenta. Me entero cuando paro y siento una tranquilidad extraña. Estaba más cómoda moviéndola. Sigo. La profesora coge el teléfono y marca, espera un rato y cuelga.

Creo que mamá se ha olvidado de recogernos, pero eso no lo voy a decir, aunque me pregunten millones de veces. Sus rizos pelirrojos deben estar moviéndose ele un lado al otro en algún punto de Madrid que no es nuestro colegio A lo mejor esta con Roberto en una reunión. La pobre trabaja mucho. Pero mucho mucho. Siempre que conseguimos hablar con ella nos dice que tiene reuniones y en las reuniones se trabaja. Si me preguntaran el trabajo de mamá en clase me daría vergüenza porque no se cual es. Lu se levanta. La colchoneta hace un ruido raro, como si estuviera pegada a ella. A lo mejor Lu está sudando. Aunque en abril no sudamos, no hace calor todavía. Algún mediodía ha sido más caluroso de lo normal, pero la mayoría de los días el cielo esta tonto y hay una niebla por las mañanas que es muy bonita, aunque asusta. Aun así, la colchoneta hace un ruido que me lleva a imaginarme la piel de Lu totalmente pegada a ese plástico verde oscuro y me da grima. Me levanto rápido y le miro las piernas. Ella me dice que qué hago y yo le digo que nada, que ya está. Se acerca a la profesora y le dice que se sabe el teléfono de casa de memoria, que allí hay un señor que siempre nos viene a recoger y que, aunque mama ha dicho que hoy vendría ella, a lo mejor puede venir Miguel como el resto de los días. Es lista. Yo no quería decirlo porque prefiero que venga mamá, aunque sea tarde. Pero Lu es lista y debe tener ganas de merendar.

La profesora marca el teléfono de casa y al segundo alguien lo coge. Ella explica con la voz acelerada que llevamos una hora esperando a que vengan a recoger a Lucía y a Olivia, pero que aquí no ha venido nadie y que esto no es una guardería, que ellas tienen que irse a su casa y no pueden esperar más. Nosotras hace mucho tiempo que no vamos a la guardería, no sé por qué tiene que aclarar esa tontería. Esta profesora es realmente idiota. Miro a Lu. Está tumbada otra vez. Mira al techo y se chupa el dedo. Parece que las cosas importantes no tienen peso en su cabeza y me da mucha envidia. Todavía recuerdo el día en el que papá y mamá dijeron que se iban a separar. Lu se reía mucho y decía que lo sabía, que se lo había imaginado un montón de veces. Lo decía como cuando sabes lo que va a pasar en una película y lo adivinas justo unos segundos antes. En su tono había una especie de emoción que intentaba medir, pero no podía.

Recuerdo sus pasos de un lado al otro. Recuerdo estar tumbada en el sofá, de lado, viendo cómo movía las manos con energía para explicarles todas las veces que había notado que algo no iba bien. Porque, claro, mamá, ¿te acuerdas de ese día que viniste a dormir a mi cama y me dijiste que papá roncaba? Pues yo ese día supe que lo que querías era dormir conmigo, no con él. Y se reía. Y papá, ¿tú te acuerdas del día en el que te fuiste dando un portazo y cuando volviste me dijiste que no pasaba nada? Yo sabía que estabas enfadado con mamá. Le parecía un hallazgo importante haber descubierto todo antes de tiempo. Recuerdo que se agachaba para poder mirarme a los ojos, ponía su pulgar en mi frente para que tuviéramos las miradas alineadas y me decía: ¿lo ves? ¿Lo ves, Oli? ¡Te lo dije! Yo no tenía ganas de reírme, pero le di la razón. Me da envidia que Lu tenga esa capacidad. Creo que normalmente ella hace las cosas y después piensa si están bien o mal. Nunca lo hace al revés. Pocas veces debe pensar en que, si roba algo, probablemente la castigarán. Yo creo que roba y punto. Mi cabeza no funciona así. Cuando voy a hacer algo pienso muchas veces en lo que puede pasar y justo por eso mismo, la mayoría de las veces no hago casi nada de lo que pienso que quiero hacer.

La vuelvo a mirar y tiene los ojos cerrados. Es capaz de dormirse aun sabiendo que mamá no ha venido a recogernos. Me acerco a ella y me tumbo a su lado.

—¿Crees que se ha olvidado?

—No lo sé.

—¿Crees que sí o que no?

—Ay, Olí, no sé. ¿Qué más da?

Y a mí sí que me da. Olvidarse de nosotras es no pensar en nosotras y eso me pone triste. No tengo ganas de subirme al coche con Miguel. Quiero subirme al coche con mamá y contarle algo importante. Quiero ver cómo sus manos con las uñas perfectas, pintadas con esa línea blanca finita, agarran fuerte el volante. Y ver que mira por el retrovisor varias veces para ver que estamos bien, sonreímos o guiñarnos un ojo. Miguel también lo hace, pero a mí la mirada de Miguel me da igual. No me gusta su bigote. Mamá no tiene bigote ni esas cejas tan llenas de pelos como tiene ese hombre. Mamá tiene los ojos bonitos y una nariz puntiaguda y chiquitita que me gustaría tener. Quiero que venga mami y nos cuente tonterías, que suba la música y cantemos esa canción de cuéntame un cuento y verás que contento, me voy a la cama y tengo lindos sueños.

Pero mami no viene. Viene Miguel que aparece en la verja del colegio con las manos cruzadas en la espalda, mirándonos con esa mirada que ya he visto varias veces hoy y que no me gusta nada porque me hace sentir como si fuéramos niñas que dan pena.

2018

No tardó en llegar. Así era ella, siempre disponible para la gente que quería, siempre capaz de arreglar cualquier problema. Bajó del coche con esa impaciencia infantil que muy de vez en cuando tenemos los adultos.

—¡Hola, reina!

Me abrazó. Allí, en la puerta de casa de mi madre, sentí en sus brazos el calor que había ido a buscar, pero en los de Carlota. Me cogió el bolso y abrió la puerta para que entrara en su coche.

Sonaba música clásica de fondo, conducía con las dos manos puestas en el volante y movía la cabeza para poder mirar por el retrovisor del centro y el de su izquierda. Intercalaba preguntas sobre el rodaje con frases llenas de orgullo y amor sobre lo bien que lo estaba haciendo todo y lo contenta que estaba por mí. Yo no podía dejar de pensar en que no estaba haciendo las cosas como ella creía.

—No lo hago todo bien, Carlota.

—Bueno, tú siempre tan perfeccionista. Relájate y disfruta del proyecto.

Puso su mano sobre mi rodilla y apretó varias veces. Buscó mi mano, me agarró sin entrelazar los dedos y con su pulgar me acarició.

Cuando llegamos a su casa la mesa estaba puesta y olía a tomate frito. En la mesa de madera robusta que había en el lado opuesto a la chimenea, justo en frente del balcón, había dos manteles individuales de lino gris, dos platos de barro pintados de blanco, dos copas de cristal y una cesta de tela del mismo color que las servilletas con trozos de pan de espelta y de maíz. El de maíz era el que más me gustaba y a Carlota nunca se le olvidaba. Siéntate, siéntate. Siempre la misma historia, nunca me dejaba ayudar en nada. Sentada en el comedor de casa de la familia de Mario, observé las fotos que estaban encima de la chimenea. En una salía Mario con las niñas, con sus sobrinas, posando al lado de un muñeco de nieve destartado. Ellas llevaban gorros y bufanda, él las agarraba a las dos por los hombros y sonreían a la vez. En otro de los marcos estaba Mario solo, tenía en la mano derecha una cámara que se apoyaba cerca de la cara y guiñaba un ojo, era en blanco y negro. En otro de los marcos había una foto de Carlota en la que no tendría más de veinte años. Llevaba un bañador de rayas azul marino y blanco y estaba sentada en una roca, de espaldas, con el mar de fondo. En otro de los marcos estábamos Mario y yo en Lanzarote. Esa foto se la enviamos desde allí con una postal que escribimos en una tienda para guiris que encontramos cerca del Golfo.

Bajé la mirada de la chimenea para buscar más recuerdos. En la mesita baja que había al lado

del sofá mullido en el que me había quedado dormida tantas veces viendo películas, vi una foto nueva. Era yo. Estaba sola en la popa del velero de los abuelos de Mario. Estaba de espaldas, pero con la cabeza girada. Podía recordar a la perfección ese momento. Soplaba una brisa caliente y el agua de las olas me salpicaba cada vez que chocaban con el casco. En la proa, Marcos ponía la mesa que se sujetaba gracias a un palo de madera agarrado a un cabo, puesto en diagonal. Inventos muy suyos que siempre tenían algo de magia. Carlota calentaba la tortilla que había cocinado la noche anterior. Y yo, en la popa de ese velero, pensaba en mis padres. Pensaba en lo raro que sería que mi padre pudiera solucionar que una mesa no se mantuviese en pie, sobre todo una mesa en la que pasábamos horas charlando como si pudiéramos arreglar el mundo. También pensaba en que mi madre cocinaba para Roberto, pero no compartían mesa casi nunca. Me giré para mirarlos, para observar lo que siempre quise tener y ya tenía y, ahí, justo cuando miraba hacia atrás para ver a aquella familia que me había hecho hueco sin pedirlo, Mario me hizo esa fotografía.

—Es bonita, eh. ¿Comemos?

Carlota se quitó el delantal y lo apoyó en una de las sillas. Asentí. Tragué saliva para no convertir ese momento en algo triste. Era bonito que tuviera mi foto en su salón, que me hubiera convertido en una más, que me echara de menos, me rescatara de momentos difíciles y me comprendiera siempre. Pero a la vez me asustaba pensar en que todo dependía de mi relación con Mario. ¿Y si un día terminaba? ¿Y si no éramos capaces de sobrevivir a la marea de proyectos en los que últimamente estaba metida? ¿Qué pasaría si nuestro trabajo nos separaba? ¿Y si no era solo el trabajo lo que nos separaba? Si mi cuerpo ya no me pedía abrazarse al suyo en la oscuridad, si a Mario se le acababa la paciencia cada vez que le dejaba sin agua caliente y en vez de reírse empezaba a no hablarme o a mirarme con desprecio, si la marcha de alguno de los dos a un rodaje pasaba a significar un alivio para el que se quedaba en casa, si la soledad se hacía más hueco en nuestra habitación y en vez de molestar fuera un sentimiento permanente y agradable, si al tocarme con la yema de sus dedos mi cuerpo reaccionara con reparo, si no quisiera contarle qué tal el día, qué tal mi madre, qué tal mis amigas, qué tal el trabajo, si ya no me esforzara en que mis días libres coincidieran con los suyos, si quisiera pasear sola y no planear todo según la opinión de dos personas que ya no se quieren como se deberían querer. ¿Qué pasaría entonces? No quería perder a nadie más otra vez.

—¿Por qué eres tan buena conmigo?

Me miró y no pudo evitar reírse. Necesitaba saberlo. Me hizo una señal con la barbilla para que acercara mi plato. Sacó de la bandeja de cerámica un poco de su tortilla de patata.

—Porque te quiero.

—Yo también a ti.

—Venga, cuéntame qué tal ha ido estos días en Roma.

La puse al día de todo. De todo menos de Diego. Ella me escuchaba sin prisa, masticando con la boca cerrada. Me hubiera gustado saber el número de veces que masticaba cada trozo de tortilla. A veces me interrumpía para decirme lo orgullosa que estaba de mí. Se tapaba la boca con la mano y susurraba oh, no me digas, qué bien, reina, qué orgullosa, qué bien lo haces. Tenía un halago distinto para cada frase que yo terminaba. Se colocó de nuevo el mandil y se fue a la cocina.

—¿Quieres postre?

—¿Qué hay?

—¡Tarta de manzana!

—Oh, claro.

Volvió con la tarta entre las manos, sonreía y olfateaba el humo que salía de la manzana caliente.

—¿No te apetecía vino?

Me di cuenta de que la botella de verdejo que casi siempre solíamos acabarnos entre la comida y la sobremesa mientras nos poníamos al día estaba casi intacta.

—No mucho —dije mientras bajaba la mirada.

Se sentó, colocó la tarta a medio camino entre su plato y el mío y puso las manos a los lados, alargándolos hacia mí. Moví mis brazos y puse mis antebrazos encima de sus manos y me agarré a los suyos. Nos quedamos en silencio. Ella me miraba con ternura, movía la cabeza de un lado al otro. Lo sabía. Creo que lo supo antes que yo, pero Carlota me quería tan bien que lo único que hizo fue darme varios besos en los brazos y, antes de separar sus manos de las mías, me dio un par de palmadas llenas de comprensión en uno de ellos. Cortó la tarta y me sirvió un trozo a mí y después otro trozo a ella.

Solíamos comer o cenar una vez por semana como mínimo, aunque estuviéramos ella y yo solas. A Mario le hacía feliz vernos juntas, menos cuando nos enfadábamos él y yo y ella me defendía a mí. Entonces decía que no era justo, que él era su hijo, a lo que nosotras respondíamos riéndonos como si lo que estuviese diciendo fuera algo absurdo.

Estaba recogiendo la mesa con Carlota cuando me lo dijo. Yo les pasaba agua a los platos, se los daba cuando estaban casi limpios y ella los metía en el lavavajillas. En frente del fregadero había una ventana que daba a un patio interior con vistas a otras ventanas en las que habría familias como la nuestra, con sus cosas, recogiendo la mesa. Seguro que ellos también tendrían secretos.

—Reina, tengo algo que contarte.

No le di ninguna importancia. Moje los cubiertos que quedaban en el fregadero y se los pasé. Ella agarró los cubiertos, pero puso su mano encima de la mía. Nos quedamos con dos cuchillos y un tenedor entre las manos mientras me miraba fijamente.

—¿Qué pasa?

—Que quiero contarte algo.

—Ya, ya lo has dicho. Cuéntame.

Intenté soltar los cubiertos, pero no me dejó. Sus ojos empezaron a inundarse poco a poco. Un mar que subía desde el párpado de abajo pasaba por su pupila y se estrellaba hasta desbordarse por el lagrimal y sus mejillas. Tenía los ojos marrones con unas líneas de un color gris blanquecino por las dichosas cataratas de las que prometía operarse, pero nunca lo hacía. Con los cubiertos en nuestras manos, me acerqué a ella y me abracé. Hundió su cuello en el mío. Nos quedamos quietas. Podía escuchar el ritmo de su corazón acelerado, su respiración entrecortada rozando mi cuello y los mocos que se le acumulaban. Me cogió de los hombros y me alejó unos milímetros.

—Ha vuelto el monstruo.

—No me digas.

—Sí. Me lo han dicho esta mañana.

Cogí sus manos, caminamos juntas hasta el salón y nos sentamos en el sofá. Un sofá ancho y suave, acogedor, un sofá en el que habíamos pasado muchos domingos juntas viendo series en Netflix, encadenando un capítulo con otro. Me agaché y le quité los zapatos. Subió las piernas al sofá, se acurrucó cerca de mí, puso un cojín en su tripa y lo abrazó. Un bicho bola chiquitito, que no quería que el resto del mundo pudiera tambalearse su día a día.

—Todo irá bien. ¿Quieres contarme más?

—Me tienen que operar. Está en el mismo pecho.

Era el pecho izquierdo. Hacía solo un año que habían operado a Carlota de un tumor. Al principio nos asustamos mucho, pero los resultados fueron positivos y, aunque tuvo que pasar unas sesiones de quimioterapia, todo se quedó en un susto que duró poco tiempo. Ella seguía con su trabajo, iba cada día a por sus nietas al colegio, cocinaba para todos nosotros cuando íbamos a casa y salía con sus amigas a cenar todos los miércoles. Su rutina seguía su curso. Sin embargo, tenía que tomar tres pastillas cada día y, aunque no se lo contaba a los demás, a mí me había admitido que sentía como si llevara una losa encima. Estaba más cansada de lo normal y disimular ante todos hacía que llegara a la cama rendida, pero como ella siempre me decía: esta familia no se sostiene sin mí, reina.

—Lo siento tanto...

—Estoy asustada, ahora sí. No quiero volver a pasar por lo mismo.

—Todo irá bien.

—Deja de decir eso, reina. ¿Y si no todo va bien?

Pasé mi mano por su pelo. Ella bajó las piernas del sofá y se hizo un moño.

—Tienes razón. ¡Todo va a ir bien! Venga, no quiero que nadie se preocupe. Esto quedará entre nosotras hasta que me digan la fecha de la operación. ¿Prometido?

—Prometido.

—Venga, pues voy a poner una lavadora y a darme una ducha que tengo que ir a recoger a las niñas.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Te apetece?

—¡Claro!

—Genial, les hará mucha ilusión verte.

No me apetecía, pero quería estar cerca de Carlota. Ver a Berta y a Marta, más a Berta que a Marta, me revolvió. No podía olvidar el día de la piscina, la propuesta de Berta cuando me pidió que si podía ser su madre porque la suya tenía poco tiempo para ella.

Llegamos al colegio de las niñas quince minutos antes. Nos sentamos en un banco que estaba cerca de la verja. El silencio que hay en los colegios antes de que salgan los niños todos de golpe es algo parecido a la calma que hay antes de una tormenta. Es un silencio que está relleno de algo que no tiene explicación, como si el aire ocupara un espacio palpable. Apoyé mi cabeza en el hombro de Carlota, ella apoyó su cabeza en la mía. Nos quedamos calladas, algo rotas por dentro, en un silencio que abrumba.

Cuando me vieron, las dos se abalanzaron sobre mí. Gritaban tía Oli, tía Oli y sugerencias de ver películas, comer chucherías, palomitas y chocolate, de compartir cama y dormir con la abuela. La exaltación del amor en su máxima exposición es a la salida del colegio, cuando llegas por sorpresa.

Esa ilusión se llevó mis fantasmas durante un rato. Podría cuidar de Berta y Marta todos los días de mi vida, lo pensé mientras se peleaban en el coche. Ese ruido ensordecedor de quejas, llantos, insultos infantiles, risas, besos y canciones de Disney tocó una parte de mí que había estado dormida. Conducía Carlota. Me miraba de vez en cuando y sonreía. También alzaba la vista para ver si las niñas se portaban bien, las miraba a través del retrovisor y a veces sacaba la lengua o les lanzaba un beso.

Cuando llegué a casa, Mario me esperaba en la cocina con la cena preparada. Había traído la lámpara de pie de flecos amarillos que teníamos en el salón y la había colocado al lado de la mesa. El resto de la luz de la cocina estaba apagada, excepto la bombilla del extractor que iluminaba un agua hirviendo. Sonaba Serrat, susurraba *Aquellas pequeñas cosas*. Dejé mi maleta al lado de la puerta de la cocina, me apoyé en el marco de la puerta y me quedé mirando a Mario que no se había dado cuenta de que había entrado. Cortaba cebolla encima de una tabla. De vez en cuando levantaba la cabeza, cerraba los ojos y sorbía por la nariz. Soltó el cuchillo, se secó los ojos. Apoyó los codos en la encimera y se tapó la cara. Toda la parte superior de su cuerpo se movía a un ritmo acelerado. No me moví. Salí de la cocina con la maleta, me acerqué a la puerta, abrí con cuidado y la volví a cerrar fuerte. Saludé desde la entrada.

—¡Amor! Ya estoy aquí. ¿Hay alguien?

Se asomó por la puerta de la cocina con el mandil puesto y el cuchillo en la mano.

—¡Pero bueno! No te esperaba tan pronto. ¿Y las niñas?

—Se han quedado dormidas.

Caminó hacia mí, me agarró por la cintura, me abrazó y me apretó fuerte contra su cuerpo. Me besó en la frente, se dio la vuelta y volvió por donde había venido.

—Vente, estoy preparando la cena.

Se las ingenió para no enseñarme que tenía los ojos rojos hasta que llegó a la cebolla y, solo cuando volvió a cortarla, me miró.

—Bueno, ¿y qué tal? ¡Cuéntame!

Me senté a la mesa. Había comprado una vajilla nueva. Era de cerámica, de color azul oscuro por los lados con un degradado que se aclaraba hasta que llegaba al centro y se transformaba en blanco. Era rugosa.

—¡Qué bonita! ¿Y esto?

—Mi madre.

—Me encanta.

—¡Eso dijo!

Me ofreció una cerveza. Brindamos. Un brindis sin proclamar nada, sin celebraciones. Él siguió cocinando mientras le contaba todas las veces que habíamos llegado a una localización que no nos gustaba, cuánto nos había llovido uno de los días y el tiempo perdido entre que esperábamos a que dejara de llover y podíamos volver a organizarnos todos y empezar de nuevo. Le conté que justo antes de irnos habíamos encontrado un pueblo casi abandonado donde podríamos grabar toda la película. Estaba de espaldas delante de los fogones. Caminé hasta el fregadero y vacié media cerveza.

—¡Cuánto me alegro! Entonces, ¿todo preparado?

—¡Sí!

—Qué bien, amor.

—¿Y tú? ¿Cómo va tu peli?

—Todo en orden. Creo que también me voy a tener que ir a Francia unos días para cerrar algunas cosas.

—Vaya, eso es que va para delante, ¿no?

—Claro.

No hablamos mucho durante la cena y en cuanto terminó la última patata se levantó, cogió nuestros platos y se fue a fregar.

—Amor, siéntate, lo hacemos luego.

—No, tranquila, prefiero dejarlo todo listo.

—¿Pasa algo?

—No, ¿por?

—No sé, te noto raro.

—No es nada. Me da pena que te vayas, nada más.

Estábamos separados por algo que no podía controlar. Yo no sentía pena. De hecho, deseaba con todas mis fuerzas irme cuanto antes para dejar de ver a toda aquella gente que podía adivinarme con tanta facilidad. Quería salir de allí, coger un avión, solucionar *eso* y volver como si nada hubiera pasado.

No echaba de menos a Mario. Durante mis días en Roma no había pensado en él y lo único que me había recordado que estaba ahí, esperándome en nuestra casa, eran sus llamadas, a las que no había encontrado el momento para contestar mucho más allá que con varias frases cortas y concisas. Me costaba diferenciar si lo que nos estaba separando era mi secreto o había algo que no lograba ver, algo nuevo que me alejaba de sus caricias, de sus miradas y su tristeza. No me sentía capaz de acercarme a él. Y ahora no solamente tenía un secreto, ahora guardaba dos: *eso* y el de Carlota.

1998

Lu nació un 20 de marzo de 1989. Mamá siempre nos dice que quiso quedarse una semana más dentro de ella porque era tan perezosa como ahora, pero que el día en el que decidió salir, lo hizo rápido y sin molestar. Por lo visto llovía y mamá llevaba una chaqueta de cachemir azul celeste. Siempre nos lo cuenta. Cada año. Hoy es 20 de marzo, es el cumpleaños de Lu. Me levanto de la cama y pongo los pies en el suelo. Está muy frío, pero me gusta. Muevo los pies por el parqué y me da mucho gusto encontrarme alguna grieta que me hace cosquillas. Me quedo así un rato pensando en la mejor opción para despertar a Lu. Puedo ir y abrir las persianas, aunque cuando está dormida le molesta la luz, o mejor puedo bajar a por donuts y ponerle velas para que sople en la cama. También puedo tirarle la purpurina que he cogido de la clase de plástica. He cogido de varios colores para que, cuando la tire, haya un arcoíris encima de Lu. Tengo azul, roja, amarilla y verde.

Lu cumple nueve años. Yo tengo once, aunque todo el mundo me dice que parezco mayor porque me pongo seria y me gusta escuchar las conversaciones de los adultos. Cuando cumplí nueve años, como ahora cumple Lu, mamá, papá, Lu y yo todavía vivíamos en la misma casa. Ese año me hicieron una tarta de limón con mucha cosa blanca quemadita. Nunca recuerdo su nombre, pero me gusta tanto, tanto que a veces le pido a mamá que me regale una bañera de cosa blanca quemada para nadar y comer a la vez. Lu cumple nueve años y es más alta que yo. Como unos dos o tres dedos más. Desde que me ha pasado, me pega cuando se enfada. Y yo se lo suelo devolver, pero, últimamente, cada vez que lo hago, se enfada más y se pone muy roja. Mirar desde abajo a Lu cuando se pone así da miedo.

Salgo de mi habitación de puntillas. He cogido el regalo que llevo guardando una semana debajo de mi cama. Es un diario. Creo que Lu tiene que escribir las cosas que no dice. Deben ser muchas. Lu se ríe de todo y digo yo que en algún sitio tiene que esconder lo que la pone triste, lo que le preocupa, o escribir los nombres de esos chicos con los que juega y que dice que son sus novios. Así que ahorré el dinero de la merienda y le he comprado un diario que pone «El diario de» en letras amarillas sobre un fondo de color azul que, si lo mueves, se pone de un azul más oscuro. Debajo de «El diario de», Lu tiene que poner su nombre. No sé si pondrá Lu o Lucía. Yo pondría Lucía, que suena más serio. Así nadie se atreve a leerlo.

Entro en su habitación despacio para no hacer ruido. Aunque podríamos tocar toda mi clase la flauta al lado de Lu y ella seguiría durmiendo tan feliz. Levanto la persiana a ritmo de caracol y se gira hacia la pared. Me acerco a la cama, le susurro que despierte, que tengo una sorpresa. Ella se

gira hacia mí y abre el ojo derecho.

—¿Qué quieres, Oli?

—¡Es tu cumple!

Le tiro la purpurina de colores y veo que cae despacio por sus sábanas blancas. Le canto cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo Lu, cumpleaños feliz. Y, como no dice nada y solo frunce el ceño, tiro un poco más de purpurina y sigo cantando porque eres una chica excelente, porque eres una chica excelente y siempre lo serás. Ahora ya se ríe. Se sienta en la cama con las manos puestas entre las piernas. Coge la purpurina con las palmas de las manos y se la pone por la cara. Yo me siento a su lado y me pongo también. Brillamos mucho. Nos ponemos purpurina la una a la otra y las sábanas quedan superbonitas.

—¡Qué guapas estamos! Vamos a enseñárselo a mamá.

Lu se levanta rápido y un montón de purpurina cae en la alfombra.

—Guau, Oli. Es el mejor regalo que me han hecho nunca en la vida. ¡Mira, brilla!

Se tira en la alfombra y coge más purpurina. Esos puntitos minúsculos empiezan a estar por toda la habitación y creo que a mamá no le va a hacer ninguna gracia cuando lo vea porque dice que la purpurina ensucia. A lo mejor nos deja que se quede así, me gusta esta habitación llena de brillos.

—Pues espera, tengo otro.

Saco mi regalo. Está envuelto en un papel con dibujos de princesas. Odio ese papel, pero la señora de la papelería se ha empeñado en que era el más bonito para mi hermana.

—¡Tatatachán!

Lu lo coge con ansia. Rompe el papel. Menos mal que no se ha fijado en que es horrible. Cuando tiene el diario entre las manos me mira esperando una explicación.

—Es un diario.

—Ya veo.

—¿No te gusta?

—No mucho.

—¿Por qué?

—No sé, no quiero escribirle cosas a alguien que no me va a contestar.

—En la papelería no quedaban diarios que contestaran. No, en serio, es para que escribas lo que te callas.

—Ah, vale. Pues gracias.

Coge el diario y lo pone encima de su mesita de noche. En ese mismo momento sé que Lu no va a escribir nada allí y que yo iré a verlo muchas veces para ver si lo ha hecho. Y eso está mal, pero sé que lo haré.

—Puedes escribir lo que te dice Juan.

Me arrepiento muy rápido de haberlo dicho. Cuando veo su cara sé que no debería haberlo nombrado, pero Lu no puede estar siempre ocultándome cosas.

Lu me coge de la mano y me saca de la habitación. Voy corriendo detrás de ella hasta la habitación de mamá. Entramos sin llamar. Mamá está sola sentada en la cama y abre los brazos. Los abre y Lu corre hacia ella.

—¡Mi cumpleañera!

Se abrazan muy fuerte. Mamá me hace un gesto con la mano para que me acerque. Pero cuando

me ve, coge a Lu de los hombros y la aleja.

—Pero niñas, ¿qué os habéis puesto?

—¡Purpu!

—¡Estáis llenas!

Me coge de la mano y nos tira encima de la cama. Mamá ahora también brilla y se ríe mucho. Nos hace cosquillas a las dos y dice *tiquitiquitiquitiiii*. Nos reímos tanto que me duelen las costillas. Cuando para, nos quedamos tumbadas en su cama, las tres mirando al techo. Estoy muy cansada. No quiero ir al colegio. En los días de cumpleaños deberíamos tener el día libre. El día de mi cumpleaños, el día del cumple de mi hermana, el día del cumple de mamá. Son días muy importantes y yo quiero quedarme en casa jugando.

—¡Feliz, feliz en tu día, amiguita que aquel te bendiga!

—¿Quién es aquel, mami?

—Pues quien tú quieras, Lucía, mi amor.

—Vale, pues es papá.

—Muy bien. Pues papá. ¿Vamos a desayunar?

—¿Podemos no ir al cole?

—Nada de eso. Venga, vamos.

El desayuno es el mismo de cada día. Cola Cao para Lu, tostadas y zumo para mí. Mamá no desayuna y tarda un rato en bajar. Cuando llega a la cocina, se apoya en la isla de mármol para terminar de ponerse uno de los tacones. Tiene prisa y se tropieza varias veces. No quiero que tenga prisa.

—¿Podemos llamar a papá? —pregunta Lu.

—Vale, cielo. Llamaremos cuando salgáis del cole, en la comida del cumple de Lu, ¿vale?

—No, quiero llamar ahora.

—Ahora tengo prisa.

—Siempre tienes prisa.

Eso lo digo yo. Y lo digo enfadada. Estoy cansada de que siempre tenga que correr. Hoy es un día para desayunar las tres. Las tres o los cuatro. Y ese cuarto no es Roberto, es papá. Pero no. Estamos desayunando Lu y yo. Lo único bueno de todo eso es que tenemos purpurina en la cara.

—Oli, mi amor, tengo que irme a trabajar.

No le contesto. Estoy enfadada y no tengo una respuesta para eso. No entiendo lo de los trabajos de los mayores. Te haces mayor y ya no tienes tiempo ni para desayunar, ni para hacer una llamada. Si eso es hacerse mayor, prefiero quedarme como estoy. A lo mejor me gustaría cumplir doce años y ya, porque así podré iré delante en el coche y leer los letreros de la carretera antes que los demás.

Mamá se acerca a nosotras. Le da un beso a Lu en la frente y se mancha los labios de purpurina. Cuando viene hacia mí pretende agarrarme con su brazo, pero me aparto.

—Oli, por favor.

—Déjame llamar a papá.

—Está bien. Vamos a llamar a papá.

Coge su bolso y saca su teléfono. Es plateado y tiene una tapa que se abre dejando ver los números. Mamá marca el teléfono de papá y Lu y yo nos sentamos cada una a un lado y pegamos las orejas a las de mamá. Oímos pitidos. Yo me asomo y miro a Lu. Sonreímos. Me tapo la boca

porque voy a estallar en una risa descontrolada por algo que no tiene gracia. Otro pitido. Lu se asoma y me saca la lengua. Vuelve a echarse hacia atrás y ya no la veo. Otro pitido. Pienso en papá. A lo mejor está en la ducha y no oye el teléfono. Pitido. O puede que se haya dejado el teléfono en casa. Pitido. A lo mejor también tiene reuniones. Pitido. Pitido. Y cuando pienso en que lo va a coger porque hay una pausa más larga que el resto, habla una señora que nos pide que dejemos un mensaje en el contestador. Mamá habla a la señora: Hola, te hemos llamado porque las niñas quieren hablar contigo. Te paso a la cumpleañera. Le pasa el teléfono a Lu. Ella lo coge con las dos manos, como si fuera un pollito. Le susurra a mamá que qué dice y ella le dice que diga lo que quiera. Lu me mira con los ojos muy brillantes, muy azules, muy contentos. Hola, papi. Es mi cumple y quiero que vengas porque lo voy a celebrar en un sitio donde se meriendan gofres con chocolate. Y va a venir Oli también y mamá. Y vamos a jugar con mis amigos del cole nuevo que son un poco tontos. Se tapa la boca porque eso no quería decirlo. Que noooo, con mis amigos del cole nuevo y punto. Si quieres venir, vamos a comer en el restaurante de la calle. Para, mira a mamá y mamá dice de la calle Gran Vía, 72, a las 14.00 h. Lu le dice que eso, adiós, papi. Le devuelve el teléfono a mamá y ella cuelga. Cierra la tapa.

Odio los contestadores. Es como si dejaras tu voz en el aire. El mensaje a papá no le llegará. No lo va a poder escuchar porque esos contestadores son de mentira, no existen.

La mañana se me ha pasado muy lenta porque quería llegar pronto a la comida. Ahora ya estoy aquí y me da miedo que papá no venga, preferiría estar en el cole. En los restaurantes como este, en los que tienen mantel blanco, siempre me siento muy recta. Sobre todo si está la abuela como hoy. En el coche he oído que le decía a mamá que esta casa no era un hogar. No sé lo que quiere decir, esta casa es una casa rara, pero todas las casas son hogares, o eso creo yo. Es como si dice que nuestro coche no es un automóvil. En el cole los llamamos sinónimos.

Estamos sentados en una mesa redonda. Todos nos vemos. Son las 14.30 h y papá ni ha venido ni nos ha llamado. Lu está a mi derecha y mamá a mi izquierda. A su lado está la abuela, en frente está sentado Roberto, a su lado Juan y Patricia, su hijo y su hija. A Patricia nunca la vemos porque vive con otra madre que no es la misma madre de Juan y a la que no le gusta que venga a casa porque ahora Roberto vive con mi madre. Así me lo ha dicho Patricia y yo le he dicho que vaya, que qué pena porque me lo paso bien cuando viene. Patricia no habla demasiado y lleva lazos grandes en el pelo.

En el último cumpleaños de Lu, en ese cumple todavía vivíamos con papá. Fue un cumpleaños raro porque papá se levantó de la mesa mirando fijamente a mamá y luego a la abuela. Las dos se quedaron quietas y nadie le pidió que no se fuera. Así que papá se fue y Lu no sopló su vela del ocho. Yo intenté distraer a Lu y giré la vela para explicarle que eso era infinito, que pidiera un deseo para que viviéramos para siempre. Ella me dijo que no, que no quería vivir infinito y que la vela estaba apagada. Pero después se levantó y cantó la canción *Desátame*, de Mónica Naranjo moviendo mucho el pelo. Lu quiere ser cantante, siempre canta.

Roberto coge la carta y llama al camarero moviendo el brazo y chasqueando la lengua contra el paladar. Cuando lo hace escupe un poco. Como estoy en frente me asusto pensando que me puede llegar un poco de esa saliva y disimulo echándome para atrás. Hago equilibrios con la silla, la pongo sobre las dos patas de atrás. Lu me imita y las dos nos agarramos como podemos a su silla y a la mesa. Nos reímos mucho.

—Niñas, basta.

Mamá lo dice con un tono de mal humor que solo había escuchado cuando discutía con papá. Las dos bajamos las patas de la silla. Pongo los codos encima de la mesa y apoyo la barbilla en las manos.

—Los codos fuera. Ya podrías educarlas un poco.

Lo dice la abuela mientras mira a mamá. Es lo primero que ha dicho desde que se ha sentado a la mesa. Hay un silencio que me pone nerviosa y siento que me voy a reír, pero intento frenarlo apretando muchos los labios y los dientes de arriba con los de abajo. Pienso que por favor Lu no me mire, porque si me mira me reiré tanto que le devolveré el escupitajo a Roberto. Para disimular me estiro y cojo una de las cartas. Quiero macarrones boloñesa.

El camarero llega y Roberto pide.

—Nos pones una mariscada. Pero una mariscada generosa, eh. ¿De dónde lo traéis?

Me acerco a mamá y le susurro que a mí no me gusta el marisco, que quiero los macarrones. Ella me dice que espere. Todos estamos en silencio escuchando lo que Roberto pide. Yo tengo mi carta abierta para decirle al camarero que a mí me gustaría pedir los macarrones y espero paciente hasta que mamá me diga que ya puedo hablar. Lu me pellizca la pierna por debajo de la mesa.

—Au, ¿qué haces?

—Nada.

Creo que también quiere macarrones. Qué idiota, que lo pida. El camarero cierra su cuaderno y se va.

—Mamá, yo quiero los macarrones.

—Otro día, Oli. Hoy ya hemos pedido.

Y yo no lo entiendo. No hemos pedido, ha pedido Roberto. Miro a la abuela y baja la mirada, se coloca la servilleta en las piernas. Miro mis piernas para ver si he colocado la servilleta. Y sí que lo he hecho, menos mal. No entiendo que pidamos marisco. Hoy es el cumpleaños de Lu, debería elegir ella.

—Lu, ¿tú no quieres macarrones?

—A mí me da igual.

Mamá sabe que odio el marisco y que la carne cuando está roja me da mucho asco. Lu también lo sabe, pero en esa mesa todos prefieren que Roberto decida. No sé por qué tiene que mandar él si todos pedimos siempre lo que queremos.

—Quiero los macarrones.

—Olivia, basta.

—Marisco del bueno vas a comer.

Roberto se echa hacia atrás y se toca la barriga gigante con las dos manos. Da unos golpecitos y suena como si fuera un tambor.

—Dame el tabaco, que me voy a fumar.

No dice por favor. Tampoco dice gracias cuando se levanta y se va. Ojalá papá entrara por la puerta y le dijera que quiero macarrones y punto. Y queso rallado. Hay un reloj cerca de la puerta de la cocina, marca las 14.45 h. Hace cuarenta y cinco minutos que papá podría haber llegado. ¿Dónde se sentaría? A lo mejor a mi lado y al lado de Lu. O cerca de mamá, que es a la que más conoce. Sería raro. Mamá tendría que estar sentada cerca de papá y presentarle a Roberto, tendría que decirle que es su novio o lo que sea Roberto de mamá. O puede que ya se conozcan y sean

amigos, que papá ya sepa que mamá le da besos y, sobre todo, que duerme con él y que ronca. Aunque no creo que a papá le caiga bien, pero eso nunca se sabe. Aunque sin duda no le gustaría lo que acaba de hacer porque a papá también le gusta elegir lo que come. Me pica la piel. Me rasco mucho la pierna. Puede que me esté haciendo sangre porque me duele, pero con este mantel no lo puedo ver. Cuando subo la mano, me miro las uñas y veo que tengo polvo blanco entre la uña y el dedo. ¿La piel es polvo? A lo mejor estoy sucia. No lo sé, lo que sí que sé es que estoy incómoda en este sitio. También puede que sea porque Juan estira las piernas por debajo de la mesa y a veces se confunde y me toca a mí, en vez de a Lu.

—¡Ay, Juan!

Lo digo en alto para que los mayores vean que nos está molestando. Juan se ríe. Los mayores no nos miran, solo hablan de trabajo, de una empresa que tiene Roberto. Lo único que consigo entender es que tiene vacas en unas granjas. Creo que con ellas hacen hamburguesas. Me imagino a las vacas chafadas con unas máquinas gigantes en forma de hamburguesa enorme. Deben pasarlo muy mal esas pobres vacas. Seguro que miran hacia arriba y ven esa cosa que baja, que se estrecha el hueco que les queda de aire y, cuando las van a aplastar, piensan en su familia. No sé qué pasaría si yo me muriera. Creo que me harían una reunión de esas en las que la gente se viste de negro y supongo que vendría papá y Roberto y la abuela y Lu y mamá. Como un cumpleaños, pero en triste. Ojalá Roberto no viniera.

Roberto le dice a la abuela que a partir de ahora mamá también va a trabajar en su empresa y ese a partir de ahora no lo entiendo. Si mamá tiene tantas reuniones es porque ya está trabajando.

—Mami, pero tú ya trabajas, ¿no?

—¿Tu madre?

Roberto suelta una carcajada tan grande y tan alta que siento que todo el restaurante nos mira. No puede parar de reírse. No se tapa la boca y veo que tiene algunas muelas negras. Yo miro a mamá para ver si ella se ríe y no lo hace, solo sonríe un poco. La abuela no se ríe nada. Está tan seria que parece que se ha vuelto a morir nuestro periquito en el *tupper* de plástico en el que le metimos Lu y yo cuando quisimos enseñarle lo divertido que era una noria de mentira.

—Tu madre no trabaja, hombre. ¡Vive como una reina! Aquí estoy yo para que pueda comprarse todo.

Yo no entiendo lo que se ha comprado. A mí me dice que no tenemos dinero, aunque vivamos en esa casa tan grande así que entiendo que trabaja para que tengamos dinero otra vez.

—Todas sois iguales.

Eso lo dice mientras se come la cabeza de una gamba y escupe una pata que se le ha colado en la boca. Come con la boca abierta. Veo la cabeza de la gamba aplastada. Sale un líquido gris que le estalla en la boca y le salpica en la mejilla. No se limpia. Agacho la cabeza para ver si así lo veo menos, pero sigo viéndolo exactamente igual. Son las 15.00 h. Esos contestadores no sirven para nada.

—¿Iguales cómo?

No levanta la cabeza y sigue absorbiendo un trozo de marisco que ya no sé ni lo que es. Me mira. No me responde.

—¿Por qué somos todas iguales?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque sí! ¡Porque todas al final dependéis de nosotros! Que trabaja, dice...

Mamá se ríe. Esta vez se ríe mucho. Mueve sus rizos pelirrojos y ríe sin parar y yo creo que últimamente ha cambiado tanto que ya ni siquiera se ríe igual.

—¡Mira que eres gracioso!

En ese momento, justo cuando quiero irme a casa, a nuestra casa de antes, aparece papá por la puerta. Le doy un codazo a Lu y sale corriendo sin decir nada. No puedo moverme. Siento que me han atado a la silla. Mamá no se ha dado cuenta y Roberto menos, solo come marisco como si llevara días sin comer. Huele tan mal. Tengo la boca seca. Cojo el vaso de agua, intento beber y me tiembla el cuello, doy sorbitos muy cortos. Papá camina con Lu agarrada de la nuca y una chica rubia más alta que él. Hacía mucho tiempo que Lu no sonreía así.

Saluda primero a la abuela. Ella está muy rígida. Parece que le duele el cuello. Roberto se levanta, dice hombre, ya estamos todos y le tiende la mano a lo que mi padre responde dándole la suya y apretándole fuerte, moviendo la suya y la de Roberto de arriba a abajo. Un ruido fuerte hace que todos nos giremos hacia la puerta de la cocina del restaurante. A un camarero se le ha caído una bandeja con copas de cristal que ahora están rotas en el suelo. La gente aplaude. Mi padre y Roberto ya no están de la mano. Veo a papá como si estuviera lejos, aunque le tenga justo en frente. No puedo mirarle a los ojos, me da vergüenza. Lo intento, le miro y él lo hace también. Me gustaría saber si mamá quiere a Roberto, si papá quiere a esa chica rubia que es muy guapa y que no habla mucho. Papá se está acercando a mí. Me dice bueno, no te vas a levantar o qué. Y yo sonrío un poco porque realmente no quiero sonreír mucho, pero mis mejillas se estiran solas. El olor a marisco me envuelve y quiero oler la colonia de papá. Me coge y me levanta. Me deja rápido en el suelo y dice que vaya, que he crecido mucho en estos meses. Meses. Hace meses que no nos vemos, no sabía que ya hacía meses.

—Mira, esta es Tatiana.

Ella levanta la mano y nos saluda. Es muy muy guapa. Me encantaría tener ese pelo tan largo, tan rubio y brillante. No habla, no dice nada, solo mueve la mano y nos enseña unos dientes perfectos, blancos y rectos.

La mesa se queda en silencio unos segundos, hasta que justo aparecen los amigos de Lu del cole, esos que dice que son tontos. Entran corriendo, son cuatro: Jorge, Pedro, María y Carmen.

—¡Hola, Lu!

—¡Felicidades!

El camarero trae una tarta y todos cantamos cumpleaños feliz. Mientras lo cantamos, mamá y papá hablan de pie al fondo del restaurante. Seguimos cantando y esta vez Lu sí que pide un deseo. Se queda un rato en silencio mientras todos esperamos a punto de aplaudir. A lo mejor si pido un deseo ahora, también se me cumple a mí. Pido que mamá y papá se quieran otra vez y que volvamos a casa. Lu sopla, apaga la vela y todos aplaudimos menos Roberto, que se ha encendido un cigarro en la mesa y se le va a caer la ceniza porque no la mira, mira a mamá.

Mamá vuelve sola, dice que papá tenía prisa y se ha tenido que ir. Miro hacia la puerta para ver si se asoma y aunque sea me guiña un ojo. Él siempre va con su maleta pegada al brazo, siempre que se iba de casa con el uniforme y la gorra puesta, repetía que no tardaría en volver, que era por trabajo y que pronto haríamos un viaje. Ahora se ha ido sin decir que volverá y sin prometer ningún viaje. Quiero subir a su barco y navegar, pero aquí no hay mar. Estoy tan triste pensando en esto que no me he dado cuenta de que Roberto lleva un rato gritando a un camarero, diciéndole que es imbécil y que ese trato es lamentable. Mamá está de pie entre los dos, alarga los

brazos para poder tocar a uno y a otro, como si así les pudiera separar.

—Roberto, por favor, basta.

Miro a Lu y le digo que qué pasa y ella me dice que Roberto ha fumado y que le han dicho que por favor no fume, pero que él ha dicho que no piensa dejar de fumar, que no está prohibido. Ojalá lo prohibieran, huele tan mal como el marisco. Lu sube los hombros y los vuelve a bajar. Se gira y coge una muñeca que le han regalado. Parece que está dormida, que no se entera de nada de lo que está pasando en ese restaurante de manteles blancos.

Nos echan de allí.

Se termina el cumpleaños de Lu sin papá.

Se termina sin mamá porque mamá se ha llevado a Roberto para tranquilizarle y nos quedamos con la abuela, que no nos mira, solo dice que nos subamos al coche en un tono de entierro. Nunca he estado en un entierro, pero estoy segura de que si alguien se muriera la abuela hablaría así.

2018

El día que conocí a Mario no llovía, era un miércoles de diciembre frío, bonito. Mientras pensaba en aquel día me balanceaba en la hamaca de casa de Carlota y Marcos en Cadaqués. Mario dijo que nos vendría bien pasar unos días lejos de todo antes de que me fuera a Roma de nuevo. Yo sabía que no, pero no lo dije. Unos días antes había cancelado el viaje a Lanzarote y pensar en que no habría nadie más entre nosotros me alivió. No quería un perro, no quería nada que pudiera suplir las ausencias de aquellos que no quieren estar, no quería hacerme cargo de nadie más que no fuera yo.

Bajé la pierna, toqué el suelo y conseguí llegar a la pared para darme impulso y mover un poco más la hamaca. Estiré las mangas del jersey hasta taparme las manos, me las acerqué a la cara, olí el gel de casa de los padres de Mario que ahora también era el de nuestra casa y recordé aquel día de nuevo.

—Qué bien hueles.

Se lo dije sin pensar que no le conocía de nada. Le había visto alguna que otra vez caminando por la universidad con esas gafas redondas de nácar y el pelo rubio, rizado, peinado sin sentido. Yo estaba chequeando el material que habíamos alquilado para un rodaje que tenía al día siguiente con Diego y me encontré a Mario en el almacén. Antes de decirme nada, cogió su jersey y olfateó un trozo. Lo soltó, lo volvió a coger y lo olió de nuevo.

—Oye, pues sí. Huelo genial.

Se quitó las gafas, se las colgó del jersey y me ofreció su mano.

—Mario, un placer.

—Olivia. ¡Lo mismo digo!

Entró en el almacén y se sentó cerca de la ventana. Entraban un par de rayos del sol generoso de diciembre. Puso la mano encima de un cuaderno de folios blancos que tenía delante y la movió. El reflejo de la luz iluminaba las motas de polvo y su mano iba cambiando de tono poco a poco. Lo hizo varias veces hasta que se giró, me miró y yo disimulé mirando hacia el lado contrario. No me hizo falta mucho más para enamorarme, pero eso no lo supe hasta más adelante.

Mario y yo empezamos a saludarnos cada vez que nos cruzábamos en el almacén. Hasta que un miércoles en el que llovía con rabia, decidió preguntarme si quería acompañarle a La Central a por un libro. Si me lo hubiera pedido otra persona, no hubiera ido. No me gusta salir a la calle cuando llueve. Pero con Mario era distinto, era como si dejara de llover, como si la lluvia fuera una brisa ligera que nos acompañaba en un día lleno de luz, aunque estuviera todo gris. En La

Central estuvimos paseando sin un rumbo fijo y, en el segundo piso, justo en la última esquina de la tienda, en el pasillo de poesía, Mario pasó su mano por la mía mientras acariciaba la portada de un libro. Era una portada rugosa y me paró justo en una de las zonas que estaba más suaves. Me quedé inmóvil pensando que se había equivocado. Creo que silbé. O a lo mejor eso me lo había imaginado. Levanté la barbilla y me encontré con esos ojos marrones parecidos a la miel mirándome con decisión.

—Qué bien hueles.

Fue lo único que supe decir. Y era verdad, volvía a ser verdad. Lo que no sabía él era que yo solía decir qué bien hueles o qué sueño cada vez que no sabía que decir. No supe reaccionar mejor. No estaba acostumbrada a que alguien me prestara tanta atención.

—Qué bien piensas.

Eso lo dijo sonriendo. Yo me di la vuelta y caminé alrededor de la isla de libros que estaba plantada en mitad de la habitación de poesía. Aquellos versos podrían resumir mucho mejor que yo lo que estaba pasando, pero no abrimos ni uno de ellos. Él me observaba paciente, me seguía despacio, me miraba atento.

—¿Y qué libro hemos venido a buscar?

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—Era una excusa.

Me cogió de la mano, tiró de mí y me besó. No recuerdo lo que dijo entre beso y beso, pero sé que dijo algo que hoy todavía no me he atrevido a admitir que olvidé. Y, justo ahí, las piernas se convierten en gelatina. Se convierten en gelatina cuando el amor planta su bandera y es, sobre todo y ante todo, recíproco. Me convertí en gelatina entera. Primero las piernas, después las manos, que Mario sujetaba y apretaba como para que no me fuera a ninguna otra parte. Después la tripa, un cosquilleo blando que podría mecarme, un cosquilleo nervioso y dulce, inquieto y temeroso. Y ese mismo cosquilleo que sube por el pecho, se para en la garganta y se reúne en el primer beso con una piel que crees haber conocido antes y en la que sabes que podrías quedarte a vivir.

Desde aquel día, fuimos todo lo que quise que fueran mis padres. Compartíamos vocación, estudios, los dos conseguimos ser directores de fotografía casi a la vez. Al cabo de unos meses compartimos también piso y entendí la importante diferencia entre casa y hogar. Allí aprendí a avisar si no iba a ir a cenar, a compartir mesa, a desayunar lento y acompañada. Dejé de sentirme sola en Navidad, tuve los regalos que olvidaron hacerme cada seis de enero, entendí que jugar al bingo es divertido cuando lo haces rodeada de gente que te quiere y que es mejor tener amor que ganar dinero.

Puse el pie en el suelo y frené la hamaca. Se me hacía raro estar en Cadaqués en abril. Cadaqués era verano. A pesar de que el empedrado del suelo fuera el mismo, de que sus fachadas fueran igual de blancas y de que la casa de Carlota y Marcos fuera tan acogedora ahora como cuando los días eran largos y las puertas y las ventanas de la casa estaban abiertas de par en par y el calor se colaba por las rendijas de las persianas y las niñas madrugaban para ir con Marcos a por la leche y el pan y dormíamos la siesta sin reloj y cenábamos pronto pero nos acostábamos tarde, para mí ese lugar seguía siendo raro si no iba acompañado de todo lo demás. Salí de la hamaca, abrí la puerta y entré. Mario silbaba y canturreaba mientras preparaba la comida. Puse las manos debajo de mi ombligo, colocadas una debajo de la otra. Tenía que decírselo. Fui directa

a la cocina, abrí las dos puertas de cristal que nos separaban y entré. Mario tenía una sartén en la mano y un plato en otro, estaba a punto de darle la vuelta a una tortilla de patata y podía oler la cebolla caramelizada tostándose. Creo que todavía tenía las manos puestas en la tripa cuando se giró, me miró. No sé qué pasó, pero la tortilla acabó en el suelo con la yema derramándose por los fogones, el horno y los pantalones de Mario y el plato se rompió en pedazos, unos muy grandes y otros tan pequeños que era imposible verlos, que podían pincharnos, hacernos daño, clavarse hasta algún sitio remoto. Me moví rápido y puse la mano debajo de la gotera de yema de huevo que caía por el horno. Eso era un pollito. Un pollito despeñándose hasta caer y chocar con el suelo y romperse hasta no ser nada más que una yema a punto de ser recogida y después tirada a alguna tubería y nadar sola hasta no se sabe dónde, hasta el mar quizá.

—Joder.

Caí en que estábamos allí, en que se había roto el plato y que todo el esfuerzo de Mario se había ido al traste. También me di cuenta de que yo estaba en esa cocina con un propósito concreto y no sabía ni por dónde empezar a hablar después de haber destrozado la comida.

—Lo siento, amor.

Lo dije como si realmente hubiera roto yo todo, con un sentimiento de culpa que me crujía por dentro, y él contestó que joder. Joder otra vez.

Era experta en culpabilizarme de todo lo que pasaba cerca de mí. Llegó un momento en el que empecé a agobiarme hasta por los atascos, como si uno pudiera formarlos yo, como si fuera mi culpa que una tonelada de coches estuviera parada en hora punta. Me entraba un pánico imparable: taquicardia, sudor frío en las manos como si fuera el rocío abandonado en las plantas de cualquier mañana, sentía que el suelo no era estable y que cualquier movimiento de cabeza podría hacer que me cayera al suelo como aquella vez en la consulta de Carmen, mi psicóloga, en la que me preguntó si creía que podía controlarlo todo y yo le dije que todo, todo, no, pero que la mayoría de las cosas sí. Ella me respondió que le dijera una de las cosas que podía controlar, solo una. Tardé unos segundos en contestar. Ella tenía un Montblanc cogido entre el dedo índice y el corazón y daba golpes en la mesa. Respondí que podía controlar ser puntual. Movié su silla de un lado al otro y me dijo que imaginara que salía de casa con el tiempo perfecto para llegar pronto a cualquier sitio, que pensara en que, en ese momento, me caía una maceta de un quinto piso en la cabeza. ¿Y entonces qué? No supe qué contestar. La muerte era algo que me asustaba mucho. Y a quién no. No tenía miedo a morir yo, ni mucho menos. O sí. No lo sé. Lo que realmente me daba miedo era que murieran los demás, que existiera la posibilidad de perder por cualquier razón a las personas que quería, miedo a que se fueran para siempre. Un miedo absoluto al abandono. Y así lo dijo Carmen ese día: todo esto nos lleva a una cosa y es miedo al abandono porque ya te han abandonado. Me han abandonado. Eso lo repetí durante toda esa tarde. Caminé por la ciudad sin rumbo fijo. Salí de la calle Columela hasta Serrano, bajé por la puerta de Alcalá y caminé por la Castellana. Cuando llegué a casa no lograba entender cómo había llegado hasta allí, no era capaz de recordarlo. Abandono. Eso es lo único en lo que podía pensar.

—Pobres pollitos.

—¿Cómo? —Mario me miró atónito.

—Los pollitos, digo, que pobres, ¿no? Ahí, muertos.

Miré hacia la tortilla aplastada en el suelo.

—Pobre tortilla. —Me sonrió y me agarró por la cintura.

Me besó como antes, como hacíamos al principio. Primero suave, después más fuerte y luego se alejó unos milímetros para mirarme a los ojos. Y ahora esos ojos que eran de color miel, del color de la panela, parecían de otro color, era como si me preguntaran cosas a las que no podía responder. Fue una sorpresa que me cogiera en brazos y me llevara hasta el salón, que me quitara la ropa con rabia, con fuerza, sin importarle nada más. Me miraba a los ojos con determinación y después los cerraba para besarme por todas partes. Me agarró de la nuca y tiró de ella para juntar su frente con la mía. Y mientras él me acariciaba, yo estaba en otro lugar. Nuestros besos se ralentizaron y empezaron a ser mecánicos, torpes. Mario se movió porque me estaba tirando del pelo con el codo, se echó a un lado y volvió a besarme. Oía el ruido de nuestra saliva, nuestros labios chocando y nuestra respiración calmada. Apartó la cara y tosió. Volvió de nuevo a besarme con una pasión simulada, absurda.

—Espera, espera.

—¿Qué pasa?

Le aparté y me moví hacia un lado.

—Creo que me estoy mareando.

—¿Y eso?

Me tumbé en el sofá y levanté las piernas. Se levantó. Volvió con un vaso de agua y un trozo de chocolate blanco con almendras.

—¡Mira lo que te traigo!

Que fuera tan generoso y atento no me ayudaba a entender lo que sentía. Su ternura hacía que me sintiera peor, como si le estuviera castigando por algo que no había hecho y que no podía solucionar. Miré el salón. Las cortinas planchadas, blancas, tersas. Las vistas al campo, a los olivos que Marcos había plantado. Los sofás, los cuatro sofás grandes que ocupaban todo el salón para que nadie se quedara sin sitio. La butaca donde Carlota leía con una lámpara que ella misma había hecho, la alfombra en la que las niñas se tumbaban a ver la tele mientras nosotros charlábamos sin prisa. El piano. Las fotos colocadas en la repisa debajo de la escalera con las cenas de Navidad, la boda del hermano de Mario, la pedida de su hermana y el nacimiento de sus sobrinas. Reinaba una energía que siempre había querido.

—Gracias.

—¿Te pasa algo?

Negué.

—Oli, espero que no estés así de rara porque al principio me tomé mal lo de la película. Es tu proyecto y no debería haberme puesto así. A veces siento que lo hice tan mal que no puedo volver atrás. Quiero que tengas proyectos, que todo te vaya bien. Simplemente me gustaría que a mí también.

—Lo entiendo. No tiene nada que ver con eso.

—Si no tiene nada que ver con eso, quiere decir que tiene que ver con algo. Entonces sí te pasa algo.

—No, de verdad. Gracias por el chocolate.

Le sonreí, di unos golpes en el sofá y se acercó a mí. Se tumbó de lado, pasé mi pierna por encima de su cadera y le abracé. Él se giró, me cogió por la cintura y me dio la vuelta. Pasó su brazo por debajo de mi nuca, su otro brazo por encima de mi hombro y me agarró fuerte. Y, a pesar de que me agarrara así, de que nuestras manos se entrelazaran y nuestros cuerpos estuvieran

en perfecta armonía, sentí que se iría algún día.

20

2018

En las cafeterías de los hospitales siempre hay alguien tomándose un sobre de Cola Cao. Suele estar apoyado en el plato en el que te ponen la taza. Muchas veces los tienen ya preparados: filas de platos, tazas, cucharas y sobres de Cola Cao. Parecía que iba a venir un ejército a desayunar, pero allí no había nadie más que una camarera y yo. Lu ya no tomaba Cola Cao y todos esos sobres colocados en fila parecía que habían venido a pellizcarme la nostalgia, a recordarme que los ojos de Lu se parecen a los de mi padre y son de un azul verdoso como el del mar de aquella casa. Hace tanto tiempo que esa casa ya no es nuestra que ya ni siquiera sé cuál es mi casa. Sé que tuve una habitación con vista al mar y que ahora es de alguien que no conozco y que duerme en esa cama que tantas noches anhelé. Sé que ya no volveré a ver aquel cuarto de mi madre en el que pintaba con acuarela y olía a aguarrás. Mi padre tampoco se tumbará en el sofá con la mano encima del mando de la tele, no se quedará dormido ni se despertará justo cuando intente cambiar de canal. No sonará Serrat y mis padres tampoco volverán a bailar agarrados de la mano. El horno no volverá a esconder la coca de verduras del día anterior que podía estar un poco más dura, pero más densa, más rica. Mi padre no volverá a mirarme y me parecerá normal, no me abrazará, no me dará un beso antes de irse ni volverá a decirme que buenas noches asomándose por la puerta de mi habitación.

Hacía veintiséis minutos que había quedado con mi madre. Era lo normal. Esa falta de empatía con mi tiempo me ponía histérica desde hacía muchos años. No podía entender que mi madre considerara normal hacerme esperar tanto y tampoco podía entender que yo siempre saliera con antelación aun sabiendo que ella iba a llegar tarde. Mientras le quitaba la espuma a mi café con leche y la ponía encima del plato, me acordé de Alicia. Hacía varios años que trabajaba en ese hospital. Alicia y yo fuimos juntas a un curso de meditación que pensamos que nos serviría para mucho. Nos conocimos en Candeleda, un pueblo con vistas a la Sierra de Gredos donde el aire siempre estaba fresco. Saqué el móvil y busqué su nombre en mi agenda. Hice lo mismo, pero en WhatsApp, para ver si seguía como siempre, como si nuestras fotos de perfil pudieran contarnos la realidad que hay detrás de ellas. Pulsé y la vi apoyada en una pared de piedra gris y, al fondo, el mar. Creo que la llamé por eso, por el mar.

¿Oli?

¡Sí, Alicia! Soy yo. ¿Cómo estás?

Bueno, bueno, pero ¿cuánto ha pasado?

¡No tanto! ¿Dos años?

Ni idea, pero qué alegría.

Oye, ¿sigues trabajando en Nisa?

Claro, aquí estoy, en la consulta esperando a una paciente que no llega. Odio a la gente impuntual.

A mí me lo vas a decir... Oye, estoy aquí por un asunto largo, ya te contaré.

¡No me digas!

¿Puedo subir a verte?

Por supuesto, piso 4.º ¡Vente pitando!

Subí en el ascensor, que paró en cada piso. En el tercero, subió una enfermera con una camilla que me obligó a pegarme al espejo. Miré hacia arriba para no ver la vía que se clavaba en la piel de aquella niña que no tendría más de seis años. La vida es injusta. La niña me cogió de la mano.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Hola, bonita. Yo, Olivia. ¿Y tú?

—Paula.

—Encantada, Paula.

Se abrió la puerta y salieron. Paula levantó el brazo en el que llevaba la vía y me saludó efusivamente. Si seguía moviendo así el brazo me iba a caer ahí mismo. Sonreí y le devolví el saludo. Su inocencia me traspasó y no pude evitar pensar en que si tuviera una hija me gustaría que fuera tan simpática como Paula. Me dije que tenía que dejar de pensar en esas cosas de inmediato.

Alicia me recibió sin bata. Iba vestida con un pantalón alto de pinzas de color blanco y una blusa de seda salmón. Repasé la blusa y me di cuenta de que no había ni una sola arruga. Yo era incapaz de llevar esas telas. Me abrazó muy fuerte. Tan fuerte que pensé que podría pasarle algo a ese ser, si existía, claro. Separé la parte inferior de mi cuerpo intentando disimular.

—Uy... ¿Me tienes que contar algo?

—¿Yo?

—No, yo.

Dio la vuelta a su mesa, se colocó en el otro lado, cogió su bata y se la puso. Se sentó en su

silla y puso las manos encima del teclado. No tenía salida, era el momento de compartirlo con alguien y de decirlo en voz alta.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué te ha traído hasta mi consulta?

Estaba muy seria. Demasiado.

—¿Estás molesta porque llevamos años sin llamarnos?

—No, boba. Lo que me pasa es que quiero ayudarte y necesito saber lo que te pasa a ti, no a mí.

—Vale.

Me tapé los ojos con las manos.

—Hace dos semanas que me tendría que haber venido la regla.

—Vale, bueno. ¿Te has hecho algún test?

Llamaron a la puerta. Se asomó una enfermera y le entregó una carpeta azul con un cartel que ponía «Análisis 43255». Se me secó la boca al instante. Intenté tragar saliva y no bajaba nada. El corazón latía a tanta velocidad que era incapaz de pensar en la pregunta de Alicia.

—¿Te has hecho algún test o no?

—No —mentí.

—Bueno, basta de rollos. Vamos, sígueme.

Cuando me levanté, sentí que me iba a caer. Me volví a sentar y cerré los ojos. Análisis, análisis, análisis. Apreté los puños contra la palma de mi mano.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, ya voy.

La niebla es bonita, pero tiene un aura que entristece. Y eso es lo que estaba viendo, una niebla triste en el camino que había entre la silla y la camilla de Alicia. Niebla blanca que hacía que empezara a dejar de ver nítido y a oír a Alicia a lo lejos. Estaba a punto de perder el conocimiento cuando Alicia me puso un trozo de algodón con alcohol en la nariz, me cogió de la nuca y de la barbilla y me dijo que respirara. Dejé de ver la niebla y sentí que me estabilizaba.

—Venga, tumbate aquí.

Me introdujo aquel palo que en ese momento me parecía medir medio metro. Probablemente no sería para tanto y nunca lo había sido, pero ahora tenía la sensación de que alguien estaba entrando dentro de mí para arrancarme una verdad demasiado dolorosa.

—Cuatro semanas, Oli.

Lo dijo sin rodeos. Cuatro semanas.

—Llevas embarazada dos semanas más de lo que crees. Mírame.

Me llevé las manos a los ojos y lloré. No había nada que pudiera consolarme en ese momento. Lloré con hipo, después aguantando el aire sintiendo que iba a ahogarme, lloré en silencio y sentí cómo se me deformaba la cara. Se me arrugaba la frente, los labios, se me aplastaba la nariz. Era imposible parar.

—Oye, escucha, no llores.

Quise decirle que ella no lo entendía, pero se me atragantaban las palabras.

—¿No tomas nada?

—¿Eh?

—Tomabas la píldora, ¿no?

Asentí.

—¿Has tenido vómitos o diarrea? ¿O has tomado antibiótico?

Me senté en la camilla con las piernas todavía puestas encima de esos aparatos incómodos, miré a Alicia y me agarré a sus manos.

—No me jodas.

—Claro, Oli.

Volví a tumbarme. Paré de llorar. La miré y sentí compasión en su mirada. Esa compasión ya la conocía.

—Solo lo sabemos tú y yo, ¿verdad?

Asentí y volví a llorar.

—Bueno, tranquila. Oli, si esto no es lo que quieres, lo paramos sin que nadie se entere.

Lloré más. Deseé que todo aquello fuera mentira, que me despertara de las pesadillas que tenía cada noche, que fuera simplemente una más. Volvieron a llamar a la puerta. Me obligué a serenarme. En ese momento, la enfermera dijo el nombre de mi madre.

—Pero ¿qué hace aquí?

—Es mi paciente desde que nos conocimos en aquella comida en tu casa.

—¿Me tomas el pelo? Dios.

Me levanté y me vestí rápido. Le dije a Alicia que pasaría a verla para hablar de todo esto tranquilamente. Me ayudó a salir por otra puerta que daba a una sala de rayos donde había un letrero grande que tachaba a una mujer embarazada, así no vi a mi madre, pero sí me vi a mí.

Mi madre y yo nos vimos cuarenta minutos más tarde en el segundo piso, donde estaba mi abuela con un médico que no había sabido ocultar su preocupación y que no quería darme más información que la que tenía: mi abuela tenía calambres. Me imaginé a mí cuando era más pequeña, cuando se me subía el gemelo y me decían que eso eran calambres porque estaba creciendo. Pero mi abuela hacía mucho tiempo que estaba menguando. Mi madre no sabía nada, llegó sonriente y me dijo que Alicia le había dicho que nos habíamos visto y que ella le había dicho que a ver si me daba información sobre la congelación de óvulos. Se reía sin saber nada. Sin saber que a mi abuela se le iba la vida y que en mi vida ahora éramos dos.

El médico salió, puso los brazos en jarra y se apartó la bata. Llevaba un cinturón negro de piel con un bolsillo para meter el móvil. Lo sacó, consultó la hora y sin tartamudear lo dijo.

—Le queda muy poco tiempo.

—¿Perdón?

—Lo que le digo, que no le queda mucho más tiempo.

Ninguna dijo nada. El médico consideró que ya había dicho suficiente y que ahora era problema nuestro gestionar nuestras emociones. Se fue y no nos dijo si podíamos hacer algo, si había alguna manera de frenar aquello. La vida se va mientras el mundo sigue funcionando, mientras otra vida dentro de mí me daba golpes en la conciencia. Cuatro semanas. Hacía cuatro semanas que estaba dentro de mí. Veintiocho días. ¿Era vida? ¿Esos días se consideraban días de vida? Eso no se podía preguntar. La gente mira raro cuando haces preguntas que remueven la conciencia.

Tardé dos horas en conseguir que mi madre entrara en la habitación. En esas dos horas me contó que durante algunos momentos había pensado que lo mejor era que muriera y precisamente por eso se sentía todavía peor. Había deseado algo que se cumplía y creía que era su culpa. También me contó que mi abuela había considerado que era mayor de edad a los dieciséis y que la

echó de casa porque le recordaba a su padre, aunque eso lo decía solo cuando se enfadaban, su excusa principal fue que era una rebelde. Me describió con detalle cómo mi abuela había rechazado llevarla del brazo al altar porque decía que eso lo tendría que hacer su padre y su padre no estaba. Fue la confesión más dolorosa que había escuchado. Una confesión que me dejaba ver con claridad que mi abuela y mi madre se habían querido muy poco o muy mal.

Murió unos minutos después de que entráramos en la habitación. Fue como si nos estuviera esperando. Tenía los ojos cerrados, parecía que dormía plácidamente. El gotero que tenía a su derecha mantenía esa tranquilidad a raya. Gota. Pausa. Gota. Pausa. Gota. Pausa. Gota. Mi madre le dio la mano. Pausa. Y dijo en voz alta que lo sentía, que sentía si había hecho algo mal. Gota. Apoyó la cabeza en su pecho, lloró sin esconderse. Pausa. Lloró mientras aquel monitor gritaba un pitido largo. Gota. Y se agarró a ella cuando las enfermeras le pidieron que se fuera. Pausa. Se llevaron el gotero. Pausa. Pausa. Pausa. Mi madre se abrazó a mí.

—Perdón si no he sido la madre que esperabas.

Lo dijo con la cabeza puesta en mi tripa porque yo estaba de pie y ella en una silla, se abrazó donde pudo sin saber que estaba abrazando mis dudas, que tenían mucho que ver con lo que me estaba diciendo.

A mi abuela la enterramos porque así nos lo dejó escrito en una carta que encontramos en su mesita de noche. Era organizada hasta para su propio funeral. Nos pidió que no hiciéramos ningún teatro, que dejáramos que descansara cerca de su marido en el cementerio de Deià. Mi madre fue sola, lo decidió ese mismo día. Cogió un avión y se fue a nuestra isla a enterrar a su madre y a cumplir su último deseo, un deseo que, sin querer, ayudaba a mi madre a superar otro duelo al que todavía no había sabido enfrentarse: el de su padre.

A la primera que fui a ver fue a Carlota. Me esperaba en Federal Café, en Conde Duque. La vi por la ventana. Llevaba un jersey trenzado de color gris y una falda verde botella, entre las manos tenía una taza de la que salía humo. Miraba recto, hacia sus pensamientos. Se levantó en cuanto me vio entrar. Caminé hacia ella, hacia sus brazos abiertos que me esperaban para agarrarme fuerte. Cuando nos abrazamos, me sentí en casa. En su sofá, en su velero, en la casa de Cadaqués. Me sentí como todas las veces que nos sentábamos delante de sus tartas o de la mano en el sofá. Y allí, mientras mi madre se iba a enterrar a mi abuela, yo solo podía pensar en el miedo que me daba perder a Carlota.

1998

Escribe en diez líneas lo que quieres ser cuando seas mayor.

A mí de mayor me gustaría ser mamá. No mi mamá, me refiero a madre. Me gustaría tener hijos y cuidarlos como cuido a mis muñecas que les doy biberones, a veces alguna chuche para darles un premio y les cambio de ropa cada día para que estén guapas.

Aunque mi mamá dice que tengo que ser algo más, que no basta con ser mamá. Yo creo que sí, porque si solo eres mamá tienes tiempo para tus hijos. Pero si eres mamá y trabajas en algo más, ya no tienes tanto tiempo para jugar con ellos. Aunque puedes jugar cuando llegas de trabajar, pero claro, si llegas tarde no.

Así que voy a ser mamá. Y a lo mejor pintora o fotógrafa, eso también me gusta. Mi abuela dice que es mejor que sea mamá solamente. No sé si creer a la abuela o a mamá. Lo que quiero es cuidar de mis hijos y hacerles tortitas y que podamos ir a pasear y vivir cerca de la playa.

Lo de pintora y fotógrafa también me gustaría porque cuando lo hago me lo paso bien. Y a lo mejor antes de ser mamá soy dependiente de Zara, que es una tienda que me gusta mucho y me gusta cuando las señoras abren la caja y quitan la alarma a las camisetas.

Para terminar, que me he pasado de las diez líneas, quiero decir que lo primero es que quiero ser mamá.

2018

No podía dejar de pensar en que la muerte y la vida se me estaban cruzando el mismo día. Era un pensamiento que me atormentaba. Recordé cómo la hermana de Mario, cuando estaba embarazada, me enseñaba la fruta que era cada semana Berta. Una mandarina, un mango, un plátano. Probablemente sería más pequeño que un arándano. Pensar en que podía cogerlo, aunque fuera con dos dedos, hacía que se me concentrara un dolor en el estómago que no se iría en varias horas.

Me quité la toalla de la cabeza justo cuando Mario pasaba por delante de la puerta de nuestra habitación. Me había cortado el pelo a la altura de la barbilla. Se acercó hasta donde estaba y me contó las pecas de la nariz. Dijo que había seis, del pelo no dijo nada. Y yo pensé en contarle que cuatro eran las semanas que llevaba embarazada. Dar noticias nunca se me había dado del todo bien, así que me callé y pensé en la maleta que tenía que hacer para las próximas dos semanas de rodaje. Amanda me había llamado para decirme que el rodaje se partía en dos, así que me iría dos semanas y volvería de nuevo. Eso me daba una tregua, podía pensar un poco más antes de tomar cualquier decisión.

Mi iPhone se iluminó con un par de notificaciones. Almu. Deslicé el dedo por la pantalla y se abrió directamente su conversación.

```
Abandonada es poco. Recuerdas
que tienes una amiga que vive
en Fuerteventura?
PRE GUN TO
Pues eso, ya darás señales
Te quiero igualment
;Adiós [icono corazón rojo].
```

No pude evitar reírme.

```
Perdón, perdón, soy una mala
Amiga
Tengo la cabeza en otro sitio
Lo siento
```

```
No pasa nada
Dónde tienes la cabeza?
```

No lo sé

Estás muy rara últimamente
[icono cara triste].
Voy a tener que coger un avión
para que me cuentes?

Tendrás que ir a Roma porque
me voy en nada

Tengo que ir?

No, es broma

Seguro?

Seguro

Vale, pues toma

Y me mandó una foto de ella haciendo equilibrios encima de una mujer, las dos vestidas con ropa de deporte pegada al cuerpo.

Soy acróbata ya

Te tengo que dejar
Ya me enseñarás a hacer esas
cosas

Si algún día te dignas a venir, sí...

Bloqueé el móvil y vi que se iluminaba otra vez, pero le di la vuelta. Nunca le había ocultado nada a Almu y hacerlo ahora me apretaba las sienes.

Mientras preparaba la maleta, olí la albahaca fresca que Mario estaba triturando en la batidora. Solía cocinar él. Me senté en la cama y miré la foto de mi mesita de noche. Era una foto de un primer plano de su cadera. Realmente, nadie más que nosotros sabíamos que era esa parte del cuerpo. Había tres lunares colocados como si fueran una constelación. Y esa constelación hoy cobraba mucho sentido. Tapé uno de los lunares con el dedo gordo. Lo destapé. Lo volví a tapar y me di cuenta de que su cadera no era su cadera sin los tres lunares. No sabía si yo seguiría siendo la misma si alguien tapaba un trozo de mí.

Esa noche, me hubiera gustado que lo único que pudiera ponerme nerviosa fuera el proyecto que tenía por delante, la película que siempre había querido rodar. Pero era lo último en lo que pensaba. Aquellos dos pilares fundamentales de la vida se habían plantado en mi habitación y no conseguía salir de allí sin ellos. Vida y muerte. Muerte y vida. Me sentía exactamente igual que cuando mis primas me cogían cada una de un brazo para que fuera a jugar con ellas, cuando lo

único que quería era irme a leer sola. Mi abuela se había ido sin ser mi abuela. Nunca lo fue, nunca quiso serlo y, si por algún motivo quiso, nunca me lo hizo saber. Y aquel ser había llegado a mi vida sin ser esperado. Nunca lo fue, nunca quise que fuera y, si por algún motivo lo imaginé, nunca lo planeé para que llegara en este momento. Lo habíamos hablado muchas veces. El amor siempre te hace soñar. Mario se imaginaba que tendríamos cuatro o cinco hijos y yo siempre le decía que como mucho tres, que más no nos cabrían en el coche y a eso me contestaba que tendríamos suficiente dinero como para tener un coche enorme, para comprar una caravana y recorrer la Península con los niños pegados a nosotros. Apagué la luz, me tumbé en la cama de lado, miré hacia mi mesita de noche y encendí la lámpara que tenía al lado de la foto de Mario. Hacía tiempo que la rutina había cambiado nuestros planes. Cuando el amor se apacigua, la prisa se ralentiza. Los dos estábamos de acuerdo en esperar un par de años más para ser padres porque así podríamos dedicarnos a nuestro trabajo. Sin embargo, cuando llevábamos mucho tiempo sin desnudarnos el uno al otro Mario me sugería que tuviéramos el primero ya, como si un hijo pudiera arreglar el vacío que nos separaba. Una lágrima se resbaló por la nariz hasta que llegó a mi boca. Estaba salada. Dejé que cayeran unas cuantas más hasta que apareció con un *tupper* en la mano y la *minipímer* en la otra.

—¿Quieres probar esta delicia?

Llevaba un delantal blanco con rayas que formaban cuadrados grandes y pequeños, desiguales, de color azul. Le miré sin taparme, con toda la transparencia que le había escondido los últimos días.

—¿Qué te pasa?

Se puso de rodillas a los pies de la cama. Ese pesto era inconfundible. Olía a él, a nosotros, a los veranos, al balcón de su piso de estudiante, a cuando teníamos el pelo mojado y todavía nos chorreaban gotas por la espalda y nos comíamos la pasta sin vestirnos, con la toalla de la ducha sobre el cuerpo. Debí sonreír porque él me acarició el pelo y me dio un beso en los labios. Se mojaron con mis lágrimas y eso me entristeció más, así que lloré más. Esta vez lloré en voz alta, sin silencios, sin ahogarme.

—¿Es por tu abuela?

Negué. Me senté en la cama y me cogí las rodillas. Me agarré la muñeca izquierda con la derecha y metí la cabeza en el hueco que había.

—¿Es por la peli?

Le miré. Le miré seria, contenida, preocupada, distinta. Él sabía que algo no iba bien entre nosotros, que aquello no tenía nada que ver con la película, con mi abuela ni con cualquier otra cosa que estuviera lejos de él. Aquello tenía que ver con los dos y él lo sabía.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que te contara todo lo que se me pasaba por la cabeza?

—Sí, claro.

—Pues no lo he hecho.

—Bueno, no pasa nada, era un decir. Hay cosas que te puedes guardar, si lo prefieres. ¿Es eso?

—Mario.

—Vale, dime, perdona. Estoy perdido.

—Pues eso, que no lo he hecho.

—Bien. ¿Y si lo haces ahora?

Me tumbé y me hice una bola, como aquellos bichos que tanto me gustaba ver en el colegio. Me agarré los tobillos y escondí la cabeza. Mario me rodeó con sus brazos. Lo que más me gustaba de nosotros era la capacidad que teníamos de estar en silencio. Horas, días. Silencios generosos y acogedores, silencios que esconden palabras que no hace falta que verbalicemos. Pero el silencio era lo que más odiaba también. El silencio de Mario cuando se enfadaba, cuando no sabía manejar lo que nos separaba y prefería callar que hablar y poder estropearlo más. Nos quedamos así un rato, un momento de tregua en el que yo no podía dejar de pensar en el perdón que me había pedido mi madre. Nadie les había enseñado a ser padres. A ser dos personas que a partir del momento en el que yo llegué al mundo dejaron de ser personas independientes, perdieron una parte de la libertad que nos otorga la juventud. Dejaron de ser ellos para ser nosotros. Y creo que, sencillamente, se cansaron.

—Hace cuatro semanas que estoy embarazada. Lo intuyo desde hace dos y ayer, antes de ir a ver a mi abuela, fui a ver a Alicia. ¿Te acuerdas de Alicia?

Claro que se acordaba de Alicia, pero a eso no contestó. Desde muy pequeña hacía eso. Intentaba cambiar de tema para no llamar la atención y pasar desapercibida si tenía que contar algo importante. Realmente mi cerebro funcionaba un poco así, no era algo elegido. Pero ese mecanismo de defensa se quedó a vivir muy profundo dentro de mi cabeza y cuando me enfrentaba a momentos como este, siempre me pasaba lo mismo.

Me había imaginado este día de otra forma. Siempre pensé que iba a estar feliz, que iba a ser la noticia más importante de mi vida. Pensé que buscaría una manera bonita de contarle a Mario que íbamos a ser padres. Puede que hubiera escondido la primera ecografía debajo de su almohada, que le hubiera grabado para recordar para siempre su cara al conocer la noticia. A lo mejor le hubiera falseado un guion para decirle que ese era el proyecto más importante de su vida. Lo había imaginado tantas veces. Lo que nunca imaginé es que se lo diría así y que la siguiente frase sería:

—El problema es que no es un buen momento. Ahora no quiero tenerlo.

Aquella frase fue seguida. No dejé que respondiera si recordaba a Alicia. Lo dije todo del tirón. En ese momento retumbaron muchas voces dentro de mí. Tienes que ser una mujer independiente, tienes que encontrar un buen padre para tus hijos, tienes que ser madre joven, pero no demasiado joven, tienes que hacerme abuela, tienes que hacer las cosas mejor que yo, hija. Tienes que, tienes que, tienes que. Veía que la boca de Mario se movía, pero no conseguía oírle.

Puso las manos en la frente y dejé de ver sus ojos. Llamaron al teléfono justo cuando iba a decirme algo que nunca llegó a decir. Salté de la cama, aparté a Mario que dijo espera, Oli, y cogí mi móvil.

—Dime, Amanda.

—Siento las horas.

—No te preocupes, dime.

Sorbí por la nariz mientras salía de la habitación.

—¿Estás bien?

—Sí, me pillas en un momento raro. Ha fallecido mi abuela.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes. Dime, ¿es importante?

—Bueno, creo que no es el momento, pero no me queda otra. Oli, sé por lo que estás pasando.

Lo sé todo y no voy a jugarme este proyecto por ti.

—¿Que sabes el qué?

—Piénsalo bien. Mañana salimos a las 7.00 h, ya lo sabes. Si vienes, ven con toda la fuerza que tengas y sabiendo que no puedes fallar. ¿Me oyes?

—Sí.

—Es mi trabajo. Aquí no entra lo personal, no hay hueco. Si fallas una vez, se acabó.

—Vale.

—Hasta mañana.

Cuando volví a la habitación, Mario no estaba. Me había dejado una nota en mi mesita de noche, al lado de su foto.

Las noticias no se te dan muy bien, aunque eso ya lo sabíamos. Creo que yo también soy parte de todo esto. Voy a airearme, necesito pensar. Ya hablaremos.

MARIO

Le llamé catorce veces y solo conseguí chocarme con su contestador continuamente. *Hola, soy Mario, deja tu mensaje. Hola, soy Mario, deja tu mensaje. Hola, soy Mario, deja tu mensaje.* No cenamos aquel pesto. Creo que Mario debió tirarlo porque cuando me fui a las 6.00 h para llegar a la hora que había acordado al aeropuerto, ni Mario ni él estaban en casa. Me fui al aeropuerto con esa melodía rondando en mi cabeza: *Hola, soy Mario, deja tu mensaje.*

1998

Lo único que no me gusta de la clase de *ballet* es que nos obligan a llevar una cinta a la altura de las costillas para que no saquemos la tripa. A veces, la profesora regaña a Gloria, una de nuestras compañeras, porque le dice que meta la barriga y, por mucho que ella lo intenta con todas sus fuerzas, no lo consigue. La profesora una vez le dijo que estaba gorda, que dejara de comer galletas al salir de clase. Pobre Gloria, lloró muchísimo cuando nos vestíamos en el vestuario. Así que cada vez que la profe vuelve a sacar el tema, todas tememos que la pobre vuelva a llorar como lo hizo aquel día. Hoy no se me ha ocurrido otra cosa que defenderla y me han castigado pegada a la pared, tocando unas castañuelas de la clase de baile español con los brazos levantados por encima de la cabeza. Me duelen mucho los brazos ahora. Se lo voy a contar a mamá en cuanto venga. Lu ha vuelto a hacer de las suyas, se ha puesto la malla con las braguitas por dentro y claro, las braguitas se le veían y la profesora le ha dicho que es un desastre. Realmente, cuando he saltado a defender a Gloria ha sido en ese momento, cuando también se ha metido con Lu y le ha dicho que parece un chico, que es muy basta. Gorda ella y basta ella. No le he dicho eso. Mamá me mata si oye que le digo gorda a alguien, pero sí que le he pedido por favor, como me ha enseñado, que pare de meterse con ellas.

A veces los mayores me parecen tontos. Esa profesora no puede ser muy lista. Llamar a una niña gorda y a otro chico y basta, es una forma muy fea de hacer que se sientan mal. Si hubiera sido de nuestra edad, Lu le hubiera pegado, estoy segura.

Ahora Lu está tumbada en el sofá del porche. La veo mientras camino hacia ella con dos platos: uno para ella con pan de molde y Nutella y otro para mí con mantequilla y azúcar.

—¡Mira, Lu!

Le enseño su plato y ella se sienta, se pone las manos cerca de la boca y sonrío. No se ha puesto nada triste cuando la profesora le ha dicho que parecía un chico porque dice que no le importaría nada serlo, que así por lo menos podría hacer pis de pie. Menos mal que me lo ha dicho a mí en el coche y no en alto durante la clase.

Nos sentamos una al lado de la otra. Todavía llevamos las zapatillas de *ballet* puestas, son cómodas porque todavía no hacemos puntas. Me siento con los pies como un indio y como mi sándwich sin hablar. Está tan bueno...

—No quiero ir más a *ballet*, Oli.

—¿Por?

Hablo con la boca llena. Miro a un lado y al otro para asegurarme de que no hay nadie cerca.

Le saco la lengua a Lu y le enseño las migas que se me acumulan dentro de la boca.

—¡Guarra!

—Oye, eso no se dice. —Le doy un toque en la nariz.

—Calla.

—¿Ya no vas a ir a la siguiente clase?

—No.

Me río. Es gracioso que vaya a dejar de ir sin avisar a nadie. Se cree muy mayor. Yo no me atrevería a no ir más a la clase de *ballet* porque mamá dice que mientras vivamos en su casa haremos lo que ella diga y ha dicho que iremos a *ballet* hasta que seamos mayores.

—¿Somos mayores ya?

—Yo no.

—Entonces tienes que ir a clase.

—No.

Nos reímos muy alto. Es una tontería, pero no podemos parar de reír. Me lloran los ojos. Noto que la barriga se me pone muy dura y que me duelen los mofletes.

—¡No puedo parar!

Lu tampoco puede, no lo dice, pero se ríe tanto que se ha tumbado en el sofá y se tapa la cara con un cojín. Por culpa del cojín no ve que Roberto está caminando hacia nosotras. Yo dejo de reírme, pero Lu sigue y sigue.

—¿De qué os reís tanto?

—De nada.

—He dicho que de qué os reís.

Lu se quita el cojín y se sienta recta. Me da la mano disimuladamente. Yo también tengo miedo.

—De la clase de *ballet* —dice Lu—, es que la profesora es tonta, no voy a volver.

—¿Cómo?

—Pues eso, que la profesora me cae mal y no quiero ir más.

—¿Crees que te pago las clases de *ballet* para no ir porque la profesora te cae mal?

Ella no contesta, me mira a mí como si tuviera la respuesta a esa pregunta. Roberto tiene los brazos en la cintura y nos mira a las dos.

—No.

Se da la vuelta y dice muy alto será payasa la niñata esta.

—No insultes a mi hermana.

Él se para. Se gira despacio. Lu me aprieta la mano y le digo que esté tranquila, que no pasa nada, pero aprieto los dedos de la otra mano contra la palma y me hago daño. Viene hacia nosotras diciendo muchas palabras juntas, una frase muy larga que no entiendo porque las dice sin sentido y a veces suelta palabrotas que tampoco sé lo que significan, como soplagaitas. Lu suelta mi mano, se levanta y le dice que se lo va a decir a mamá. Nunca, ni cuando me pega ni cuando me escupe, he visto a Lu tan enfadada. Tiene las manos agarrotadas, como si fueran garras de algún animal. Una de las venas del cuello se le ha hinchado, parece que va a explotar. Él tiene el labio de arriba levantado, como si oliera mal y hubiéramos hecho algo muy muy malo. No sé qué hacer. Sigo sentada en el mismo sitio con el plato apoyado en las piernas. Miro a Lu fijamente para ver si así llamo su atención y deja de decir cosas que no se pueden decir a los mayores, pero no sirve para

nada.

Recogemos el plato de Lu las dos juntas. Se ha roto cuando ha chocado con la mesa y ha caído al lado de sus pies. No se ha cortado, menos mal. Pero ella llora igual. El plato tiene unas florecitas en los bordes que ahora están rotas. Son de colores bonitos. Tienen amarillo, azul y rojo con unas hojas verdes a los lados. En el centro del plato también había una flor. Ya no. El sándwich de Lu está boca abajo con la Nutella pegada en las baldosas blancas que ahora también son un poco marrones. Lo cojo y me mancho los dedos. Acercó uno de mis dedos a la boca de Lu. El chocolate le gusta mucho. Ella aprieta los labios y sigue llorando con un hipo que la interrumpe cada vez que intenta hablar. Ese plato lo ha tirado Roberto mientras le decía a Lu que se callara, que él era el único que mandaba en esa casa. Se ha ido sin pedir perdón. No es algo raro, a eso ya nos hemos acostumbrado.

María viene con otro sándwich para Lu. A veces me gustaría que hablara un poco mejor nuestro idioma, así por lo menos podríamos decirle que la próxima vez que Roberto grite, aparezca antes porque no nos gusta estar solas con él cuando está enfadado. El problema es que María no entiende demasiado y creo que a veces se esfuerza por no hacerlo, así no tiene que meterse en cosas que no le interesan.

Esta casa es como el mar, pero sin sus cosas bonitas. Es como las olas, mejor dicho. Como cuando estás tranquila en la orilla y, sin darte cuenta, vienen muchas olas seguidas. Rompe la espuma dándote un golpe y sabes que alguna de ellas te va a revolcar. Te coge y te sacude como si estuvieras dentro de una lavadora. Papá siempre nos decía que no tenía sentido ir contra las olas: es mejor relajarse y pasar por encima de ellas, dejarse llevar. Enfrentarse a las olas es saber que vas a perder, aunque sea unos segundos. Pierdes energía luchando contra una fuerza que puede más que tú. Es mejor quedarse quieto, dejar que te agiten, te revuelvan, te retuerzan. Es mucho mejor eso porque después, cuando esas olas pasan, sales a flote de nuevo y el mar vuelve a estar en calma. El problema es que en esta casa siempre tengo la sensación de que la serie de olas va a volver muy pronto y, a veces, entre tantas, me quedo sin aire y no sé cómo ayudar a Lu para que salga a flote.

2018

Cuando crucé el pasillo intentando convencerme de que no debía pensar más en *eso* durante el tiempo que iba a estar rodando, me crucé con Diego, que salía de su habitación. Cerró la puerta, sacó el móvil del bolsillo y, sin levantar la cabeza, caminó por la moqueta granate del hotel. Iba vestido de blanco con una camiseta de algodón de manga larga y un pantalón del mismo color arremangado en la zona del tobillo. Sus calcetines eran blancos también. Levantó la cabeza y me vio. No hizo otra cosa que sonreír y pasar de largo.

Aquella mañana hacía frío en Roma. Teníamos tiempo para hacer lo que quisiéramos hasta las 16.30 h. A esa hora vendría a recogernos la furgoneta para empezar el rodaje. Al entrar en la habitación 113 quise llamar a Amanda para preguntarle si su departamento se había vuelto loco. La cama debía medir mínimo dos metros. Una cama con sábanas que olían a azahar y estaban planchadas por alguien probablemente muy perfeccionista. Las almohadas, las cuatro que había, debían tener nubes dentro de sus fundas. Me tumbé y apoyé la cabeza. Eso debía ser lo más parecido al paraíso. La rafia y la madera de los muebles se mezclaban con colores áridos y claros, con los cojines superpuestos en color marrón, terracota, mostaza y blanco, con las bombillas que caían al lado de cada mesita de noche con un cordel y una bombilla desnuda, sobre una alfombra *beige* de pelo. Me giré y vi a mi izquierda que el baño estaba separado por un cristal. Detrás había una bañera inmensa y un espejo donde me vi. Estaba igual que siempre. Mismo flequillo, tan bajita como siempre y con los mismos pocos kilos de los últimos diez años.

Fui hacia el espejo. La luz del baño se podía regular. La apagué porque entraba luz por la ventana. Me quité la ropa. Primero las Converse, después los pantalones y, con algo de nervios, me quité el jersey, la camiseta y desabroché los clips del *body* blanco de algodón que me había puesto para no pasar frío, lo subí hasta el pecho, crucé los brazos y me lo quité. Bajé la mirada. Llevaba un sujetador sin costuras, sin aros, un sujetador de esos que te dejan respirar tranquila. Mi cuerpo siempre había sido parecido al de una niña pequeña: sin curvas, sin pecho, totalmente recta. Muchas personas habían intentado acomplejarme, pero a mí me gustaba ser así. No quería ser más alta ni tener más culo. Tampoco anhelaba tener un pecho grande y sexi. Era feliz tal y como estaba. Miré un poco más abajo, me puse de perfil. Repasé cada milímetro de mi cuerpo y nada. Todo estaba igual que siempre. Me agarré los pechos, cada uno con una mano, y los moví. Me dolían. Era un dolor nuevo, una sensación de presión y sensibilidad en los pezones que nunca había tenido. Me volví a vestir y me lavé las manos.

Pensé en Mario. Miré el móvil: nada. Entré en WhatsApp para ver si estaba en línea. Maldito

chivato. Ahí estaba. Un «en línea» puede ser muy doloroso. Tiré el móvil al otro lado de la cama. La distancia física me aliviaba. Era como si alejarme de Mario me ayudara a pensar con más frialdad y claridad sobre todo *eso*. En esa habitación solo estaba yo. Ahí estábamos mis decisiones y yo. Volví a coger el móvil, entré de nuevo en aquella aplicación, abrí la conversación de Mario y escribí ¿estás ahí? Pero aquel «en línea» se fue, solo quedó el nombre de Mario, sin Mario.

No había sido capaz de hablar de todo esto con nadie que no fuera Alicia. Todo mi entorno presumía de ser capaz de hablar de cualquier tema, de respetar aquello y lo otro, de ser liberales, de defender el feminismo y de tener absolutamente claros sus valores. Todas mis amigas creían que estábamos capacitadas para entender las decisiones de las demás, para no juzgarnos unas a otras, todas tenían un discurso maravilloso sobre ser madre cuando cada una quisiera, pero todas menos Almu tenían hijos y pareja y, aunque nos reíamos juntas cuando alguna sacaba el tema de haber pasado los treinta sin hijos, sentía cómo sus miradas se decían cosas que yo no quería entender. Y siempre me caía la pregunta de turno. Siempre. Mi familia, la de Mario, mis amigas. Incluso Almu, que conocía la mayoría de mis rincones y sabía con exactitud todo lo que me pasaba. Todo menos *eso*. Y vuelta a lo mismo: todos me preguntaban que cuándo íbamos a ser papás y que la boda qué. Así, como el que pregunta el tiempo que va a hacer hoy. No podía coger a mis amigas, preparar una cena y decirlas: eh, estoy embarazada, pero voy a abortar porque no es el momento, prefiero no tener este parón ahora que he conseguido un proyecto tan importante para mí. Era imposible verbalizar *eso*, poner por delante el trabajo con total claridad. Imposible. Llamaron a la puerta. Tenía ganas de vomitar.

—¿Quién es?

—¡Yo!

Me levanté y abrí la puerta. Amanda entró sin preguntar. Se sentó en el sillón azul que había en frente de la cama. Cruzó las piernas y, despacio, cruzó los brazos también y suspiró.

—¿Qué tal?

—¡Bien! Oye, pedazo de hotel, ¿no? —De un salto bajé de la cama y fui hacia el armario.

—Y lo que te espera.

Cogí el albornoz, metí la cabeza por la percha que lo sujetaba y me moví de un lado al otro, como si fuera un vestido.

—Así da gusto.

—Claro. Oye, hay muchos millones puestos en esta peli. ¿Sabes cuántos?

—No.

—Muchos.

Tosí. Seguía de pie. Estaba descalza. El tono de Amanda me recordó a mi abuela. A mi abuela y sus regañinas. Me acordé de los sermones eternos, de las veces que me había dicho que me pusiera recta, que me cuidara las uñas, que cruzara las piernas, que así no se sientan las señoritas y que me arreglara un poco más. Me acordé de ella y de su lasaña, de sus abrazos cortos y obligados, de cómo nos lavaba la cara con agua fría en cuanto nos despertábamos. Pensé en sus manos blanquecinas intentando agarrarse a la sábana de la cama del hospital. Y aquello dejó de molestarme. Me reconcilié con ella. Y allí, mientras Amanda me volvía a poner en mi sitio o en el que ella quería ponerme eché de menos a mi abuela por primera vez. Un aplauso me devolvió a la habitación.

—¿Me escuchas, coño? —Tenía el aplauso a medias, como si fuera a dar otro.

No lo dio.

—Perdona, sí, joder.

—Olivia, no estamos jugando a rodar un corto. Esto va en serio.

—Oye, ya he rodado cosas importantes. ¿A qué viene esto?

—Ya lo sabes.

—No.

Se levantó y se fue hacia la puerta. A veces tenía la sensación de que las personas que crees conocer se transforman en otras a las que nunca querrías haber conocido. Amanda no era la misma desde la conversación que habíamos tenido sobre su hijo, había una especie de rencor en su mirada que me atravesaba cada vez que hablábamos. Sabía que estaba embarazada y yo no podía hacer nada más, solo podía negarlo y llevar mi mentira hasta el final, hasta que solucionara todo aquello. Ella tenía el poder, podía dejarme sin proyecto cuando quisiera. Nadie se juega su puesto de trabajo. Se fue diciendo que nos veíamos a las 16.30 h sin un beso, sin una sonrisa, sin nada que pudiera dejarme vislumbrar una tregua o algo de paz.

La soledad me asustaba. No la soledad elegida. No la soledad de la que puedes disfrutar leyendo un libro al sol en mitad de la nada o la soledad que te regala un rato para ti, un baño, un paseo, un atardecer. Esa soledad no. Me daba miedo que los demás se fueran, que Mario no volviera a contestarme, que Carlota se pusiera de su lado, decepcionar a Amanda o no hacer feliz a mi madre. Me asustaba hacer mal mi trabajo, no llegar a lograr todo lo que los demás veían en mí. Tenía miedo de fallar y Amanda no ayudaba mucho a que no fuera así.

Una notificación de Instagram saltó en mi pantalla del iPhone. A @almuglez le ha gustado tu foto. Deslicé el dedo por la pantalla, abrí la aplicación y vi la foto. Estábamos las dos en un *jeep* rojo descapotable con las manos levantadas y el pelo al viento, debajo, 2 de agosto del 2011. Almu estaba de viaje por la nostalgia. Cerré Instagram y abrí mi correo electrónico. A la izquierda pulsé «redactar nuevo».

Para: almudenaglez@gmail.com Asunto: con importancia. Empecé a escribir:

¡Hola, Almu!

Hace muchísimo que no utilizamos esto y es una pena, ¿no? Me gusta poder escribirte y que no me contestes al segundo porque así puedo pensar tranquila y sin interrupciones mientras te escribo. A veces me asusta lo inmediato que es todo. He estado pensando en contarte esto de la mejor manera, pero no encuentro ninguna que pueda ayudarme, así que he decidido hacerlo por aquí.

Estoy embarazada.

Te dejo unos segundos para que recuperes la respiración.

Hola, ¿ya?

Bueno, pues eso, que estoy embarazada. Y con Mario todo está fatal por muchas razones, pero por una muy evidente que seguro que ya te estás imaginando.

No sé cómo seguir escribiendo esto. Estoy asustada. Mucho. Y no sé cómo hablar esto con nadie, ni contigo, imagínate.

Te quiero mucho,

Oli

Las 16.30 h llegaron antes de lo que esperaba. No comí. Tenía el estómago cerrado y unas ganas de vomitar que poco tenían que ver con lo que callaba. Almu todavía no me había contestado. Subí a la furgoneta y Diego me ofreció su puño para que chocara. Lo hice y me senté en la última fila, me apoyé en la ventana y me hice la dormida. Amanda no tardó en dar indicaciones y repartir la orden de rodaje. La cogí y vi que la primera escena se iba a rodar en una iglesia. El último tramo de camino fue por uno de piedras. Parecía que las ruedas de la furgoneta estaban deshinchadas. Me di varios golpes en el coxis y uno en la cabeza. Todo el mundo se reía, les parecía divertido. Me hubiera gustado verlos a todos con las ganas de vomitar que tenía yo. Si hubiera podido darles un poco de esas ganas a cada uno, nadie se estaría riendo. Disimulé haciendo que reía, viendo cómo Amanda no me quitaba el ojo de encima.

La iglesia estaba en un pueblo en el que las casas no debían medir más de dos metros. La mayoría de ellas eran amarillas. Algunas estaban sucias, la pintura de muchas de las persianas estaba cuarteada y había puertas rotas, pero aquel sitio decadente tenía el encanto que esconde la soledad. Hacía varios años que todos los habitantes del pueblo se habían ido. El ayuntamiento quería reformar el pueblo entero y nos informaron de que estaban a la espera de que la señora Giulia dejara su casa, en la que había vivido cuarenta años, pero ella se negaba a irse. Estaba sentada en la puerta de su casa. Había movido una silla de madera hasta la puerta, justo antes de salir, y se sentaba allí a observar la rutina de un pueblo en el que no pasaba nada y que hoy se convertía en un set de rodaje lleno de personas y aparatos que nunca había visto. La saludamos y ella nos dio la bienvenida con naranjas. Nos regaló varias a cada miembro del equipo y se sentó a mirar, como cada día.

Empezamos el rodaje puntualmente. La iglesia estaba fresca y húmeda, aunque los focos empezaban a calentarnos. Era una iglesia estrecha, con cinco bancos en cada lado y flores secas que Giulia llevaba cada semana. Decidimos dejarlas. Al fondo, justo en el altar, había un cuadro de la Virgen que nos miraba sin parpadear y sujetaba a su hijo con la mano izquierda. Pero a él no le miraba, claro. Nos miraba a nosotros. A mí.

Cuando trabajaba no existía nada más que lo que tenía delante. En ese momento, solo importaba esta escena: la confesión de la protagonista, la luz perfecta que acompañara ese momento tan importante. Diego y yo estuvimos de acuerdo en la mayoría de los planos. Nos compenetrábamos tan bien que casi no teníamos que hablar. Rodamos la última parte y, justo cuando la actriz empezó su monólogo, vibró un móvil. Dejé que vibrara, como si fuera el teléfono de cualquier torpe que se había olvidado de apagarlo. Miré hacia los lados e incluso dirigí una mirada asesina a mi ayudante. Amanda vino hacia a mí enseñándome la pantalla: «Alicia Ginecóloga».

—¡Da igual, seguimos!

—No.

Amanda seguía caminando hacia donde estaba yo. No podía ser capaz de parar todo aquello, no podía hacerme esto.

—¡He dicho que seguimos! —Lo dije gritando más alto, mirando a Amanda directamente.

—¡He dicho que no!

Llegó hasta donde estaba, me acercó el móvil y dijo es una llamada importante, Olivia. Me miró con desaprobación, cogí el móvil y dirigiéndose al resto del equipo dijo hacemos un

descanso, dos minutos y seguimos. Silencié el móvil y me lo metí en el bolsillo. Podía sentir las miradas de unos y otros, los cuchicheos que nunca iba a escuchar porque la gente no es capaz de decirlo en voz alta, las dudas de la ayudante de dirección que estaba tan cerca de mí en ese momento que había podido ver el nombre de la pantalla. Amanda había salido del set. Tenía a la Virgen a unos centímetros de mí, mirándome. Quise coger el cuadro y tirarlo al suelo.

El rodaje terminó una hora después. Recogí mis cosas y caminé hasta la furgoneta. Antes de llegar, me encontré con Giulia, caminaba despacio por la carretera mal asfaltada. Llevaba un bastón de madera. Su vestido de flores me recordó a las de la iglesia. Debía de haber sido una mujer muy alegre, quizá le gustaba bailar. Llevaba unos calcetines de color piel que sobre la suya parecían marrones. Sus venas se marcaban como las líneas de un GPS. Me cogí a su brazo y le dije que la acompañaba. No hablábamos el mismo idioma y no le debió gustar ese gesto porque me soltó y se fue sola sin decir nada. Debía sentirse tan sola. O a lo mejor se había acostumbrado a estar así y le molestaba que invadiéramos su soledad. Invadir los sentimientos ajenos debería estar prohibido.

Fuimos a celebrar que el primer día del rodaje, excepto por mi llamada de teléfono, había salido mejor de lo que nos podríamos haber imaginado. Por un momento pensé en irme al hotel a descansar. Me dolían las piernas, todavía tenía el estómago resentido y llevaba horas luchando contra mis párpados, pero no quería que se pudiera sospechar nada más. Lo celebramos en un bar de una gasolinera que estaba entre el pueblo y el hotel. No sé quién dijo que pusiera veintiocho cañas, tampoco sé si estábamos todos los que teníamos que estar ni si éramos veintiocho. Cuatro semanas, veintiocho días. Veintiocho cañas y veintiocho personas a las que ocultarles *eso*. Diego se acercó a mí con dos cañas, las dos chorreaban espuma y él derrochaba felicidad.

—¡Por nosotros!

Mientras brindábamos se sumaron Amanda con los dos meritorios a los que llevaba casi de la mano todo el día. Qué tiempos aquellos. Volvimos a empezar el brindis.

—¡Por nosotros!

Diego lo repitió. Respiré al escuchar que aquel nosotros era por todos los que estábamos allí. Me acerqué el vaso a la boca mientras todos se bebían la cerveza casi de un trago. Amanda me clavaba sus ojos y sonreía. Me alejé el vaso de los labios y ella volvió a acercar su vaso al mío para volver a brindar.

—¡Por nosotras!

Y volvió a beber. Bajó el vaso algo exaltada, esperando que bebiera, poniéndome a prueba delante de Diego y de los dos meritorios que no tenían idea de lo que Amanda y yo escondíamos. Bebí. Me bebí aquella cerveza de un trago, sin respirar, sin mirar a los demás. Apoyé el vaso con un golpe fuerte en la barra, me di la vuelta y me fui.

Salí del bar con más ganas de vomitar que al principio del día.

1998

Hoy hemos dormido con mamá porque Roberto está de viaje. Son dos de mis momentos favoritos: cuando se va y cuando dormimos con mamá. Antes de meterme en la cama olí las sábanas para ver si estaban limpias. Y sí, olían muy bien. He dormido mucho. Me giro y veo a Lu. Tiene el dedo gordo en la boca, lo chupa dando sorbitos como si se le fuera a terminar y a ratos se detiene, parece que coge fuerzas para retomar el ritmo. Y muy cerca tengo a mamá. Me gusta mucho que no corra de un lado para el otro. Está tranquila. Su barriga sube y baja, sube y baja. Tiene los ojos cerrados y la boca abierta, una boca bonita con los labios gruesos y rosados. Cuando me muevo para abrazar a mamá, noto como si me hiciera pis. Es un pis caliente, muy caliente. Ya no me hago pis desde hace muchos años. No recuerdo la última vez que me lo hice en la cama. No sé qué hacer. Estoy en medio de las dos. Me quiero levantar para irme a mi habitación a cambiarme el pijama antes de que se despierten. Aunque si me he hecho pis seguro que las sábanas también están mojadas. Levanto el culo, meto mi mano debajo de mi espalda y la sábana no está mojada. No entiendo lo que pasa. Intento salir por el lado de Lu. Subo una pierna por encima de ella y al hacer ese movimiento vuelvo a sentir ese líquido caliente que ahora cae por mi pierna y baja rápido hasta la rodilla. Lu se mueve. Si se despierta me muero. Si se despierta verá que me he hecho pis, se reirá y se lo contará a su mejor amiga. Se mueve, se da la vuelta y sigue durmiendo. Menos mal. Consigo pasar la otra pierna y salgo corriendo hasta mi habitación.

Llego al baño con más pis cayendo por mis piernas. He oído que a veces cuando tienes un problema en la cabeza o te haces mayor, te lo haces encima, pero nunca me imaginé que sería así. Intento pensar mucho que tengo que aguantarlo, aprieto las piernas y las ingles para intentar que no salga, pero sigue saliendo. Me bajo el pantalón y, cuando lo tengo por los tobillos, veo un líquido marrón que mancha mis braguitas, mi pijama, y que me ha manchado también las piernas.

Me caen lágrimas que tampoco he elegido que salgan. Todo mi cuerpo se descontrola y ahora estoy triste y me siento asquerosa. ¿Qué es esto? Me miro las piernas otra vez. No quiero tocar ese líquido. Esto debe ser de lo que tanto hablan Almu y Elena. Ellas dicen que sus padres les regalaron un ramo de flores cuando les pasó porque eso significa que ya son mujeres. No lo entiendo. Soy una niña. Bueno, y también mujer, pero creo que siempre lo he sido. Me limpio con papel todo lo que puedo, tiro el pijama en el cesto de la ropa sucia, debajo del todo para que la otra ropa lo tape y nadie lo vea. Aunque María seguro que lo ve. Como el pijama manche el resto de la ropa me voy a quedar sin uniforme del colegio. Meto la mano en el cesto, cojo la falda de terciopelo y la saco.

Voy con el pijama limpio hacia el cuarto de mamá, me agacho, pongo las rodillas en el suelo y me agarro a las sábanas. Le susurro mami, mami. Le muevo el hombro y ella dice que todavía no. Yo le vuelvo a decir mami, mami y ella abre los ojos.

—¿Qué pasa, cielo?

Vuelvo a sentir el líquido caliente que sale y moja mis braguitas y ahora, que mamá me mira así, no puedo evitar llorar otra vez. Me da mucha vergüenza decirlo.

—Oye, Oli, dime, ¿qué pasa?

—Creo que me ha venido la regla.

—¡No me digas! Pero, mi amor, eso no es para llorar. ¿Por qué lloras?

Se sienta en la cama. Me hace un gesto con la mano para que me siente a su lado, pero no me quiero sentar porque voy a mancharlo todo. Niego con la cabeza. Ella se levanta y me acompaña a su baño.

—Mira, esto es lo que tienes que hacer.

Y antes de que me lo cuente suena su teléfono. Sale del baño y lo coge. Vuelve y, con el teléfono apoyado entre su mejilla y su hombro, me enseña una caja con unas cosas blancas alargadas que tienen pegatina por un lado. Con señas me explica cómo tengo que pegar esa cosa en mis braguitas. Mientras tanto le dice a alguien que no sé quién es que sí, que ella llegará en máximo veinte minutos. ¿Cómo va a llegar en veinte minutos? ¿Me va a dejar aquí? Se lo quiero preguntar, pero deja la caja con esas cosas blancas encima de la tapa del váter y se va hacia el vestidor con el teléfono en la misma posición. No deja de hablar. Oigo su voz que se me acelera en la cabeza, como muchas otras veces.

Voy detrás de ella, para ver si así cuelga el teléfono y me escucha porque tengo miedo.

—Mami.

Tapa el auricular.

—Espera, Oli. Sí, saldré esta noche y nos quedaremos una semana. Venga, te llamo luego que tengo prisa.

Cuelga, tira el teléfono en su bolso y cruza los brazos en su vestidor. No estamos lejos, pero quiero que se acerque. Está pensando en lo que se va a poner. Coge un pantalón gris, se lo pone delante de la cadera y se mira al espejo. Lo vuelve a colgar. Ahora coge una falda rosa. Parece que le gusta más que el pantalón. Se la pone. Me asomo por la puerta, pero no se da cuenta. Camisa, zapatos, coge el bolso y me dice que se tiene que ir, que en cuanto vuelva hablaremos de todo esto.

Sale del vestidor, entra en el baño, coge la caja de esas cosas blancas y estira el brazo.

—Mi amor, son compresas. Verás lo fácil que es.

Me da un beso en la frente y se va. Lu sigue dormida, no se entera de nada. Prefiero que no sepa que me ha venido la regla porque quiero seguir siendo la misma, no quiero que seamos diferentes ni que se ría de mí.

Me voy a mi baño y me quito las braguitas. Vuelven a estar sucias. Me meto en la ducha con ellas en la mano. El agua cae sobre mí caliente, pero es un calor que me gusta y que me ayuda a sentirme mejor. Me duele la barriga, me duele por la parte de abajo, justo debajo del ombligo. Es una presión muy rara. Cojo la ducha y paso el agua por esa zona, para ver si así se calma y se me pasa esa sensación tan nueva que no me gusta nada. Me siento en la bañera con las piernas muy cerca de la barbilla. Me meto agua en la boca, me enjuago y la escupo.

Nunca me había frotado tanto, ni a mí ni a unas braguitas. Nunca había limpiado ropa. Eso lo hace María o lo hacía mamá en la otra casa. Papá no limpiaba nunca. Roberto tampoco limpia. ¿Por qué no limpian? ¿No les gusta? A mí me ha gustado limpiar mis cosas. Así sé que están todo lo limpias que quiero que estén. Me he frotado muy fuerte por todas las partes de mi cuerpo con el jabón de Moussel. Huelo tan bien que no quiero salir de aquí. En el agua parece que no existe la regla. Quiero ir al mar.

Cuando cumplí once años hace unos meses sabía que iba a crecer, pero no tanto y tan rápido. A mí nadie me ha traído flores. Tampoco me apetece celebrar nada. Solo quiero estar en la bañera. El otro día me contó Almu que cuando tienes la regla ya puedes tener hijos. ¿Entonces, ya puedo tener bebés? Meto la cabeza debajo del chorro de la ducha y vuelvo a llorar. No sé por qué lloro.

Salgo de la ducha, me pongo las braguitas de corazones y pienso que como los corazones son rojos, se verá menos si me mancho. Me las bajo, me siento en el váter, abro las piernas y pongo esa pegatina blanca que mamá dice que son compresas en el sitio que hay que ponerla según unos dibujos que hay en la caja. Me las subo y siento que llevo pañal. En diez minutos tenemos que salir de casa, no he podido ni desayunar. Me encuentro mal y no quiero ir al colegio. ¿Y si alguien se da cuenta de lo que me pasa?

Me pongo la falda. Ojalá pudiera llevar pantalón.

2018

—Pero, hija, ¿tú crees que tienes que estar yendo y viniendo toda la vida? Me parece un horror, de verdad, eh. —Puse el altavoz y en vez de contestar, bajé la cabeza y me coloqué la toalla—. No sé, todo el día de aquí para allá. Piénsalo.

No era la primera vez que teníamos esa conversación. A mi madre no le gustaba mi trabajo, ella creía que era mejor poder trabajar ocho horas en alguna oficina y encontrar estabilidad en mi día a día. Yo oía la palabra *oficina* y me enfermaba. Me agobiaba estar siempre en el mismo sitio, rodeada de las mismas personas. No podía ni imaginarme en un trabajo así. A veces mi vida me ponía nerviosa y deseaba tener equilibrio y dormir en mi casa en vez de pasar noches en hoteles, hostales y habitaciones compartidas, pero duraba tan poco tiempo que nunca pensé que estaba en el camino equivocado.

—Mamá, ya hemos hablado de esto. No voy a tener la misma conversación cien veces.

—¿Y Mario?

—Con sus cosas también.

—Me ha llamado.

Subí la cabeza y me miré al espejo. Tenía la cara roja y el resto del cuerpo desnudo. Volví a ponerme de perfil para cerciorarme de que todo seguía en su sitio. Y sí, mi tripa parecía estar igual.

—¿Y?

—Está preocupado por ti. Me ha dicho que cree que te encuentras mal y que no estás para un rodaje tan grande.

—¿Preocupado?

—Sí, dice que te ha llamado varias veces y que no consigue hablar contigo. ¿Estás bien, hija?

—Pues se me debe haber pasado. A ver, espera un momento.

Cogí el móvil y miré si tenía alguna llamada. Cinco. Cinco llamadas que ni había visto ni había oído. Cuatro notificaciones en la aplicación de mi *e-mail*. Ojalá no fueran cuatro *e-mails* suyos. No era justo para él. Ni aquella cerveza. No era justo para él ni para *eso*.

—Oye, mami, te voy a colgar porque es verdad que me ha llamado. Estoy tan liada que no sé ni dónde tengo la cabeza.

—Cielo, una cosa. No quiero que te enfades, pero piensa que ya tienes treinta y un años.

—¿Y qué pretendes que haga con esa información?

—Nada, nada, siempre podemos congelar óvulos, ya lo sabes.

—Pero, mamá, ¿estás de broma?

—No. Me preocupas. Tanta independencia y al final te quedas sola. Ya verás. Bueno, que no quiero que nos enfademos.

Las contradicciones de mi madre habían sido siempre un tema tabú entre ella y yo. Llevaba toda la vida diciéndome que debía ser una mujer independiente y, sin embargo, ella no lo era y tampoco quería que yo lo fuera del todo. Sus frustraciones caían sobre mí como si fueran mi responsabilidad, como si pudiera arreglar las cosas que ella hizo mal.

—Vale, mamá.

—Pero, escucha.

—Dime.

—Todos los hombres son iguales, pero Mario es especial. No dejes que se te escape.

—¿Por qué dices esto ahora?

—No sé, hija, para que lo pienses.

—Vale, lo pensaré. Te dejo.

En aquel *e-mail* que Mario habría escrito con alguna copa de más, probablemente con la lámpara del escritorio de cristal que solía usar para trabajar encendida y la ventana abierta, seguro que estaría sin camiseta y con los calzoncillos de rayas azules que le iban grandes, entre palabra y palabra se debía haber pasado la mano por el pelo y seguro que se había colocado las gafas varias veces, me decía algo de su película y algo sobre nosotros, pero no quise leerlo todavía. Que fuera comprensivo no me ayudaba. Estaba siendo todo lo que cualquiera querría que su pareja fuera y, aun así, aquello no era suficiente para mí. Me sentía perdida, lo único que quería era estar sola. Era frustrante no sentir pena. Arrugué la frente, moví los mofletes de arriba abajo como si sonriera y dejara de sonreír. Todo parecía funcionar bien. Abrí y cerré los párpados, apreté fuerte. Nada. Una nada que me miraba atenta, que vigilaba todos mis movimientos. Llamaron a la puerta de mi habitación.

Abrí en pijama pensando que sería alguien del hotel. Pero cuando lo hice, quien estaba detrás de la puerta era Diego. Estaba sonriente, algo peculiar en su día a día. Supongo que las cervezas tenían algo que ver.

—Hola.

—Hola, ¿puedo pasar?

—¿Para?

—No sé, charlar un poco sobre el rodaje, tal vez.

—¿Tal vez?

Subió los hombros, giró la cabeza y me miró.

—No sé.

—Mejor no, Diego. Estoy cansada.

—Tienes razón. ¿Cenamos mañana, mejor?

—Eso sí, venga.

Cuando se fue me quedé con una nostalgia extraña. Me tumbé en la cama, miré al techo, cerré los ojos y recordé todas las veces que le había admirado. Diego dentro del set era muy serio. Prestaba poca atención a los demás porque solía estar concentrado en sus ideas. Recordé el día en el que entró mientras estábamos rodando para detener la escena, acercarse al actor hasta que chocaron sus frentes, clavarle la mirada y en un segundo le tiró un vaso de agua para después salir

del set como si no hubiera pasado nada. Dio la orden de que no paráramos de rodar con la calma que tienen quienes saben lo que hacen, los que no dudan. Recordé la noche de aquella fiesta de fin de rodaje en la que, por fin, ya era directora de fotografía sin la losa de ser meritoria, pero con el peso que tiene la responsabilidad, que es peor todavía. Él se acercó a mí y me dijo que nos fuéramos. Acabamos en la granja de alguna persona que nunca conoceremos, subidos en una bola de paja, en Albarracín, y allí pasamos la noche, sentados en mitad de la nada sin necesitar nada más. Recuerdo que en un momento dado me dijo que iríamos a una exposición de Sorolla que se llamaba «Sorolla y el mar», que me leería las cartas que el pintor le escribía a Clotilde y que él me escribiría cartas también. Creo que dijo postales más bien. Me prometió que me llevaría a conocer la Costa Amalfitana con un coche amarillo y que escucharíamos música con las ventanas abiertas mientras veíamos el mar. Le dije que cantaría muy alto. Me dio la mano y me acarició los hombros con el dedo índice, como si me contara los lunares o quisiera saber si podía tocar algo más profundo que yo no veía. Sentí descargas, como si tuviera una electricidad compatible con la mía, una electricidad que podía quedarse en cada poro de mi piel sin molestar. Esa química de la que hablan y creemos no conocer hasta que llega alguien, se sienta cerca de ti y entiendes que nunca podrías haber sentido aquello si no te hubieras cruzado con él. Me dijo que me haría una cinta con sus canciones favoritas y le dije que ya no podía escuchar cintas, que el mundo no era tan analógico como él quería, así que prometió hacerme una lista de *Spotify* y me contestó que había llegado muchos años tarde, que la tecnología le ponía nervioso. Nunca fuimos a ver la exposición «Sorolla y el mar», tampoco a la Costa Amalfitana. No nos subimos en un coche amarillo ni cantamos con las ventanas abiertas. No hubo lista de música y todavía no sé cuáles son sus canciones favoritas. Sí hubo un beso, tierno y lento justo cuando amanecía. Y allí, en Albarracín, se quedaron todas nuestras promesas subidas en una bola de paja.

El ordenador me miraba. Me giré, le di la espalda. Ese *e-mail* a medias tenía demasiadas verdades y ahora solo podía pensar en Diego, en sus hombros subiendo como pidiéndome un poco de comprensión. Aquel día en la puerta de mi habitación en sus ojos grises había algo diferente, un brillo que reconocí de inmediato.

Me senté en la cama y cogí el ordenador. Tenía que escribir a Mario. Se había hecho de noche sin que me diera cuenta y había una penumbra de un azul oscuro peculiar. Me asomé a la ventana y ahí estaba: la luna llena que alumbraba mi ventana, que entraba directo en mi habitación. Así me quedé, con la luz natural encendida y la de mi habitación apagada.

Abrí el ordenador. Respiré hondo y leí, esta vez leí de verdad.

Me ha costado mucho escribir este *e-mail*. No te imaginas las veces que he borrado y he vuelto a empezar. Me gustaría que esto no estuviera pasando para no tener que enfrentarme a la conversación que tenemos pendiente, para que todo siguiera igual que siempre y para que pudiéramos olvidarnos de todo y centrarnos en tu película. Y digo en la tuya, porque en la mía ya no podemos, se ha cancelado el rodaje. No tengo ganas de hablar de esto ahora, pero entenderás que no estoy en mi mejor momento y que tú sencillamente no estás, como muchas otras veces. Creo que ya me he acostumbrado a que tú siempre te vas y yo siempre me quedo. En fin, solo quiero decirte que siempre te he apoyado en todas tus decisiones, pero esta no es solo tuya. Llegados a este punto y con todo el amor que nos

une, nada me gustaría más que seguir adelante con nuestro hijo. Es la primera vez que lo digo: nuestro hijo. Aunque no soy capaz de decirlo en voz alta por si nunca lo es. Joder, me duele decirlo. ¿Cómo has podido tratar de esta manera un tema tan importante? Nunca imaginé que llegados a este punto me dijeras que no sabes lo que quieres después de todo lo que hemos vivido y me duele muchísimo. Solo espero que me tengas en cuenta para decidir todo esto. No me apartes, por favor.

Mario

Cuando me levanté para beber agua, tropecé con el cable del ordenador, me apoyé en un jarrón que cayó al suelo y se rompió.

Antes de contestar a Mario, llamé a Alicia. No podía más. Necesitaba terminar con todo *eso*, tomar una decisión en firme para poder seguir adelante. No cogió el teléfono. Busqué en Google aquellas palabras que no me atrevía a decir en voz alta: interrumpir un embarazo a las cuatro semanas. De un vistazo leí preguntas parecidas a las que me hacía, historias de niñas jóvenes que no querían tener al bebé que se había impuesto en un polvo de una noche, mujeres que ya no eran niñas y decían que no podían con más hijos y mujeres con miedo de contárselo a su pareja por si no lo entendían. Cuando entré en alguno de los *links* me encontré con testimonios de todo tipo. No encontré a nadie que quisiera abortar con una pareja estable, una economía capaz de sustentar a una familia. No encontré a ninguna mujer que dijera que quería interrumpir su embarazo porque no quería parar su carrera. Sí leí foros donde una diversidad de mujeres de todas las edades discutía una pregunta que había realizado una de ellas: «En una clínica en la que he ido a abortar no me dejan hacerlo estando de cuatro semanas. Dicen que lo óptimo es hacerlo entre la séptima y la novena. ¿Conocéis otra? No puedo más. Me encuentro mal y no quiero seguir así». Muchas le ofrecían ayuda, pero muchas otras le decían que no tratara aquello como una enfermedad, que ella creía que iba a estar mejor al abortar pero después se sentiría mal toda la vida porque estaba quitándole la vida a alguien. Eso sí, acababa su mensaje diciendo que le deseaba lo mejor fuera cual fuese su decisión. El anonimato es un peligro. Estar detrás de una pantalla y decir todo lo que quieras sin mirar a los ojos a la persona a la que le vas a dar tu opinión es una desfachatez y buscar en Google, a veces, un suicidio.

Cuando cerré la pantalla del ordenador, me di cuenta de que todavía no había contestado a Mario. Y lo peor, es que no tenía ganas de hacerlo, pero lo hice. Abrí WhatsApp y vi que la última frase era suya, del jueves, el día que llegamos a Roma. Hoy era lunes. Tenía un descontrol absoluto de todo lo que me pasaba y la suma de estos días quería decir que estaba camino de la quinta semana de embarazo. Quinta semana.

Escribí:

¿Estás ahí?

Sí, aquí estoy.

Lo siento, estoy bloqueada.

No quiero hacerte sentir mal,
perdona.

Hace tres días de mi *e-mail*.

Lo sé, lo siento mucho. Ya sabes
que en los rodajes perdemos un
poco el control del tiempo.

Lo que yo siento es que estés
tratando las cosas así. Esto no es
un enfado, esto no es un problema,
esto es algo que nos incumbe
a los dos.

Eso es lo que tú crees. ¿Vas a
quedarte tú sin ir a rodar cuando yo
no me vea ni los pies?

No sé de dónde saqué tanta rabia para escribir aquello sin pensar en las consecuencias. Tampoco sé cómo fui capaz de tratar un tema tan delicado por esa aplicación estúpida que nos llevaba a olvidarnos de que somos algo más que dos pantallas. Mario se desconectó, el «en línea» desapareció y no volvió a cogerme el teléfono.

1998

Hace un rato que mamá y yo estamos tumbadas en el césped. Si algo me gusta del césped es que esté seco. No soporto cuando se moja y la tierra se te pega en la planta de los pies porque tengo la sensación de que estoy metiéndolos en barro.

Estamos tumbadas y mami me ha cogido de la mano. Desde que Roberto está de viaje, mamá ha vuelto a reírse igual que antes y ha tenido menos reuniones. Estoy muy feliz aquí tumbada. Muevo la mano y aprieto la de mamá. Ella me mira y le veo los dientes, el labio de arriba se le esconde un poco cuando sonrío y me hace gracia porque parece que tiene el labio más pequeño. Le pongo el dedo índice debajo de la nariz para ver cómo sonrío cuando el labio no se esconde. Pero no, me gusta más que sonría como siempre así que quito el dedo. Se ríe y me da un beso en la frente y otro en la nariz.

Lu está en su cuarto. Lleva días callada y pasa mucho rato en su habitación. Mamá dice que tenemos que dejarle su espacio, que, aunque Lu siempre esté contenta, a veces una necesita estar triste también. Yo, necesitar, necesitar, nunca necesito estar triste. Lo estoy sin decidirlo.

—A lo mejor está triste por papá, ¿no?

—Puede ser, sí.

Cojo una margarita pequeña que veo entre el césped y la arranco. Me arrepiento. Es tan pequeñita.

—¿Por qué papá no nos hace caso?

—Oli, eso son cosas de mayores.

—Soy mayor.

Los mayores siempre deciden el momento en el que eres mayor. Parece que ellos tienen una varita mágica con la que eligen situaciones en las que ya puedes decidir tú sola y en las que no. Mamá dice que soy mayor para dormir sin nadie, que ya no tengo edad para dormir con una lamparita encendida y que no se me puede olvidar lavarme los dientes porque ya soy mayorcita y, claro, para firmar el parte de Lu he sido muy pero que muy mayor. Pero para saber lo que pasa con papá, ver la tele hasta tarde o comer lo que quiera antes de la hora de la cena no soy mayor. Para eso todavía soy pequeña y por eso también tengo que ir a jugar con los niños cuando hay alguna fiesta. Lo odio. Si soy mayor, soy mayor para todo. Me siento mayor. Creo que también te haces mayor cuando te crece el pecho. La abuela dice que son margaritas, así las llama y no para de repetirme que cuando te empiecen a crecer las margaritas, ya serás una mujer adulta. Ahora lo que hago es inclinar los hombros hacia delante para que no vea que eso ya está pasando. Tengo dos

bultitos pequeños, como si fueran canicas. El otro día los toqué en la ducha, me dio mucha grima.

—Papá y yo dejamos de querernos.

Lo dice como hacia el cielo. ¿Cómo se pueden dejar de querer papá y mamá? Eso es imposible, se tienen que querer siempre. Debe estar enfadada, seguro que es eso.

—Dejamos de querernos sin darnos cuenta. A veces pasa eso, Oli. De hecho, creo que a papá le pasó primero. Dejó de quererme hace un par de años y empezó a pasar menos tiempo en casa.

No entiendo que papá dejara de querer a mamá. Si dejó de querer a mamá, también podría dejar de quererme a mí. A lo mejor ya ha dejado de hacerlo. Puede que ahora quiera más a Tatiana porque tiene un pelo rubio precioso. Otra vez siento que me aprieta la falda, pero no la llevo puesta. Me pongo las manos justo ahí, un poquito más arriba del ombligo.

—Mami, me duele aquí.

—¿Dónde?

Se gira, se queda de lado. Con una mano aguanta su cabeza y con la otra me toca la tripa. Al momento se me pasa. Mamá tiene magia. La verdad es que pensé que la había perdido cuando entramos en esta casa, pero ahora me doy cuenta de que sigue teniendo la misma que cuando vivíamos en la otra. Me gusta sentir la mano de mamá, es como si todo se detuviera.

—Ya está, mi amor. Eso son nervios.

—Sigue contándome.

—Ya está bien por hoy.

—¿Ahora tú quieres más a Roberto o a papá?

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. ¿A quién crees que quiere más papá, a Tatiana o a mí?

—A ti.

—No, hija, no. Ya lo entenderás cuando seas mayor.

Vuelve a tumbarse y me quita la mano de la tripa. Cuando lo hace, vuelvo a sentir la misma presión. Alargo la mano, arranco una margarita y la tiro. Otra vez con lo de ser mayor. No entiende nada, no entiende que ya soy mayor. Si papá dejó de querer antes a mamá que mamá a papá, la culpa es claramente de papá. Lo sabía. Estoy muy enfadada. También lo estoy con ella por no querer explicarme las cosas. Y lo que no sabe es que el otro día oí que hablaba con su amiga Candela por teléfono.

—El otro día escuché lo que le decías a Candela.

Mamá me mira sorprendida y no tarda en decirme que muy mal, que soy una niña pequeña que no puede entender lo que pasa entre los adultos y que no vuelva a cotillear sus conversaciones, que ahora lo que le faltaba es tener una espía en casa. Cuando se levanta y se va ya estoy llorando, pero no se ha dado cuenta. Sorbo por la nariz un montón de mocos que se me acumulan. Sigo sin entender que no se quieran. Mamá se va y tengo miedo de que no vuelva, de que se vaya como papá y me quede aquí sin ellos. Me asusta y siento que el césped se va a abrir y que voy a caer por la tierra marrón que se me pega a los pies. Respiro muy rápido y ahora la presión de la tripa me sube hasta el pecho. Me pongo la mano ahí, donde me aprieta, y me doy golpes. Toso y lloro a la vez. María se acerca corriendo. Me ayuda a levantarme. Con su mano me golpea en la espalda como cuando me atraganto y ahora también me acaricia el pelo, la frente, me seca las lágrimas. Me abrazo a ella, me imagino que es mamá y aprieto fuerte para que sepa que nunca voy a dejar de quererla.

Cuando abro los ojos, veo a mamá que viene caminando descalza por el césped, viene deprisa. Siento que me arranca de María igual que yo he arrancado la margarita.

—Lo siento, mi amor. No debería haberte hablado así.

Me besa en la frente, en las mejillas, en el pelo.

—¿Subimos a ver a Lu?

—Sí.

El cuarto de Lu está oscuro. Ha bajado la persiana y ha cerrado las cortinas. Mamá enciende la luz y nos quedamos las dos en la puerta porque no entendemos que esté con todo apagado si es de día. No se mueve, está boca abajo y por mucho que decimos Lu, no dice nada. Mamá se acerca a la cama, le da la vuelta y la mueve muy fuerte.

—¡Lu!

Lu se despierta abriendo la boca y cogiendo aire. Hace lo mismo que hizo nuestra prima cuando la sacaron del agua el día que se ahogó en la piscina.

—¡Mamá!

Llora y se abraza a mamá. Ha tenido una pesadilla. Creo que es por dormir cuando no toca, porque ahora no son horas de dormir ni mucho menos. Lu está rara, casi no canta y ha dejado de bajar saltando las escaleras. Ya no quiere jugar conmigo, por mucho que se lo pida. Siempre me dice que no. Me sienta mal porque no piensa ni en ponerme una excusa, dice que no y punto. Cuando nos quitamos la ropa en el vestuario de clase de *ballet*, se gira contra la pared como si quisiera que no la viera. Me sé su cuerpo de memoria, no sé si ahora le da vergüenza como a mí me pasa con lo de cada mes.

Si le pasara algo a Lu, creo que me moriría.

2018

Mientras me pintaba los labios de rojo, me miré al espejo y pensé en que mi conciencia llevaba toda la vida presionándome. Pasé el puño haciendo círculos por el cristal para quitar el vapor de la ducha de casi media hora que me había dado. Intenté recordar alguna cosa que hubiera hecho fuera de lo esperado. Pero nada, por mucho que me esforzara, no encontraba nada. Nunca llegué más tarde de la hora que me decían, no fumé a escondidas ni bebí sin contárselo antes a mi madre, no robé ni un chicle, tampoco salí por la ventana el día que no me dejaban ir a una fiesta, no metí chicos debajo de la cama, no suspendí ni me escapé del colegio. Nada de todo eso. Siempre que se me ocurría hacer algo fuera de lo esperado me atacaba una frase de mi madre: *hagas lo que hagas, lo sabré*. En mi cabeza aquella frase daba vueltas como si fuera una amenaza.

Esa noche hice, casi, lo que quise.

Como a los rodajes nunca llevábamos ropa arreglada y por mucho que dentro de mí tuviera ganas de ponerme el vestido negro de tirante de ratón con la espalda al aire, tuve que ponerme un vaquero y una camisa de lunares que había metido para la fiesta de final de rodaje. Me vino bien. No hubiera ayudado mucho llevar aquel vestido. Cogí una horquilla y me la puse en la boca. Me recogí como pude el pelo. Lo llevaba tan corto que me caían unos mechones por la nuca y delante de la cara, era tiempo perdido intentar que no pasara. Me pellizqué las mejillas. Me quité el moño. Me quité también la camisa y me puse una camiseta negra de manga corta. Me volví a poner la camisa de lunares y cuando me la puse no me miré al espejo, pero antes de salir cogí papel higiénico y lo arrastré por mis labios hasta ver que no quedaba nada.

Cogí mi móvil y vi que tenía un *e-mail* de Almu.

Joder, Olí, sabía que te pasaba algo.

¿Cómo no me lo has contado antes? Te Imagino sola pasando todo esto y me entra un cabreo que ni el yoga, ni los atardeceres, ni los putos *smoothies* me calman. ¿Qué pasa con Mario? ¿Por qué dices que todo está fatal? ¿Es Diego? No consigo Imaginarme eso que dices que ya debo estar Imaginándome. ¿Puedes hablar claro? Lo único que consigo entender es que esto no te hace ninguna gracia, pero no entiendo la razón. ¿Qué pasa? Ya sabes que estoy aquí para todo lo que necesites y que siempre te apoyaré, pero necesito que me cuentes las cosas bien para entenderte.

Espero tu *e-mail* con impaciencia. ¿Prefieres que te llame? La inmediatez sirve precisamente para estas cosas, no sé por qué te pones analógica ahora.

En fin, Oli, que te quiero mucho, dime algo, anda. Si no, prometo llamarte 150 veces, aunque lo odies.

Lo superaremos todo, ya lo sabes.

A.

Bloqueé el móvil y salí de la habitación apoyándome en la punta de las Converse. La moqueta me ayudó a no hacer ruido. Llamé al ascensor. Volví a darle unos toques al botón. Miré hacia los lados. No había nadie, pero me parecía que sí, sentía que alguien me observaba. Diego me había dicho que saldría antes que yo para que no nos vieran. Me había enviado un mensaje hacía diez minutos en el que decía salgo ya. Y ese salgo ya me había acelerado el corazón. Aquello estaba mal, pero no se puede parar al corazón.

Cuando llegué a la entrada del hotel, agaché la cabeza y aceleré el paso. Me metí en la puerta giratoria y cuando levanté la cabeza vi a Sergio, el *gaffer*. Se me cayó el móvil al suelo. La puerta se quedó parada mientras me agachaba a recogerlo. Sergio daba golpes al cristal para saludarme. Me sudaba la frente y tenía las manos torpes y cuando cogí el móvil se me volvió a caer.

—Mierda, joder.

—¡A dónde vas tan guapa, patosa!

Hice como que no había oído esa pregunta. Cogí el móvil, sonreí y seguí dando la vuelta con la puerta. Levanté el brazo para despedirme, sin mirarle. Crucé la esquina del hotel, me apoyé en la pared y respiré.

Habíamos quedado en la Plaza Navona. Me hubiera gustado ver de día las fachadas blancas y amarillas y sus persianas azul clarito y el reflejo del agua y las estatuas con sus grietas iluminadas por el sol y no por los focos. En la plaza había mucha gente metida en sus chaquetas paseando sin prisa, al ritmo de un verano que todavía no había llegado. Un turista en manga corta, ignorando los ocho grados que hacía, se tomaba un helado de pistacho. No se derretía. Me entró un escalofrío, crucé los brazos y me quedé de pie en frente de aquella fuente a esperar a Diego. Pensar que ese suelo había sido el mismo en el que Gaspar van Wittel se había plantado a pintar su *Vista de la plaza Navona*, hacía que me sintiera muy pequeña. Vi ese cuadro en el Thyssen, con Mario y su madre, un domingo de un noviembre lluvioso. Paseamos los tres de la mano hasta que vi el cuadro. Me solté enseguida. Aquella luz y el relieve de las fachadas me impactó. Mario se acercó a mí, me agarró de la cintura y apoyó su barbilla en mi hombro. Me sentí en casa. Ahora estaba en la misma plaza que Gaspar van Wittel pintó en otro siglo y ya no era la misma. Ni la plaza, ni yo.

Oí un silbido corto y supe que era él. No quise girarme, no sabía lo que estaba haciendo allí. Volvió a silbar. Me imaginé que me miraba y pensé en si estaría guapa en esa postura. Metí las manos en los bolsillos y di un paso al frente. Me sentía ridícula. Cuando me di la vuelta estaba a unos pasos de mí y me miraba con ternura, con una mirada muy distinta a todos los años anteriores, una mirada que se parecía mucho a la de aquella noche que se nos hizo de día. Cuando llegó hasta donde estaba, se puso en la misma postura que yo: a mirar la fuente. No me abrazó, no apoyó su barbilla en mi hombro. Tampoco me sentí en casa, aunque volvía a sentir una emoción que solo le pertenecía a él. Un cosquilleo, algo que se interponía entre mi voz y mi garganta, un hilo, una cuerda que nos tensaba. Le miré y me reí. Aquello era absurdo.

—¿Cenamos?

—Claro.

No profundizaba demasiado en conversaciones que le llevaran a revisar sus sentimientos. Como mucho una mirada, esa electricidad que traía siempre, una sonrisa o un gesto de seriedad absoluta. Diego. Con su justa comunicación y la certeza de que no necesitaba comunicarse mejor. A mí me hubiera gustado preguntarle la razón por la que había decidido que cenáramos, que me contara lo que le hizo irse ese día, me hubiera gustado saber qué es lo que le hizo romper nuestros planes, ignorarme durante tanto tiempo, quería respuestas a muchas preguntas que había dejado aparcadas desde que conocí a Mario, pero que siempre había tenido en algún lugar escondidas. Quizá era muy pronto para hablar de todo. O a lo mejor, simplemente, ya era tarde.

Nos sentamos en la ventana de un restaurante pequeño con manteles de cuadrados rojos y blancos que una siempre imagina que pertenecen a la escena de alguna película, a Italia, a amores que empiezan. Una lámpara verde encima de nuestras cabezas nos iluminaba, pensé en mis ojeras y en que Diego tenía una nariz más grande de lo normal. Moví la vela y la puse en medio de nosotros.

Compartimos la cena. Él pidió unos *spaghetti al pomodoro e basilico* y yo unos *penne all'arrabiata* pero invadíamos nuestros platos como si fuera algo que hacíamos todos los días. El camarero nos trajo dos copas de vino tinto, por lo visto invitaba la casa y según Diego no podíamos ser maleducados. Repetí varias veces que prefería no tomar alcohol, pero mi cara mentía y él se reía cada vez que me inventaba cualquier excusa. Cogí la copa de cristal, una pequeña pero llena hasta arriba. Allí el protocolo les daba bastante igual. Brindamos y bebimos mirándonos a los ojos. Di un sorbo muy pequeño. Me supo amargo. Demasiado. Intenté disimular mientras sonreía y algo dentro de mí se nublaba. Cogí mi móvil, miré la pantalla: nada, ni una notificación. Fui al baño y llamé a Mario. Le llamé dos veces seguidas, pero no cogió el teléfono. Una parte de mí quería pedirle perdón, explicarle que no sabía asimilar todo aquello y que no esperaba que las cosas fueran a ser así, pero a la vez otra parte de mí quería estar cenando con Diego, pensar que nada de lo anterior había ocurrido y olvidarme de todo para pensar solo en mí.

Cuando volví a la cena, estaba Amanda de pie al lado de mesilla.

—¡Hombre! ¡La que faltaba! No me habías dicho que también estaba Olivia.

Miró a Diego y él desdobló y volvió a doblar su servilleta.

—¿Qué hacéis? ¿Estáis cenando?

—Sí, ¿quieres sentarte? —Diego lo dijo como si fuéramos muchos más, como si estuviéramos esperando al resto del equipo y esas dos sillas nuestras, esos dos platos y los dos tenedores metidos en su pasta fueran un decorado.

—No, hombre, no quiero fastidiar la cenita romántica.

Guiñó un ojo.

—No es una cena romántica. —Me levanté y cogí una silla de la mesa de al lado—. Siéntate, anda.

—¿Vino?

Asentí.

—Ya veo, ya. Qué bien, oye. Mañana madrugamos, ¿lo sabéis?

—Sí, si ya nos íbamos. —Casi no me salía la voz, tuve que esforzarme para que el hilo de voz de niña saliera de mí como aquellas veces cuando me regañaban en el colegio y no conseguía hablar—. De hecho, voy a pedir la cuenta.

—Bueno, sin prisa. Si yo ya me voy. ¡Hasta mañana, chicos!

Diego alargó el brazo y me cogió de la mano. Apretó y la volvió a soltar. Quitó la mano y miró hacia la ventana donde Amanda todavía estaba girada mirándonos.

—¿Te quieres ir?

—No.

—¿Seguro?

—No lo sé.

Movió su silla y se sentó a mi lado. Deseé con todas mis fuerzas que no lo hiciera, que quisiera irse y me dejara allí sola. Seguí mirando hacia la ventana.

—Voy al baño.

Y antes de irse, me dio un beso en la cabeza. Uno de esos besos que no se miden, uno de esos que me daba mi madre cuando no lograba entenderme, cuando me callaba el dolor y la incompreensión que sentía, esos que se dan más bien por compasión, como el que pone una tiritita sin curar una herida.

Volví a coger el móvil: nada. Probé a llamar de nuevo, pero esta vez el móvil de Mario estaba apagado. Se enfadaba muy poco, pero cuando lo hacía eran enfados demasiado largos llenos de silencios que me rompían. Odiaba este silencio. Este tipo de silencio se convierte en un arma dolorosa. Te traspasa, te inunda, te ciega, te enloquece. Es capaz de sacar lo peor de mí, de alarmar a mi impaciencia y quitarme cualquier capacidad de razonar.

Diego se sentó conteniendo la risa. Y yo que qué pasa, él que nada, que qué iba a pasar. Lo entendí cuando llegaron cinco camareros cantando *tanti auguri*. Uno de ellos llevaba un plato con un tiramisú y una vela. Cantaban a pleno pulmón, con una voz burlona como si el restaurante se hubiera convertido en una ópera improvisada. Diego también cantaba. Aplaudía haciendo aspavientos con esas manos grandes que un día me acariciaron el hombro y que muchos otros no lo hicieron. Me tapé la cara, agradecí metiéndome en ese papel de cumpleañera que no me tocaba. Los camareros aplaudían y me decían *congratulations, congratulations*. Miré a Diego y asintió. Sentí que me daban permiso para pedir lo que quisiera, que aquel deseo se iba a hacer realidad.

Volvimos a brindar y esta vez el vino sabía menos amargo, tenía un toque dulzón que me despertaba las papilas. Le di otro sorbo, esta vez uno más largo. Diego me imitó tapándose la nariz, bebiendo a toda velocidad. Volví a beber y él se bizcó. Escupí el vino hacia la ventana. No podía dejar de reírme sin entender por qué y creo que él tampoco. Me disculpé con los camareros que rieron también. Cuando me giré, el líquido granate bajaba rápido por el cristal. Él seguía riéndose, estaba inclinado hacia atrás con la mano tapándose la boca para intentar parar sin saber que esa copa de vino me traía de vuelta a mi realidad.

De camino al hotel, caminamos rozándonos las manos. Era un sí, pero no. Más que sí, pero no. Íbamos al mismo ritmo. Cada vez que me despistaba, él cambiaba el pie para ir al contrario del mío y yo daba un saltito para volver a caminar igual. Era una manía que tenía desde pequeña. Pensaba que no se acordaba. Jugamos a aquel juego durante todo el camino. En la esquina del hotel donde esa misma tarde había parado a respirar, en otro de los momentos en el que nos rozamos las manos, se agarró a mí. Entrelazó sus dedos a los míos, me frenó apretujando y me giró hacia él. Estábamos muy cerca. Mi metro y medio hacía que mis ojos estuvieran a la altura de su corazón y que tuviera que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarle. Lo hice. Él apoyó sus labios en mi frente. Nos quedamos así. Yo con el corazón acelerado. Y él, aunque intentó disimularlo, también. Lo supe porque me apoyé en su pecho, giré la cabeza y ahí estaba: un *pum*

pum traicionero.

—Esto no está bien.

Lo dije mientras daba un paso hacia atrás.

—Lo sé.

Él dio un paso hacia delante.

—Me voy a ir.

—Yo también.

Caminamos hasta el pasillo que unía nuestras habitaciones, esta vez separados por un hueco que queríamos que no existiera. Mi corazón seguía al mismo ritmo, no podía parar de correr descontrolado. Ese latido era tan diferente a otros. Galopaba. Ojalá hubiera un diccionario capaz de explicarnos la definición de los latidos del corazón.

Entré en mi habitación, tiré el bolso al suelo, me quité la ropa y me metí en la ducha. Pensé en el vino cayendo por el cristal, en su sabor amargo, en lo dulce que había sabido después, en lo fácil que era pasarlo bien con Diego, en el mundo imaginario que había creado con una vela y cinco camareros. En todo, menos en lo que debía pensar. Hay veces que ni las duchas limpian.

Cuando salí, me senté en el borde de la cama y cogí el móvil. Tenía una llamada perdida de Carlota de hacía varias horas. Le di rápido a llamar y, cuando saltó el contestador, caí en que debía estar ya operada. Me había olvidado por completo. Me había olvidado de ella, de sus miedos, de su soledad y de su decisión de ir a operarse sola para no preocupar a los demás. Olvidé que había confiado en mí, que me necesitaba como tantas otras veces yo la había necesitado a ella y siempre había estado para mí. Busqué el teléfono del hospital en Google, marqué y le pedí a la señorita que me pasara con la habitación de Carlota Belastre. Los cuatro tonos que sonaron fueron eternos, muy parecidos a los momentos que pasaba con mi padre en silencio cuando venía a vernos a Madrid y no sabía qué decir ni qué hacer con nosotras.

—¿Sí?

—¿Hola?

—Olivia, soy Mario, dime.

—¿Qué haces allí?

—Me llamó antes de entrar a la operación. Estaba asustada.

—Dios, cuánto lo siento. ¿Cómo está?

—Bien. Todo ha salido bien.

—Menos mal, qué alivio.

—Sí.

—Lo siento.

—Ya.

—¿Puedes decirle que me llame cuando se despierte?

—Vale, un beso.

Y colgó sin dejar que me despidiera

1998

El comedor del colegio es un sitio feo. Es rectangular, alargado, con un montón de bancos y mesas en línea recta. Hay seis líneas de mesas, pero son tan largas cada una que creo que cabe el colegio entero. No entra mucha luz a pesar de haber una cristalera que da al patio. Es gris. Yo siempre entro por el lado derecho y Lu, como es de otro curso, entra por el lado izquierdo. A veces nos vemos en la cola y nos saludamos, pero no nos dejan cruzar todo el comedor para vernos. Antes de ayer, por primera vez, coincidimos en el segundo plato. Iba con mi bandeja de plástico pegajosa y, cuando fui a pedir las albóndigas con arroz, escuché que Lu decía que le pusieran menos, por favor. Oí su voz y me giré al momento porque no esperaba verla.

Hoy estoy haciendo todo lo posible por volver a coincidir con ella. Me he colado tres veces pidiendo permiso primero, claro. Este sitio huele mal, a aceite quemado, parecido al de los churros de la furgoneta blanca donde papá los compra. Me da muchísimo asco comer aquí. A veces me invento que estoy malita de la tripa para que me den comida especial que tiene mucha mejor pinta. Es un truco que me contó mamá que hacía ella en su colegio. Mamá sí que sabe. Por fin veo a Lu. Aunque creo que no vamos a llegar al segundo plato a la vez. Solo tengo a una persona por delante de mí, es Elena. Le pido por favor que me cuele, me dice que no y se gira moviendo el pelo que me da en la nariz. Es estúpida, ojalá pudiera decirlo en voz alta. Me asomo por delante del pelo de Elena y veo que Lu casi no coge del segundo plato.

Voy a mi banco. No nos podemos levantar si no pedimos permiso, pero estoy cansada, ya soy mayor y quiero ver cómo está mi hermana. Me pongo de pie y camino como si fuera normal levantarse en mitad de la comida. Oigo a doña Eugenia que grita señorita, señorita, a dónde va. Sigo caminando, como si no me estuviera hablando a mí. Llego al sitio de Lu y veo que tiene apoyada la cabeza en el brazo, encima de la mesa, como si estuviera durmiendo. Doña Eugenia todavía está lejos, así que me da tiempo de acercarme a Lu y le pregunto que si está bien. Me dice que qué ilusión y que sí, que está genial. Pero su mirada es triste, está como cuando le quité las pilas a la muñeca que habla y se quedó con los párpados por la mitad de la pupila. Doña Eugenia llega a la mesa y me grita alto para que todo el mundo se entere de quién manda, que qué estoy haciendo en un banco que no es el mío. Le pido perdón y me voy, aunque dentro de mí repito sin parar que hago lo que quiero, hago lo que quiero, hago lo que quiero y ya está. No entiendo las normas de este colegio.

Cuando le cuento a mamá que Lu no come mucho, me pone una cara que no sé lo que significa. Se está maquillando. Se hace una rayita negra en el ojo muy fina que va desde el lagrimal hasta la

parte final del párpado. No se sale ni un poco, es perfecta. Le vuelvo a decir que Lu está rara y que hoy no ha tomado Cola Cao, que de verdad creo que no está comiendo lo que debería. Ella saca la lengua un poco con los labios cerrados y dibuja la otra raya en el ojo izquierdo. Le ha vuelto a quedar perfecta. Me gustaría saber hacer eso cuando sea mayor porque hace que sus ojos se vean todavía más claros. Yo los tengo marrones. Mamá dice que son del color de la miel. Me muevo el flequillo para verme mejor los ojos. Puede que sí que se parezcan a la miel. Quiero tenerlos del color de mamá, de Lu y de papá.

—Mami, en serio, tienes que hacerme caso.

—Vale, Oli. ¿Qué hacemos? ¿Quieres que vayamos al médico?

—No sé, ¿los niños van al médico cuando comen poco?

No contesta. Cuando se pinta las pestañas no puede hablar y abre mucho la boca. Eso me hace reír.

—¿Eh?

—No lo sé, Oli. Lo preguntaré, ¿vale?

—Pensaba que lo sabías todo.

—Pues no, los padres no lo sabemos todo.

Eso me duele. Cuando le pido ayuda a mamá con mis deberes siempre acierta. No sé cómo lo hace, es tan lista que, le pregunte lo que le pregunte, sabe la respuesta correcta.

—Vale, pues llevamos a Lu al médico, mami.

—Vale, cielo. Pediré hora.

No me creo que vaya a pedir hora. Estoy segura de que se le va a olvidar porque siempre le pasa. Qué guapa está mamá cuando sale del baño. Cuando sea mayor me gustaría mucho parecerme a ella. Ser así de alta, tener las piernas muy largas y la piel tan suave como la suya. Me abrazo a ella. La cabeza me llega a su ombligo. Meto el dedo en su ombligo y miro hacia arriba. Me da un beso en la frente y me acaricia el pelo.

Entro en el cuarto de Lu sin llamar. Está tumbada en la cama de lado y se abraza a una almohada. Entro corriendo, me tumbo en su cama. Ella no se gira.

—Hola, Lu.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Bien, ¿tú?

—Bien. Oye, ¿merendamos?

—No.

—Vale. ¿Y Juan?

—No sé, Oli. Estoy enfadada con él.

—¿Por?

No me contesta, y no digo nada más. Quiero que me lo cuente. Creo que cuanto menos insista, más ganas tendrá de contármelo, así que me giro hacia el lado de la pared. Tenemos la espalda pegada la una a la otra.

—Oli.

—Dime.

—¿Te puedo contar un secreto?

—Sí.

—¿Prometes que nunca dirás nada?

—Prometo.

—Jura.

—Juro.

Se gira. Yo también me giro. Me recuerda al primer día de colegio porque la noche de antes siempre dormimos juntas y nos entra la risa porque estamos muy nerviosas. Ahora ella no se ríe y yo contengo la risa.

—A veces estoy triste.

Entramos en la consulta del médico sin Lu. Él ha dicho que espere fuera y que entremos mamá y yo. Me ha parecido un poco feo que ella espere fuera sola, sobre todo porque hemos entrado para hablar de ella y eso no está nada bien. Se nota que no es nuestro médico de siempre. Él no haría eso.

—Parece anorexia nerviosa, pero en muchos casos puede ser solo una etapa y pasar al cabo de un tiempo. ¿Ha sufrido cambios importantes?

—Bueno, su padre y yo nos hemos separado, nos hemos mudado y también han empezado en un colegio nuevo.

—Pues ahí lo tiene. Estamos a tiempo. A partir de ahora, no deje que coma sola ni que pase mucho tiempo en su habitación. Es importante que engorde su amor propio y para eso necesita amor ajeno.

No he entendido nada de lo que ha dicho, solo que Lu no puede estar sola.

2018

Abrí la ventana para comprobar que podía ponerme un jersey fino ahora que abril estaba a punto de terminarse, y el viento tiró todos los papeles que tenía encima de la cama y acababa de ordenar. Tiempo perdido otra vez. Volví a ordenarlos. Tenía ganas de arrugarlos y de tirarlos a la basura. Mario seguía sin contestarme y ahora en vez de estar triste y preocupada había empezado a estar enfadada. Y cuantas más horas pasaban, más lo estaba. El tiempo en contra, como tantas otras veces.

Me tumbé en la cama boca abajo. Eran las siete de la mañana y ya estaba cansada. Lo peor de todo aquello, además de mi conciencia, era el sueño que llevaba auestas. Todo el día bostezando, con ganas de meterme entre las sábanas blancas que me esperaban cada día en la habitación 113. Al tumbarme, sentí que el pecho se me aplastaba y me dolía. Me di la vuelta. Cogí el teléfono y llamé a Alicia. Era imposible coordinarnos. Volvía a tener llamadas perdidas suyas y ella mías, pero en estos cuatro días no habíamos conseguido hablar.

Al tercer tono lo cogió.

—¡Pero bueno, por fin!

—Ya, menudo suplicio. ¿Qué tal estás, Oli?

—Mal. Sigo igual y se lo he dicho a Mario.

—No me digas. No tendrías que haberle dicho nada. Oye, vamos al grano que tengo pacientes. He mirado una clínica en Roma. Tengo un colega que a lo mejor puede echarte una mano, pero no las tengo todas conmigo porque no sé si está a favor de todo esto. De todas formas, llama y pregunta.

Apunté el teléfono y me guardé el papel en el bolsillo del pantalón. Así era Alicia: resolutiva y práctica, mucho más que yo. Me quedé en la cama pensando que elegir siempre implica perder algo, deshacerte de una de las dos, tres, cuatro opciones que te has planteado. Da igual el tipo de decisión que sea. Cualquiera te obliga a tener que coger un camino u otro. Las cortinas se movían hacia delante y hacia atrás. Se inflaban como las velas de un velero y se desinflaban de nuevo. Iban y venían. Me hubiera gustado estar tumbada en un velero con la madera caliente rozando mi piel, los pies por la borda, el mar salpicándome con las olas que vienen y vienen y vienen. Estar tumbada mirando al cielo, cruzarme con la vela y ver cómo la botavara pasa por encima de mí y no me toca. Escuchar el silbido del viento. Tener el rumbo claro. O poner el piloto automático y que decida por mí el camino más corto para llegar a casa, y que sea la de antes, la de siempre y no exista nada que pueda entorpecer el camino.

Sonó la alarma de mi móvil. Era la hora de despertarme, aunque llevaba varias horas despierta. El despertador más infalible es la conciencia. El cargo de conciencia más bien. Es un despertador que expande un calor caliente por todo el cuerpo, se agarra a tu estómago y es capaz de ajetrear el corazón. Un despertador que te mantiene en vela, más que despertarte.

Me levanté, me vestí y salí de la habitación. Nuestras puertas se cerraron a la vez. Asomé la cabeza y vi a Diego, que me saludó agitando la mano. Vino hacia mi puerta. Caminamos juntos sin hablar, subimos en el ascensor. Se paró en el siguiente piso y subió una pareja.

—Siempre igual. ¿Es tan difícil que entiendas que no puede ser?

Ella lo dijo mirando al frente, hacia la puerta. Veía sus nucas. La de ella con una trenza que caía por su espalda y él con un corte perfecto que me dejaba ver un lunar detrás de su oreja derecha.

—No lo entiendo, joder.

—Pues no puede ser. Punto. No es el momento. Hubieras llegado antes, mira qué fácil.

Salió solo ella de allí. Él alargó la mano para rozar la suya, pero ella no se giró. No se besaron ni se dijeron que se verían pronto. Vimos que ella se dirigía a la salida, aunque antes de que llegara, se cerraron las puertas del ascensor. Allí deberíamos habernos bajado Diego y yo, pero no lo hicimos.

—¿A qué piso vais?

—Al tercero. —Diego dijo eso y me miró levantando las cejas.

—Sí, el tres.

Alargué la mano y le di al botón. Aquel chico se bajó en el segundo piso. Volvimos a darle al botón y bajamos a la entrada. Salimos sin decir nada. Fuimos a los sillones en los que esperaba el equipo. Amanda nos miraba con desaprobación. Quise explicarle que no era lo que parecía, pero a esas alturas ya no tenía ningún sentido.

Cuando llegamos al set, tuvimos que esperar para empezar a rodar porque se había caído una parte del atrezzo por culpa del viento. Aproveché para dar una vuelta por este pueblo tan solitario. Las calles eran el abandono en forma tangible. Ventanas cerradas, rotas, descolgadas. Las puertas selladas con cemento en sus cerraduras. No había pelotas cayendo calle abajo, y niños corriendo y gritando, tampoco había señoras sentadas en las puertas de las casas hablando del último cotilleo del momento, tampoco había hombres con bastones pasando el día en algún banco o jugando al dominó. No había olor a pasta, a queso, a tartas ni a pan. No vi ropa tendida, ni flores marchitas, ni flores enteras. No vi perros ladrar, gatos negros cruzarse delante de mí ni parejas que se besaran debajo de alguna farola. No había preocupaciones, ni corazones rotos, ni hijos que suplicaran un ratito más. No había música, no sonaba ningún instrumento, nadie tocaba el piano ni rompía cristales contra el suelo. No había cola en la panadería ni olía a leña ni había chimeneas humeantes. Nadie fumaba. Solo había abandono.

Llegué a casa de la señora Giulia sin saber por qué. No estaba sentada en su puerta. Me asusté. Solo había visto a esa señora la semana que llevábamos de rodaje. Casi ni nos saludaba, era muy curiosa y protegía con ansia su soledad. Era solo suya y así parecía desearlo. Pero había algo que flotaba en el aire cada vez que te cruzabas con ella. O así lo percibía yo. Me gustaba pasar por delante de ella con alguna excusa solo para verla, para compartir unos segundos del día y ofrecerle algo. Quizá un café, una conversación, alguna pregunta sobre el pueblo. Ella no quería nada de mí. Ni café, ni conversación, ni responder a preguntas. Estiraba el brazo, la mano recta, y

hacía unos movimientos pequeños para decirme que ni lo intentara. Cada día me aseguraba de que estuviera allí, pero el quinto día entendí que no debía seguir insistiendo en ofrecerle compañía. Hay veces que cuando uno quiere estar solo, lo único que necesita es que respeten su elección. La puerta estaba cerrada. Las ventanas también. Llamé a un chico del equipo que paseaba con un café por allí y le pregunté si sabía a dónde había ido la señora. Me miró sorprendido y me dijo que no tenía ni idea. Pensé en la posibilidad de que hubiera enfermado, de que estuviera en algún hospital, o tuviera un hijo que la hubiera ido a recoger para pasar el día paseando por la ciudad. Pensé que tal vez tenía pareja y que simplemente había estado de viaje y ahora leían en el sofá o escuchaban la radio. O a lo mejor estaba en su cama con fiebre y nadie podía ir a ayudarla. ¿Y si se había caído y estaba sola? Llamé a la puerta. Nadie abrió. Le di unos golpes suaves. Nada. Volví a dar unos golpes, esta vez más fuertes. Allí no había nadie. Y, si había alguien, no podía oírme por la razón que fuera. Justo cuando volví a llamar a la puerta me llamaron para empezar a trabajar.

Al viento se le sumó una lluvia que nos venía hasta bien para la escena que teníamos que rodar. Me puse el chubasquero que Amanda, como siempre, había previsto y empezamos a rodar. Llevábamos solo una escena cuando Amanda gritó.

—¡Paramos! ¡Pa-ra-mos! Dos minutos y seguimos.

Yo llevaba la cámara agarrada con un arnés a los hombros, por encima de mi tripa. Había dejado de distinguir mi peso del de la cámara. Éramos una. Descubrí la fotografía por casualidad, gracias a una amiga de mi madre que se empeñaba en retratarnos cada verano a Lu y a mí. Nos colocaba a las dos en el mismo sitio todos los años, justo en unas rocas de Costa de la Calma, pegadas a una escalera por donde bajábamos para meternos en el mar. Nos ponía muy juntas, nos chocaban los brazos y pronto dejamos de tener los hombros a la misma altura. Lu creció muy rápido. Ella cogía la cámara y ponía su mano delante del objetivo y nos decía un momentito, niñas, un momentito, y si el sol no jugaba a nuestro favor nos movía un poco, aunque fueran unos centímetros. Un día me dejó su cámara y al terminar el carrete me invitó a revelarlo en el laboratorio que tenía en su casa, creo que tenía dieciséis años cuando entendí que quería hacer eso siempre. Pero lo supe con más certeza más adelante en un festival de música en el que Jaime, un amigo de por aquel entonces, me habló de lo desapercibido que pasaba el papel del director de fotografía en las películas y de la importancia que realmente tenía, de que la luz era una forma de componer, de hablar, comunicar y crear historias y, mientras me hablaba, supe que no podría hacer otra cosa que justamente lo que Jaime me estaba comentando. Amanda gritó.

—¡Oye, Oli, ha venido tu padre!

Me giré y le vi. Hacía diez años que no nos veíamos. Estaba de pie, me miraba, sonreía y tenía el pulgar hacia arriba. Di un paso hacia delante y me tropecé con una vía. Caí al suelo de cara. Sentí que buceaba. Un pitido largo se instaló en mi oído. Un pitido que no me dejaba oír nada más. Unas manos me dieron la vuelta, pero no veía nada. El pitido se apaciguó y solo oía silencio. El silencio que nunca es del todo silencio, el del mar. Burbujas que se movían entre mis oídos y mis pensamientos, burbujas, olas, murmullos, susurros. Volví a oír de golpe, como cuando sales del agua. Abrí los ojos y empecé a ver sombras encima de mí. Se movían impacientes. Había manos que pasaban por delante de mi cara, pero no conseguía distinguir a nadie. Y gritos que decían ¡Olivia! ¡Olivia! ¿Estás ahí? Y yo que sí, que estoy aquí, pero nadie me escuchaba. Y que Olivia, Oli, Hija. Hija. Hija. Y yo papá, sácame de aquí. Pero nada. Me lamí los labios intentando

encontrar algún rastro de saliva, me ahogaba. Unas manos me levantaron la cabeza desde la nuca. El agua caía sobre mí y no conseguía tragar.

Me desperté en una habitación blanca con una línea que cruzaba de forma horizontal por toda la pared. Una línea azul. El sol entraba por la ventana. A solas estábamos unas motas de polvo y yo, se movían despacio por la línea de luz que atravesaba la ventana. Bajé la vista y me di cuenta de que tenía la mano apoyada en la tripa. Recordé a mi padre, la caída y ese fundido a negro.

La puerta se abrió. Entró una mujer con una bata blanca, un bolígrafo y una carpeta marrón en la mano. Me cogió el brazo derecho y me quitó el tapón de la vía. Por primera vez aquella vía no provocaba nada en mí. Era como si llevara toda la vida conmigo, sentía que formaba parte de mi cuerpo. No sé qué hizo. Estaba demasiado cansada para asustarme. Toqueteó y volvió a dejar todo en su sitio. Me dijo algo en italiano y se fue. No lo entendí. Tampoco había nadie allí que pudiera ayudarme a entender lo que me pasaba. Tenía un dolor de cabeza que se movía conmigo cuando me giraba. Martillos pequeños golpeando la piel desde dentro del cráneo. Llamé al timbre que tenía al lado de la cama. No tardó ni un minuto en entrar la enfermera. Dijo *ciao* y de nuevo ese idioma que intuía, pero que no lograba entender del todo. Quería preguntarle por el bebé. Ella me miraba atenta, esperando a que lo hiciera o le dijera lo que me dolía. Le señalé la cabeza. Salió de la habitación y volvió con un ibuprofeno en una cajita transparente.

—¿Puedo irme a casa?

—Ancora no.

—¿Casa?

—*Ancora no. Mancano alcuni test.*

Cerré los ojos con fuerza. Se iban a enterar de todo. Si me habían hecho análisis, ya lo sabrían. Fantaseé con la idea de que el golpe me hubiera ahorrado tener que tomar decisiones, que estuviera bien y que mi vida recuperara el ritmo que había perdido desde hacía unas semanas.

Llamaron a la puerta. Cerré los ojos, giré la cabeza hacia la ventana y me quedé quieta. Alguien entró. Escuché los pasos lentos, que se acercaron hasta el borde de mi cama. Pasos que se fueron hasta la ventana. Giré la cabeza hacia el otro lado. Me temblaban los párpados. Nadie me preguntó si estaba despierta. Ni un saludo. Recordé que tenía que llamar a Almu. Los pasos salieron de la habitación. Me imaginé a Amanda allí, la primera, para asegurarse de que estaba bien y saber con certeza que el rodaje no iba a retrasarse.

1998

Bajo por las escaleras blancas, están frías. Un, dos, tres, salto, un, dos, tres, salto. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, salto. Me siento en la alfombra blanca de pelo que hay en la entrada. Me tumbo y la acaricio. Está suave. Es como un peluche. Estoy tumbada mirando el techo y muevo los pies y las manos de arriba abajo, como cuando fuimos a Baqueira con papá y mamá, y papá se tumbó corriendo en la nieve a hacer un ángel. Yo no entendía dónde veía él un ángel. Pero él seguía moviendo los brazos y las piernas rápido, como si nadara, como dibujando algo en la nieve que solo él entendía. Mamá iba de un lado al otro con una cámara en la mano y nos decía niñas, miradme, sonreíd y yo miraba a la cámara y saludaba y mamá decía no frunzas el ceño que cuando seas mayor te verás todo el día enfadada en los vídeos. Hago el ángel en la alfombra y cuando me levanto para ver si está, ahí no hay nada. Me agacho y toco el pelo de la alfombra, que no está frío.

Abro la puerta de la cocina y veo a María que plancha mi camisa del uniforme del colegio. Estoy harta de ese uniforme.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días. ¿Y Lu?

Cruzo los brazos y me los froto con las manos. No me gusta el frío que hace por las mañanas.

—Ahí está.

Lu está detrás de ella, sentada a la mesa de la cocina con la cabeza apoyada en los brazos. Parece que está dormida.

—¡Lu!

No me responde y María se acerca el dedo índice a la boca. Miro el reloj, todavía queda un buen rato para irnos al cole. Un olor a mantequilla me recuerda que hay tostadas. Seguro que también nos habrán hecho el zumo de naranja que me hace cerrar los ojos y apretar la lengua contra el paladar. Me siento al lado de Lu y abro el Cola Cao para ver si el olor la despierta, aunque ya casi nunca quiere Cola Cao, pero, claro, el Cola Cao casi no huele a no ser que te lo acerques mucho a la nariz así que no creo que despierte a Lu. Tiro la cuchara encima de la mesa.

—Uy, perdón.

María me mira y mueve la cabeza de derecha a izquierda. No le ha gustado. A mamá tampoco le gustaría. Pobre Lu, siempre tiene sueño por las mañanas. Hoy quiero contarle algo importante. Cuando María sale de la cocina, le doy en el brazo a Lu, le susurro que despierte, que ya es hora, que quiero contarle una cosa, pero ella gira la cabeza y se queda dormida mirando hacia el otro

lado.

María entra en la cocina otra vez y le da una taza de Cola Cao y leche caliente a Lu. Qué lista, ahora sí que se levanta.

—María, ¿sabes hacer coletas?

—Sí.

—¿Me harías unas?

—Muy guapa se está poniendo hoy, eh.

Noto calor en las mejillas y sonrío. Me da vergüenza, pero hoy quiero estar guapa.

—¡Qué guay! ¡Yo quiero!

—*Copiota.*

Lu me saca la lengua. Y yo se la saco apretando fuerte. No sé por qué me tiene que copiar en todo. María me cepilla en la cocina. La abuela se moriría si lo viera. Oigo a Roberto que le dice a mamá que muy bien, que ya lo hablarán luego, que es un desastre. Miro a Lu y recuerdo los gritos de ayer. Canto muy alto. Canto «Al pasar la barca, me dijo el barquero, las niñas bonitas no pagan dinero, yo no soy bonita ni lo quiero ser, yo pago dinero como otra mujer». Y Lu canta conmigo. Y así seguro que Lu no vuelve a escuchar que Roberto le dice a mamá que no vale para nada. Lu sigue conmigo. «Al pasar la barca, me dijo el barquero, las niñas tan listas no pagan dinero. Yo sí soy tan lista, y lo quiero ser, yo pago dinero como otra mujer». Muevo la cabeza para asomarme por la puerta y veo que mamá sale caminando con el bolso rojo que me gusta. María me tira del pelo. Por su culpa dejo de ver a mamá. Oigo que la puerta de la entrada se cierra. Lu me pellizca.

—¡Ay, Lu!

—¡Chispas!

—¿Chispas por qué?

—Porque hemos cantado a la vez.

—No entiendes el juego. Se dice chispas cuando sin querer decimos una palabra a la vez, no si cantamos lo mismo. ¡Tonta!

—Tonta tú.

—A mamá que vas.

—Mamá se ha ido.

María nos da las mochilas y nos metemos en el coche. Nos sentamos en la parte de atrás, nos ponemos los cinturones, cada una pegada en su ventana. Lu pone la mochila al lado de su ventana y apoya la cabeza. Se va a dormir y quiero contárselo, pero es que no puede parar de dormir ni un ratito.

—Lu.

Me mira con los ojos medio cerrados. No gira la cabeza, solo fuerza la mirada hacia la izquierda.

—Lu.

Le toco la pierna. Le cojo del brazo y la acerco hacia mi lado.

—¿Qué quieres, pesada?

—Quiero contarte una cosa —le susurro mientras miro a Miguel que, a su vez, nos mira por el retrovisor.

—Venga, di.

Miro hacia la ventana. Me toco la frente y la coleta que me molesta cuando me apoyo en el

asiento. Me pongo recta para que no se estropee. Quiero estar guapa hoy. Le cojo del cuello y me acerco a su oído. Le susurro que me gusta un niño del colegio que se llama Jorge, que va a la clase de al lado pero que cuando nos cambiamos a la de inglés coincidimos y a veces me mira. Le susurro que no sé si me mira a mí y que cuando deja de mirarme, yo me doy la vuelta para ver si había algo o alguien detrás de mí. Casi nunca hay nada así que supongo que es a mí. Le susurro que me gusta mucho cuando corre a por la pelota de fútbol y me saluda si me cruzo con él. Ella se tapa la boca y me escucha. También le digo que creo que a él no le recoge un señor de traje, sino un señor que lleva una gorra, que es rubio y parece divertido, le abraza fuerte cuando se encuentran y le lleva la mochila.

—¿Qué tengo que hacer?

—No sé.

—Lu, venga, has tenido novio. Dime cómo lo haces.

—No lo sé. Ellos vienen y me preguntan y yo digo que sí.

—¿Pero te gustan?

—A veces sí y a veces no.

—¿Y qué haces para que te lo pregunten?

—Jugar, supongo.

—Jorge juega al fútbol en el patio. ¿Crees que tengo que jugar al fútbol?

—Puede ser.

—¿Y si no quiere?

—No sé, Oli.

Lu vuelve a su sitio. Miro por la ventana y veo muchos almendros en flor. Eso es que estamos llegando. Me gusta la pradera del cole. A lo mejor Jorge me envía una nota en la clase de inglés y podemos ser novios, agarrarnos de la mano, pasear por esta pradera y ser una familia y tener hijos, un montón de hijos y también ir al cine y cenar todos juntos como cuando lo hacíamos en la casa de antes.

—Oli, ¿tú quieres jugar al fútbol?

—Sí. ¿Por?

—¿Te gusta el fútbol?

—Ay, Lu, que sí.

—Pues juega. Da igual si Jorge quiere que juegues o no.

2018

No había querido preguntar. En el hospital estaban muy ocupados para darse cuenta de que podía estar embarazada todavía. Lo único que me revisaban era la mirada y las rodillas para ver si me había afectado el golpe en la cabeza. Cada mañana, desde hacía dos días, me sentaba en el borde de la cama para seguir la luz de la linterna del médico y dejar que me diera golpes en las rodillas y comprobara que mis reflejos estaban funcionando.

El síndrome del impostor me perseguía desde siempre y allí, en el hospital intentando evitar *eso*, lo sentía todavía más. Me dedicaba a estar callada, a no hablar por si intuían algo. El síndrome del impostor era mi enemigo diario y mi psicóloga se empeñaba en decirme que cambiara esa frase por perfeccionismo, simple perfeccionismo. Nunca había podido. Aunque aquella mañana, era una impostora de verdad. No era como las veces en las que hacía algo bien y pensaba que era suerte, que probablemente había estado en el lugar adecuado y algún tipo de magia invisible había conseguido que el plano quedara bien o que mi examen estuviera aprobado. Una magia como la que tenía mamá cuando me ponía la mano en el lugar que me dolía y el dolor se pasaba al momento. La echaba de menos. Echaba de menos que me llamara a diario, que me pidiera que fuera a verla y hasta que llegara impuntual a los sitios. Cogí el teléfono, le di a favoritos y marqué.

—Mi amor, me tenías preocupada.

—Lo siento, mamá. He tenido un problema en el rodaje.

—Lo sé. ¿Cómo estás? Me ha llamado tu padre.

—¿Te ha llamado?

—Sí. Sé que está allí, me lo ha contado todo.

—¿Todo, todo?

—Sí, todo.

—¿Todo? ¿Y me lo dices así como si nada?

—Ay, Oli, que sí. Que llegó al rodaje y te caíste y estás en el hospital. Hija, que me agobias.

—Bueno, ¿y tú? ¿Cómo estás?

—Bien. Aquí en casa, sola.

—¿Y Roberto?

Empecé a oír a mi madre como si fuera un robot. Una voz eléctrica y distorsionada que decía cosas muy rápido. Era imposible entender lo que decía. Le dije varias veces que no la oía, que ese ruido era un horror, que me volviera a llamar. Ella seguía hablando sin que yo pudiera descifrar

nada hasta que simplemente colgó. Cuando volví a llamar, su móvil estaba apagado.

Hacía diez años que mi padre había vuelto a irse, como tantas otras veces. Miles de días, miles de noche sin saber dónde estaba. Ahora volvía como el que llega a casa después de trabajar un día cualquiera, con la confianza del que se ha sentado a tu lado a la mesa durante todas las cenas, con la tranquilidad de aquel que tiene las mismas llaves que tú. Y ahora mi madre, con la misma calma, me decía que también había hablado con él después de la guerra fría de todos estos años.

Los estores del hospital eran blancos. Estaban bajados, pero por las rendijas entraba una luz suave que pintaba sombras en la pared y en la sábana que me cubría. Las arrugas de las sábanas se acumulaban entre mis piernas. Arrugas que también tenía en los antebrazos, de tanto estar tumbada. Y, aunque las sábanas estaban frescas, sentía que ya las había utilizado demasiado. Bajé la sábana, me levanté el camión azul y me miré el ombligo. La quinta semana seguía dejando que mi tripa estuviera lisa. El pantalón que guardaba el teléfono que me había dado Alicia estaba apoyado en un sillón, a unos pasos de la cama. Levantarme y llegar hasta allí no era complicado, pero si entraba alguien y me veía de pie, me obligarían a quedarme más tiempo en esa habitación. Alargué el brazo para ver si estirándome un poco conseguía coger la punta del pantalón. La vía me tiraba. Cogí el cable de plástico y lo moví para que me dejara estirar el brazo un poco más, pero nada. Con medio cuerpo fuera de la cama, recibí a Amanda, que entró sin llamar.

—¿Qué haces?

—Nada.

Entró en la habitación, fue hasta el sillón y apoyó su espalda en mi pantalón. Tardó unos segundos en preguntarlo, pero lo hizo.

—¿El bebé está bien?

—¿Qué bebé?

—Olivia, basta.

Miré hacia otro lado. Una de las peores cosas de los hospitales es que todo el mundo cree que hacer una visita al enfermo es algo generoso y, sobre todo, un deber. De hecho, creo que la mayoría de las personas que van a ver a algún enfermo lo hacen por alimentar su ego, por sentirse útiles, por calmar su propia conciencia. En un segundo plano queda lo que realmente quieren las personas que pasan por un momento así, el respeto a la soledad. La intrusión en los dolores ajenos se convierte en algo natural. En las habitaciones de los hospitales no hay sitio para la intimidad, casi está prohibido estar solo.

—¿Olivia?

—Dime.

—¿Te han dicho si está bien?

Negué, pero no la miré.

—¿Puedes irte?

Me senté en la cama. Amanda tenía una expresión extraña. Su pecho subía y bajaba cada vez más rápido. Su piel se había puesto de un color rojizo que nunca había visto. Su mano derecha recorría la costura del sillón. Miró al suelo y no dijo nada.

—Amanda, te pido por favor que te vayas.

Ni yo misma lograba entender de dónde salía esa voz. No había elegido pedirle que se fuera. Era como si mi cuerpo actuara solo, guiado por un instinto de supervivencia. Y ella, por primera

vez también, no me contestó con ese tono impertinente ni levantó el dedo índice para darme las indicaciones que consideraba correctas. Las amenazas de Amanda desde antes de empezar aquel proyecto estaban entorpeciendo mi capacidad de razonar y bastantes problemas tenía como para preocuparme por ella también. Si sabía lo que pasaba, si su intuición había ganado la batalla, no sé por qué tenía que presionarme de esa forma.

Se levantó del sillón, se colocó el pantalón agachando la cabeza y pasando las manos por el vaquero y, cuando subió la cabeza, me miró con aquella expresión de siempre, con firmeza y determinación.

—Una y no más. Avisada estás. Por cierto, tienes a alguien esperando fuera, le he dicho que estabas aquí.

Su salida de la habitación cambió el aire. Ahora era menos denso. Cogí un poco por la boca y sentí cómo se me inflaba el pecho a mí también. Llamaron a la puerta. Supe que era él. Había esperado tantas veces ese momento y ahora estaba allí, esperando detrás de una puerta de un hospital en Roma, esperando a que yo le dijera que pasara. Volvió a tocar. Me había imaginado muchas veces todo lo que iba a decirle el día que volviéramos a vernos. Tenía preguntas que vivían dentro de mí, preguntas que querían salir a buscar las respuestas que creía que podrían curarme el dolor de su ausencia. La terapia con mi psicóloga me había ayudado a tener herramientas para dominar los momentos de pánico, para entender que aquellos acelerones del corazón tenían una explicación racional, sabía con certeza que muchas de mis inseguridades venían de allí, de esos nudillos que llamaban a la puerta pidiendo algo que no sabía si podía dar. Mi garganta se dio la vuelta y algo ató varios nudos alrededor de mis cuerdas vocales. Mi saliva desapareció y por más que movía la lengua, la pegaba contra el paladar, la volvía a poner en su sitio, por más que juntaba los labios para intentar decir que sí, que pasara, que claro que podía entrar, no podía, no salía ni un hilo de voz. De nuevo los golpes, esta vez más suaves. Y, como no contesté, entró sin volver a preguntar.

Estaba muy delgado. No recordaba que tanto. Arrastraba los pies dando pasos muy pequeños. Tenía los ojos tan claros como siempre, pero sus párpados estaban llenos de dunas, de pliegues que se amontonaban alrededor de sus pestañas negras y tupidas. Sus ondas rubias ahora tenían unas compañeras blancas que convivían sin molestar, que recogían y guardaban los años que yo no había vivido. El pelo de Lu siempre me recordó a mi padre. Nunca me acostumbré a ese rubio porque siempre sentí que no era suyo. Apoyó las manos en la cama, cerca de mis pies, me miró a los ojos y suspiró hondamente. Esa respiración activó algunos recuerdos. Volví a ver a Lu y su plato lleno, moviendo el tenedor de un lado al otro como si así pudiera hacer desaparecer los macarrones que esperaban para invadir cada espacio de su conciencia. Vi a mamá metiéndose en mi cama para arrancarme las pesadillas. Volvió a suspirar y toqué la arena caliente, la espuma del mar. Vi a papá caminando por aquella playa, de punta a punta, sin esperar que nada nuevo pasara, mientras mamá, Lu y yo hacíamos castillos en la arena y le mirábamos de vez en cuando para ver si venía a ver nuestros avances. Vi a papá besando la nariz de mamá y la sonrisa de ella tapada por algún rizo que caía encima de sus pecas. Creo que tenía los ojos cerrados porque cuando dijo hija, tuve que abrirlos para entender que seguía allí. Y sí, estaba en frente de mí, cerca de mis pies, cerca de unos recuerdos que habían estado dormidos mucho tiempo.

—Hola.

—¿Cómo te encuentras?

La pregunta sonó a rutina. A un cómo estás de los que se dicen a diario, de los que no se espera una respuesta real porque uno ya sabe cómo se encuentra alguien con el que habla todos los días. Sonó a pasaba por aquí, a no tenía nada mejor que hacer, a qué bien que cenamos ayer y hoy te veo otra vez.

—¿Hija?

Lo repitió y sonó todavía peor.

—Bien, estoy bien.

—Vaya, me alegro.

Se sentó en el sillón, también azul, de piel, de los que hacen ese ruido incómodo que se pega a la piel. Cruzó las piernas, entrelazó los dedos de sus manos y las apoyó encima de una barriga que casi no existía. Diez años son muchos días. Todas las preguntas que tenía guardadas se quedaron dentro de mí. Era incapaz de hablar. Sin querer, mi concentración se quedó en su respiración. Era lenta y fluida, tranquila. Empezó a mover la cabeza de un lado al otro, de arriba abajo. Miraba la mesa que tenía al lado con mi móvil, el ordenador, unas galletas rancias que me había guardado de la merienda del día anterior y el guion de la película.

—¿Puedo?

Tenía el brazo estirado, a punto de coger el guion. Su pie derecho daba golpes rápidos en el suelo. Rebotaba sobre la punta y el movimiento subía hasta su muslo. El resto del cuerpo parecía estar en pausa. Abrió el guion por alguna página que nunca sabré y empezó a leer. Pensé en la posibilidad de que estuviera haciendo que leía porque sus ojos se movían demasiado deprisa como para ser verdad.

La enfermera interrumpió el silencio. Entró sin llamar, se acercó al gotero y en unos segundos ya me había puesto uno nuevo sin que yo sintiera nada. Na-da. Quise preguntarle si podía irme, pero no hablé, dejé que se fuera y me quedé mirando al frente, a una pared en la que no había nada. Na-da. Nunca pensé que podría acostumbrarme al olor de un hospital, pero lo hice. Hay muchas cosas que creemos que nunca pasarán, que jamás formarán parte de nuestro camino, cosas que no tienen cabida, que no esperamos y que tampoco queremos esperar y que, simplemente, un día llegan y se quedan como si siempre hubieran estado ahí.

Dejó el guion en su sitio de nuevo. El sillón chirriaba otra vez, era un sonido que nos envolvía y que rompía el silencio. No sabía qué sonido era más incómodo de los dos.

—Ya me ha contado tu madre que es una película muy importante, ¿no?

Esa frase acabó de romper la armonía ficticia. Diez años eran muchos días. Eran demasiados días. Diez años eran muchos días tristes. Eran diez inviernos, diez primaveras, eran diez veranos que ojalá hubieran sido más largos, diez otoños. Eran diez cumpleaños sin felicitaciones, diez deseos sin cumplir. Eran diez años desde la última vez que vino para no quedarse. Diez años a los que sumar esos otros diez años en los que aparecía de forma intermitente para irse. Para irse siempre.

—Basta.

—¿Basta?

—Sí, basta. ¿A qué has venido? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Bueno, a verte supongo.

—¿A verme? Así sin más. A verme. ¿Quién te ha dicho que estaba en Roma?

—Eso no importa. Quería verte.

Resoplé. Él se levantó, se acercó a la ventana y me dio la espalda. Llevaba una camisa blanca con el cuello planchado por alguien que nunca sabré, un jersey azul oscuro y ancho, como para esconder sus omoplatos y la marca de sus vértebras. Se metió las manos en los bolsillos. Escuché cómo sorbía por la nariz. Sacó un pañuelo blanco del bolsillo del pantalón, se sonó, lo dobló y lo metió en el bolsillo. Parecía frágil, sentía que se podía romper. La debilidad de nuestros padres asusta mucho, por más que no hayan sabido ser los que esperábamos que fueran.

Cuando salió de la habitación quise decirle que se quedara. Pensé en el mar, en las vistas al mar desde el salón, en papá con su café sentado en la butaca *beige* que se movía en un vaivén, papá con su periódico que siempre olía cuando no me podía ver. El mar y los pinos, los pinos que siempre traen orugas en primavera. Orugas en fila que se mueven a la vez. Orugas con pelos. Orugas chafadas. Yo cuando iba a la pata coja de aquí para allá con un asco que me subía desde la tripa hasta la garganta cuando veía a esos bichos con pelos moverse en eses. Y papá que me cogía y me ayudaba a no pensar en los gusanos peludos. El mar y mamá con sus rizos pelirrojos que siempre se movían con la brisa que entraba por los ventanales del salón. Los ventanales que daban al mar, a los pinos, al mar, a las olas, a la arena, a la humedad. Mamá y sus cuentos. Mamá tumbada en mi cama de barrotes, tumbada pegada a mí. Mamá que se quedaba dormida antes que yo, y yo que aprovechaba para que se quedara toda la noche. Mamá poniéndome una camiseta que olía a casa, que olía a mamá, a papá, a Lu, que olía a mar. Quise decirle que por favor no se fuera, pero fui incapaz de hablar.

1998

En esta mesa alargada que casi siempre está vacía, hoy somos muchos. Han venido los amigos de mamá, los que tenía cuando vivíamos en la otra casa. Está muy contenta. Se ha sentado al lado de Roberto. Él está en la punta de la mesa. Yo me he querido sentar al lado de mamá y ella me ha dejado. Todos estamos más contentos hoy que otros días. Los amigos de mamá han traído también a sus hijos que tienen dos años más que yo. Son mellizos. No nos hacen mucho caso porque están jugando con una Nintendo. La música de ese juego me molesta porque a veces interrumpe lo que dicen los mayores y me pierdo en sus conversaciones.

Esta tarde, Lu me ha pedido que le haga una trenza cuando se ha enterado de que venían esos dos. Con el pelo hacia atrás, lejos de la cara, parece más delgada, pero tiene unos ojos tan bonitos que da igual. Además, así se le ve mucho más el lunar que tiene al lado de la nariz.

El mantel que han puesto es blanco y tiene unas plantitas hechas de hilo del mismo color que acaricio con las dos manos. Hay muchos hilos, todos juntos en la misma dirección. Se lo cuento a Lu y me dice que ya, que muy bien, que a ella qué le importan los hilos del mantel. Supongo que tiene razón, pero a mí me gustan. Los mellizos dejan la Nintendo porque su padre se lo ha dicho con una mirada, me he dado cuenta porque los dos lo han hecho a la vez, porque han mirado a su padre después de dejarla y se han puesto a comer la sopa que ha hecho María. Está caliente. Hay niebla encima de los platos. Una niebla blanca, como si fueran nubes flotando encima de cada uno de nuestros platos llenos de sopa. Nubes que podemos tocar, no como cuando están en el cielo. Paso la mano por encima de mi nube. Abro la palma de la mano, la cierro encima de ella, pero no puedo cogerla. Lu me imita y se ríe. Se ríe demasiado, como cuando lo hace mamá y sé que no se ríe de verdad. En la calle llueve. La sopa y la lluvia siempre tienen que estar juntas. Que hoy llueva cuando todos estamos tan contentos me gusta. Aunque la lluvia no. La lluvia no me gusta porque me pone triste.

Lu mueve la cuchara en círculos. Círculos iguales, círculos que van en el mismo sentido. Estoy a punto de terminarme mi plato y ella me dice que si quiero un poco de su sopa, que no le gusta. Miro a mamá y, sin que se dé cuenta, le cambio el plato a Lu. Hoy nadie se va a enfadar. Me tomo su sopa y se me hincha la tripa. Le doy un codazo a Lu para que mire mi tripa y le digo que voy a tener un bebé. Ella vuelve a reírse con la cabeza hacia atrás y la boca muy abierta.

Cuando María trae el segundo plato nos sirve primero a nosotras, después a mamá, después a la madre de los mellizos y entonces Roberto le dice que a él qué. Ella le dice que ahora mismo. Vuelve de la cocina y, por el lado derecho, se acerca a Roberto y deja un plato con un solomillo

con salsa a la pimienta, brócoli, coliflor y arroz. El plato está ordenado. El truco que tiene María para que el arroz quede tan compacto es una tontería, pero queda tan tan bien. Lo mete en una taza, aplasta mucho con una cuchara y luego vuelca la taza en el plato. También sirve un vaso, me dijo una vez. El plato está muy bonito hasta que Roberto coge el tenedor y el cuchillo y empieza a atacarlo. Lo hace con el tenedor en la mano, lo agarra con el puño y dando unos golpes muy fuertes. Corta todo en trozos grandes, lo mezcla, cae brócoli y arroz fuera del plato. Parece que está cazando moscas cuando clava el tenedor en los trozos de carne. A veces le da tan fuerte que el ruido del tenedor contra el plato hace que me entren escalofríos.

Solo ha empezado a comer Roberto, el resto estamos esperando a que todo el mundo tenga su plato. Cuando le digo que todavía no estamos todos, levanta la mirada y me asusta. No sé por qué lo digo si él siempre hace lo que quiere. Mamá me corrige y me dice que en el segundo plato no se espera porque se enfría. Tiene razón. Aunque si no la tuviera, me regañaría igual para darle la razón a Roberto. Siempre lo hace.

—Lo siento.

Miro a Roberto y espero que diga que no pasa nada, pero él sigue clavando el tenedor en los trozos de comida revuelta que hay en el plato que hace unos minutos era bonito y ordenado. Niega con la cabeza, pero con la mirada hacia el plato para que la vaca que está pinchando no se vaya a ninguna parte. Pobres vacas. Si fuera ese solomillo, no querría vivir en ese plato que antes era bonito y ahora está desordenado. A mí me gustan mucho las cosas ordenadas. Siempre intento que todo esté recto. Los cubiertos cerca del plato alineados con las líneas del mantel, los papeles que tengo encima de mi escritorio colocados iguales, sin que salga ninguna esquina. Y los bolis. Los bolis y los *rotus* los pongo todos en grupos por colores y rectos, pegados los unos a los otros. Así cuando voy a hacer los deberes, estoy más concentrada. Ahora Roberto además de no mirarnos también hincha los agujeros de la nariz. Miro hacia otro lado porque me da miedo que vuelva a estallar todo otra vez.

Los mellizos han comido muy rápido y quieren repetir. María abre la ventana antes de traerles los platos. Al abrir, entra un aire fresco que está rico. No puedo comérmelo, pero si pudiera lo haría.

La tierra del jardín debe estar mojada y el olor me recuerda a cuando vamos al campamento de verano en Santander. Me levanto de la mesa, me asomo a la ventana y respiro fuerte, como si pudiera guardar ese aire dentro de la nariz para olerlo cuando me apetezca. Vuelvo a la mesa. Lu también ha pedido repetir y se come el solomillo sin mirarlo, sin llevarlo de paseo por el plato. Tiene los mofletes colorados. Mamá me mira y me guiña un ojo. Lu mira a los mellizos y les pregunta que si en su cole tienen clases de montar a caballo también. Ellos dicen que no, que hacen vela. Nosotras antes también salíamos a navegar con el colegio, pero es que aquí no hay mar. Ahora montamos a caballo. Cuando me subo a la yegua que me toca todos los miércoles, me entra un cosquilleo que no me gusta nada desde la parte de abajo de la tripa y sube hasta la garganta. Y toda la clase estoy así, con esas cosquillas incómodas. Además, cuando me bajo de montar me duelen los muslos. El profesor dice que es normal, que cuando montamos cargamos los músculos. Yo creo que aprieto mucho las piernas porque me paso toda la clase pegándolas al caballo para no caerme.

Cuando María y las otras dos mujeres, que también llevan vestidos rosas de flores con un mandil blanco, traen los postres, siento que es Navidad. Los mellizos están jugando al escondite

con Lu y corren por el salón. Yo, sentada en el mismo sitio, en ese comedor, escucho la conversación que tienen los mayores y veo a Lu escondida detrás de la cortina. Qué graciosa es. Levanto la cabeza un poco para ver que sigue en el mismo sitio y sí, allí está. La cortina se mueve por la brisa de la ventana y uno de los mellizos la descubre. Se ríen. Lu corre y uno de los mellizos la persigue por el salón. Dan vueltas a la mesa hasta que consigue agarrarle la camiseta y ella, creo, se deja agarrar más de la cuenta. Ahora la lleva Lu.

—¿Y tú? ¿Qué quieres ser de mayor?

Me lo pregunta Roberto. Me sorprende. Le sonrío y le cuento lo mismo que puse en la redacción del colegio. Él me escucha. Asiente con la cabeza, asiente mucho. Da un golpe en la mesa. Se ríe tanto que me contagia. No acabo de entender lo que nos hace reír, pero no puedo parar. Mamá hace lo mismo. Los amigos de mamá se miran, no se ríen nada. Cuando dejo de reírme estoy tan contenta por haber podido hablar con él de algo sin que me regañe, que tardo en entender que se está burlando de lo que he dicho.

—¿Ves? Todas iguales. To-das. Papanatas.

Otra vez dice esa palabra que no entiendo. Me suena como a patata y no sé si me quiere llamar patata a mí porque le parezco arrugada y fea. Sea como sea, es una palabra que no me gusta, que tíce cuando está enfadado y con el labio de arriba levantado y encogido.

—Lo que vas a ser es como tu madre.

—¡Bueno, sí! Como mamá, vale.

Porque a mí me parece bien ser como mamá. Como mamá antes de que viviera aquí.

—Como mamá, vale, dice. A ver si te crees que tu madre hace muchas cosas. Lo que hace es gastarse mi dinero.

Me entra calor por todas partes. Es un calor raro. No es como cuando vamos a la playa. Es un calor que hace que me arda la piel y siento que ahora mismo podría romper cosas. Por debajo de la mesa, estrujo el mantel sin que nadie me vea. Él sigue hablándome. Sube los puños encima de la mesa y agacha la cabeza, parece un toro. Acompaña sus frases con golpes en ella y yo doy saltos en la silla muy pequeños. Está tan nervioso que no se da cuenta. Miro a mamá, pero ella se ríe, le acaricia el hombro y mira a sus amigos.

—Venga, ya está. Ya nos ha quedado claro que tú eres el que mandas y tú sabes todo.

—¿Qué dices, mami?

—Es broma, Oli.

—¿Broma? ¿Broma? ¿Quién ha pagado esta cena? ¿Quién? Qué broma ni qué hostias.

—¡Basta!

Grito mientras me tapo los oídos.

—¡Te odio!

Grito más. Grito te odio, te odio, te odio. Y mamá me mira asustada. Él me grita más fuerte, se acerca a mí y me pone su frente cerca de la mía. Estoy sentada en mi silla, con la cabeza girada para poder mirarle. Ahora ya no tengo miedo. Le pegaría si mamá no estuviera delante. Pero no puedo porque es más grande que yo. Le veo borroso porque se me acumulan las lágrimas en los ojos, pero creo que mueve los brazos detrás de mi silla. No puedo parar de llorar, aunque quiera. Cuando voy a decir te odio otra vez, mamá me tapa la boca y él sigue gritándome mientras se va hacia la puerta de ese comedor largo donde hace un rato era Navidad y ahora ya no es nada.

2018

Me abrió la puerta de la furgoneta despacio, me dio la mano para ayudarme a bajar, pero bajé sola.

A la primera que vi fue a Giulia. Había olvidado por completo que el día de la caída no la encontré cuando pasé por su casa. Ahora volvía a estar en su silla, sentada en la puerta de su casa con la misma tranquilidad de cada día. Estiró el brazo cuando me vio, abrió la palma de la mano y cerró el puño. Volvió a hacerlo. Cuando llegué a la puerta de su casa, me acercó una cesta de mimbre cubierta con un pañuelo blanco y verde, estaba húmedo. Levanté una de las esquinas y vi pasta fresca. Ahora Giulia tenía las facciones más relajadas, como si sus arrugas se hubieran expandido.

—*Ciao*. ¿Cómo estás?

Nunca hubiera dicho que aquella mujer hablara español.

—Muy bien, ¿y usted?

—De tú, de tú.

Le pregunté que a dónde fue el otro día y ella me contestó que no era asunto mío. Y visto así tenía toda la razón. Sonreí. Me puse de puntillas, moví la cabeza e intenté mirar dentro de su casa, pero me sorprendió preguntándome qué estaba haciendo.

—Perdona, es que tengo mucha intriga. ¿Lleva cuarenta años aquí como dice el ayuntamiento?

—Claro.

—¿Y por qué quiere quedarse aunque ya no haya nadie?

—¿Por qué preguntas tanto?

—Ay, perdona.

—Perdona.

—Eso, perdona.

Apoyó las manos en los reposabrazos de la silla y se levantó muy despacio. Pensé en ayudarla, pero di un paso atrás. Entró en su casa mientras yo me quedaba quieta.

—¿Qué haces, chica? Venga, entra.

Seguí a Giulia. Nunca hubiera imaginado que aquella casa que me había inventado oscura y desordenada, sucia y vieja, fuera tan diferente. Seguí a Giulia por el pasillo. La luz entraba con fuerza por las ventanas estrechas y alargadas del pasillo y rebotaba en un espejo con un marco dorado. Me llevó a la cocina. Caminaba despacio. Pasamos por un mueble en mitad del pasillo con fotografías de personas que no conocía y que probablemente no conocería nunca y cerca de

tres macetas con filodendro muy verde y un jarrón de cristal alargado con lavanda seca. En la cocina las paredes eran de hormigón pintado de blanco, la encimera de madera maciza con un fuego de los de antes. Los fogones eran enormes, como si allí se hubiera cocinado para una familia repleta de hermanos, primos y nietos. En la ventana había claveles rojos que se asomaban al patio donde había un olivo que daba sombra a una mesa con unas sillas de mimbre y un sofá lleno de cojines blancos. Al lado de la ventana colgaban ajos, tomates, tomillo y albahaca. Me acerqué a la ventana, pasé los dedos por la albahaca y me los acerqué a la nariz. Mario. Me lavé las manos con una pastilla verde de jabón a punto de terminarse. Tuve la sensación de que se me secaban debajo del grifo. Los jabones de siempre, los que tenía la abuela. Miré a Giulia. Estaba poniendo la cafetera en el fuego. Me pidió que me sentara. Cuando vi el esfuerzo que le costaba sentarse quise levantarme para echarle una mano, pero se adelantó y dijo no. Cuando consiguió sentarse estiró los brazos encima de la mesa y agarró las palmas de mis manos. Me sentí en casa. Esa señora que no conocía de nada, que solo había visto unas cuantas veces de lejos y con la que no había cruzado ni una palabra, despertaba algo en mí que siempre había necesitado. A veces encuentras personas desconocidas que se convierten en parte de ti sin decidirlo. No puedes decidir que no pase, es algo que llega sin planear.

—No es fácil encontrar un hogar y este es el mío. ¿Responde eso a tu pregunta?

Giulia me soltó y se reclinó en la mecedora. Metió la mano en el bolsillo de su falda y sacó una foto que apoyó en la mesa.

—¿Quién es?

La cafetera empezó a silbar.

—¿Puedes apagar el fuego y traer el café, por favor?

—Claro.

Me levanté y cuando estaba de espaldas a ella empezó a hablar.

—Es mi madre. Murió en el mismo momento en el que yo nací.

Me giré con la cafetera en la mano, a lo que ella respondió con aspavientos.

—El fuego, apágalo.

Y de nuevo cuando me giré empezó a contarme que la generosidad de su madre había sido demasiado inmensa, que su cuerpo no pudo soportarlo y que se quedó allí, en el suelo de su casa donde había dado a luz. Dijo que siempre se lo agradecería, pero que no podía evitar cargar con algo de culpa. No sabía si volver a girarme porque temía que dejara de hablar. Abrí un armario que había a la derecha para buscar tazas, pero encontré platos blancos con pájaros dibujados en color verde oscuro, amarillo mostaza y granate. Giulia seguía hablando. Había decidido no tener hijos. Lo dijo sin rodeos, sin pararse en silencios eternos. Abrí otro armario y allí encontré un juego de tazas de café granates con puntos amarillos. Me contó que desde muy pequeña se había dado cuenta de que no quería depender de nadie ni de forma económica ni sentimental. La responsabilidad no era uno de sus fuertes y había decidido cuidar de ella misma que ya le parecía suficiente trabajo. Vivir en casa de sus tíos sin sus padres había sido difícil. Di unos pasos hasta llegar a un cajón, lo abrí y cogí dos cucharillas. Dijo que tampoco quiso enamorarse, aunque lo hizo. El amor es incontrolable, muy a nuestro pesar, puntualizó. En el pueblo todos pensaban que era una mujer rara y solitaria. Y lo soy, dijo. El olor del café era tan intenso que sentí que me iba a despertar sin siquiera bebérmelo. El reloj de la cocina marcaba las ocho, la hora en la que empezaba el desayuno del rodaje. Me giré y Giulia dejó de hablar. Bajó la mirada. Tenía las

manos cruzadas encima de su falda. Le dije que lo sentía, pero que tenía que irme. Antes de que pudiera justificar por qué tenía que hacerlo se levantó y me dijo *ciao, bella*. Me acompañó a la puerta y, antes de que me fuera y de darme un golpe en el hombro, me dijo que lo más importante era escuchar lo que el corazón nos cuenta. No sabía qué quería decirme exactamente, pero me despedí asintiendo con la cabeza.

Entendí que la orden no estaba actualizada cuando llegué al set y ya habían empezado a rodar. A rodar sin mí. Amanda sabía que hoy volvía, tenía que haber un error. Caminé hasta el combo donde estaba Diego concentrado. No quise interrumpir. Me quedé detrás de él observando al equipo. Repasé todos los movimientos de cada una de las personas que estaban allí para entender quién estaba en mi puesto. La mayoría vestía igual, todos de negro con camisetas de manga corta de algodón, menos él, claro. Lo vi enseguida. Estaba mirando al cielo con la mano levantada, supongo que debía estar buscando el sol. Cuando las personas que quieres y que han sido tu hogar se convierten en desconocidas, algo se rompe para siempre. Hay una distancia que tira de cada uno hacia el lado opuesto, un hueco entre los dos que es complicado volver a llenar de lo que un día sobraba. Dejaron de rodar y no pude moverme. Aquello no podía ser verdad. No podía estar en mi puesto sin haberme llamado. No era posible que estuviera en Roma sin haber pasado por el hospital a verme. Estaba viendo mal. Aquel no podía ser Mario.

Caminé con paso firme. Mis brazos iban al mismo compás. U no, dos. No sé muy bien lo que pretendía entrando así en el set, sabiendo que todo el equipo iba a presenciar aquello. Uno, dos. Uno, dos. Cuando llegué a donde estaba Mario, me quedé mirándole sin poder hablar. Él intentó sonreír, pero tampoco podía. Se quitó las gafas y se las puso entre dos botones de la camisa que le había regalado dos Navidades atrás. Una camisa blanca con una línea fina en vertical que pasaba justo por encima de su corazón. Una línea roja, de arriba abajo.

—¿Vamos fuera?

—No.

Me cogió del brazo y me resistí.

—Sigue rodando. Es tu trabajo ahora, ¿no?

—Oli, vamos fuera.

—No, no voy a interrumpir todo esto por nosotros, ¿no? Sigue.

Volví al combo y me senté al lado de Diego. El rodaje seguía como si yo no hiciera falta, como si cualquiera pudiera destituirme sin ningún problema y sustituirme fuera una cuestión de practicidad. Me imaginé con una barriga enorme, con una barriga que me tapaba los pies y no me dejaba ponerme un arnés ni caminar con una cámara pesada ni pasar por un hueco estrecho entre materiales que el equipo de arte habría colocado para rodar una escena concreta. Me imaginé con las piernas hinchadas, con el pecho distinto, con las hormonas revolucionadas, cuidando de un bebé minúsculo mientras él estaba ahí, como si el mundo siguiera como cuando murió la abuela y la calle seguía repleta de gente yendo hacia sus responsabilidades sin sentir que alguien estaba dejando de estar allí para siempre. Me imaginé sola. Otra vez sola. Sola, viendo cómo alguien que quería volvía a irse si yo hacía lo contrario de lo que los demás esperaban. Imaginé que Mario se iba para siempre y que nunca más volvía.

Amanda entró con una botella de agua para Mario. Tenía la sensación de que disfrutaba con esa situación. Tenía una sonrisa pueril con esa maldad de algunas de las niñas de mi colegio. Diego no dijo nada hasta que Amanda me guiñó un ojo. Entonces, sin preguntar a nadie más,

decidió que necesitaba un descanso y que seguiríamos rodando en una hora. Me cogió de la mano y me sacó de allí.

Caminamos sin hablar hasta la plaza del ayuntamiento. Nos sentamos en un banco destartado con la madera levantada y con palabras rayadas con alguna llave de adolescentes que ya no estaban. El paso del tiempo es inevitable para todos. Nos sentamos mirando hacia la puerta del lugar en el que un día habrían colgado banderas, donde alguien habría dado comienzo a la verbena de algún verano desde el balcón. Nos sentamos allí y Diego empezó a vestir la plaza. Decía que había banderines de color blanco que iban desde el centro hacia fuera, que cubrían toda la plaza y que aquellos papelitos se movían con la brisa del verano. También dijo que había mucha gente bailando, agarradas unas de las manos y otras de la cintura, que se susurraban secretos, tarareaban la canción que estaba sonando y que oye, el grupo que tocaba, entre ellos un saxofonista, no estaba nada mal. Me señaló una esquina de la plaza y dijo que allí había dos niños jugando a piedra, papel o tijera, que al lado había una señora que estaba sola, pero que no me preocupara porque parecía que alguien estaba llegando desde el otro lado con unas flores para ella. Le contesté que no me había preocupado, que si estaba sola a lo mejor era porque quería. Él me dijo que tenía razón. Puso su mano encima de la mía. Siguió dando vida a aquella plaza en la que no había ni música, ni banderines. En la que nadie se cogía de la cintura ni regalaba ramos de flores.

Empezó a caer una llovizna suave mientras Diego seguía con su mano encima de la mía. No nos movimos. Eché la cabeza hacia atrás y dejé que las gotas cayeran y me mojaran poco a poco. Todo el aire era para nosotros. Inhalé profundo y mantuve el aire todo el tiempo que pude dentro de mí. Aguanté unos segundos y lo solté. Volví a hacerlo y, cuando dejé el aire dentro de mí, sentí una pausa que me llevaba lejos de la plaza, del rodaje, de Mario, de Diego, de Amanda. Al soltar el aire volvía a estar allí otra vez. Cerré los ojos. Huir siempre se me había dado bien. Huir de una ciudad a otra para no aceptar que mi casa no era un hogar, huir del salón de casa de mi madre y Roberto, huir en el salón sin salir de él, cerrando los ojos y pensando que estaba en cualquier otro lugar que no fuera ese en el que pasaban cosas que no quería ver ni escuchar. Pero allí, en esa plaza, por más que cerrara los ojos, por más que los apretara fuerte, había algo de lo que no podía huir. De *eso*. Crecía poco a poco y, aunque no lo sentía y tampoco lo quería sentir, la realidad es que entrábamos en la sexta semana y todavía no había tomado una decisión en firme. Las palabras nos hacen tomar distancia o acercarnos mucho. *Eso* era la única palabra que podía pronunciar para no acercarme demasiado, para no mecer la idea de que, a lo mejor, muy dentro de mí, *eso* podía hacerme feliz en algún momento.

—¿Tienes miedo, Oli?

La voz de Diego sonó en un susurro que me rompió las certezas. Claro que tenía miedo. Mucho más. Miedo de no ser capaz de ser lo que todos esperaban que fuera, de no saber cómo cumplir con mis expectativas profesionales a la vez que una vida crecía dentro de mí. De no ser suficientemente buena, de no saber conciliar, de no ser capaz de reorganizar mi vida, de ser una ausencia que otro tuviera que cargar como yo había hecho desde tan pequeña.

—No.

Apartó su mano de la mía. Me envolvió la cara con sus manos. Eran tan grandes que me tapaban desde la frente hasta la barbilla. Las movió, se me arrugaron los labios, la nariz y los mofletes. Reí.

—¿Ves aquellos de allí? Mira, esos ya no se quieren.

—Diego, deja de inventarte.

—No, míralos. ¿Los ves? No se miran. Cada uno está concentrado en una cosa, han dejado de compartir. Pero no pasa nada. Y mira la señora que estaba sola. Sigue sola. Resulta que el ramo era para otra persona. Ella está tan contenta. ¡Hasta baila! Mírala, cómo se contonea, eh. ¡Si hasta levanta los brazos!

Le miré y me reí mientras una lágrima caía rotunda sobre mi mejilla.

—No pasa nada. ¿Me oyes?

No pude disimular. La lluvia seguía cayendo encima de nosotros. Caía sobre la tierra de los árboles que estaban plantados allí entre cemento, en esa plaza vacía. Y otra vez el olor a mar. O lo que yo quise oler. El mar, el mar desde el salón. El mar que viene y va, que te mece, te empuja, te revuelca. El mar en calma, el mar embravecido, enfadado. Y el mar que otra vez no está, pero que puedo ver todas las veces que quiera esté donde esté. El mar y papá, papá que está delgado, que tiene canas, que disimula, silba, da vueltas y no me cuenta lo que me quiere contar.

—Sí pasa.

—No, no pasa nada. Tu vida es tuya, eso es lo único que no se te puede olvidar.

—¿Por qué dices eso?

—Amanda me lo ha contado.

Corrí mucho. La lluvia no me dejaba ver del todo lo que tenía delante, pero seguía corriendo sin saber a dónde ir. El sonido de un trueno hizo que me tropezara con un par de piedras del camino. No me caí, pero me dolía la punta del pie derecho y cojeaba. Aun así, seguí corriendo hasta que llegué al estacionamiento donde estaban las furgonetas. Tenía la camiseta mojada, pegada a la piel. Uno de los chicos estaba montando un toldo para poner el *catering*, fui hacia él y le pedí que por favor me dejara unas llaves. No tenía. Seguí corriendo hasta que volví a verlos. Estaban tomándose un café debajo del techo de una entrada de una casa. Estaban muy juntos. El pelo me caía por encima de la cara, mezclándose con mis lágrimas y la lluvia. Me acerqué al chico que me había traído por la mañana en furgoneta y le obligué a darme las llaves.

Llegué al hotel una hora y media después. Me había perdido varias veces. Cada vez que aparecía en la misma rotonda maldecía y daba golpes al volante, como si así pudiera encontrar el camino. En la entrada del hotel estaba mi padre sentado en un sofá, mirando hacia la puerta. Cuando me vio entrar empapada, caminó muy rápido hacia mí. Abrió los brazos, puso uno de ellos en mi espalda y otro en la cabeza. Apoyé la cabeza en su hombro y lloré como tantas veces había querido hacerlo, arropada por aquellos brazos extraños que un día habían sido parte de mí.

Cuando nos separamos, no dijo nada y yo tampoco. Volvió a aquel sofá y yo subí a mi habitación. A veces cuando nos rompemos solo necesitamos a alguien que sepa agarrarnos fuerte para que no huyamos, unos brazos que tengan la suficiente fuerza como para recordarte que llegaste allí por una razón. Y eso hizo mi padre.

El teléfono de la habitación 113 sonó justo cuando salía de la ducha. Me senté en la cama con la toalla envuelta en el cuerpo y el pelo mojando el colchón.

—¿Hola?

—Hija, ¿puedo hablar contigo?

—Hola. Sí, ¿subes o bajo?

—No, así está bien.

Y después de eso, empezó a recitar un discurso que habría repetido más de una vez a la nada.

No fui capaz de interrumpirle cuando se disculpó, cuando me explicó que para él siempre fue más importante su trabajo que nosotras y que no fue algo que hubiera elegido, que pasó sin más, que no supo cómo cambiar el orden de las cosas. Tampoco le interrumpí cuando noté que lloraba, cuando se le entrecortaba la voz, cuando me decía que de joven no entiendes que hay consecuencias que son irreversibles. No pude decir nada cuando me dijo que nos quería como nunca había querido a nadie y que intentó ser de otra forma, priorizar de otra manera, pero que cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde. Habló del rencor que sintió hacia mi madre y lo bloqueado que estuvo durante muchos años. También nombró a mi abuela sin saber que ya no estaba en este mundo y maldijo muchas veces en las que él intentó acercarse a nosotras y ella no dejó que lo hiciera. Intenté decirle que nos dejó solas, que no se podía querer tanto a alguien y hacerlo tan mal a la vez, que cómo había sabido que estaba en Roma y que por qué ahora, por qué justo en este momento, pero fui incapaz de pronunciar una palabra, de unir una con otra y que tuvieran sentido. Así que permanecí en silencio hasta que terminó con un lo siento y colgó el teléfono.

A veces nuestras razones son tan parecidas a los errores que cometieron nuestros padres que asusta.

1998

Estoy sentada en la parte de atrás del coche de mamá. Es nuevo. He dejado que Lu vaya adelante hasta que mamá vuelva de la tienda en la que ha entrado. Me quito los zapatos y subo los pies en el asiento. Estos calcetines blancos con volantes de tul me aprietan los tobillos. Me bajo uno de ellos y veo que la piel se me ha hundido justo allí y tengo una marca roja que parece una pulsera. Paso los dedos por encima, la piel está rugosa, me escuece. Pongo el calcetín en su sitio otra vez, así no la veo. Me tumbo en el asiento y ahora subo los pies a la ventana.

—Lu, avísame si viene mamá.

Debe estar dormida o a lo mejor me ignora como hace últimamente. Estiro el brazo, abro mi mochila y cojo mi *discman*. No me acordaba de que lo había traído. Me gusta poder escucharlo cuando estamos paradas porque cuando vamos en marcha con el coche y pasamos un bache, el disco se para. Me pongo los cascos, le doy al *play* y empieza la canción de *La Margarita dijo no*. Cierro los ojos. Esa voz es suave, es como si te contara secretos. Pienso en Jorge. Si deshojara una margarita, ojalá dijera que sí. Me imagino que viene, se sienta en el coche y me da la mano. Si me rozara los dedos, solo con acariciarme un poquito la piel me pondría muy nerviosa. Siento unas cosquillas encima del ombligo cuando lo pienso. Oigo un grito. Me quito los cascos y tiro el *discman* hacia un lado del asiento. Cuando me asomo entre los dos asientos de delante, veo que Lu está acurrucada y esconde las manos entre sus piernas.

—¿Qué pasa?

Lu no dice nada, esconde la cabeza como una tortuga. A lo mejor me he confundido con la canción porque tiene un coro de niños. Me echo hacia atrás para volver a escuchar música, pero huele raro. Muevo la nariz, la arrugo, me la tapo y vuelvo a oler por si en realidad no huele a nada. No creo que sea capaz de imaginarme tantas cosas. El coche huele a cuando el primo Sergio me hizo una broma: me enrolló pelos del brazo y me los quemó con un mechero que le había robado a papá. Él decía que olía a pollo quemado, yo no sabía a lo que olía un pollo quemado y solo podía llorar mientras él me señalaba y se reía. Ahora sí que lo sé y huele justo a eso.

Me asomo por el lado de la ventana, así Lu no me ve y con suerte puedo ver lo que está haciendo. Me acerco al asiento, pero el cinturón no me deja ver. Ella se mueve un poco y veo que tiene varios círculos marrones y rojos en el dedo gordo.

—¡Lu! Pero ¿qué tienes ahí?

—No, Oli, déjame.

Explota. Lloro tanto que no sé qué hacer. Salto al asiento de mamá, cojo la mano de Lu y me

acercó su pulgar a los ojos. El olor es horrible, creo que voy a vomitar. Miro el volante, la radio, el hueco donde está esa cosa de la que mamá tira cuando nos vamos a bajar del coche y lo frena. No hay nada, no entiendo cómo se ha hecho esa herida.

—Oli, eso.

Señala con la mirada el mechero con el que papá se encendía los cigarros en su coche, que no en este. Es igual. Es negro, un círculo que se mete en un agujero y tiene un símbolo de un cigarro dibujado. Lo saco, le doy la vuelta y miro: los círculos de ahí dentro son iguales a los que tiene Lu en el dedo. Lu llora, se muerde el labio, esconde el dedo detrás de su espalda. Miro hacia el frente y veo que mamá está saliendo de la tienda.

—¿Te duele?

—Muchísimo.

Mamá no puede verlo. Se va a enfadar en el día de chicas y yo quiero ir al cine como nos ha prometido. Tenemos que esconderlo. Soplo. Hincho los mofletes y suelto con fuerza todo el aire que tengo. Soplo a Lu, le soplo el dedo y ella grita. Miro de nuevo hacia la tienda. Un coche nos pita. Mamá se ha dado la vuelta y se ha metido otra vez en la tienda.

—Pero Lu, ¿cómo te has hecho esto?

Ella coge el mechero, lo mete en el agujero, aprieta un rato y el mechero da un saltito. Cuando lo saca, me lo enseña y veo que los círculos están rojos.

—No sé, Oli. Lo he visto ahí tan rojo que he metido el dedo. ¡No sabía que quemaba!

—Ay, mamá nos va a matar. ¿Por qué lo has hecho, Lu? Nos vamos a quedar sin palomitas.

—Lo siento.

Ya no llora. No debería haber dicho eso, parece que me importa más ir al cine que la herida de Lu y no es verdad, a mí me duele lo que a ella le hace daño.

—¿Te duele?

—Mucho. Pero ¿sabes qué? Cuando he metido el dedo no me ha dolido. Se me ha olvidado todo lo que me pone triste.

—No digas tonterías, Lu.

—Que sí, que así no me duele lo otro.

—¿Qué te duele?

—Lo de papá, lo de Roberto. En esta casa tengo miedo.

Mamá abre la puerta del coche. Veo cómo Lu esconde el dedo y, aunque no le va a gustar, voy a decírselo a mami, pero me voy a callar que a Lu se le ha olvidado lo que la entristece al quemarse, porque no lo entiendo muy bien.

Salto a mi asiento. Esta vez voy a dejar que vaya delante ella para que se le cure pronto la herida y se sienta bien. No quiero que esté triste. Mamá arranca, da marcha atrás y nos vamos. Me mira por el retrovisor y siento que sus ojos me estudian y son capaces de saber lo que pienso.

—Mami, Lu se ha quemado.

Ya lo he dicho. Cuanto más pienso en no decir algo, antes lo digo. Me pasa siempre. Soy una chivata.

—¿Qué ha pasado, cielo?

Lu le enseña el dedo. Mamá da un frenazo y las tres nos vamos hacia delante y hacia atrás, rebotamos en nuestros asientos. Veo que mamá ha estirado el brazo por delante de Lu.

—Ay, Dios.

Coge el dedo, lo mira, va a tocarlo, pero Lu quita el brazo y lo esconde detrás de la espalda. Mamá arranca el coche, conduce muy rápido y ya ha dejado de mirarme por el retrovisor.

En la sala de espera del hospital que tenemos cerca de esa casa, después de esperar dos horas sentadas en las sillas de plástico sin hablar, me doy cuenta de que no vamos a ir al cine.

2018

Hay algo relativamente sencillo en todo lo que gira a nuestro alrededor y nos mueve. Es un motor, algo casi tangible que flota en el aire, que se mueve a tu compás y te agarra de la mano. Es una certeza de la que huimos si se va, una certeza a la que no queremos mirar de frente cuando se quiere ir. Son las ganas. Una fuerza que te impulsa y te ayuda a priorizar sin dudar. Un torbellino de emociones que te empuja a actuar sin tropezar, sin miedo, sin pensar en las consecuencias, sin pensar más allá de lo que está pasando ahí, justo ahí. Es un todo que te llena los abismos y hace que te olvides de los huecos.

Hacía un tiempo que entre Mario y yo las ganas se habían escapado a algún lugar lejano al que no sabía llegar. Entendí que eran las ganas, que no era *eso*, ni nuestro trabajo, ni la competencia que nos hacíamos mutuamente, ni las prisas, ni el poco tiempo, eran las ganas y lo entendí cuando entré en el set. Lo entendí cuando le vi, nos miramos y no había ni rastro de la electricidad de otros tiempos. No encontré impaciencia ni necesidad. Lo único que había era la nada. Una nada que ocupaba demasiado entre nosotros. Ocupaba tanto que por mucho que quisiera caminar hacia él, mis pies no podían traspasarla. Una nada convertida en masa de aire espesa que hacía fuerza separándonos a cada uno hacia un lado opuesto.

Llevaba puestas sus gafas redondas que tanto nos hicieron reír cuando las compramos. Recuerdo que se probó varias y, con cada una de ellas, Mario se convertía en un personaje distinto y se paseaba por la tienda con una voz diferente o una pose que me ayudara a adivinar quién era. Hoy no sabía quién era él. A pesar de ver sus gafas, de haber tocado muchas veces ese pantalón y esa camisa que llevaba, aunque conociera cada milímetro de su piel y pudiera dibujar sus lunares con los ojos cerrados, aun así, no sabía quién era. Se había convertido en un extraño que ahora estaba en mi puesto de trabajo. Levantó la mano y me saludó sin dramas, sin prisas. Hice lo mismo, pero moví mi brazo hacia atrás para pedirle que se acercara. Negó, así que fui yo. Caminé por aquella nada, a contracorriente de la fuerza que quería empujarme hacia otro lado. Cuando llegué, Mario daba órdenes a los eléctricos.

—¿Podemos hablar?

—Hombre, Oli, me pillas un poco mal ahora. —No me miró, se dirigió a uno de los chicos que caminaba por allí—. ¡Sube ese de ahí!

—Me gustaría hablar contigo sin tener veinte personas al lado.

—Ya, pero ahora tengo que trabajar.

—Es mi trabajo.

—No, mi amor, ahora no puedes trabajar. Más adelante.

Mi amor.

La primera vez que me llamó mi amor estábamos abrazados en el mar, delante de un horizonte que tantas veces nos vio volver. Yo disimulaba el miedo que me daba flotar encima de las rocas mientras me imaginaba un mundo lleno de especies deformes nadando debajo de mis pies. Todavía podía disimular con Mario por aquel entonces. Dijo mi amor mientras me cogía de la cintura y acercaba su cuerpo al mío, mientras colocaba sus pies debajo de las plantas de los míos y me protegía de todo lo que pudiera asustarme. Dijo mi amor y nada más. Apoyé mi cabeza cerca de su cuello. El agua chocaba con mi barbilla y me movía en un vaivén que Mario controlaba. Dijo mi amor. Mi amor. Su amor. Algo suyo, algo nuestro. A partir de ese día, sentí que una parte de Mario era para mí, solo para mí. Ahí, justo ahí es cuando el amor se rompe y se transforma, cuando sientes que el otro es tuyo y le envuelves en una posesión extraña que te da derecho a muchas cosas a las que antes no tenías acceso y que lo único que hacen es cortarte poco a poco las alas en vez de darte permiso.

—Claro que puedo trabajar. Mario, sabes lo importante que es este proyecto para mí. Por favor, vete —susurré.

—Oli, por favor, déjalo. Ahora necesitas descansar.

—¡Ya he descansado!

Eso lo dije gritando. Me di cuenta porque muchas miradas se posaron en nosotros y, aunque intentaron disimular, una parte de todos ellos seguía escuchando.

—Mi amor, basta. No seas cabezota. Puedo hacerlo. Cuando pase todo esto volverás a trabajar y todo irá bien.

Estuvo a punto de tocarme la tripa. Alargó el brazo, pero le cogí de la muñeca y le aparté.

—Ni se te ocurra. Aquí no.

—Es por el bien de los dos.

—¿De qué dos? —Miró a un lado y al otro, pero no susurró. Lo dijo en voz alta permitiendo que los eléctricos que estaban a nuestro lado lo escucharan—. Por tu bien querrás decir porque...

No pude terminar la frase porque Amanda apareció en el set y delante de todo el equipo llegó y, al lado de Mario, me pidió que me fuera alegando que era mucho mejor dejar las cosas como estaban por el bien de todos, pero sobre todo, por la película. Lo dijo sin titubear. Me miraba a los ojos y mantenía su mirada a la espera de que yo contestara algo, que le rebatiera aquello y luchara exponiendo mis razones delante del equipo. Miré a Diego, caminaba hacia nosotros con un café en la mano. Pensé que venía a imponer su criterio, a contarles que me necesitaba y que quería rodar la película conmigo, pero no se paró.

Cuando salí del set, antes de subirme a la furgoneta, Giulia me gritó que me acercara. Estaba sentada en su mecedora de mimbre, meciéndose con el pie apoyado en la tierra mientras tejía algo que no sabía identificar con lana blanca. El ovillo estaba en sus rodillas tapadas con una manta que, probablemente, había cosido ella misma con retales de diferentes colores. Levantó el brazo y movió la palma de la mano de arriba a abajo. Me agaché, hasta estar cerca de sus rodillas, que olían a lavanda, y en un susurro me dijo:

—Fue esa chica que da órdenes. Escuché que llamaba y le decía a alguien que cogiera un vuelo cuanto antes, que la película se iba a la mierda. Perdón, pero lo dijo así.

—Lo suponía.

—Calma, todo se ordenará.

No pude contestar ni cuando me dijo hazme caso, la experiencia es una ciencia exacta, hija. Me apoyé en sus rodillas. Aquellas manos que ya se habían convertido en un hogar me acariciaron el pelo mientras intentaba no llorar, tapándome los ojos con las mías. Apreté los dientes contra el labio de abajo, lo mordí hasta que me dolió. Se me entrecortaba la respiración y cuando el hipo se adueñaba de mi cuerpo, Giulia aceleraba las caricias. Sentía que podía ser mamá. Mamá en mi cama de barrotes, llevándome a la playa en invierno, mamá cuando me compraba todos los cuentos que quería y me los leía antes de irme a dormir, mamá salvándome de las pesadillas, de las orugas, de las arañas, de los truenos y los rayos, de los días cortos de invierno.

No podía ver el set desde las rodillas de Giulia, pero sí podía escuchar cómo Diego decía lo que tenían que hacer, también oía los gritos de Amanda para poner a todos en acción, los susurros del equipo que seguro se estaban quejando por la hora del bocadillo. Todo seguía un ritmo normal, el ritmo diario que habíamos tenido las últimas dos semanas. Sin embargo, ya nada era lo mismo.

Subida en la furgoneta, llamé al número que me había dado Alicia hacía varios días. Lo guardaba en mi pantalón desde el día de la caída. Era una especie de salvación, como cuando de pequeña no me tomaba la pastillita que me recetó la psiquiatra, pero sí la llevaba en el bolsillo como si pudiera salvarme en alguno de esos momentos en los que la habitación se daba la vuelta por culpa de los vértigos y mi corazón se desbocaba intentando ir a algún sitio que yo desconocía. Sonó el primer tono. Cómo le explica una a un médico *eso*, cómo se verbaliza, sin que suene egoísta, que *eso* había llegado en un mal momento y que necesitaba una solución. Segundo tono. Repetí en mi cabeza: buenas tardes, me gustaría información sobre una interrupción de embarazo. Tercer tono. Interrupción de embarazo. Cuarto tono. Aborto, un aborto.

—La *consulenza del dottor Lucca, dimmi*.

—Hola, buenas tardes. ¿Entiende español?

—*Un po'.*

—Bueno, le llamo de parte de Alicia, mi ginecóloga en España. El doctor la conoce. Me gustaría concertar una cita.

—*Entro quando?*

—¿Para hoy?

—*No, per oggi non è possibile. Cosa c'è che non va?*

—Quería información sobre una interrupción de embarazo.

—Un momento.

Me puso en espera con una de esas músicas estridentes que se te pegan al tímpano. Alejé el teléfono hasta que escuché una voz áspera y grave.

—*Signorina.*

—Hola, doctor. Soy amiga de Alicia, de España.

—Sí, me dijo que me llamaría, pero no me comentó que era para una interrupción.

—Sí, bueno, quería información.

—Esto no puedo hablarlo por aquí. Pase por la consulta y le cuento. Ahora le envío la dirección a su WhatsApp.

—Perfecto, gracias.

—Nos vemos en una hora, no tarde que me tengo que ir.

Cuando me mandó la ubicación vi que tardaba cincuenta y tres minutos en llegar. Estaba en un

polígono, al lado de una fábrica de tapones de botellas de plástico. Arranqué la furgoneta y conduje por caminos nuevos. Me quedaban cuatro minutos para llegar cuando sonó mi teléfono. Era Diego. Colgué sin cogerlo. Volvió a llamar y dejé que sonara hasta que la llamada se estrelló contra el contestador. Los contestadores no existen. Justo antes de la salida que me llevaba directa a la clínica del doctor Lucca, los coches que tenía delante frenaron y nos quedamos parados, todos en fila, esperando a que lo que fuera que estuviera produciendo el atasco se moviera de una vez. Los minutos pasaban y Google Maps cambió su tipografía de verde a rojo, mostrándome cómo el camino se paralizaba sin saber hasta cuándo, pero con el trayecto del atasco marcado de principio a fin. Había mucho. A veces preferiría que la tecnología nos dejara más libres, que nos enseñara a no tener todo resuelto, que nos permitiera dejar de saber algunas cosas. Quedaban dos minutos para que se cumpliera la hora que tenía para llegar a la consulta. Marqué de nuevo el teléfono.

—*La consulenza del dottor Lucca, dimmi.*

—Hola, mire, he quedado con el doctor, pero estoy en un atasco. ¿Puede pasármelo, por favor?

—*Ah, aspetta, sono con un partner che parla spagnolo.*

—No hace falta, entiendo su idioma.

Pasaron varios segundos hasta que volví a escuchar la voz de alguien.

—El doctor ha ido a su despacho privado para atenderla.

—¿Privado? ¿No está en la clínica?

—No, de esos temas no hablamos en la clínica.

—¿Y dónde pretende atenderme?

—¿Cómo dice?

—Que en qué lugar quiere hablar de este tema.

—En un despacho suyo.

—En la clínica no, ¿no?

—No entiendo.

—Que por qué me quiere atender en un despacho en un polígono y no en su clínica.

Bajó el volumen y susurró:

—Eso que usted quiere hacer está mal visto.

—Pero si es legal.

—Señorita, ¿conoce usted la objeción de conciencia?

—No.

—Es el derecho a no realizar lo que usted quiere.

—No entiendo.

—Lo único que puedo decirle es que agradezca que el doctor la atiende en su despacho privado porque normalmente nunca realiza este tipo de operaciones.

Y colgó. Busqué en Google la objeción de conciencia y encontré varios artículos donde se hablaba sobre el derecho que tenían los médicos a no realizar abortos por cuestiones religiosas. Por. Cuestiones. Religiosas. Tiré el móvil en el asiento, agarré el volante y apoyé la cabeza. Por cuestiones religiosas. Los coches empezaron a pitar. Cláxones que retumbaban en mi cabeza desordenados, pitidos que parecía que no terminaban nunca. Pité yo también. Apreté el volante con fuerza. Le di muchas veces. Al final, el único claxon que sonaba era el mío. Me estaban adelantando coches por los dos lados. No me había dado cuenta de que ya no había atasco y

estaba parada en mitad de la carretera mientras el resto de los coches seguían su camino.

No llegué al despacho privado del doctor Lucca donde practicaba abortos alejado del mundo, donde nadie pudiera juzgarle. No fui porque sentí que me privaban de mi libertad, porque estaban convirtiendo mi decisión en algo que había que esconder y decidí que, si era así, prefería no hacerlo. De camino al hotel pensé en mi propia forma de esconderlo, que era muy parecida, y en la culpa que le había otorgado a mi conciencia. Días, horas interminables tapando todo aquello por si los demás pensaban que era una egoísta, una persona cruel que solo era capaz de pensar en ella misma, por si alguien no me entendía o no aceptaba mis razones. No me atrevía a decirlo en voz alta y, de hecho, casi no lo hice. No se lo dije a mi hermana, tampoco a mi madre, no hablé con mis amigas ni con la familia de Mario. Ni con Mario. No fui capaz de pronunciar en voz alta que quería acabar con *eso*. No lo hice porque sentía que todos me iban a juzgar, porque todos me preguntarían si estaba segura, porque me lloverían discursos absurdos sobre la vida que llevaba dentro de mí, porque la mayoría de las personas que tenía a mi alrededor se dedicaba a preguntar que nosotros para cuándo, como si habláramos del viento. Solo lo hablé con Alicia y Almu y con aquella secretaria intrusa. También lo escribí en el cuaderno que llevaba siempre en el bolso: quiero abortar porque para mí no es el momento. Lo escribí muchas veces, como cuando nos castigaban en el colegio y hacíamos trampas escribiendo con dos bolígrafos. Esta vez lo hice con uno solamente. Muy a mi pesar, dentro de mí había resquicios de una culpa que sentía que no se iría nunca y no podía soportarlo. Cogí el móvil, pulsé en el nombre de Almu.

—Oli, joder, por fin.

No podía hablar. Los sollozos y el hipo entrecortaban mis palabras.

—Oli, ¿qué pasa? ¿Dónde estás?

—Almu.

—Dime, joder, respira un segundo.

Intenté respirar lo más hondo que pude, pero el aire no entraba.

—Almu, necesito verte. Voy a Madrid hoy.

—Nos vemos allí, Oli. No te preocupes.

Me subí al avión de vuelta a casa con cinco llamadas de Diego que nunca cogí. A la única que avisé al aterrizar fue a Carlota, que me repitió muchas veces que tenía ganas de abrazarme.

1998

El coche que ha alquilado mamá en esta isla que sí es mi casa no tiene techo. Voy delante con las manos levantadas e intento coger el aire. Ahora bajo la mano derecha y hago que la saco por una ventana que no hay, la pongo recta y parece que vuelo. Es un ala de un avión que sube y baja, sube y baja, sube y baja. Lu va detrás. Tiene la cabeza apoyada en el asiento y ha cerrado los ojos. Mamá le ha puesto un pañuelo en la cabeza, así que el pelo se le mueve muy poco. A mí, sin embargo, el pelo me tapa el camino y, aunque podría apartármelo de la cara, no lo hago, me gusta que se me ponga así y mamá me ha dejado llevarlo suelto.

La carretera tiene muchos árboles a los lados. Están tan verdes como el brócoli. Son brócolis gigantes plantados en la tierra. Aunque no son tan redonditos, son estirados. Hay palmeras también. Subo los pies en el asiento, voy descalza. Mamá me mira y sonríe. Sigue conduciendo mientras tararea la canción que está sonando. Es una de Alejandro Sanz que dice por eso vida mía, por el día a día, por enseñarme a ver el cielo más azul, ella canta levantando una mano y cerrando el puño, como si su mano fuera un micrófono y ella una artista en mitad de un concierto de esos que vemos por la tele y a los que dice que pronto podremos ir, que ella misma nos llevará. Este camino tiene muchas curvas y es muy estrecho. Cuando la carretera se retuerce, la tripa se me pone como una piedra y siento lo mismo que en la noria cuando parece que floto. Si ahora viene un coche, podríamos morir. Pero morir así, con mamá y con Lu, en nuestra isla, no me importaría. Aunque solo si morimos las tres. Si se mueren ellas solamente no quiero.

Lu se ha quedado dormida, pero se despierta cuando el motor para. Abre los ojos y arruga la frente.

—¿Ya hemos llegado?

—Sí, cielo. ¿Vamos?

Estira el brazo para que mamá la ayude a salir. No pone nada de su parte y su cuerpo parece una de esas marionetas que nos dejan en clase de teatro. Al final mamá consigue levantar a Lu y cuando llega hasta ella le da un beso en la frente.

Caminamos detrás de mamá. Lleva una cesta grande con la comida, nuestras toallas y los trajes de baño que ha dicho que metamos por si nos bañamos. Si hay muchas rocas no me baño porque tienen como terciopelo mojado y cuando me rozan la planta de los pies me da asco. Seguimos a mamá, que baja unas escaleras hechas con piedras. Lleva un vestido blanco que se mueve por el viento. Parece una actriz. El camino hasta nuestro sitio secreto no es muy largo, pero hay que bajar de lado para no resbalarnos con la tierra. Hay muchos arbustos, algunos tienen bolitas rojas y

otros unas flores con muchas mini flores de colores rojas y naranjas que si las soplas salen volando. Me asomo por uno de los arbustos y a lo lejos veo el mar. Parece la ventana de mi habitación, son los pinos los que enmarcan el mar. Un mar transparente, un mar tranquilo, un mar que parece una piscina. Desde ahí arriba puedo distinguir las rocas y algunas señoras que están tumbadas encima de ellas con las tetas al aire, sin traje de baño. También hay un *llaiüt*. A lo mejor podemos ir nadando hasta él. Aunque solo voy nadando si mamá me deja apoyarme en su espalda. El agua está tan transparente que dan ganas de bebérsela.

Bajamos todo el camino de piedras hasta que llegamos a las rocas que me gustan. Son rocas que viven cerca del mar, rugosas, y algunas hasta pican en la planta del pie. Me quito las albarcas, llevo una en cada mano, me las pongo como si fueran guantes y las agarro bien con los dedos para que no se salgan. Voy saltando de roca en roca y, aunque alguna me hace daño, me siento muy bien. Llegamos a un embarcadero que huele muy fuerte, como a la sal que se te queda después de bañarte mezclada con crema y gasolina. Huele igual que los cabos de los barcos que llevan muchos años nadando. Mamá tiende las toallas, las tres juntas. Me gusta que sean verdes, como el Barbour que mamá nos pone y que huele raro. Hemos tenido suerte porque hoy no hay gente. Solo están las señoras que tienen las tetas al aire, pero están en el otro lado. Yo quería verles las tetas para ver si se parecen a las mías. Los bultitos ya han crecido, así que no pienso bañarme sin la parte de arriba del bikini. Todavía no se lo he dicho a mamá, me da mucha vergüenza. A veces me toco los bultos que me han salido. Son muy redondos y me da un poco de grima.

Me siento en la toalla. Lu se quita la ropa y la tira al suelo. Está toda del revés, pero a ella le da igual, nunca ordena. Mamá coge su ropa y la dobla con paciencia. Lu pregunta que si puede meterse así. Así sin nada, sin traje de baño ni crema, sin nada de nada de nada. Mamá le dice que claro. Veo que Lu se acerca a las rocas, mete la punta del pie y la saca de inmediato. Aunque es junio el agua está fría porque en el telediario han dicho que ha llovido durante una semana. Me río. Lu era graciosa y ahora lo vuelve a ser. Siempre hace las cosas sin pensar en nadie más. No nos mira, no se preocupa de si lo que está haciendo es divertido o nos hace reír, tampoco de si nos duele o nos pone tristes. Ella lo hace porque le apetece. Como ahora, que salta al mar desde una roca y, al sacar la cabeza, tampoco nos mira. Da patadas y se aleja mientras nada, mete la cabeza y la saca para coger aire. Mamá se pone crema sin prisa. Se echa en los pies, entre los dedos, sube por los tobillos y se extiende ese líquido blanco que yo tanto odio porque se pega a la piel. Lo extiende por cada rincón de su cuerpo. Me doy cuenta de que es mejor irme al agua, así no habrá crema, pero me da mucha vergüenza cambiarme allí. Sé que nadie nos mira, pero mamá y Lu sí que me van a ver. Sentada, me bajo los pantalones poco a poco. Mamá no me ve, pero si se gira un poco podrá verme en un segundo. Nunca me había dado vergüenza que me viera mamá. Me pone triste pensar que ahora sí. Mi cuerpo ha cambiado durante estos meses. Si me da vergüenza a mí misma, no me quiero ni imaginar la que le dará a mamá cuando vea que tengo pelos en sitios donde antes no tenía. Son poquitos, pero están ahí y odio verlos.

Cuando por fin consigo ponerme el traje de baño, mamá me mira y arruga mucho la frente. Si la estuviera mirando yo así, se acercaría a mí y me pasaría los dedos por la frente para que no arrugara nada. No lo voy a hacer.

—Olí, ven.

Da una palmada en su toalla. Me acerco, pero no todo lo que ella espera.

—Ven, anda, ven.

Me acerco un poco más. Me incomoda que quiera abrazarme porque hace mucho que no lo hace. No quiero estar enfadada, pero hay algo dentro de mí que me separa de ella, como una fuerza que me empuja hacia el otro lado. Las patadas de Lu hacen ruido, sigue nadando sin pensar en nada, como si lo único que tuviera ahora dentro de su cerebro fuera un mar en calma sin peces ni tiburones donde poder nadar hasta la luna. Viene y va, se da la vuelta y, boca arriba, sigue nadando de aquí para allá. Es un pececito al que parece que hemos encerrado en una pecera durante mucho tiempo y ahora tiene la necesidad de demostrar que el mar es suyo y que esa sí es su casa, como la mía.

Mamá me pone crema en la espalda. Me muevo un poco, no quiero ni que me la extienda ella ni tener la espalda pegajosa.

—Venga, boba.

Me dejo hacer. Y, poco a poco, mientras mamá esparce la crema por mi espalda, mientras levanta los tirantes de mi bikini para no mancharlos y se toma su tiempo en hacerlo con calma, los monstruos desaparecen y quiero acurrucarme cerca de ella y decirle que le he echado mucho de menos. Cuando termina, me da unos toquecitos en el hombro y me dice que al agua.

Me sorprende a mí misma cuando me tiro sin pensar si hay medusas, si algún tiburón se habrá colado en el agua caliente, si las rocas son terciopelo mojado o hay algún barco hundido desde hace tiempo con objetos de personas que ya nunca se utilizarán porque están en el fondo del mar abandonados. Nado hacia donde está Lu. Me salpica. Hago lo mismo y ella viene hacia mí, pone sus manos en mis hombros y me ahoga. Muevo fuerte las piernas y los brazos, toco en lugares que no sé qué son, quiero salir, pero no me deja. Le tiro del bañador. Consigo alejarme y ella se ríe y me dice que soy tonta.

—Lu, no tiene gracia.

—Tiene *mazo* gracia.

—¿Por qué dices *mazo*?

—Porque lo dicen en el colegio.

—Aquí no se dice eso, no lo digas.

—Digo lo que quiero.

Y se acerca y me intenta ahogar otra vez. Está demasiado fuerte. Es como un dinosaurio de esos que he visto en la película que nos puso María el otro día. Tiene tanta fuerza que a lo mejor si pisara un coche, lo aplastaría. Consigo salir del agua, pero esta vez me ha entrado por la boca y siento que me sale por la nariz.

—¡Para ya!

Lu se ríe.

—Perdón, Oli.

Me voy nadando hasta donde está mamá. Está leyendo un libro que se llama *Una habitación propia*. Ojalá me devolvieran la mía. Me tumbo boca arriba. Tengo la piel como la de un pollo. Todos los pelos de punta y un fresquito que no molesta. El sol me calienta. Cierro los ojos. Me paso la lengua por los labios, intento llegar hasta la nariz, aunque nunca he podido tocármela y me doy cuenta de que todo sabe a sal. Qué rica estoy. Cuando Lu se tumba a mi lado le digo que se chupe la cara. Me dice que mejor chupa la mía, se acerca y me lame el moflete.

—¡Estás salada!

Le hago lo mismo.

—¡Qué asco, Oli!

—Oye, tú has hecho lo mismo.

Nos hemos quedado dormidas. Me despierto y mamá no está. Miro a un lado y al otro mientras un calor me sube desde la barriga hasta las mejillas. *Mi pu, pum se convierte en pu, pu, pum, pu, pu, pum, pu, pu, pu, pu, pum* y me agobio. No se puede haber ido. No nos puede haber dejado allí porque el camino de vuelta es muy largo y mamá nunca haría eso. Muevo a Lu para que se despierte, pero solo se da la vuelta hacia el otro lado y sigue durmiendo. Camino por el embarcadero, doy la vuelta y me encuentro a mamá de espaldas sentada en una roca. Está hablando por teléfono. Me acerco, me quedo detrás de ella y escucho que pregunta que si ha comido ya, que qué ha comido, que si va a querer postre. Le deben contestar que sí porque ella dice que por favor, entonces le da un yogur con almendras, también le puede dar las dos cajetillas de tabaco que compré que están en el cajón de mi mesita de noche. Y al final se despide con un gracias, María, así que entiendo todo.

Vuelvo a mi toalla antes de que mamá sepa que he escuchado su conversación. Me tumbo y me hago la dormida. Me tiemblan los párpados. Si se acerca mucho se dará cuenta de que estoy despierta. Pero no se acerca, se tumba en su toalla y sigue leyendo. Cuando mamá lee la miro sin que se dé cuenta porque está muy concentrada y me parece más guapa. En nuestra casa de antes que sí es nuestra casa, mamá leía mucho. Ahora lee menos.

El sol toca la línea del horizonte que separa el cielo del mar. Está muy redondo, parece una bola de fuego. Alargo el brazo, estiro el dedo índice, guiño un ojo e intento tapar el sol, como si lo tocara. No quema, estoy muy lejos para que me lleguen sus llamas. Estamos las tres sentadas en unas rocas que se adentran en el mar, pero no nos mojamos. Mamá está en medio y nos da la mano a las dos. El aire es rosa. El cielo es rosa también. Sin embargo, todo lo demás se ennegrece. Las palmeras, los pinos, las rocas, el barco que navega en frente de nosotras. Todo está de un negro muy oscuro, muy bonito. Unas gaviotas hacen ruido. Vuelan cerca del mar, suben y bajan. Mami nos da un beso a cada una en la frente. Lu me mira, sonrío y no hace el tonto. Tiene una sonrisa distinta a otras veces, una sonrisa que nunca he visto. Queda solo la mitad del sol para que se haga de noche. No quiero que termine. Me gustaría quedarme allí muchas horas más, hasta que me entre sueño y mamá me lleve a la cama sin que me dé cuenta. Oigo la risa de Lu, se ríe sola. Cuando la miro, veo que una lágrima cae por su mejilla. Se ríe y llora a la vez, nunca había visto a una persona hacer dos cosas tan diferentes al mismo tiempo.

—¿Lu?

Ahora llora mucho. Llora y se ahoga en un llanto tan triste que ni el sol, ni el rosa del cielo, ni el rosa del aire, ni las gaviotas, ni las rocas, ni el terciopelo pueden calmar. Mamá pregunta muchas veces que qué pasa, pero Lu no dice nada, solo llora y se abraza a su cintura. Es todo tan bonito y a la vez me da tanta pena que yo también lloro. Lloro y me abrazo a mamá y con las manos estiradas toco a Lu.

2018

Un *e-mail* abanderó mi llegada a Madrid.

Asunto: por favor, cógeme el teléfono.

Podría haber sido de Mario, pero era de Diego, suplicándome algo, un por favor extraño como principio de un *e-mail* escueto, uno que se agarraba a mi bandeja de entrada para ser rescatado por mí, que necesitaba un rescate más que cualquiera. Me pedía una conversación, una tregua para explicarme algo personal que necesitaba compartir conmigo. El egoísmo del ser humano no tiene límites. Él, que me había empujado a huir de mi realidad, que tenía una información esencial que le daba ventaja en todo, que había vuelto a susurrarme promesas que nunca irían a ninguna parte, él y sus manos, su ombligo estirado, su espalda recta y el cuello que nunca torcía para saludarme a pesar de que yo fuera tan bajita, él y esa electricidad, ahora me pedían auxilio. Auxilio a mí. Dejé las maletas en nuestra casa. No había sido buena idea pasar por allí. Mario había dejado todo a medio hacer, como si estuviéramos sentados en el sofá a punto de ver una película que llevábamos días queriendo ver, como si las palomitas estuvieran palpitando en la olla, las velas estuvieran todavía encendidas y su mano se agarrara a la mía. Apagué el teléfono.

Estar embarazada y sentir que no lo estás es de las cosas más difíciles de asimilar que me habían pasado nunca. Agarrada al pomo de la puerta, a punto de encerrarme en esa casa que había sido tan nuestra y hoy era una caja llena de recuerdos de lo que fue, me toqué la tripa y no sentí nada. Busqué dentro de mí algo, un resquicio de amor, de odio, de esperanza, pero no había nada. Nada. Sentía que seguía estando tan sola como siempre. Cerré la puerta y me quedé casi a oscuras. Cuando aparecen nuevos miedos, los de antes se hacen pequeños y hasta desaparecen.

Carlota llamó al timbre. Sabía que era ella. Abrí. Llevaba un pañuelo blanco con flores azul celeste en el pelo, con un nudo en la nuca. No dijimos nada al vernos, solo nos abrazamos. Le acaricé la cabeza y pude sentir el poco pelo que había. Cuando pasé la mano por encima de su pañuelo, ella se apretó más contra mi cuerpo.

—Lo siento tanto.

—No lo sientas, abrázame.

Abrí las persianas y nos sentamos en el balcón. Uno pequeño. Solo cabían dos sillas, una mesa y tres macetas con plantas que seguían vivas gracias a Carlota, que había ido a regarlas una vez a

la semana. La luz iluminaba el salón que teníamos detrás y por delante de nosotras solo teníamos tejados y ventanas. Detrás de todos esos ladrillos y cristales se escondían historias parecidas a las nuestras. Habría mujeres contándose secretos, parejas que se empezaban a querer o que dejaban de hacerlo, había plantas que morían, otras que se resistían y algunas que seguían esbeltas y bonitas. Miré a Carlota mientras se tocaba el nudo del pañuelo. Aparté la mirada. No sabía si era capaz de soportar verla de nuevo sin el pelo castaño claro, sin los mechones que siempre le caían cerca de la cara, sin su trenza de espiga que se hacía sola mientras te hablaba. Me levanté.

—¿Quieres más café?

—No, gracias, mi vida.

Fui a la cocina y cuando volví Carlota seguía con el pañuelo puesto. Su fragilidad hacía que me sintiera insegura. Era como si la vida, de pronto, cobrara un sentido diferente, como si existiera de nuevo la posibilidad de quedarme sola. Todo se transformaba en espigas capaces de romperse con un viento más fuerte de lo esperado, en cuerdas deshilachadas, en velas que se apagaban.

—¿Cómo te encuentras?

Lo pregunté sin querer saberlo.

—Bien, reina. Todo va bien. No te preocupes por mí.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿Y tú? Mario me ha contado lo de la caída.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—También me ha contado lo de tu padre. ¿Vas a ir a ver a tu madre?

—No lo sé, ¿por qué?

—Bueno, a lo mejor te iría bien...

—Puede ser.

—Hazlo, reina. Aunque sea, hazlo por mí.

Serví café en el vaso de Carlota. Siempre en vaso y solo. Se rascó detrás de la oreja, y el pañuelo se movió dejando al descubierto un trozo de un hueco sin pelo. Le acaricié la mejilla, ella sonrió y bajó la mirada.

—¿Te molesta?

—Un poco.

Me levanté, me coloqué detrás de ella y le deshice el nudo poco a poco. Ella miraba al frente, tenía la espalda encorvada con los hombros hacia delante y las manos agarradas la una a la otra, colocadas encima de sus rodillas. Tiré del pañuelo sin prisa. Resbalaba. Subió los hombros y echó la cabeza hacia atrás, como si su nuca fuera un acordeón. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando vi que todavía tenía mechones de pelo largos. Tenía calvas por todo el cráneo y el pelo que le quedaba lo había escondido debajo del pañuelo como si fuera un secreto que quisiera guardar para siempre. Acaricié uno de ellos y cayó al suelo.

—Ven conmigo.

Se lo dije mientras levantaba la mano hacia ella. Se agarró y se levantó. Con la otra mano cogí una de las sillas del comedor y fuimos hasta el baño. Puse la silla de espaldas al espejo. Se sentó. Cogí una toalla que apoyé en su pecho, en sus hombros, hasta que pude unir las puntas en la nuca y

meterlas por su camisa. Me miró mientras yo encendía el altavoz redondo que teníamos pegado al espejo con una ventosa. Cogí mi móvil, le di al *play* y sonó *Gracias por los días que vendrán*, de M Clan. Nunca había utilizado la maquinilla de afeitar de Mario. La canción tapó el sonido de la máquina. La pasé con delicadeza por cada región de pelo que quedaba. Repasé toda la cabeza hasta que no quedó nada. El color del cráneo era grisáceo y podía ver todas las venas recorriendo su cabeza de aquí para allá. Paré la máquina y le puse *Petit Cherie* mientras le acariciaba la cabeza. Tenía los ojos cerrados, pero aun así podía ver cómo las lágrimas brotaban sin que lo pudiera controlar. No le dije nada. A veces necesitamos llorar sin que nadie nos advierta que está pasando, llorar en compañía mientras el otro respeta que suceda. Cogí un poco de mi colorete y se lo esparcí en las mejillas y encima de la nariz. Parecía que venía de tomar el sol, que justo había aparecido después del atardecer de una noche de verano y que había pasado el día tumbada sobre la arena caliente. Le sequé los ojos con una toalla y le pedí que los abriera. Con un poco de máscara de pestañas parecía otra.

—Venga, gírate.

—Ay, no. Así estoy bien.

—Porfi, mírate.

Se giró. Se llevó las manos a la boca y, tímidamente, se miró al espejo dándose la vuelta para ver que no había ningún pelo. Estaba radiante.

—No te hace falta ese pañuelo.

—Oli...

—Lo vamos a tirar. ¡Mírate!

Agarré sus hombros y me acerqué con ella al espejo. Parecía una fotografía. Las dos nos mirábamos a través del espejo y nos reíamos.

—Bueno, no me queda mal, eh.

—Te lo he dicho.

—Vale, ahora tú vas a ir a ver a tu madre. Una tú y una yo. Es lo justo.

Mi madre me mandó una ubicación en pleno centro de Madrid, muy cerca de mi casa. Solo tuve que caminar por el Paseo del Prado, girar a la izquierda para llegar hasta Colón, subir hasta Alonso Martínez y allí, en la Calle Covarrubias, me paré donde me indicó el GPS. Llamé al cuarto y su voz me dijo que cerrara la puerta al entrar. Subí los cuatro pisos por las escaleras. No sería capaz de llevarme a ver a la bruja aquella que se dedicaba a anticiparle la vida. La puerta estaba abierta. Empujé y entré. Estaba lleno de luz, rebotaba en unas paredes blancas, lisas, impolutas. Miré hacia arriba y me encontré con unas vigas que debían llevar allí muchos años, pero que alguien había vestido con barniz para que brillaran. Sonaba música clásica, no sabría decir quién era. Quizá Chopin. Mi madre apareció en la entrada con un vestido largo *beige*. Estiró los brazos y se quedó así, esperando mi abrazo.

—¿Y esto? —Lo dije mientras caminaba por el salón.

—Pues mira, la vida, que da muchas vueltas.

—¿Cómo?

Me paré en un mueble de madera robusta con unos tiradores blancos y una flor dibujada en el centro. Allí, encima del mueble, me encontré con una foto mía y de Lu en la que nos abrazábamos. Llevábamos un bikini rojo, las dos iguales. El fondo de la fotografía era aquel embarcadero donde vimos atardecer muchas veces. Un escalofrío me recorrió, como si los recuerdos fueran mosquitos

toqueteando mi piel. Acaricié la foto y sonreí. Lu tenía el pelo rubio y no llevaba la parte de arriba del bikini. Yo sí.

Mi madre se sentó en un sofá con una isla, la tela era azul. El color de sus ojos, de los de Lu, de los de papá. En un gesto me tuvo sentada a su lado, escuchando la historia que cambió mi perspectiva de la mayoría de las cosas que pasaron después.

—Discutimos, ya sabes cómo es, Oli. Me dijo barbaridades que ya no me afectan, te lo prometo. Pero dijo una que no pude perdonarle.

—¿Cuál?

—No quiero repetirlo.

—Mamá.

—No.

Me levanté y me senté en una silla de mimbre que había cerca de la ventana, al lado de unas plantas verdes que obviamente había comprado así porque no había dado tiempo a que crecieran en esa casa nueva.

—Cada uno tiene sus tiempos. A mí me ha costado más de treinta años darme cuenta de que sola no se está nada mal. He tenido que pasar trece años con tu padre y veinte con Roberto. Imagínate, Oli, treinta y tres años compartiendo mi vida. ¿Te das cuenta?

—Ya, pero no entiendo.

—Pues es muy sencillo, hija. Ahora quiero estar sola.

—¿Puedes decirme lo que te dijo para que sintieras que tenía que terminarse?

—No. Tu padre tampoco lo hizo bien, eh. Mira que Roberto tiene sus cosas, pero tu padre igual.

—He hablado con papá.

—Lo sé. Me llamó.

—¿Te llamó?

—Sí. Insistió en que tenía que hablar contigo urgentemente y le di el teléfono de Amanda.

—Joder, mamá. Te dije que era un teléfono solo para urgencias.

—Bueno, hija, estaba desesperado, ¿qué querías que hiciera?

—Me lo podrías haber contado por lo menos, ¿no?

—No, Oli. Eso era algo entre tu padre y tú. No quería meterme.

—Pues qué bien.

—Yo, si hubiera sido él, vamos, hubiera hecho exactamente lo mismo.

—No.

—No, ¿qué?

—Que no, que no lo hubieras hecho.

—¿Que no hubiera hecho qué?

—Explicarme las cosas, compartir conmigo por qué te equivocaste. No lo has hecho nunca. Un día me pediste perdón, pero nunca he llegado a saber las razones.

—Hija, las cosas se entienden solas.

—No.

Me levanté, abrí las ventanas del balcón y busqué otra ventana más para que corriera un poco de brisa. Caminé hasta la cocina, allí encontré otra, la abrí. En el horno había una tarta de melocotón. Hacía años que mi madre no cocinaba. Abrí la puerta del horno y el vapor me mojó la

nariz.

Volví al salón. Encima de sus rodillas tenía un cuaderno. Lo abrió y fue pasando las páginas sin decirme nada. No lograba leer lo que ponía, pero sí podía distinguir algunas fotos de Lu y más que nunca había visto. Ella siguió pasando hojas, acariciaba las fotos como si pudiera tocarnos a Lu y a mí, como si así pudiera agarrar nuestra infancia y traerla al presente para llenarla de caricias.

—¿Qué es eso?

—Ven.

Volvió a la primera página y juntas recorrimos aquel cuaderno. En él encontré momentos que no recordaba haber vivido, confesiones de las dudas y los miedos que tenía mi madre a sus treinta, errores escritos para que no se fueran nunca o para calmar el dolor de cometerlos sabiendo que el tiempo no vuelve, pero sin ser consciente de que la infancia de tus hijas tampoco. Nos vi a Lu y a mí jugando al tenis, haciendo *ballet*, yo con un diploma y Lu con un premio de un concurso de bolos al que jugó en su undécimo cumpleaños. Vi a la abuela sentada a nuestro lado mientras soplabamos las velas juntas a pesar de que cada una cumpliera en un mes distinto. Vi a papá tirándonos al agua de un mar en calma, a mamá durmiendo la siesta con nosotras. Más adelante vi a Roberto que agarraba a mamá de la cintura mientras alguien les hacía una foto con el Empire State detrás. A mi madre con los hijos de Roberto, de su nueva familia que nunca sentí mía.

—Era muy joven, Oli. Conocí a tu padre cuando todavía no tenía ni una cuenta en el banco, imagínate. Todavía vivía con mi madre y no tenía ni idea de la vida. No sabía nada. Llegaste sin que nos diéramos cuenta casi. Fue una noticia maravillosa que abrazamos sin dudar, pero nadie me enseñó todo lo que conlleva. Dejé de trabajar y me aislé en nuestra casa, con vosotras. Dedicué los primeros diez años de tu vida a estar pegada a vosotras. Y después, mi casa se desmoronó porque tu padre también era muy joven y no conseguíamos entendernos. Me vi tan sola. Tanto, tanto... Todo lo que vino después lo tengo borrado a trozos. Es como si alguien hubiera recortado mis recuerdos.

—Yo lo recuerdo.

—Me imagino que sí. Y lo he entendido ahora.

—¿Por qué ahora?

—Porque sí, Olivia.

No quise preguntar más. Mi madre cambió de tema, siempre lo hacía. En cuanto intentaba indagar en nuestro pasado, cortaba de raíz y me decía que tenía cosas que hacer, que tenía sueño, que se encontraba mal. Tenía un diccionario de excusas sin fin. Se fue a por la tarta de melocotón. La trajo con un mandil que tenía limones dibujados. Parecía que hubiera cocinado toda la vida, que hubiera traído siempre ese pastel de melocotón caliente a una mesa repleta de familiares exhaustos de haber comido los entrantes, el primero y el segundo, parecía que el pastel nos hubiera acompañado en sobremesas de horas y horas, que incluso fuera un recuerdo de una vieja rutina. Pero no. En casa nunca hubo eso.

Puso la tarta encima de la mesa y me dio un trozo. Nos la terminamos juntas.

Almu llegó a Madrid esa misma tarde. La esperé en Café Comercial. Cuando entró en el local sentí una calma peculiar, como si Almu pudiera solucionar todo lo que yo no podía, como si pudiera ponerle nombre a *eso*, ponerlo en su sitio, colocar cada circunstancia en el lugar que menos doliera. Llevaba unos vaqueros acampanados, estrechos en la cintura y muy anchos desde

la altura de las rodillas hasta los tobillos, un jersey de algodón de un rosa pálido metido por el pantalón y un collar de una concha pequeñita con un colgante dorado. Se había hecho un moño alto. Se acercó hasta mi mesa y se abrazó a mí sin que me levantara. Solté todo el peso en sus brazos, me dejé agarrar y entre su hombro y su nuca lloré. No tuve que explicarle demasiado lo que sentía. En nuestros quince aprendimos a aprender sin hablar, a guardar nuestros secretos, a reírnos en silencio mientras nos mirábamos en algún momento incómodo o raro en el que no había opción a risa, a entender los fallos de la otra y a asumir que ninguna de las dos era mejor, solo diferente, y que esa diferencia precisamente era la que nos ayudaba a tener soluciones para calmar a la otra en cualquier circunstancia.

Llegamos a la clínica de la mano, aunque ella era la que tiraba de mí. No tardaron en hacerme análisis y después una ecografía en la que no quise mirar la pantalla cuando me dijeron que sí, que aquí se puede ver perfectamente el feto, en sentarme en una habitación pequeña con una ventana diminuta que no tenía vistas al mar en frente de una psicóloga que me hacía preguntas sobre mi embarazo, sobre mis razones, mi familia, mi trabajo. Me fui con una carpeta llena de papeles que nunca leí y de la mano de Almu, que me apretaba de vez en cuando por si se me olvidaba que estaba allí.

1998

Acaricio los libros de la estantería que cubre toda la pared del salón de casa de la abuela. Hay muchísimos y todos están ordenados según su altura: empieza por los más grandes hasta que llega a uno que es minúsculo. Mide lo que mi dedo meñique. Si nos ordenaran a Lu y a mí, ella iría la primera. Algunos de los libros están cubiertos por una tela, no como los míos del colegio que son de papel y los plastificamos para que no se manchen. No lo entiendo. Los libros están para leerlos, y también para pintarlos. Estos son muy bonitos y antiguos, pero no están viejos. Parece que nadie los ha leído. Cojo uno de ellos, se titula *Cien años de soledad*. Cien años es demasiado tiempo. Preferiría morirme o estar con Roberto antes que pasar tantos años sin nadie. Bueno no, con Roberto no. Ni una de las páginas del libro está doblada como hago yo con los míos de El Barco de Vapor. Todas están impecables. Me cuesta abrirlo. Cuando lo hago, aparece la abuela.

—Deja eso, Olivia. Te he dicho muchas veces que no toques las cosas que no son tuyas.

—Perdón.

Dejo el libro en su sitio y me siento en el sofá blanco que tiene unos cojines con *llengues* azules. No me quito los zapatos y tampoco apoyo la espalda, me quedo sentada muy recta para no desordenar nada. No quiero que la abuela se enfade para un día que nos vemos. Además, desde que estoy en la isla que sí es mi casa, me siento muy bien y no voy a dejar que nada estropee estos días aquí.

Mamá y Lu están poniendo la mesa. La abuela va detrás de ellas colocando de nuevo todo lo que ponen. En eso nos parecemos. Nos gusta que todo esté recto y en su sitio.

—Abuela, yo soy igual.

—¿A qué te refieres?

—A lo de ordenar las cosas. Siempre quiero que estén rectas.

—No sé de qué hablas, hija.

Dicen que las personas antiguas, que no viejas, pierden la memoria y dejan de saber algunas cosas. A mí me da la sensación de que la abuela lo hace aposta. Hace que no se acuerda de las cosas o que no te entiende porque no quiere aceptar lo que no le gusta. Eso es aprovecharse. Pero a mí me da igual porque no me da ninguna vergüenza decirle que ordeno. Veo que la abuela le pasa un trozo de zanahoria a Lu, pero ella mueve la cabeza como si le acercaran una serpiente a la boca.

—Dios le da pan a quien no tiene dientes.

La abuela nombra a Dios todo el rato. Ayer, cuando Lu y yo nos metimos en la cama y

estábamos a puntito de dormirnos, apareció la abuela con una vela en la mano, se asomó por la puerta y nos dijo niñas, hasta mañana si Dios quiere. Le pregunté: ¿y si Dios no quiere? Ella dijo que silencio y a rezar y cerró la puerta como si hubiera dicho algo fuera de lugar. Siempre digo cosas fuera de lugar delante de la abuela. O hago cosas mal como poner los codos encima de la mesa, sentarme con los hombros hacia delante, utilizar el cuchillo de la carne para el pescado o decir bañador en vez de traje de baño. Pero todo eso no me preocupa, lo que me preocupa de verdad es esa cosa que tiene con Dios. No quiero que Dios decida si mañana me voy a despertar, prefiero despertarme y punto. Así que la próxima vez que me diga que hasta mañana si Dios quiere, le voy a decir que más le vale que quiera, porque si no tendré que ir a decirle un par de cosas allá donde haya decidido irse a vivir y a jugar con los despertares de los demás. Lo que no le voy a decir es que creo que Dios no existe, que se lo han inventado como eso de los Reyes Magos. No se lo voy a decir porque creo que llorará y se cogerá un disgusto horrible. Tampoco entiendo esa manía de encender una vela para caminar por el pasillo y llegar hasta su cama. No se lo quiero decir, pero es mucho más fácil darle al interruptor si le da miedo la oscuridad. Yo lo hago siempre.

Tengo a la abuela sentada delante de mí en la mesa. Han preparado un pastel de salmón lleno de mayonesa decorado con tiras de pimientos y algunas aceitunas entre pimiento y pimiento. Odio el salmón cuando está crudo. Siento que me como un trocito de la piel de *Coco*. La abuela coge mi plato y me sirve. Cuando quiere es muy generosa. Me ha tocado un trozo tan grande que solo imaginarme las bolas de salmón llenas de mayonesa que se me van a hacer en los lados de los moquetes, me entran ganas de tirarlo a la basura y después vomitar. Aunque es peor cuando me pasa con la carne, porque eso sí que es imposible de tragar. Cuando me meto el primer trozo de pastel de salmón, me entra una arcada. Disimulo y toco a *Peter*, el gato de la abuela, que justo pasa por debajo de mis pies. Es tan arisco que cuando le acaricio siempre me contesta con un ruido muy feo y encorvándose. A él la abuela no le dice que se ponga recto.

—Olivia, ve a lavarte las manos ahora mismo. —La abuela lo dice sin mirarme mientras corta su salmón.

Cuando llego al baño, escucho unos pasos detrás de mí. Lu me mira a través del espejo y se ríe de mí en silencio. Siempre que está la abuela es experta en hacerse la más educada y buena de las dos.

—No te rías.

—*Ni ti riis.*

—Tonta.

Le salpico con el resto del agua que me queda en las manos y me voy a la mesa. Comer en casa de la abuela me pone muy nerviosa porque sé que siempre voy a hacer algo mal y porque además mamá se pone tensa. Miro a mamá. Está muy recta, con las manos colocadas encima de la mesa, a los lados del plato. Tiene las uñas con una línea blanca muy finita en la punta y el resto de color rosa clarito. Ojalá algún día me deje sus anillos, son tan delicados y bonitos. Brillan mucho. Asiente cada dos por tres a frases cortas que dice la abuela. A mí me parece que no hablan de nada, son conversaciones vacías. Hablan del tiempo que hace, de lo que ha subido el alquiler, del turismo en la isla y a veces de si los vecinos hacen ruido. Dice la abuela que el del tercero toca el piano a todas horas, que es un ruido que se le mete en el oído y no le sale en todo el día. Después coloca el tenedor y el cuchillo juntos, como si marcara la y media de un reloj. Ojalá tuviera un

vecino que tocara el piano todo el día.

—Bueno, ¿y qué tal el cole, niñas?

—¡Muy bien! He sacado un seis en mates.

—¿Un seis te parece muy bien?

Miro a mamá. Un seis me parece más que bien. La abuela no sabe que a mí los números se me juntan, se me enredan y no sé ni lo que significan cuando tengo que resolver algún problema. Pero, claro, para ella nunca es suficiente.

—¿Así estás educando a tus hijas?

Mamá baja la mirada. Cuando hace eso es porque no quiere discutir. Ahora me acercaría y le acariciaría el pelo, igual que hace ella conmigo cuando algo me pone triste, pero si me levanto la abuela me mandará sentarme otra vez.

—Mamá, por favor.

—Niñas, tenéis que estudiar y sacar muy buenas notas para tener una familia. Y encontrar un buen marido, eso es muy importante.

—Y ser mujeres independientes, eso no lo olvidéis nunca.

Mamá lo dice mientras levanta la cabeza y mira a la abuela con una mirada que tiene más de reproche que de querer sumar información.

—Bueno, sí, pero atentas a los novios que os buscáis. Tenéis que encontrar a alguien bueno y ser unas mujeres ejemplares. ¿Sabéis coser ya?

Lu y yo negamos.

—Vaya, tendré que enseñaros.

—Mamá, vale ya. Niñas, lo que tenéis que hacer es estudiar y ser mujeres independientes. Nada de buscar buenos maridos, el amor llega solo. No les hace falta coser, hay modistas.

No entiendo nada de lo que dicen. Yo no busco maridos. Solo me gusta Jorge y creo que es un niño, no un marido.

—Mami, ¿una mujer independiente qué es? —Lu se lo pregunta y apoya el codo en la mesa y su barbilla en la mano.

—Pues, hija, alguien que es capaz de cuidarse sola.

—¿Y tú por qué cuidas tanto a Roberto? ¿No es independiente?

—Porque le quiero.

—Ya, pero le cuidas como a un hijo.

—Bueno, es que cuando quieres mucho a alguien le cuidas.

—Cuando quiera mucho a alguien, ¿le tengo que hacer la comida y hacerle todos los recados?

Le doy una patada a Lu por debajo de la mesa.

—¡Ay, Oli! Me has hecho daño.

—Perdón.

—Mami, hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué Roberto nunca recoge la mesa?

—Hija, estás de un preguntón hoy...

La abuela se levanta de la mesa con su plato. Creo que va a recogerla, así que cojo los platos de mamá y Lu y los amontoño encima del mío. Pongo todos los cubiertos encima de la torre y cuando la abuela llega me grita que qué estoy haciendo. No entiendo a la abuela. Solo quiero ayudar y me vuelve a regañar. Dice no se hacen montañas con los platos. Los coge todos y se va. Se los lleva a la cocina. La oigo tirar la comida que ha sobrado haciendo mucho ruido, como si

estuviera rayando los platos con los cubiertos. Me da miedo comer aquí. Esto es un campo de minas de esas que me contaba papá que había por un sitio lejos donde hay guerra. Es como si cada vez que fuera a mover un pie, algo pudiera explotar haga lo que haga. Y no es cómodo. Hasta diría que prefiero estar en esa casa que no es mi casa de Madrid.

Si Dios existe, me gustaría tomarme un café con él y preguntarle si le ha hecho algo a mi abuela para que esté todo el día enfadada, que me explique también por qué mi abuelo no está. Si Dios está ahí, si nos ve, me gustaría mucho que me dijera la razón por la que decidió que mamá se quedara sin padre tan pronto. Pero claro, si Dios está, debe vivir en alguna mansión alejada de este mundo y seguro que allí nunca llueve ni hace frío ni llega la gente para preguntarle todas estas cosas. A mí Dios no me cae bien, la verdad.

Me siento en el sofá. Por mucho que lo intente, no estoy cómoda. Sigo con los zapatos puestos, como si me fuera a ir corriendo a algún sitio. Miro a mamá y a Lu y me doy cuenta de que ellas tampoco se los han quitado. La abuela pone una película que dan en La 1, sube mucho el volumen y sin decir nada se sienta a verla. A ratos interrumpe la película y le hace preguntas a mamá. No entiendo cuando los mayores hablan entre sí con tanto ruido de fondo. Es un ruido que hace que no los escuche bien, que se cuelen las voces de los personajes de la película entre las frases que dicen y llenen algunos silencios que, creo, a ninguna de las dos les gustan. Agarro un cojín y, sobre mi tripa, lo abrazo. La abuela le dice a mamá que qué tal en Madrid. Se me están cerrando los ojos, pero esa respuesta me interesa mucho. Me gustaría contestar la verdad, pero mamá ya ha empezado a hablar y le dice que estamos todos muy contentos, que ha sido un cambio a mejor y que cree que nos vamos a adaptar muy bien al colegio nuevo. No oigo nada más porque susurran, creo que deben estar hablando de papá.

Cuando nos vamos hacia el aeropuerto estamos las tres calladas. Mamá conduce el coche al que le ha puesto un techo con un botón. Pensaba que no tenía. Hay muchas cosas que pienso que son de una manera y luego son muy diferentes. Antes no me pasaba tanto. Lu mira por su ventana y yo por la mía. Siento que tenemos ganas de decirnos algo que nunca vamos a decir. Si habláramos en ese coche podría romperse un cristal, pincharse una rueda o romperse el motor y salir un humo de esos que queman. Estoy en silencio, aunque creo que voy a hablar. Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Lo hago varias veces. Me da miedo decirle a mamá que no quiero irme, que por favor me deje quedarme aquí, que quiero ver a papá o eso a lo mejor ya no. Llegamos a la última curva que nos lleva justo delante de ese edificio blanco tan bonito en el que la gente se despide, se empieza a echar de menos, deja atrás sus casas que sí son sus casas y arrastra sus maletas hasta todos los aviones que vienen y van.

Camino por el pasillo del avión. Es muy estrecho, mi maleta choca con los asientos que tengo a los lados. Cuando llego al 13D me doy cuenta de que me ha tocado el asiento de la ventana. Eso es lo único que me puede alegrar ahora mismo. Eso y que se rompa el avión y no nos podamos ir. Voy directa a mi asiento y veo que la ventana está tapada por algo que no sé qué es, puede que un trozo de ala o de motor, algo gris que no me va a dejar ver cómo se hace pequeña la isla que sí es mi casa, cómo dejo atrás a mis amigas que no he podido ver y cómo la abuela se queda en su casa. Por culpa de esa cosa gris tampoco voy a ver cómo los barcos se hacen pequeñitos a la vez que yo me vuelvo a convertir en algo distinto. Cuanto más sube hacia el cielo y más se aleja ese trocito de tierra que flota en el mar, peor me siento. Es como si la mitad de mi cuerpo se quedara allí con los pies clavados en el suelo y los brazos cruzados, sin decirme ni adiós a mí misma.

En el aire, justo ahora que la señal de los cinturones pita y se apaga, pienso en papá otra vez. Me doy cuenta de que cada vez le busco menos en el mar. He dejado de imaginarme que uno de todos esos barcos que veo desde aquí arriba es el suyo, no pienso en si está asomado y mira hacia el mar o al cielo o si nos ve a nosotras en el avión. Y miro a Lu para ver si ella piensa lo mismo, pero tiene los ojos cerrados. Si dejamos de echar de menos a papá, dejará de echarnos de menos él también. Es como si muriéramos. Si no piensa en mí, si no me llama, no me viene a recoger al colegio, si no sabe que ya he probado la dorada al horno y me gusta a pesar de las espinas, si no tiene ni idea de que ya tengo la regla, que me gusta Jorge, que llevo un tiempo en el que me enfado más de lo que me gustaría, que me enfrento a Roberto y mamá no me entiende, si no sabe todo eso, ¿qué sabe papá de mí? Puede que ya no me conozca. Puede que papá ya no desayune café con tostadas y mermelada, puede que no vierta helado en su café los domingos y que tampoco compre el periódico. A lo mejor ya no es rubio y se le ha caído el pelo. Quién sabe si ahora quiere tanto a Tatiana que ya no puede querernos a nosotras como lo hacía antes.

Cuando llegue al colegio le voy a decir a Jorge que me gusta. La azafata me pregunta que si quiero cacahuetes, le digo que no, gracias. Cierro los ojos y me imagino cómo le digo a Jorge que me gusta mucho y que quiero casarme con él cuando seamos mayores. Se lo podría decir cerca de la portería. Podría tocar el palo de arriba, como hace él cada vez que se acerca, y decirle que le quiero. Le puedo decir que me gusta cuando me saluda por las mañanas, cuando coincidimos en clase de inglés y me mira, que me pone muy nerviosa saber que nos vamos a cruzar en el comedor y que es muy bonito que me dé su pan porque sabe que me encanta. Mañana le diré a María que me ayude a pensar la mejor manera de decírselo. Me dejaré el pelo suelto. Tengo que decirle a mamá que me lleve a cortarme el flequillo para que Jorge me pueda mirar bien a los ojos. Aunque lo de Jorge no se lo digo, eso es un secreto que solo sabemos María, Lu y yo.

Aunque si volvemos, si mamá nos trae otra vez a casa y vamos a la playa y me pone crema y me acaricia la espalda, si me escucha y me mira, puede que le cuente todo.

2018

Me tumbé en el sofá con los pies en alto, cerré los ojos y me imaginé cuidando de mi padre. Si tuviera que hacerlo, si por cualquier razón necesitaba que alguien le ayudara y solo quedaba yo, no sabría hacerlo. No sabría porque no recordaría su canción favorita y es probable que nunca la hubiéramos escuchado juntos, tampoco sabría el plato que más le gusta, las películas que le podrían entretener o las que detesta. Tampoco sabría la pasta de dientes que utiliza ni si lleva zapatillas de andar por casa o le gusta ir descalzo. No sabría si duerme con la persiana bajada o, como a mí, le gusta que entre algo de luz por la ventana. No tendría ni idea de cómo se toma el café, si hay ruidos que no soporta o si tiene manías en su día a día. En su vida ya no estaba Tatiana ni todas las otras mujeres que pasaron por su corazón de forma fugaz. Ahora solo le quedábamos Lu y yo. O más bien yo, porque Lu todavía no había hablado con él ni sabía que había venido a verme.

Me levanté y cogí el móvil. Tenía que llamarla. Hacía semanas que no hablaba con ella. Llevaba todo ese tiempo pensando solo en mí. En mí y en *eso*. Marqué su teléfono de memoria. Lo cogió en el segundo tono, algo muy raro en ella.

—Pero bueno, cuánto tiempo.

—Hola, Lu. ¿Qué tal?

—Bien, ¿tú cómo estás? ¿Te has enterado ya de lo de mamá?

—Claro.

—¡Tendremos que celebrarlo!

—Anda, calla. ¿Puedes cenar esta noche?

—¡Sí! ¿Me acerco a tu casa y pedimos algo?

—Prefiero salir un poco. Quedamos en Oliveto.

—¡Pasta! Genial. Te veo a las 20.30 h.

Colgó con un te quiero que sonaba a canción. Siempre lo decía de una: *adiósunbesotequiero*. Si un día dejara de decirlo, me preocuparía. Aquel te quiero era un todo va bien. Si es que Lu tenía algo especial, algo muy distinto al resto del mundo. Era capaz de quitarle importancia a todo, de reírse de las desgracias, de animar un funeral o de conseguir que la gente bailara cuando nadie tenía ganas. Siempre fue una niña alegre. Menos aquellos años. Una mujer, mejor dicho. Aunque yo, sin querer, seguía pensando en Lu como aquella niña que tomaba Cola Cao y se ahogaba por el ansia de querer tragar cuanto más chocolate, mejor, que le costaba despertarse por las mañanas y arrastraba los pies hasta el desayuno, que escondía su sufrimiento en silencios o detrás de la

comida que tiraba a la basura y disfrazaba su tristeza de muchos no pasa nada. Lu se había llevado toda la irresponsabilidad que a mí me faltaba, no pensaba en las consecuencias de nada y eso, aunque yo no fuera capaz de entenderlo, la hacía feliz.

Entró por la puerta con los brazos levantados, gritando hermanita, hermanita. Las personas que había se giraron a mirar su entrada. El restaurante era pequeño, no habría más de diez mesas y la mayoría de ellas hablaba en susurros que flotaban en el aire, pero que no molestaban en absoluto. Me dio un abrazo y se sentó de frente. Levantó el brazo para llamar al camarero.

—¡Un agua!

Dejó su bolso en la silla que tenía al lado.

—¿Viene alguien más?

—Va a venir luego Almu.

—Anda, ¿está en Madrid?

—Sí. ¿Qué tal estás? ¿Agua? —le pregunté extrañada.

—¿Y por qué ha venido? Y sí, agua, calla. ¿Qué tal tú? Estás desaparecida. Esos rodajes son lo peor.

—Tú siempre tan mona. Ha venido a verme.

—Ah, guay. Vamos a lo que de verdad importa: mamá y Roberto. ¿Qué opinas?

—Joder, Lu, no lo sé. Estoy impactada. No me lo creo. ¿Tú sabes lo que ha pasado?

—No. Pero si lo supiera tampoco te lo diría. Si luego vuelven, no querrás verle nunca más.

—Entonces sí que lo sabes.

—Y dale. No y si lo supiera tampoco te lo diría. Déjame en paz.

Lu siempre protegía a Roberto. Nunca entendí su relación y llegó un momento en el que decidí dejar de preguntarme sus razones porque no encontrarlas me dolía demasiado. Discutían, se gritaban, chocaban con esos temperamentos tan fuertes que tenían los dos y después venía la calma, una rara, en la que siempre estaba latente la posibilidad de otra explosión. Siempre pensé que era una cuestión de bondad y necesidad, de que Lu simplemente quería un padre.

Cuando terminé de contarle que Carlota estaba pasando por un cáncer y que Mario y yo no estábamos pasando por nuestro mejor momento, ella decidió sincerarse con lo del agua. Levantó el brazo de nuevo y cuando el camarero se acercó, juntó las manos con un ruego que pedía inmediatez y señaló el tiramisú. Le acerqué la vela que había en la mesa, la llevé justo al centro, entre sus manos.

—¿Por qué agua?

Se frotó la cara con las manos, finas, de largos dedos llenos de anillos dorados. Entre ellos llevaba todavía el de su comunión: un diamante pequeño con forma de lágrima. Nos lo regaló nuestra abuela. Le cogí de la mano y acaricié el anillo. Era precioso, nunca me había parado a mirarlo bien.

—Es bonito, eh. No me lo voy a quitar nunca.

—¿Por la abuela?

—No, porque es bonito. ¿La echas de menos?

Tardé en contestar unos segundos. No estaba segura. Recordé que la forma que tenía Amanda de tratarme me había recordado a mi abuela y que por primera vez sentí su falta, pero no sabía si era capaz de echarla de menos del todo. Lo que sí echaba de menos era que hubiera jugado con nosotras, que nos hubiera regañado menos y que hubiera querido mejor a mamá. Echaba de menos

que se sentara en una butaca a leernos cuentos, que compartiera con nosotras sus batallas, cómo conoció a nuestro abuelo o que nos tapara con una manta porque nos quedábamos dormidas en su sofá. Pero eso nunca lo tuvimos, así que no podía echarlo de menos.

—No lo sé. ¿Tú?

—Creo que sí. Echo de menos que me regañe, que se queje y nos obligue a ponernos rectas en la mesa.

—Ya, puede que yo también.

—A veces miro atrás y me duelen cosas que no entiendo. ¿A ti te pasa, Oli?

—No sé, ¿a qué te refieres?

—A que recuerdo cosas o momentos y me entra algo en el cuerpo que no sé controlar.

—¿Y qué haces?

—Nada, me aguanto.

—Ya. A mí también me pasa. Oye, primero lo del agua, cuenta. ¡No te libras!

Sacó un folleto y, sobre la mesa con los dedos índices, lo arrastró hasta dejarlo muy cerca de mí. Lo primero que vi fue una foto de un hombre y una mujer. Ella tenía un bebé entre sus brazos y el hombre, detrás de ella, sonreía a la cámara con los brazos alrededor de los dos. Leí IVI. Avancé un poco más y solo leí reproducción asistida. Dejé de leer. No lo cogí. Algo dentro de mí se encendió, el cuerpo se me calentó por todas partes. Era un calor distinto, nuevo, un calor que se expandía por mis brazos, por la tripa, el pecho, la garganta hasta los pómulos, la frente y mis ojos. Quise coger el folleto y romperlo en pedazos, pero Lu me miraba expectante, sonreía, y con los codos apoyados en la mesa y la barbilla reposando en sus manos, lo dijo:

—Voy a ser mamá, Oli. ¡Voy a ser mamá!

Bajé las manos de la mesa y agarré el mantel. Los cubiertos se movieron unos milímetros.

—¿Ya? ¿Estás embarazada?

—No, todavía no. Lo del agua era broma, solo quería conseguir que quisieras saber. Voy a empezar con todo el tema de hormonas y rollos raros de los que no tengo mucha idea. Esto es un proceso. No vas allí y te dan un bebé, ¿sabes? Ojalá.

—A ver, a ver, Lu. ¿Vas a ser mamá sola? ¿Y la gira?

—¡Claro! Mira, llevo toda la vida a la espera de que llegue el hombre ideal, el padre perfecto, el marido que me ayude en casa, que sea respetuoso y fiel y miles de historias que nos han metido en la cabeza y que no encuentro porque no existen. Así que...

El camarero se acercó a la mesa.

—¿Van a querer algo más?

—Un poleo menta.

—Oli, un chupito para celebrarlo.

—Lu, ¿qué dices?

—Que lo del agua era broma, venga. ¡Dale! ¡Unos tequilas!

—No, no, déjate.

—¿Dos tequilas, entonces? —El camarero nos sonreía, le divertía aquello.

—Yo no, gracias.

—Oli, eres una aburrida. Sí, dos tequilas.

Cuando el camarero se fue, Lu cogió el folleto y, mientras lo miraba, siguió hablando.

—Así que eso, he decidido que quiero ser madre por mi cuenta. Pensaba que no quería ser

madre, ¿sabes? Entre lo de papá y mamá, los niños que veo por ahí y la responsabilidad que supone, sabes que soy un poquito desastre... Pero bah, he pensado: oye, la vida son dos días. Y la gira pues mira, me lo llevaré y ya está.

Ella seguía hablando mientras yo pensaba en *eso*. En la probabilidad de que se pudiera parecer a Lu, que tuviera su sonrisa y su buen humor, su entusiasmo, aquel lunar cerca de la nariz o el color de sus ojos. Me imaginé a una Lu pequeña con esas ondas rubias caminando con pasos torpes hacia mí, con sus manitas señalándome porque en mis abrazos encontraba su casa, su lugar en el mundo. Miré a Lu que seguía hablando sin entender que yo ya no estaba allí. Estaba en un salón con chimenea sentada en una alfombra mullida, estaba en ese salón dándole la mano a esa niña rubia que intentaba dar sus primeros pasos y se agarraba a mí, fuerte, con la seguridad de que así era imposible caerse mientras balbuceaba sus primeros *papapapapa*. Estaba esperando a que alguien en la cocina terminara el plato que olía a hogar, a un parón en el tiempo, a invierno. Estaba viendo cómo ese alguien cruzaba la puerta de la cocina y se acercaba hasta nosotras y sus ojos eran grises, no marrones, no color miel.

—Pues eso, que me parece un acto de generosidad y que estoy más que preparada.

Volví al restaurante, a mi mesa, a estar en frente de Lu con Diego en la sien, palpitándome.

—¿Un acto de generosidad dices? —le pregunté a Lu por decir algo, por demostrarle que había escuchado todo lo anterior.

—Sí, Oli. Cuando tienes un hijo estás haciendo un acto de generosidad, le estás regalando tu tiempo, tu corazón, tu todo. ¿Entiendes? Lo hagas mejor o peor, tú lo das todo. Estoy segura. Y quiero probarlo.

—Lu, esto no se prueba. Se tiene para toda la vida. No es un juguete.

—Ya lo sé, no hagas de madre como siempre. Joder, llevas toda la vida empeñándote en ser la mía y ni eres madre ni eres la mía.

—Vale, perdona.

—¿Puedes alegrarte un poco por mí?

Los chupitos llegaron en vaso largo acompañados de un plato con rodajas de limón y un salero.

—¡Bien! Brindemos por el bebé.

Tragué saliva, cogí el vaso y le di un golpe al vaso de Lu.

—¡Eso! Por el bebé.

Lu se lo bebió sin pensar, como todo lo que hacía. Yo seguía con el vaso en la mano. Me lo acerqué a la nariz, lo olí y volví a tener una arcada.

—Vamos, abuela, dale.

—No puedo, Lu.

—¿Por qué? Venga, no digas tonterías. ¡Bebe que da mala suerte!

—Que no puedo.

—Vamos, hazlo por el bebé.

—¿Por el bebé?

—Claro, joder. ¿Estás bien?

Temí que lo supiera. A veces el miedo nos hace imaginarnos cosas que no existen, que no están, que nunca han estado ni vendrán. El miedo nos paraliza, nos bloquea y entorpece todo lo bueno que puede llegar.

—Ah, vale, tu futuro bebé. Qué boba. Oye, en serio, no puedo beber. Si es que me estoy tomando Rivotril, me lo ha dado la psiquiatra.

—¿Te estás medicando?

—Sí.

—¿Y eso? ¿Pasa algo?

—No. Bueno, sí. Ansiedad.

—Pero ibas a yoga y te estaba ayudando, ¿no? —Asentí—. Oli, medicarse no es la solución. Eso es un parche.

—Lu, no entremos en este debate, por favor. No todo el mundo es igual. No me juzgues.

—Vale, vale, tienes razón. Aunque tú llevas toda la vida juzgándome, listilla. Pero vale.

Cogió mi chupito y se lo bebió.

—Oye, ¿y lo del IVI no es carísimo?

—Sí. Pensé en tirarme a alguno un par de veces y probar así, pero es un poco injusto, ¿no? A alguno me tiré, la verdad, pero es feo.

—Ni te voy a contestar a esa mierda, Lu.

—Ojalá fuera como tú, Oli. Responsable, con una pareja estable y un trabajo que te gusta. Así hubiera sido madre ya. Tienes una suerte... ¿No habéis pensado en ser padres Mario y tú?

—No, por ahora no. Ojalá yo también fuera más como tú.

—¿Por?

Me miraba como antes, como años atrás, a la espera de que siempre tuviera la respuesta correcta, la palabra idónea en el momento justo. Y solo podía pensar en Lu en el mar mientras nadaba boca arriba dando patadas al agua sin mirarnos, en Lu y sus bailes con los brazos y las piernas cada una marcando un compás distinto ajenos a cualquier ritmo que estuviera sonando en ese momento, en Lu cuando me miraba como ahora, esperando a que tuviera una solución para todo, que fuera capaz de protegerla en cuevas lúgubres de monstruos verdes llenos de escamas. La diferencia es que ahora era yo quien necesitaba agarrarme a ella, contagiarme de esa forma de pensar sin tener en cuenta lo que opinaban los demás o lo que estaba por llegar.

—Me gusta mucho tu forma de ser, Lu.

—No mientas. ¡Si siempre me criticas!

—Pues lo siento por todas esas veces. Ahora me da envidia.

—¿De la buena?

—¡Claro!

—Oye, ¿y si tardo en quedarme embarazada? No sabes el dineral que cuesta cada vez que la cosa no va...

—¿De dónde vas a sacar el dinero?

—Mamá me lo deja.

—¿Mamá?

—Sí. Me ha dicho que tenía un dinero ahorrado y que lo coja. También me dijo que me congelara óvulos, que por lo visto a mi edad es el mejor momento para hacerlo. ¡No se le escapa una!

Apoyé el codo encima de la mesa y me sujeté la barbilla. Deslicé la otra mano por mi tripa, sin que ella se diera cuenta. Buscaba una curva nueva, algo a lo que agarrarme, un cambio significativo que me ayudara a entender que, allí dentro, *eso* quería crecer y quedarse en el mundo,

pero allí no había nada que pudiera ayudarme.

Lu le pidió al camarero otros dos chupitos. Tomó un cigarro entre el dedo índice y el corazón y se lo llevó a los labios, aunque estuviera apagado. Se apartó el pelo hacia un lado y subió una pierna en la silla, ahora veía su rodilla. No me imaginaba a Lu siendo madre. Sus gestos, su ropa, su actitud seguían siendo los de una niña que todavía tenía que crecer. Con el cigarro entre los labios, inspiró, lo apartó y espiró un aire que nunca sería humo.

—¡Por nosotras!

Se bebió los dos chupitos otra vez. Cuatro tequilas y un tiramisú en unos quince minutos. Eso resumía su responsabilidad.

—Lu, deja de beber.

—¡Venga, vamos a celebrarlo!

Me agarró la muñeca y tiró de ella. Levantó el brazo y el camarero entendió que quería otros dos. Cuando los trajo, los aparté.

—No, más no.

—Uno más.

—No, Lu.

—Cuando haces eso te odio.

Le pedí la cuenta al camarero y cuando me giré vi cómo se bebía el último chupito. Ya no necesitaba ni limón, le debía saber a gloria. Lu no conocía los límites. No le interesaba.

—Joder, ¿en serio, Lu?

—¿Y papá dónde estará?

—¿Qué?

—Papá.

Hizo una pausa, se secó la boca con la manga del jersey y se apoyó en la mesa de nuevo.

—Eso es lo que me preguntará mi bebé cuando crezca, Oli. Y le diré que yo también tenía un papá que tampoco sabía dónde estaba. ¿Ves? Si al final no va a ser tan raro.

—Papá ha venido a verme.

—¿Cómo?

Sus párpados se separaron y vi que sus pupilas ocupaban más de la cuenta.

—Ha venido a verme al rodaje, en Roma.

—Ha ido a verte al rodaje, a Roma.

—Sí. Apareció por sorpresa y tuve la caída aquella.

—Vale, ¿y?

—Y me dijo que quería pedirnos perdón.

—Todo esto lo dices así como el que habla del tiempo y ya está, ¿no? ¿Estás loca?

—Bueno, yo qué sé, me has preguntado.

—Claro, pero no esperaba que me dijeras que había ido a verte. ¿Y le has dicho que se vaya a la mierda?

—No.

—¿No?

—No.

—Ah, muy bien.

Miró hacia la ventana. Parecía que no quedaba ni rastro de todo el tequila que se acababa de

beber.

—Vámonos.

Se levantó, cogió su bolso y su chaqueta, arrastró la silla y caminó tambaleándose hacia la puerta. Di unos pasos cortos y rápidos hasta que llegué a ella. Le pasé el brazo por la cintura. Ella apoyó su cabeza en mi hombro.

—Si no me quedo embarazada podrías quedarte tú y regalarme a tu bebé. ¿Te imaginas? Eso sí que sería un gesto de amor.

—Estás loca.

—No me llames loca. Si tanto me quieres, podrías hacerlo, ¿no?

—¿Hablas en serio?

—No, es broma.

Caminamos por la Plaza de la Luna hasta Gran Vía. Ni la soledad ni la oscuridad existían allí. Lu cantaba *Cuéntame un cuento y verás que contento me voy a la cama y tengo lindos sueños*, aquella canción que tanto habíamos escuchado en un CD de esos de Caribe Mix de los noventa. Y yo no podía evitar pensar en lo que había dicho, en la posibilidad ingenua, inocente y poco cuerda de darle ese bebé que tanto parecía que deseaba. No. Era imposible. Lu tiró de mí en la Plaza Mostenses, corría agarrada a mi mano y allí estaba Almu esperándonos.

—¡Corre, corre! Seguro que hoy no hay cola.

—¡No hay! Ya lo he mirado.

Almu y Lu se abrazaron. Me uní al abrazo. Bajamos las escaleras y efectivamente no había nadie en el karaoke en el que los viernes y sábados no cabía ni un alma. Entramos, Lu saludó al portero con un abrazo y le preguntó que qué tal estaba Pepa.

—¡Quiero cantar *Un mundo ideal!*

Nos dieron las cinco. Cantamos toda nuestra infancia en ese escenario, a ratos sentadas en los taburetes, en otros levantándonos porque la emoción nos conquistaba, pasando la mano por la cortina de purpurina y haciendo coreografías absurdas. Nos abrazamos cuando nos pusieron Alejandro Sanz y su *Corazón partió*, hicimos otra coreografía cuando sonaron las Spice Girls, nos dimos la mano para cantar juntas la versión de Bisbal y Chenoa de *Escondidos* y cerramos aquella noche con Mariah Carey y su *All I Want For Christmas Is You*, no sin antes haber cantado *Mediterráneo*, de Serrat.

Lu y Almu durmieron a mi lado, en el sitio donde normalmente dormía Mario. Lu acurrucada con las rodillas cerca del pecho y un cojín puesto en la tripa, y Almu boca abajo como siempre, y pensé en todas las veces que había necesitado dormir así, con ellas, y no pude evitar darme cuenta de lo poco que echaba de menos dormir con él.

1998

Mamá me ha dejado poner la mesa de mi habitación justo debajo de la ventana. Así, cuando me siento a escribir en el diario, como ahora, veo el jardín, la piscina y el bosque que hay detrás de la valla. Es un bosque lleno de cipreses, según mamá. Son árboles muy altos, verdes, parece que han ido a la peluquería. La mesa ocupa justo lo que mide la ventana y las cortinas caen a los lados para que pueda agarrarlas y ponerlas enganchadas entre mi espalda y la silla, como si fuera una cueva, pero una cueva iluminada. Y si no están ahí para que haga eso me da igual, lo hago igualmente cuando me siento aquí. La tela es rugosa y casi transparente, con unos lunares pequeñitos blancos de un hilo muy fino. Cuando toco la tela, cuando la cojo con el pulgar, el índice y el corazón, la muevo y la froto, suena. Me recuerda a las mosquiteras del campamento al que vamos en verano. Sentada aquí me siento bien, sobre todo a la hora en la que el sol se va poco a poco y el cielo se convierte en una manta de colores con la que me gustaría taparme porque parece suave y es bonita.

Enciendo la lámpara que he cogido de mi mesita de noche. La he puesto en la esquina del escritorio, a mi derecha. Todavía no se ha ido el sol del todo, pero me gusta tener esa luz a mi lado. Tiene la parte de abajo de un cristal verdoso, parece agua. Agua del mar. Voy a escribirle una carta a Jorge para decirle todo lo que he pensado durante estos días en la isla. Abro mi carpeta donde tengo todas las cartas ordenadas por el tipo de dibujo. Además de tener un dibujo distinto, cada una huele diferente: a melocotón, a fresa, a melón, a vainilla, a manzana. Me encanta pasar los separadores de la carpeta y que el olor suba hasta mi nariz mezclándose con los olores de las otras cartas perfumadas. Elijo una que tiene un fondo azul clarito con nubes blancas que parecen de algodón. Hay unas líneas finas para no torcerme cuando escriba. Acerco la nariz, tiene un aroma a limpio que se parece a lo que huele mi ropa cuando María la sube planchada y la deja a los pies de la cama. Escojo un sobre de color azul, así irá a conjunto con la carta. Saco dos hojas, porque lo que voy a decirle es largo y no quiero tener que acortar ninguna frase: se lo voy a decir todo. Me pongo de pie, me asomo a la estantería, por poco no llego, y elijo el disco de La Oreja de Van Gogh de «Dile al sol». Es mi favorito, aunque sea un poco triste. Lo meto en el radiocasete con CD y subo el volumen. Suena *Cuéntame al oído* y los primeros acordes me ponen de punta los pelos de toda la parte izquierda de mi cuerpo. Me siento, subo las piernas en la silla y las cruzo, como si fuera un indio. Estoy un poco nerviosa. Todo lo que ponga en esta hoja lo va a leer él, dejará de ser un secreto y se lo podrá enseñar a cualquiera. Aunque no creo que lo haga porque cuando nos miramos en clase de inglés no se lo cuenta a nadie y podría hacerlo si quisiera.

El otro día me mandó una nota y me escribió que si quería jugar otra vez con ellos en el patio. Le contesté que sí, pero después no fui porque no quiero que me vuelva a pasar lo de que se me abra la falda cuando corro ni que sus amigos se rían si no marco un gol o se me escapa la pelota. No entiendo que se rían de mí y que entre ellos no se rían. Creo que es por ser una chica. Eso es suficiente para que juegue peor. Menos para Jorge: él no se ríe. Al revés, le gusta verme jugar y lo noto porque cuando corro con la pelota a veces se despista y sale del campo cuando se la paso.

Cojo el boli Bic azul. Voy a escribir todo lo que ya he escrito en un folio que he encontrado en la impresora. Una de las caras no tiene letras, así que la he utilizado para hacer un borrador de la carta; en la otra hay algo de un juicio y artículos con números que no sé lo que son. He visto el nombre de papá y unos números con una letra al final que no me dicen nada. Ni una pista, vaya.

Hola, Jorge,

Hace muchos días que quiero escribir esta carta. Porfi, no se la enseñes a nadie que me da mucha vergüenza. Secreto, shhh.

Pues eso, que hace muchos días que quiero escribirte todo esto porque me da cosa decírtelo a la cara y quiero decirlo ya. Me gusta mucho cuando me miras en clase de inglés. A veces me gustaría parar el reloj para que la profe no se dé cuenta de que ha terminado la clase, así me podrías mirar más rato.

Levanto la vista con el boli en la mano. El cielo está más bonito todavía, parece que se está quemando. Detrás de las hamacas blancas que están cerca de la piscina, en el césped, veo a Lu y a Juan sentados. Juan mira hacia los lados y pasa el brazo por los hombros de Lu. Me levanto para ver mejor porque desde la silla lo único que consigo ver es la espalda y las cabezas de los dos. Me acerco a la ventana, apoyo las manos en mi frente y en el cristal. Ahora puedo ver que Juan tiene una pierna entrelazada a la de Lu. Una pierna que sube por encima del muslo de mi hermana y baja por la rodilla para engancharse con el empeine del pie en su gemelo. Cuando baja el brazo derecho, veo una llama pequeña. Es del mismo color que el cielo, es de un naranja mezclado con rojo que parece fuego. No entiendo si es una vela. ¿De dónde pueden haber sacado una vela? Y, sobre todo, ¿de dónde han sacado algo para encenderla? Aunque puede que no sea una vela. Puede que sea otra cosa que espero que no sea y que Lu no esté allí con ese hijo de Roberto que siempre hace cosas que me parecen raras y que no entiendo. No se atreverá a darle a Lu los cigarros de Roberto. No será capaz.

Salgo de mi habitación y no cierro la puerta porque no quiero hacer ruido. Bajo las escaleras casi de un salto, camino por el pasillo con pasos rápidos, pero ahora sin correr. Si corro y María me ve, querrá venir y saber lo que me pasa porque yo nunca tengo prisa. Antes de salir al porche me quito las Victoria, las dejo en una esquina y salgo descalza. Apoyo la planta de los pies con delicadeza, como si quisiera flotar. Desde allí puedo ver de nuevo la llama pequeña. La sujeta Juan y a veces se la acerca a Lu. Oigo que tose y se ríe. Él también y dice que pruebe otra vez. El césped está mojado. Otra vez las plantas de los pies con la tierra que tanto odio. El ruido que hacen mis pisadas me da asco.

Cuando llego y Juan me ve, esconde rápido el brazo detrás de la espalda y quita la pierna que tiene puesta encima de la de Lu. Los dos me miran. Tienen que levantar la barbilla para mirarme

bien porque desde ahí parezco muy alta. Me siento mayor porque parezco más alta y porque me parecen tontos cuando hacen cosas de mayores que no están bien. Eso solo demuestra que son unos niños pequeños. Juan se levanta.

—¿Qué pasa? —Se pone de pie delante de mí, muy cerca de mi nariz.

—¿Qué hacéis?

—Nada. —Eso lo dice Lu y después mira a Juan—. Nada, ¿a que no, Juan?

—No, no hacíamos nada. ¿Por? —Da un paso hacia atrás, y me mira fijamente.

—No sé, me ha parecido ver un cigarro.

Los dos se ríen. Él gira la cabeza para mirar a Lu, que le observa embobada desde que he llegado. Juan se acerca el dedo índice a la sien y lo mueve para decirle a Lu que estoy loca. Claro, loca yo. Llevo los brazos a la cadera, como hace mamá cuando nos portamos mal.

—¿Estabais fumando?

Dicen que no a la vez. Juan le da la mano a Lu para que se levante, ella se deja llevar y él le da el impulso que necesita para ponerse de pie.

—Vamos, Lucía.

Ese Lucía retumba. Suena igual que cuando papá se enfadaba. Sé que se van a ir, pero me planto en medio y cojo a Lu de la camiseta.

—No, Lu.

—Déjame, Oli. Siempre tienes que estropearlo todo. ¡Eres muy pesada! Hago lo que quiero.

—Lu, ven conmigo. No tienes que hacer esas cosas, eres pequeña todavía.

—¿Te crees su madre?

—¿Y tú qué te crees, Juan?

—Oli, no te metas con él. Déjanos en paz. Ya lo has oído, no eres mi madre.

La mirada de Lu me duele. Es una mirada que nunca he visto en ella. Tengo la sensación de que soy alguien extraño para sus ojos azules, de que no me conoce y que, si tuviera la oportunidad, nunca querría conocerme. Caminan y me dan la espalda. Lu da saltos, mueve los brazos mientras le dice cosas que no puedo escuchar. Parece que al irse, al dejarme allí sola, se siente mejor. Miro a mi alrededor y lo único que veo es la casa grande que no es mi casa. El porche ordenado con el ventanal reluciente, la piscina con el agua que tiene unas ondas chiquititas que se mueven en la misma dirección, el césped cortado por Miguel a la medida que le ha dicho Roberto a gritos. Alguien debería decirle a Miguel que corta el césped bien. También a María. Tendrían que decirle que sus pasteles están deliciosos, que nos plancha la ropa tan bien que me entran ganas de abrazar camisetas y que nadie nos prepara con tanto amor los desayunos. Pero no, en esa casa las cosas buenas no se dicen mucho, solo las dice mamá y ahora menos, porque siempre se va a trabajar.

He dejado de ver a Lu y a Juan. Estoy sola en este jardín tan grande que ahora se oscurece porque el sol también se ha ido. Ojalá el sol se quedara. Ojalá nunca se hiciera de noche. Por la noche todo me pone más triste. Hay días en los que siento que todas las personas que quiero se van y no sé si es mi culpa, si hago algo mal que no veo y los demás odian. Intento hacerlo todo bien. Estudio mucho para sacar buenas notas, ordeno mi habitación todos los días para que mamá no pueda quejarse como hace con Lu, me siento en primera fila en el cole y escucho atentamente a los profesores para que nadie me ponga notas en la agenda. Cuando Lu se enfada conmigo, a veces le doy la razón para que se le pase más rápido y podamos jugar o ver películas juntas. Tengo los pies fríos. Culpa del sol, que también se ha ido. Corro hasta mi habitación dejando atrás ese jardín

oscuro. Cuando entro, cierro la puerta de un portazo porque ahora sí quiero que me oigan. Ojalá lo escuche Lu, corra hasta mi habitación, entre y vea que estoy muy triste. Abro la puerta y vuelvo a cerrar de un portazo. Me tumbo en la cama por si viene, me tapo con un cojín y espero a que se oigan sus pasos silenciosos por el pasillo. El tic tac tic tac del reloj me atraviesa los oídos. Tiro el cojín al suelo, me levanto, arrastro la silla hasta ponerla debajo del reloj. Me subo, cojo el reloj, le quito la tapa y tiro las pilas al suelo. Más ruido. Mucho más para que Lu se acerque a mi habitación y me quiera más a mí que al hijo de Roberto que es un idiota. A mamá no le gustaría nada que dijera idiota, pero ahora no me escucha y lo digo en alto. Idiota. Idiota. Idiota.

Subida en esta silla, oigo las llaves en la puerta de la entrada. Ese sonido es inconfundible, debe ser mamá. Me bajo de la silla de un salto. Salgo por el pasillo, me cojo a la barandilla dorada de la escalera y asomo la cabeza para ver si es ella. No tardo en ver sus rizos pelirrojos. Bajo las escaleras, doy un salto al final y me abrazo a su cadera. No digo nada, solo me abrazo muy fuerte. Ella me acaricia el pelo, me aprieta la nuca y me pregunta qué tal estás, cielo. Tiene una voz que suena a río, a agua que cae por la montaña fresquita, se choca con las rocas y sigue su camino sin prisa. Es una voz que querría tener. Tiro de su camiseta para que se agache, pongo mis manos alrededor de su oreja y le susurro:

—Mami, ¿puedes subir a mi cuarto?

Ella asiente y sube detrás de mí, agarrada a mi mano. Llegamos a mi habitación y nos sentamos la dos en la cama.

—Dime, Oli.

—A ver, es que estaba ahí en el escritorio y...

Oigo unos pasos en el pasillo. Me tapo la boca mientras mamá se levanta, sale de la habitación y vuelve.

—No hay nadie, venga, sigue.

—Prométeme que no vas a decir nada.

—Te lo prometo.

—No vale decir te «no» prometo, eh.

—Te lo prometo. —Hace énfasis en *lo* y yo me alegro—. Venga, Oli, dime.

—Pues que he visto a Lu con Juan.

—¿Y qué ha pasado? —Su mirada no es la de siempre. Siento que tampoco confía en mí—. Juan es su hermano ahora.

—No, es su hermanastro. Los he visto con uno de esos cigarros de Roberto, mami.

Tengo miedo de que se enfade tanto que salga corriendo a decirle a Lu que eso no se hace y que va a estar castigada de todo y sin fecha límite, como a veces dice y nunca cumple. Me sudan las manos. Las paso por encima de mi pijama, por mis muslos, para ver si así se secan, pero no, me sudan y están frías.

—Bueno, no pasa nada. Son cosas de niños, mi amor.

—¿De niños? ¡Será de mayores!

—No. Todos probamos cosas, no pasa nada.

—Ah, ¿y tampoco pasa nada si estaban en la bodega jugando a algo y Lu gritó?

—¿Gritó?

—¡Sí! Pero Lu hace como si no pasara nada cada vez que los veo. Están fumando en el jardín de casa, fuman cigarros que le roban a Roberto y tú dices que no pasa nada. Eso es de mayores,

mamá.

La puerta se abre, choca con el armario de detrás. Doy un salto en la cama. Me llevo la mano al corazón que se me acelera a un ritmo que nunca había sentido. Es Lu. Está en la puerta con las piernas abiertas y los brazos cruzados a la altura del principio de sus costillas. Me mira a mí, a mamá no. Solo me mira, no dice nada.

—¡Qué susto, Lu!

Intento hacer que no está pasando nada, que no me he chivado a mamá y que estamos hablando de otra cosa. Subo los pies a la cama con las Victoria puestas para ver si desvío la atención y mamá me regaña. ¿Habrá escuchado Lu todo lo que he dicho? Estoy asustada, pero no quiero que se me note.

—Entra, si quieres. —Se lo digo mientras sonrío como puedo.

—No.

—¿Por qué, Lu? Vente, anda. —Mamá mueve los brazos para que corra y se suba encima de ella.

—Oli, ¿por qué estabas contándole mis cosas a mamá? ¡Y encima mentiras!

—¿Mentiras? —Me levanto y me acerco a Lu.

—¡Sí!

No me puedo creer que vaya a mentir cuando las dos hemos visto la realidad y no solo me ha dejado allí sola, es que además me ha puesto en ridículo delante de Juan porque ahora son superamiguitos y a mí me apartan.

—¿No estabas fumando con Juan?

—¡No!

—¿Tampoco estuvisteis el otro día en la bodega?

—¡Tampoco!

Miro a mamá. Quiero que me defienda, que le diga a Lu que lo que ha hecho está mal y que tiene que portarse como toca, pero mami tiene el móvil en la mano y, en vez de mirarnos a nosotras, está leyendo algo que no sé qué es. Cuando vuelvo a mirar a Lu, ya se ha ido. Voy hacia su habitación. Piso fuerte el suelo, todo lo fuerte que puedo para que sepa que estoy llegando y que no pienso dejar esa conversación así. No miento, no miento nunca. La única mentirosa que hay aquí es ella. Abro la puerta, se choca con su armario también.

—¡Oli! Déjame en paz. Ya te lo he dicho. Sal de mi cuarto.

—¡No! Has fumado. No me dejes como una mentirosa delante de mamá.

Pone su frente contra la mía. Me mira, pero veo doble porque se me juntan los ojos en el centro de su frente. Está tan cerca. Habla bajito para que nadie más escuche que me dice que sí, que es verdad, que ha fumado y que va a hacer todo lo que quiera porque yo ni soy su madre ni lo voy a ser nunca, que la deje en paz y que me odia con todas sus fuerzas porque siempre estropeo todo lo que hace. Lo ha dicho tan rápido que no sé si he entendido todo lo que ha dicho, pero antes de responder ya me ha empujado y echado de su habitación. Lo último que oigo es un portazo y los tacones de mamá que bajan las escaleras.

Me meto en mi habitación. Esta vez no hago ruido con la puerta, ni con los zapatos, el cojín o arrastrando la silla por todo mi cuarto. Me tumbo en la cama, apoyo la espalda contra la pared, subo las rodillas hasta el pecho que a ratos me duele por esos bultos asquerosos y escondo la cabeza. Parezco una tortuga. Ojalá ahora pudiera ser una tortuga para estar en otro sitio, tener una

casa que pueda llevarme siempre conmigo y que nadie me diga lo que tengo que hacer. Aunque me gusta que me digan lo que tengo que hacer ahora que lo pienso bien. No quiero ser la madre de Lu, no sé por qué repite todo el rato que ni lo soy ni lo voy a ser. Lo único que quiero es que sea una niña normal, que no le pongan notas en la agenda, que apruebe y se porte bien, que diferencie los cubiertos y entienda que hay que sentarse recta en la mesa. Quiero que Juan nunca le haga daño ni que sufra ni que esté triste y mucho menos que eche de menos a papá tanto como lo hago yo. No quiero ser su madre, pero es que mamá no la regaña por nada. Hace tiempo que ha dejado de decirle lo que está mal, ya no le revisa la agenda ni le dice que tiene que hacer los deberes que no ha hecho. Tampoco la manda a lavarse los dientes y muchas veces me doy cuenta de que Lu se mete en la cama sin pasar por el baño. Hoy me ha dado mucho miedo. Me ha mirado de una forma extraña y nueva, de una forma que no conocía, dos veces: primero en el jardín cuando se ha ido con Juan y después en su habitación. Ha sido una mirada de asco, una mirada que yo utilizaría si se me acercara una oruga, pero nunca con Lu. Me da miedo que ella también deje de quererme, que se vaya y me deje en esta casa que no es mi casa.

Lu es mi casa. Mamá es mi casa. Papá es mi casa. Si me miran todos así, si por lo que sea se van y no vuelven, me dejan en esta casa que no es mi casa y deciden que tienen cosas mejores que hacer que cuidar de mí, si mamá, papá y Lu dejan de hacerme caso, de escucharme y de compartir conmigo la punta del pan, si eso pasa, no sé lo que haré. Se me mojan los ojos y subo los párpados todo lo que puedo para que no salgan lágrimas. No quiero llorar. No pienso llorar. Si se quieren ir, que se vayan.

2018

Aquellos tres kilos y doscientos gramos de vida se fundían con mis brazos. Le acaricié la nariz, era terciopelo. Su pecho subía y bajaba con un ritmo lento, ajeno al mundo. De vez en cuando sonreía y segundos después fruncía el ceño. Movía esos pies chiquititos sin ton ni son, como si quisieran ir a algún sitio y yo le decía que shhh, que todo está bien. Otras veces abría los ojos con la mirada perdida sin necesidad de encontrarse: miraba hacia arriba, hacia abajo, alguna vez sentía que me miraba y después se dormía plácidamente y volvía a sonreír. Me parecía mentira que la vida pudiera ser tan bonita. Me levanté con él en brazos. Se me aceleró el corazón con esos vuelcos que te dejan de puntillas y en pausa durante un segundo. Apreté con delicadeza su muslo diminuto. Di un par de pasos, vigilando cada obstáculo. Metí la tripa para pasar entre la cama y la butaca. Al llegar a la ventana llevé mi mano a su frente. La luz entraba con fuerza y, aunque para mí era placentera, no sabía si estaba preparado para exponerse. Me acerqué a su oído y le susurré: bienvenido a este mundo loco, pequeñín. Movié la boca, parecía que iba a decir algo y reí. Cómo va a decir algo, boba. Caminé hasta la cuna, me agaché para dejarle en ese plástico transparente que nos dejaba vigilar cada uno de sus primeros movimientos y le tapé con la manta que había tejido mamá. No se movió. Le toqué con el dedo índice el hombro minúsculo. Seguía sin moverse. Miré hacia la puerta y rogué que entrara alguien. Nada. Sus párpados no dudaban. Moví la cuna con el pie, con un movimiento que quería parecerse a aquellos que haces sin querer queriendo, aquellos que hacía para despertar a Lu cuando dormía tranquila hasta las tantas y yo quería jugar desde hacía horas. Se parecía a esas veces en las que hacía ruido con el cajón de la mesita de noche y ella me preguntaba que qué pasaba y yo que nada, que si ya estaba despierta y ella me decía que era muy pesada. Pero nada, él no se movía. Con mi mano en su pecho cubría la mitad de su cuerpo, la moví de derecha a izquierda y por fin volví a sentir su respiración lenta y cálida. Casi me ahogo. Entonces se abrió la puerta y entró mi hermana en esa habitación blanca. Bajé la mirada hacia mi barriga y vi una curva que no entendía debajo del camión verde, como el que llevaba la abuela el día del hospital. Lu me miró y dijo gracias por el mejor regalo que me has hecho nunca y cogió al bebé y lo acunó en sus brazos.

Me desperté con el cuerpo empapado en un sudor frío, con el pijama pegado a la piel. La luz de la calle invadía la oscuridad y se reflejaba en el armario. Aparté el edredón y salí de la cama para encender la luz. Cuando llegué al interruptor, no caminé más. Me apoyé en la pared y me deslicé hasta que toqué el suelo. Había sido tan real, tan de verdad que todavía podía sentir el tacto de su piel, el ritmo de su respiración y los movimientos robóticos de sus pies. Me levanté la

camiseta. Bajé la mirada. Allí no había ninguna curva nueva, nada distinto, pero tenía que tomar una decisión cuanto antes. Pensé en llamar a Alicia, pero cuando miré el reloj me di cuenta de que faltaban cuatro horas para poder llamar a una hora decente. Odiaba despertarme en mitad de la noche. A esas horas me sentía vulnerable, distinta, más pequeña quizá. La noche agrandaba mis miedos, me impedía pensar con coherencia y el tiempo tenía una dimensión peculiar que desde luego nunca jugaba a mi favor. El tiempo es una invención injusta que a veces nos atormenta.

Cogí unos calcetines de lana grises que había tirado hacía unas horas a los pies de la cama, me los puse. Me los subí hasta las rodillas, como los azules de algodón que llevaba al colegio. Como cuando María me los colocaba hasta el tobillo y me decía que me los subiera mientras ella me alisaba la falda, se ponía de pie y me pellizcaba las mejillas suavemente. Lo hacía todos los lunes, si se le olvidaba y me daba cuenta cuando ya estaba en el coche con Miguel, salía corriendo a buscarla y le pedía que por favor lo hiciera otra vez. Siempre pensé que los lunes podían ser horribles si María dejaba de hacer aquella rutina.

Cuando entré en la cocina, una brisa movía una nota que se sujetaba en la puerta de la nevera con un imán de una palmera que compramos en Lanzarote. Me acerqué, con los dedos encima conseguí que dejara de moverse. Vi la letra de Mario y *el buena suerte* que escribió hacía ya muchos años. Sus detalles habían sido los mismos desde el primer día. Nunca dejó de escribirme notas, de esconderlas por la casa o en mis maletas para que las viera cuando él no estuviera, tampoco dejó de comprarme flores ni de cocinar las delicias que llenaban la casa de olor a hogar. El reloj de la cocina marcaba las cuatro y media de la madrugada. Encendí la luz del extractor y apagué la del techo. La cafetera reposaba encima de los fogones con el café del día anterior. Me serví un poco de café y añadí leche. No tenía mucho sentido tomarse un café cuando no podía dormir y, sin embargo, quería, pero a esas horas no tenía la capacidad suficiente para razonar. Solo quería hacer algo que me hiciera feliz para olvidar lo que había soñado.

Fui al sofá, pero me senté en el suelo. Ojalá Almu siguiera en Madrid. Observé lo que habíamos construido juntos. Cuando llegamos a casa no había nada, solo un colchón con muelles en la habitación principal. Hicimos una reforma con nuestras propias manos y no, no fue como en las películas. Yo no llevaba un peto vaquero y Mario no me tiraba pintura en la cara mientras nos reíamos y nos abrazábamos. Fue una reforma dura, pero que hoy nos daba el hogar que siempre quise tener. Superamos los centenares de paseos por Ikea, por el Rastro y por tiendas de decoración en las que no pudimos gastarnos ni un euro hasta que pasaron los dos primeros años. Pero ahora por fin teníamos la casa que queríamos. A veces tengo la sensación de que el presente se alimenta de planes del futuro y que cuando llegan, ya han perdido el brillo que los alumbraba.

La estantería guardaba todas las reliquias que mi madre me había regalado: libros antiguos que heredó de su padre, todos ordenados por editoriales. Al lado de la estantería de madera, estaba la planta que Mario me había regalado hacía poco. Parecía que era la única que iba a sobrevivir a tanto maremoto mental. La alfombra en la que estaba sentada era suave. Tanto que a veces me quedaba a dormir allí y Mario me tenía que coger en brazos a las tantas para llevarme a nuestra cama. Me encantaba que lo hiciera. Ahora solo quería dormir en la alfombra, dormirme allí sola y que nadie me llevara a ninguna parte.

Me desperté tres horas después y decidí que ya podía llamar a Alicia. Los médicos deberían estar despiertos siempre, aunque sea imposible. Saltó el contestador. Me hice otro café y esta vez llamé a Carlota. Cogió el teléfono antes de que sonara el segundo tono.

—¿Oli?

—Buenos días, Carlota.

—Buenos días, ¿pasa algo?

—No, ¿por qué?

—No sé, son las siete de la mañana.

—¿Puedo ir a verte?

—Claro, ven.

Salí de casa con el pijama, un jersey holgado, los calcetines grises y unas Converse que casi no me cabían por culpa de la lana. Me puse los AirPods y caminé a paso ligero hasta llegar a casa de Carlota. No sabía lo que iba a decirle ni lo que buscaba, no sabía explicar la razón por la que había decidido marcar su teléfono a esas horas, pero lo hice y me planté en su puerta a las ocho. Las farolas estaban encendidas todavía. Cuando abrió me abrazó, me cogió de la mano y me llevó al sofá. De camino detrás de ella, podía oler el café y el pan recién salido de la tostadora. Nos sentamos sin decir ni una palabra, como si todo estuviera dicho ya.

—¿Tostadas?

Negué con la cabeza.

—¿Café?

Asentí. Me quité los zapatos y subí los pies al sofá.

—Reina, cuéntame. ¿Qué pasa?

El nudo que se ataba a mi garganta no me dejaba hablar. No sabía por dónde empezar a contarle que sentía que no me merecía todo lo que hacía por mí porque estaba tratando a su hijo peor que nunca escondiéndole una decisión que jamás me podría perdonar. Me costaba hilar palabras que pudieran expresar que no quería hacerle daño a él, que no quería perderla y que necesitaba que me entendiera. Posó su mano en la mía y apretó. Fue un apretón leve, delicado. La miré y me di cuenta de que ella llevaba un rato mirándome.

—Venga, dime.

Agaché la cabeza y susurré que sí. Me puso la mano en la barbilla, me levantó la cara y volvió a clavar su mirada en la mía.

—Oli, lo noto.

Intenté decirle que no, que no sabía nada, que de hecho era imposible que lo supiera, pero no me dejó hablar. Levantó su mano y voló hasta posarse por debajo de mi ombligo. Bajé la mirada. Ahí estaba su mano, apoyada en mi tripa. Su mano con lunares y manchas, con arrugas y las uñas sin pintar. Unas manos que me habían sujetado durante años cada vez que algo no iba como yo esperaba. Se levantó, se giró y se apoyó en el sofá de lado y así, sin tener que mirarla, le conté que hacía ya cinco semanas que llevaba *eso* dentro de mí. Que, bien pensado, *eso* también formaba parte de ella y era justo que lo supiera, pero que no era capaz de contarle porque no estaba preparada para nada de lo que me estaba pasando. Y cuando me aclaré la voz para hablar de la interrupción del embarazo, apareció por la puerta Marcos.

—¡Buenos días! Menudas horas para quedar, qué madrugadoras sois. —Se sentó en el sillón que teníamos a nuestra derecha, puso las manos en los reposabrazos y se quedó mirándonos—. ¿Qué tal?

—Muy bien —contestó ella.

Carlota sonreía. Le brillaban los ojos como cada Nochebuena y había movido su mano a mi

muslo. Se levantó y antes de irse a la cocina se agachó para darme un beso en la frente.

—Voy a traer unas tostadas para este señorito.

—No te preocupes, voy yo, solo faltaría.

Marcos se levantó apoyándose en sus rodillas. Sus pantalones de pana tenían su encanto. Me giré para ver cómo caminaba hacia la cocina. Llevaba el cinturón de siempre, una camisa azul celeste metida por los pantalones *beige* y unas zapatillas de estar por casa que cubrían su empeine y dejaban al descubierto el talón y los calcetines marrones con rombos en diferentes tonos azules. Carlota se volvió a sentar en el sofá.

—Venga, rápido. ¿Y qué tal te encuentras? Ay, Olivia, estoy tan feliz.

—Feliz.

—Feliz, claro.

Se le arrugó la frente y sus ojos se ensombrecieron. Me agarré a su mano con fuerza, me acerqué y le susurré que no estaba preparada, que tenía miedo y que yo ahora necesitaba trabajar. Y de nuevo, cuando quise verbalizar interrupción, apareció Marcos.

—Pero ¿qué cuchicheáis? ¿Queréis tostadas?

—No —respondimos a la vez.

—Uy, qué humos. Vale, vale. ¿Queréis que me vaya?

—No —volvimos a responder de nuevo juntas.

—Vale, vale. ¿Os importa que encienda la radio un segundo? Estoy pendiente de una noticia.

—No, claro, enciéndela. Estás en tu casa.

Le sonreí y él me guiñó un ojo. Encendió la radio y se acomodó de nuevo en el sofá, con una taza entre sus manos. Carlota se levantó para recoger nuestro desayuno. Quise levantarme para ayudarla, pero me frenó apoyando su mano en mi hombro. Y cuando volví a caer en el sofá, lo escuché: el Senado de Argentina rechaza la nueva ley de aborto. Con treinta y ocho votos en contra, treinta y uno a favor y dos abstenciones, el Senado de Argentina ha rechazado en las primeras horas de este jueves el proyecto de ley para otorgar a las mujeres el derecho a optar voluntariamente por la interrupción de su embarazo. Los pies de Carlota pisaron fuerte el parqué. Caminaba con determinación hacia mí. Llevaba un trapo en la mano y el delantal en la otra. Tiró las dos cosas sobre el sofá con fuerza, justo al lado de donde tenía mis piernas. Apoyó los brazos en su cintura y, con una vena hinchada en mitad de la frente, dijo:

—Menudos hijos de puta. ¡Cómo se atreven! ¡Cómo pueden decidir algo así! ¡Será posible! ¿Quién ha educado a esta gente? ¡Deberían enseñarles a respetar a las mujeres! Menuda panda de sinvergüenzas.

Hasta ella misma se asustó. Se tapó la boca, me miró y bajó la mirada al suelo. Después levantó la barbilla y miró a su marido. Nunca había escuchado una palabra mal dicha de su boca. Ella siempre cuidaba de todos, sonreía y nunca se enfadaba a pesar de que para ello tuviera que callar lo que opinaba. Siempre prefería priorizar el bienestar de los demás. Se puso en frente de mí, agachó el tronco y apoyó sus labios en mi frente. En un susurro me dijo que estaba muy orgullosa de mí. Miró al padre de Mario para cerciorarse de que no nos escuchaba. Antes de levantar el cuerpo y volver a la cocina, me besó en la frente. No hizo falta más para demostrarme que estaba conmigo a pesar de lo que decidiera. Me levanté, la abracé y acaricié la piel de su cráneo, que seguía desnuda.

Llamé a Alicia mientras bajaba corriendo las escaleras de casa de los padres de Mario.

Necesitaba terminar con todo esto ya. No podía dejar que pasara más tiempo. Cuando llegué al portal, paré en seco y pensé en Carlota. Pensé en su forma de mirarme, de estar a mi lado sin tener que contarle la historia al completo, de darme la mano, besarme la frente y adivinarme sin tener que hablar. Pensé en las fotos que tenía en su salón, en cómo miraba a Marcos, en su forma de cuidar de todos y cada uno de sus hijos, de ir cada tarde a por sus nietas al colegio. Carlota se desvivía por los demás y la vida le devolvía con aquella enfermedad estúpida que la estaba dejando sin fuerzas. Colgué el teléfono antes de que Alicia lo cogiera, subí las escaleras de nuevo y llamé al timbre varias veces.

—Ya voy, ya voy.

Abrió la puerta Carlota. Me agarré a su cuello, apreté fuerte y me quedé allí unos segundos. Ella me acariciaba la espalda, apretaba encima de mis omoplatos, en la nuca y los hombros. Apreté los labios y la lengua contra el paladar. Suficiente tenía ella con lo suyo. No quería que se fuera nunca y al rozar su cabeza me di cuenta de que a lo mejor ese momento era la única oportunidad de que Carlota conociera a algún hijo de Mario.

—Solo dime una cosa, Carlota. Y dime la verdad... ¿Tú estás bien?

Miró al techo, bajó de nuevo la mirada y clavó sus ojos en los míos.

—No, cielo. No estoy bien.

Paseamos por el Retiro juntas, de la mano. Me contó que los resultados de las últimas pruebas habían empeorado y que tenía metástasis. No quise saber más, solo le pregunté si iba a curarse y ella negó con la cabeza, aceleró el paso y me adelantó. Dejé que caminara sola. Nadie puede entender lo que se siente cuando sabes que te vas a morir, pero sí sabía con certeza que a veces necesitamos la soledad para abrigarnos y cobijarnos de las cosas injustas. Ví cómo caminaba rozando con la mano alguno de los matorrales llenos de hojas que cubrían el parque en primavera. Sus pasos iban en sintonía con aquella noticia. Pasos lentos, casi arrastrados. Torció hacia la derecha. La seguí a una distancia prudencial para que supiera que no estaba sola, pero que tampoco iba a interponerme en su decisión de pasear sola después de contarme que aquello no tenía solución. Me agarré las manos a la altura de mi ombligo, entrelacé los dedos y, por primera vez, sentí que debía darle una oportunidad.

Carlota se giró, se quedó quieta y me observó. Yo seguía con las manos ahí, en el mismo sitio. Se acercó a mí, me agarró de las manos y las subió hasta apoyarlas en mi corazón.

—Solo te puedo decir una cosa: haz las cosas pensando en ti. Aquí está la verdad y solo tú puedes decidir lo que está bien.

Me imaginé que se iba. Que caminaba de espaldas a mí y se despedía. Imaginé que no podía ir a desayunar con ella, que no me podría tumbar en el sofá a su lado, que tendría que ir a recoger mis fotos de su salón, que no prepararía tartas ni pondría la mesa en Cadaqués para que todos nos sentáramos a su alrededor y contáramos nuestro día a día sin más pretensión que esa: compartir la vida. Quise decirle lo mismo que me dijo aquel día Berta a mí, que me eligiera y fuera mi madre, que no se fuera nunca. Pero lo único que fui capaz de hacer fue abrazarla y callar.

Delante de nosotras, mientras abrazaba a Carlota, había una niña que daba sus primeros pasos, su madre estiraba los brazos y movía las palmas de las manos en un vaivén. Y la niña, torpe, con un balanceo inocente, daba pasos cortos y rápidos hasta caer en sus brazos.

1998

Jorge no está en su clase. Me asomo por la puerta para ver si ha dejado su mochila y se ha ido, pero no la veo. Sí están sus amigos. Están todos sentados encima de las mesas verdes. Hablan a gritos y se cuentan lo que han hecho el fin de semana. Me gustaría preguntarles que dónde está Jorge, pero sé que se reirán de mí.

Camino hasta mi pupitre, me siento y me saco el sobre azul que llevo metido entre la falda y mi piel. Lo he escondido allí porque si alguien leyera la carta me moriría de vergüenza. Ahora, rápido, la meto en mi agenda y hago que leo unos apuntes. Nadie se ha dado cuenta. Almu y Elena se acercan a mí. Hace días que no quiero hablar con ellas porque les conté que me gustaba Jorge y se lo dijeron a Clara. Nunca pensé que Almu fuera a contar mis secretos. Elena puede ser, pero Almu no. Ahora Clara cada vez que está Jorge se toca el pelo y se lo mueve de lado a lado. Cuando ve que la miro, me guiña un ojo. Es una niña un poco rara. Nunca quiere jugar a cosas divertidas y cuando decide hacerlo se mete conmigo delante de los demás. Almu y Elena dicen que lo hace sin querer, pero yo creo que no.

—¿Qué haces?

Almu coge una silla, le da la vuelta y se sienta al revés, muy cerca de mí. Apoya sus brazos y me mira.

—Nada, ¿por?

—¿Nos perdonas?

—No, Almu.

—Venga, Oli. Fue sin querer. Yo no quería contarlo.

—¿Sin querer cuentas un secreto?

—¡Sí!

Sin querer no se cuentan los secretos. Si quieres contar algo es porque decides contarlo por alguna razón. Dudo mucho que Almu lo soltara sin querer. Además, creo que también mira a Jorge de una manera distinta y se ha subido la falda arremangándose la parte de arriba para que se le vean más las piernas. Tengo miedo de que me quite a Jorge porque tiene el pelo más bonito que yo. A lo mejor él quiere a Almu o a Clara y se olvida de que yo sé jugar al fútbol y de que hacemos un buen equipo cuando jugamos juntos. Paso una página de mi agenda y el sobre azul se queda al descubierto. Almu coge el sobre y se levanta de la silla.

—¿Qué es esto?

En ese momento, justo cuando Almu lo está diciendo, aparece Clara por detrás y le quita el

sobre de la mano. Lo ha hecho tan rápido que ni yo que estoy en frente de ella y podría haber visto que ha entrado en clase me he dado cuenta de que lo ha hecho.

—¡Uh! ¡Una carta!

Lo mueve en el aire con el brazo levantado. Camina por la clase haciendo unos movimientos con la cadera muy exagerados. Me recuerda a la mujer que sale en la tele con una bolita en la mano y regala dinero a la gente.

—Clara, dámelo.

—Clara, dámelo. —Me imita moviendo la cabeza de lado a lado.

—¡Que me lo des!

Se sube a una silla y allí, de pie, arriesgándose a que cualquiera que pase por debajo pueda ver sus braguitas, lee en voz alta mi carta que empieza con el nombre de Jorge. Lee gritando que me gusta, que ojalá las clases de inglés fueran más largas y, cuando dice eso, se tapa la boca, se la destapa y me grita empollona, lee que ojalá podamos ser novios y que paseemos por la pradera de la mano.

Salgo de clase antes de ponerme a llorar. No voy a dejar que Clara vea que me da tanta vergüenza que me quiero morir y que podría tirarme al suelo y llorar un mar. Voy hasta la clase de Jorge otra vez. Le voy a decir que salga un segundo, que por favor me ayude a quitarle la carta a Clara porque es para él. Estoy segura de que me va a ayudar.

La clase tiene la puerta cerrada, pero dudo que hayan empezado a dar clase porque en la mía ni siquiera ha llegado la profesora. Abro sin llamar y cuando empujo la puerta veo que todos me miran y que don Enrique está al lado de la pizarra con el borrador en la mano. Muchos ojos me miran, siento que podrían adivinar que tengo ganas de llorar y que me gustaría que viniera mamá y me llevara a la que sí es mi casa.

—Dígame, señorita.

—Disculpe, ¿está Jorge?

Oigo una risa, pero no logro adivinar de dónde viene porque, cuando me giro hacia el lugar en el que ha sonado, todos siguen igual de serios, como si nadie se hubiera reído. El profesor levanta el brazo, doy un paso atrás por si se le ocurre tirarme el borrador. Ahora viene hacia mí con determinación, llega a la puerta, sale y cierra.

—¿Jorge?

—Sí.

—Se ha marchado. De todas formas, no creo que sea una razón para interrumpir una clase con veinticinco alumnos, ¿no cree?

—¿Podría decirme a dónde ha ido? ¿Está enfermo?

—No, señorita. Jorge se ha marchado a otro colegio porque se han tenido que mudar de ciudad.

—Perdone, don Enrique, es que no entiendo.

—Pues que ya no viene a este colegio. Ahora a clase, vamos. No es momento de andar dando vueltas por los pasillos y mucho menos interrumpiendo. Venga, váyase.

Me coge de los hombros y me gira. Oigo la puerta que se cierra. Cuando me doy la vuelta, me doy cuenta de que me he quedado sola en el pasillo. Las taquillas están apoyadas en la pared y sus cerrojos me miran. Ahora todos los ojos que antes me miraban en esa clase que era la de Jorge, pero ya no es, saben que lo busco y que, cómo no, Jorge se ha ido y me he quedado sola otra vez.

No quiero volver a clase. Quiero irme a casa, pero ese colegio está tan lejos que si me fuera caminando tardaría horas en llegar. Nunca faltó a clase y mucho menos sin una nota en la agenda que me haya escrito mamá. Entonces caigo en que, si he firmado el parte de Lu, también puedo escribir una nota en mi agenda que diga que tengo médico. No quiero desobedecer a mamá, pero lo hago.

Cuando salgo del colegio, me siento perdida. No sé llegar a esa casa, no sé a dónde ir ni qué hacer. Quedan tres horas para que venga Miguel a buscarnos y Lu está en clase, que es lo que tendría que hacer yo.

Ojalá viniera mamá.

O papá.

O los dos con Lu y nos fuéramos al mar, a nadar. Ojalá me agarrara a los hombros de mamá, llenos de lunares chiquititos que viven en esa piel tan suave. Ojalá papá coja a Lu y la tire por los aires mientras todos nos reímos.

Ojalá, pero no vienen.

No están.

2018

Según Carlota, su oncólogo le dijo que podía dejar la medicación y disfrutar del tiempo que le quedaba. Me lo dijo así, sin adornos. Disfrutar. Y a eso añadió que había decidido irse a Cadaqués un mes ahora que Mario había ido a rodar la película. En su voz podía notar lo poco que entendía lo que suponía que él se hubiera quedado con mi proyecto mientras yo me perdía en este mar de dudas. Carlota no solo sonreía mientras me decía que abandonaba la única opción de curarse para poder vivir tranquila los días que vendrían, es que además seguía cortando patatas en la cocina con un movimiento natural, sin pausas.

Sentada en su cocina, escuchaba todo lo que decía sin contestarle a nada.

—Yo me quedo con lo bueno, Olí. Y lo mejor que he hecho son mis hijos, eso es así.

Cogió la tabla y tiró la piel de la patata a la basura. Sacó la bandeja del horno, colocó las patatas en fila, metió la bandeja de nuevo, cerró la puerta y elevó la temperatura a 180 °C. Salió de la cocina frotándose las manos con el mandil. Me quedé allí, en esa cocina en la que Carlota me había enseñado sus recetas, en la que Mario me prometió que siempre estaría a mi lado un dieciséis de febrero de hacía unos años cuando volví de la sesión de mi psicóloga con unos temblores incontrolables. El pasado no debería pesar tanto. Deberían ser simples recuerdos, postales a lo mejor, que pudiéramos guardar en cajitas y solo abrirlas de vez en cuando para leer lo bueno y esconder para siempre lo malo. Mario me prometió que siempre estaría a mi lado, que no volvería a sentir ninguna ausencia nunca más y ahora, con esas sillas vacías a mi alrededor, cerré los ojos y pude verle en Roma, con todo el equipo a su alrededor, lejos de mí.

Carlota me llamó desde el salón. Estaba sentada en su mecedora de ratán cerca de la estantería de obra del salón, donde tenía libros sin un orden concreto, eucalipto seco tumbado en varios estantes, un par de velas blancas con la cera derretida y algunas fotos de toda la familia en Cadaqués, en esas calles de fachadas blancas llenas de buganvillas. Me senté a su lado. Tenía entre sus manos un álbum de fotos por el que pasaba los dedos. Eran fotografías de Mario con cinco años. Muchas iguales que habrían hecho una detrás de la otra. Con un fondo de una pared blanca y un cactus más alto que él, miraba a cámara con una Handycam en un ojo mientras cerraba el otro. Estaba de frente en una foto en vertical, de perfil en una horizontal, tumbado en el suelo en una cenital. Y así dos páginas del álbum con Mario jugando a hacer cine con cinco años. Pasé mi brazo por la cadera de Carlota y apoyé mi cabeza en su hombro. Rocé con la punta de los dedos las fotografías. Tal vez estaba equivocada y debía llamarle. El tintineo de las primeras gotas de lluvia del día hizo que Carlota se levantara y abriera la ventana. La tierra mojada olía desde el

séptimo piso y me recordaba a él, a nuestros paseos por el campo cuando conseguíamos coincidir en nuestros días libres, a sus pies saltando de roca en roca y a sus pausas para esperarme mientras estiraba el brazo para agarrarme cuando cruzábamos por sitios que me asustaban. El aire entraba fresco y limpio. Nos envolvía a las dos mientras nos abrazábamos a los recuerdos de una infancia que nunca había vivido, a la infancia de Mario. Le vi soplando las velas de su tercer cumpleaños, agarrar un diploma con una raqueta en la mano y a su padre al lado mirándole con admiración. Vi cómo Mario miraba a cámara y lanzaba un beso y Carlota matizó que se lo tiraba a ella y que siempre hacía que cogía aquel beso en el aire y se lo plantaba en la mejilla y él no podía evitar soltar una carcajada tras otra. Me imaginé detrás de esa cámara, delante de *eso*, de un Mario pequeño, una Lu, un ser nuevo parecido a mí, a mi madre, a Carlota. Alguien desplegando sus ambiciones delante de mí, regalándome su amor y su tiempo. Pensé en Mario, en cómo le enseñaría a utilizar su primera cámara, en cómo le daría la mano para cruzar de roca en roca, en los veranos en Cadaqués que pasaríamos todos juntos, en Carlota recogéndole en el colegio. Se lo pregunté sin meditarlo ni un segundo.

—¿Ha sido muy difícil ser madre?

Tardó en contestar.

—Sí, no te voy a engañar. No ha sido fácil. Pero es lo mejor que he hecho.

El sonido de mi teléfono me asustó. Carlota se levantó de golpe, caminó rápido hasta la mesa donde lo había dejado y me lo acercó. En la pantalla vi el nombre de Amanda. Dejé que ella lo sujetara. Movía su brazo hacia mí. Lo cogí y lo puse boca abajo, cerca del álbum, de la foto de Mario con la cámara.

—¿Por qué no?

—No quiero saber nada de ella.

—Olivia, coge el teléfono.

—No.

—¿Qué ha pasado?

—Mario se quedó con mi proyecto porque supuestamente yo no podía hacer mi trabajo con esto —señalé hacia mi tripa— y Amanda me ha apartado de la película. Tantos años trabajando juntas y me deja sin proyecto.

Se sentó de nuevo a mi lado. Me apartó el pelo de la cara.

—Es injusto. Está mal, lo sé. Mario no ha actuado bien. Pero lo ha hecho por ti, Oli.

—¿Por mí?

—Sí, por ti. Porque te caíste, porque tu cuerpo está en un proceso de cambios y porque quiere cuidarte.

Hasta el momento no me había parado a pensarlo. ¿Y si Mario realmente sí lo hacía por mí? A lo mejor no era por quitarme la película, puede que no lo hiciera porque llevaba años sin rodar, ni por avanzar en su carrera más que yo. Puede que solo quisiera cuidarme y protegernos. Protegernos.

—¿Tú crees?

—Claro, mi vida. Quiere lo mejor para vosotros.

El teléfono volvió a sonar. Cabía la posibilidad de que lo hubiera hecho por mí, no podía negarlo. Carlota me miraba igual que una madre. Estaba expectante, esperando a que reaccionara y entendiera lo que me estaba diciendo. Ladeó la cabeza y me buscó la mirada. El problema era que

Carlota no conocía esa parte de nosotros. No había estado en casa los días en los que a mí me habían dado un proyecto y Mario dejaba de mirarme y de hablarme, tampoco había oído las veces que él me sugería que le pasara alguno de mis proyectos porque eran complicados y a lo mejor no iba a ser capaz, no había estado en ese plato en el que intentó convencer a un director y a un cliente, de que su visión era mucho más sensata que la mía en un anuncio de publicidad en el que vino supuestamente solo a ver el rodaje. Pero esta vez era distinto. Esto era otra cosa, *eso* era otra cosa. A lo mejor había despertado en Mario algo nuevo. ¿Y si Carlota tenía razón? ¿Y si Mario solo quería cuidarme? Cuidarnos. Pero Amanda no. Ella solo había pensado en su bienestar, en que nada pudiera estorbar en la película. Era su trabajo y no iba a dejar que nada se interpusiera en aquel rodaje y así me lo había dicho.

—Venga, cógelo, por favor, Oli.

Cogí el teléfono y deslicé el dedo índice por la pantalla.

—¿Hola?

—Olivia, qué bien.

—¿Qué bien?

—Sí, qué alivio que me cojas el teléfono. Tengo que hablar contigo. ¿Puedes ahora?

—Sí, dime.

—Bien. No sé cómo decirte esto. Lo siento.

Me levanté, salí al balcón y me senté en una de las sillas. Caían gotas muy finas que resbalaban por mi cabeza hasta caer por mi frente y escurrirse por el resto de mi cara. Cerré los ojos y levanté la barbilla. Respiré hondo sin poder contestar a lo que Amanda acababa de decir. Ese silencio tenía más poder que el lo siento que había verbalizado. Era un silencio de paz, como si hondeara un pañuelo blanco delante de mí y me acunara mamá en sus brazos. Mamá y su magia. Después de ese lo siento y un silencio que duró más de lo esperado, Amanda me contó que se sentía culpable por no haberme apoyado. Me dijo que a ella le hubiera gustado que, en su momento, cuando pasó por su embarazo y cuando sufrió el golpe de después, la hubieran escuchado y alguien hubiera entendido su dolor, sus cambios hormonales, su cansancio y sus nuevas sensaciones, el proceso por el que pasó su cuerpo cuando tuvo que volver a la normalidad después de parir un bebé muerto. Los puntos, el sangrado, la cuarentena, las compresas, los entuertos, el pecho hinchado, la piel flácida intentando volver a su sitio. Esos cambios que para cualquier mujer pueden ser más llevaderos por ese amor por los hijos que todo lo inunda de algo inexplicable que te ayuda a sobrevivir a lo que sea. Esos cambios a los que tuvo que sobrevivir sin nadie a quien amar. Escuché cómo se sinceraba cuando decía que le gustaría estar en mi lugar, tener la oportunidad de volver a vivir la ilusión de traer a alguien al mundo, pero que ya no se veía capaz. Escuché sin interrumpir que lo único que le importaba ahora mismo era su trabajo y que se había dejado llevar por un sentimiento que no sabía identificar, pero que desde luego no le traía nada bueno. Dijo que Mario la había llamado porque yo no le cogía el teléfono y que le había contado lo de la caída, a lo que él respondió que estaba embarazada, que obviamente no podía jugarse la película dadas las circunstancias y se ofreció para suplir mi puesto. Lo sabía. Lo sabía. Hijo de puta. Me levanté y salí del salón. Me encerré en el baño, me senté en el suelo y puse la cara entre mis rodillas. Cuando se disculpó de nuevo, entre un hipo que entorpecía sus frases y no me dejaba entenderla con claridad y un discurso que podía alargarse mucho más pero que solo podía hacernos daño, la perdoné. Y antes de terminar la conversación, antes de colgarme sin decir

adiós, pero repitiendo un lo siento contundente, me dijo que me había sacado un vuelo a Roma para mañana y que por favor volviera de nuevo a mi puesto de trabajo.

Aparté el teléfono de la oreja y lo puse encima de la tapa del váter. Pasé la mano por mi nuca y me toqué el pelo. Intenté recogermelo, pero lo tenía tan corto que era imposible. Lo solté de nuevo. Me levanté y cuando llegué al salón, Carlota estaba sentada en el sofá con una mirada tierna y una sonrisa de lo más sincera.

—¿Y?

—Me ha dicho que vuelva al rodaje.

Caminé hacia ella y me senté en el suelo al lado de su mecedora.

—Pues vuelve, reina. Mario lo entenderá. ¿Te encuentras bien para volver?

—Sí.

—Pues a por ello.

—No quiero dejarte sola. —Bajé la mirada y acaricié los hilos de la alfombra. Pasé el dedo por cada una de las líneas que encontraba—. ¿Y si...?

No pude terminar la frase. Ella me puso las manos en las mejillas, me miró y dijo no te anticipes, pienso esperar a que vuelvas, te lo prometo y me dio un beso en la frente.

Antes de ir a casa a hacer la maleta, decidida a volver al rodaje y demostrar que podía trabajar y terminar el proyecto, pasé por casa de mi madre. Llamé al timbre varias veces, pero no abría. El edificio era antiguo y además de tener un tirador con el que golpear la puerta para llamar, también había un portero muy amable que sabía si habían salido los vecinos. Bajé cinco escaleras, caminé por el rellano y bajé otras cinco más. Allí estaba ese señor con las manos en los bolsillos y la camisa perfectamente planchada.

—Perdone, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Claro, dígame. Para eso estoy.

—¿Sabe usted dónde está la señora que vive en el cuarto izquierda?

—Ha salido a comprar unas flores, unos girasoles, me ha dicho. Pero no creo que tarde mucho porque se ha ido hace rato.

—Vale, la esperaré aquí entonces.

Me senté en frente de él, en un sofá de cuero granate que hacía ruido cada vez que me movía. El portero me miraba de vez en cuando desde una especie de habitación estrecha que estaba justo en frente del sofá. Movía el cuerpo poco a poco, se asomaba por la puerta y cuando me cruzaba con su mirada se volvía a meter. Lo hizo un par de veces hasta que entró mi madre por la puerta con unas gafas de sol amarillas que se estrechaban en la punta. Me recordaba a *Thelma y Louise*. Llevaba un ramo de girasoles enorme y los labios pintados de color vino tinto.

—¡Oli! Pero ¿qué haces aquí?

Soltó el ramo en el sofá y me abrazó fuerte.

—Hija, no te esperaba. ¡Pero qué alegría! Ven, que te presento.

Caminó hacia la habitación de aquel señor. Él salió y me tendió la mano.

—Encantado, Olivia. Tiene usted un nombre muy bonito.

—Muchas gracias.

—No sabes lo bien que me viene que esté aquí, ¿verdad, Luis? ¡La de charlas que tenemos en este sofá! —Rio mientras le daba un golpecito en la muñeca. Él asintió con la cabeza—. Bueno, te dejamos. Oli, subes, ¿verdad?

Asentí y la observé mientras daba la vuelta sobre sus Converse, iguales que las mías, y se iba hacia el sofá para coger el ramo de girasoles. Luis me guiñó un ojo y me dijo que si necesitaba algo no dudara en bajar a pedirselo y que me ayudaría encantado.

—Gracias, Luis.

—Gracias a ti, Olivia.

Sentí algo extraño, algo parecido a lo que siempre había echado de menos cerca de mi madre. Alguien atento, alguien con una mirada firme pero dulce, una persona sencilla, capaz de echar una mano y apartarse en el momento adecuado. Caminé hacia la escalera. Me giré y le vi apoyado en la puerta con un libro en la mano. En la portada vi un velero que navegaba sobre un mar en calma y dos palabras: *La isla*.

Subí las escaleras rápido, la puerta estaba abierta. Mi madre estaba preparando café y se había quitado los zapatos. Si en algo nos parecíamos, sin duda era en eso; y en lo que nos gustaba encerrarnos y estar solas durante horas. Me tendió el ramo de girasoles. Lo cogí y vi que había un sobre.

—¿Y esto?

—Sé que te vas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Aída. Y no digas que es una bruja.

—¿En serio?

No pude evitar soltar una carcajada. Si esa bruja había adivinado la llamada de Amanda tendría que ir a verla pronto.

—No. Me llamó Amanda porque no le cogías el teléfono. Enhorabuena, cielo.

—Ah, vale.

—He dejado de llamar a Aída.

Se dio la vuelta y abrió las cortinas. Seguía lloviendo. El día tenía un color especial, una luz blanquecina que le daba una forma distinta a todo. Los ojos de mi madre en vez de estar azules ahora se acercaban a un gris parecido a los ojos de Diego. Eran los ojos que más cambiaban de color que había visto nunca. Me acordé de que no había contestado al *e-mail* de Diego ni a ese asunto que rogaba una llamada urgente. Cogí el móvil, entré en nuestra conversación, todo estaba quieto. Su nombre, su foto, las palabras que había dicho antes, aquel baja, te espero en la entrada. Lo bloqueé de nuevo y lo metí en el bolso.

—¿Por qué has dejado de llamarla?

—Porque no me interesa saber lo que pasará.

—Mamá, ¿y Roberto?

—Aquello se acabó, ya te lo he dicho. Estoy bien. La pensión me da para pagar este piso, tengo tiempo libre, leo mucho y, oye, hasta me he apuntado a Pilates. ¿Se puede pedir más?

—Mamá, en serio. ¿De verdad estás bien? ¿No te sientes sola?

—A veces, pero antes me sentía más sola. Ya lo entenderás, hija.

Comimos unas lentejas que ella misma había terminado de preparar delante de mí. Movía el cucharón en círculos, con paciencia y sin prisa. A veces se acercaba a la olla, movía el vapor con la mano y lo olía. En la otra casa, en su casa, en la de Roberto, en aquella en la que viví parte de mi infancia y mi adolescencia, mi madre nunca había cocinado. Ahora, al verla con un delantal, al sentir la tranquilidad de su teléfono en silencio, del ritmo distinto de esos movimientos nuevos, de

sus pasos descalzos que iban y venían sin prisa, sentí que podría quedarme allí, a su lado, todo el tiempo que quisiera.

Me llevé la cuchara a la boca, tragué las lentejas, dejé la cuchara encima del plato y le acaricié la mano. Su mirada ahora era inocente, tal vez más limpia. Llevaba el pelo recogido en un moño alto, pero alguno de sus rizos caía sobre sus hombros. Tenía las pecas de siempre, pero ahora, a su lado, también había algunas manchas oscuras nuevas. Se le arrugaba la piel en las esquinas de los párpados y encima del labio. Pensar en sus arrugas me llevaba a su juventud, que nunca podría conocer. Ojalá hubiera podido asomarme a un agujero y ver los años en los que todavía no sabía lo que iba a venir, su primer amor o algún amor de verano, ver los momentos en los que le cambió el cuerpo, las dudas de sus veinte, cuando decidió que era mejor cuidar de nosotras durante nuestra infancia que trabajar. Valiente. Había dejado su carrera por Lu y por mí, por estar cerca de nosotras, por ver cómo dábamos nuestros primeros pasos, por apaciguar nuestros miedos. Era una pena que mis recuerdos no pudieran ir más allá de mis diez años porque todo aquello lo sabía solo por ella.

—¿Me cuentas otra vez lo que hice cuando nació Lu?

—Anda, ¿y eso?

—No sé, mamá, quiero escucharlo.

Lo relató igual. Palabra por palabra. Un parto lento: doce horas de contracciones. Según ella, la espera más larga de su vida. Siempre decía que yo tocaba la barriga de mi padre y le decía Lu, Lu, como si él también pudiera llevar nueve meses a Lu dentro de él. Cuando nació, pasé el primer día de Lu pegada a su cuna, observando cómo respiraba. Cada vez que venía una visita, me plantaba en la cuna y levantaba los brazos para que nadie se acercara y mi padre tenía que explicarme que el bebé no era solo mío. Yo lo quería para mí. No recuerdo la primera vez que la tuve en mis brazos, pero mi madre me explicaba que abrí los párpados sorprendida y no dije ni una palabra. Solo la miré, me quedé inmóvil y, al cabo de unos minutos, le lancé una mirada suplicante a mi madre para que me la quitara de encima.

Mi madre, esa mujer de rizos pelirrojos que me relataba su segundo parto con la misma ilusión que lo hacía cada vez que se lo pedía, me había llevado dentro de ella nueve meses. Nueve meses entre sus órganos, rozando su cuerpo, palpitando a la vez. Meses en los que la obligué a reposar porque quise salir antes de tiempo. La impaciencia y yo siempre hemos ido de la mano. Meses en los que su cuerpo se deformó para invitarme a este mundo. Me sentía tan agradecida que me levanté, la silla chirrió y mi madre se asustó. La cogí entre mis brazos, los pasé por debajo de sus axilas y apreté fuerte. Al apretar, me molestó algo en el pecho. Solté un poco, pero no me quité. Había adelgazado mucho, casi podía dar la vuelta entera por su espalda y sus caderas con mi brazo.

—Mami, te quiero.

—¿Qué te pasa, Oli?

—Nada, que te quiero. Y que gracias.

—¿Y esto a qué viene?

—No lo sé, no seas pesada, venga.

Me senté otra vez. Necesitaba hablar más, verbalizar que le agradecía que hubiera hecho ese esfuerzo por mí, que me hubiera regalado su tiempo y sus días, pero por mucho que quisiera seguir hablando, no podía. No podía porque para explicarle lo que sentía en ese momento, tenía que

contarle que estaba embarazada y que ahora, ahí sentada, por culpa de unas lentejas hechas a fuego lento, sentía que todo se daba la vuelta y que a lo mejor sí era capaz de ser la madre que todo el mundo esperaba que fuera.

Me levanté, fui al baño, subí poco a poco la camiseta y me miré. Tenía la tripa igual, pero el pecho se me había hinchado y el sujetador me apretaba. Puse una mano en cada uno, apreté y sentí un dolor que no era capaz de reconocer. Pasé las manos por detrás de mi espalda, desabroché el sujetador y dejé que colgara por mis brazos. Las marcas de las costuras se veían en las costillas y en los hombros, la aureola de mis pezones tenía un color más oscuro de lo habitual. Solo con rozarme la piel, con presionar un poco, se me erizaba. Eso debía ser solo el principio de todos los cambios que vendrían.

Cuando llegué a mi casa metí los girasoles en un jarrón transparente con cuatro dedos de agua. No tenía ni idea de cuidar plantas, pero supuse que con un poco podrían vivir el resto de la semana que iba a estar en Roma. Al moverlos para ponerlos en el jarrón, encontré entre ellos un sobre blanco. Al abrirlo, vi la letra de mi madre en una de mis cartas perfumadas que utilizaba cuando era pequeña. Me acerqué la carta a la nariz, olía a limpio, al suavizante que utilizaba mi madre en su casa, a ropa planchada y, además, el fondo del papel era de un azul claro con nubes. Unas nubes blancas que parecían algodón y que estaban cubiertas por líneas finas para escribir sobre ellas. Al posar los dedos sobre la carta, recordé al instante aquel día en mi escritorio, a Jorge, al que nunca más volví a ver. Hay amores que terminan sin que uno lo elija, sin explicaciones, sin finales tangibles, sin finales felices. Son amores que viven en el aire, que viajan contigo y observan tu nueva realidad con una curiosidad sincera. Hay otros amores que vuelven y vuelven y algunos que nunca más vendrán. Pero, sobre todo, hay amores que se clavan en el esófago y no dejan que te desprendas de ellos nunca más. El de Jorge fue un amor inocente, un amor al que agarrarme en una ciudad desconocida para encontrar el equilibrio que había perdido.

Leí la carta allí mismo, de pie, cerca de sus girasoles. Estaba doblada en tres partes. La desdoblé y empecé a leer:

Mi Oli,

Hasta hace unos días nunca había entendido la importancia de tu dolor. Veo cómo te acaricias la tripa, cómo se eriza tu piel, te aguantas alguna náusea a escondidas y tienes más sueño de lo normal. Los ojos no engañan y soy tu madre, hija, y ya sabes que a una madre es muy difícil esconderle las cosas. Te escribo esta carta para disculparme, para decirte por aquí lo que no me atrevo a pronunciar porque decirlo en voz alta solo aumenta mi dolor.

Como bien sabes, te tuve muy joven. Fue la mejor decisión que pude tomar, eso es algo de lo que nunca me arrepentiré, te lo prometo. Pero te admito que fue una sorpresa todo lo que vino después. A mí nadie me contó que tendría una responsabilidad tan importante, que sería complicado trabajar y cuidar de ti, que las parejas necesitan tiempo para entenderse y adaptarse y que el amor del principio no dura eternamente. Nadie me contó que el amor que se siente por un hijo es tan inmenso que el de una misma a veces se nos olvida y eso fue lo que me pasó a mí hasta que me encontré de nuevo. Cuando tu padre y yo nos separamos, entró en mi vida un nuevo amor, Roberto. Viví una segunda juventud entre viajes, fiestas y una

diversión distinta que no conocía. Consideré que os lo había dado todo durante muchos años y que ahora me tocaba a mí y, siendo sincera, nunca me di cuenta del dolor que aquello podía causaros. No me he dado cuenta hasta ahora, hasta que veo que te escondes, que no me haces partícipe de algo tan importante y que siento en tu mirada un miedo que no había visto antes.

Lo siento. Siento haber pensado que ya había hecho suficiente y haber aceptado muchas cosas que no debería haber aceptado en casa. Siento lo que habéis tenido que ver y escuchar, lo siento mucho. Nadie me enseñó, te lo prometo.

Solo quiero que sepas que podrías ser la mejor madre del mundo si quisieras y que nadie ha cuidado de Lu como lo hiciste tú.

Y, por último, que tienes mi apoyo en todo lo que decidas. En todo, siempre.

Te quiero,

MAMÁ

Cerré la carta y me abracé a ella. Aquel papel perfumado de mi infancia, en el que un día quise contarle a Jorge que le quería, aquella carta que nunca llegó a donde tenía que llegar, me traía la verdad de mi madre. Y allí mismo, sentada en el sofá, abrazada al pasado, reconciliándome con esos años, entendí que todos hacemos las cosas lo mejor que sabemos.

1998

Estoy en la cama. Todavía debe ser pronto porque no veo el final de la habitación. Le he dicho a María que por favor no cierre las persianas cada noche porque me gusta que entre más luz en la habitación. Odio la oscuridad con todas mis fuerzas. La puerta se abre poco a poco y veo un rizo de mamá. Me siento en la cama. Ella da unos pasos rápidos y se mete conmigo entre las sábanas. Algo se me mueve en el estómago y me sube hasta el pecho hasta que me hace cosquillas en la garganta y quiero gritar. Me agarro a su cuello y aprieto. Cojo la sábana y la subo hasta que nos tapa la cabeza. Siempre que me despierto las sábanas están casi como si la cama estuviera hecha porque me muevo muy poco cuando duermo. Todo lo que sueño me parece raro, siento que paso las noches en un mundo que no es este, donde los barcos se hunden y me quedo agarrada en lo más alto para no caer al mar, en el que voy con papá en un coche que corre mucho, muchísimo, en el que papá coge el volante con mucha fuerza y le cuesta girarlo en las curvas y en el que, además, caemos por un precipicio aunque nunca morimos. Por eso debo estar tan cansada por las mañanas. Se lo he contado a mamá y me ha dicho que me va a llevar a ver a una señora que te ayuda a entender los sueños, que es una psicología o algo así. Mamá me abraza, mueve sus pies hasta encontrar los míos y enreda sus piernas en mis espinillas.

—Buenos días, mi amor.

—Hola, mami. ¿No trabajas hoy?

—¡No! Hoy es sábado y vamos a ir a ver un museo, ¿qué te parece?

—Un poco rollo, pero si vamos contigo vale.

—Va a ser muy divertido. ¿Sabes lo que vamos a ver?

—No.

—El mar. Hay un señor que se llama Sorolla y le gusta mucho el mar.

No sé decirle lo feliz que me hace que me lleve a ver el mar, me hace tan tan tan feliz que muevo las piernas muy rápido y mamá me dice que pare mientras se ríe. No entiendo cómo han podido meter el mar en un museo. Me imagino una bañera transparente en la que han metido agua salada que habrá recogido un camión con un señor con un mono de trabajo gris o azul. A lo mejor ha sido con cubos. Seguro. Habrá cogido cubos, los habrá hundido en el mar de alguna playa y los habrá sacado a rebosar de agua. De camino al camión se habrá mojado los zapatos. Después los habrá metido en la parte de atrás de un camión muy grande, en peceras atadas con cuerdas a las paredes. Espero que no se le haya colado ningún pez, porque sacar al pez del mar para llevarlo en un camión al centro de Madrid y meterlo en una bañera que a la vez está dentro de un museo, sería

bastante feo. No, seguro que si había algún pez lo habrán soltado.

—¡Voy a avisar a Lu! ¡Le va a encantar!

Salgo corriendo de la cama y entro en la habitación de Lu. Gruñe y se da la vuelta, me dice que me vaya y que le deje en paz.

—Que no, Lu, escucha: ¡que vamos a ir a ver el mar a un museo!

Se gira, se sienta en la cama y me mira.

—¿En serio?

—Te lo prometo. Dice mamá que hay un señor que se llama Sorolla y que le gusta mucho el mar.

—¿Y han traído el mar al museo?

—Eso dice.

—Guau, Oli, ¿y podremos bañarnos?

—No creo, hace frío hoy.

Mamá se está duchando mientras Lu y yo desayunamos en la cocina. Estoy tan contenta, tan feliz que pienso en que no pienso en Jorge, pero, claro, si lo estoy pensando puede que sí que piense en él. Las tostadas crujen y me raspan la garganta. Lu está en frente de mí. Las dos veces que me ha dicho que ella piensa bañarse, se le ha entrecortado la voz y se le ha puesto un tono agudo que siempre pone cuando se emociona. Me hace reír que le pase eso porque es como si se le saliera la felicidad por la boca, como si estuviera tan contenta que se le pudiera llenar la garganta de alegría y estallar en cualquier momento.

—¿Vamos a llevar traje de baño? —Me pregunta Lu.

—No lo sé. Yo creo que no. A lo mejor lo podemos llevar por si acaso.

Lu agacha la cabeza, se acerca un poco al centro de la mesa y susurra:

—¿Va a venir?

—¿Quién?

—Oli, ¿quién va a ser? Roberto.

—Ah, pues no creo, ¿no?

—No lo sé, está en casa, le he escuchado gritar a María que le suba membrillo.

La voz de Lu ya no suena igual, suena como siempre. No me apetece compartir el mar con él, pero si quiere venir tendremos que dejar que lo haga porque, como dice mamá, ahora Roberto es nuestra familia y ella le quiere mucho. Se lo intento explicar a Lu. Le digo Lu, tenemos que intentar que no nos moleste tanto lo de Roberto porque en el fondo es bueno. Vamos a enseñarle el mar que seguro que le gusta y a lo mejor todavía no lo ha visto y así seguro que no se enfada tanto, ya verás. Y Lu me dice que vale, que es verdad, que seguro que le encanta y que el otro día le regaló una película que vieron en la gasolinera sin que ella lo pidiera. Es generoso, me dice Lu.

Un coche pita. Me levanto y veo a mamá que entra en el lado del copiloto. No va vestida para la playa, al revés, se ha puesto una falda plisada de color *beige* y una camisa blanca. No lleva chanclas ni sandalias, lleva unas botas marrones como si fueran de los señores de las películas del desierto, con una punta muy puntiaguda.

—Niñas, vamos. —María apoya las manos en mi silla y la empuja un poco hacia delante, con la inercia me levanto—. Os están esperando.

—Lu, coge la mochila.

Me obedece. Coge la mochila y se la cuelga en los hombros. Sin preguntarle a mamá hemos

metido dos toallas, dos trajes de baño y unas gafas de bucear para Lu por si ve algún pez. Le he dicho que creo que puede haberse colado alguno y ella me ha dicho que lo sacaría si lo encuentra.

En el coche, mamá se gira, nos sonrío y nos pide que nos pongamos los cinturones. Le hacemos caso. Estoy detrás de Roberto que conduce con una mano en el volante. La otra mano sujeta un cigarro con mucha ceniza y quiero avisarle para que la tire porque estoy segura de que se le va a caer, pero pienso que es mejor que se dé cuenta solo y que no quiero hablarle. La ventana está abierta y entre el aire y el humo del cigarro, siento que me ahogo. Giro la cabeza hacia Lu, cierro los ojos y me tapo la boca. Aguanto la respiración. Pero tengo que respirar, no se puede no respirar. Abro la boca y respiro por la nariz. Ese olor no me gusta nada. Mamá me mira. Me ha pillado justo en el momento en el que he abierto los ojos y la boca, justo cuando intentaba coger aire otra vez para no ahogarme. Ha vuelto a mirar hacia delante. En la radio un señor con la voz muy grave cuenta que «el Congreso debatirá el martes la posible ampliación de la ley del aborto a un cuarto supuesto con un dato sobre la mesa: mil doce diligencias judiciales contra mujeres y médicos, debido a denuncias presentadas por maridos en trámite de divorcio o novios desechados que no aceptan el informe psiquiátrico que avala la intervención». No entiendo nada de lo que dice.

—Mami, ¿qué significa eso?

—¿El qué?

—Eso contra las mujeres y médicos que ha dicho.

—Nada, cielo. Cosas de mayores.

—Siempre dices eso.

—Bueno, lo que ha dicho es que hay unos señores que van a decidir si las mujeres pueden no tener bebés, aunque estén embarazadas.

—¿Y por qué lo deciden ellos?

A eso no me contesta, me dice que ya lo entenderé.

Al salir del coche me doy cuenta de que hace algo de frío. Este mes no me gusta, es un mes triste porque ya hemos vuelto al cole, porque empieza a hacerse de noche antes y ya no podemos dormir hasta la hora que queramos. Caminamos Lu y yo delante de mamá y Roberto. Es un paseo que tiene a los dos lados carreteras, carriles llenos de coches que se amontonan, aunque sea sábado. Los sábados en nuestra isla, la gente no coge tanto el coche, nosotros como mucho íbamos a la playa de debajo de casa y subíamos caminando cuando queríamos ir a comer. Aquí los sitios están muy lejos y necesitamos coger el coche para ir a todas partes. El paseo tiene algunas hojas que se han caído de todos los árboles que hay. Es septiembre, el primero en este sitio que no es mi casa. Supongo que si hubiéramos llegado en el anterior, hubiera sido más fácil empezar en ese colegio porque habríamos coincidido con los niños que llegan nuevos. Este año han venido dos niñas de Alicante. Se sentían muy solas los primeros días, pero me he encargado de que sepan que no pienso dejar que se sientan así, que seremos amigas. Aunque les he dicho que no podré arreglar lo del mar. Ahora que caigo, podría decirles que han traído un poco de mar al museo. Sí, el lunes se lo diré.

El museo parece una casa como la que no es mi casa, aunque es un poco más grande. Tiene un jardín con césped y una entrada por la que pasa primero Roberto, después mamá, detrás Lu y luego yo. Nos ponemos en la cola que da varias vueltas. Nos ha tocado justo al lado de la tienda del museo.

—Mamá, ¿podemos ir a mirar?

—Sí, a mirar solo, eh.

Lu y yo nos metemos allí. Es un paraíso de colores, libros, bolígrafos y postales. Hay muchísimas. En una de las estanterías encuentro muchas de esas postales con fotografías del mar, de señoras que pasean por la orilla con pamelas y vestidos como los que tiene mamá. También hay barcos parecidos a los *llaiüts* que hay en la isla. Me gustan todas. No puedo esperar a ver el mar, ojalá la cola pase rápido y podamos ir pronto a verlo. Veo a Lu que coge un abridor de sobres. Es afilado. Mira a los lados, lo apoya en su muñeca y la punta se clava un poco en su piel, aunque no sale sangre.

—¿Qué haces?

Me mira sorprendida y deja en su sitio ese abridor plateado. Desliza la mano por los productos que hay en la mesa: cuadernos ordenados en columnas distintas según las fotografías de sus portadas, grapadoras, puntos de libro, una figura blanca de un hombre desnudo que mide como el candelabro del salón y unos libros que no distingo. Cuando termina, se da la vuelta, me da la espalda y me contesta.

—Nada.

Me acerco a ella para coger la mochila. Debe pesar y no quiero que Lu se canse antes de llegar al mar, porque si se cansa no querrá nadar.

—Dame, anda.

Pongo las manos en sus hombros y le quito la mochila.

—Vamos a ver cómo van.

Caminamos hasta la cola que ahora se ha hecho pequeña. Mamá y Roberto están cerca del mostrador. Roberto levanta las manos, hace aspavientos y la señorita que tiene en frente se aleja empujando la silla. No los podemos oír porque hay mucha gente que se mueve, que va de un lado a otro y algunos hasta van de la mano. Intento pasar por debajo de la valla negra que separa las colas, pero un señor de seguridad se acerca a mí y me pregunta que qué me creo que estoy haciendo. Le digo que solo quiero llegar a mi mamá, que está al principio del mostrador, pero me dice que espere la cola y nos acompaña hasta el final. Le brilla la frente y tiene gotas de sudor encima del labio, como si fuera un bigote de agua. La barriga es enorme, parece que va a tener un bebé. Lu me coge de la mano y me susurra que a la de tres, vamos.

—Uno, dos y...

No ha dicho tres y ya me arrastra por el otro lado de la cola, por donde el señor con bigote de sudor no puede vernos. Llegamos al mostrador, pero no están ni mamá ni Roberto ni la señorita del pañuelo de dibujos que había en frente de ellos discutiendo. Ahora hay otra chica con el mismo pañuelo.

—Perdone, ¿ha visto a una mujer con rizos pelirrojos?

—Sí, creo que están en la salida.

—¿Y dónde está la salida? —Pregunta Lu mientras coge un folleto blanco con unas letras negras y un dibujo del mar.

—Ahí, a la izquierda.

—¿Y el mar? —le pregunta de nuevo Lu.

—¿Perdona?

—Sí, el mar. Mi madre nos ha dicho que veníamos a ver el mar.

—Ah, entiendo. Al fondo a la izquierda veréis un cartel que pone Sorolla. Justo allí.

—¡Gracias!

Lu tira de mí. No me ha soltado en todo este rato y creo que es porque está nerviosa por lo que vamos a ver. No quiero ir a ver el mar sin mamá. No quiero seguir allí dentro si mamá está fuera con Roberto y mucho menos sabiendo que tenía las manos levantadas y hacía aspavientos a la señorita del pañuelo de colores que, como sea tan amable como la que nos acaba de atender, seguro que está muy disgustada. Pero Lu sigue tirando de mí y yo me dejo.

Antes de llegar al sitio que nos ha dicho la señorita del pañuelo de colores, encontramos un letrero de un baño. Entramos y nos metemos en un baño las dos. Lu se sube al retrete, se lleva el dedo índice a la boca, después me acerca ese mismo dedo delante de mi cara y da vueltas. Entiendo que quiere que me gire. Lo hago, abre la mochila y saca nuestros trajes de baño, las chanclas, las toallas y sus galas.

—Oli, no nos vamos a ir sin ver el mar. Venga, cámbiate.

—Lu, esto está mal. Vamos con mamá.

—Venga, *porfi*. Siempre me regañas. ¿Podemos pasarlo bien un rato? ¡Es el mar, Oli!

Cojo mi traje de baño y sonrío.

Cuando salimos del baño, la gente nos mira extrañada. Un señor le da un codazo a su mujer, ella se gira para mirarnos y nos sonrío con ternura, dos chicas se tapan la boca para reírse y nos señalan, una niña que debe tener nuestra edad le pregunta a su madre que si hay piscina y pienso que qué tonta, que hay algo mucho mejor, pero, claro, no se lo voy a decir porque no la conozco.

Lu se ha puesto las gafas de bucear. Le he dicho que en la playa no hace nunca eso, que se las quite y se las ponga cuando lleguemos, pero dice que no quiere ni pararse a ponérselas y que cuando esté al lado de la orilla se tirará de golpe.

En la puerta hay una señora vestida igual que el que nos ha dicho que nos estábamos colando. No me gusta. Está seria y nos mira como me mira Clara en el colegio.

—¿A dónde van?

—Hola, queremos ir a ver el mar —le dice Lu con las gafas de bucear puestas y la toalla apoyada en el hombro.

La señora mira a dos viejecitas que están detrás de nosotras y se ríe.

—¿La exposición de Sorolla?

—¡Sí! ¡Eso! Del hombre que le gusta mucho el mar.

Aprieto la mano de Lu y muevo la pierna dando toquecitos con la punta apoyada y el talón levantado. Espero que mamá no se asuste cuando vea que estamos tardando un poco, aunque seguro que han salido para que Roberto fume y los veremos dentro.

—Por aquí, pasen.

Al entrar, lo primero que vemos es una pared blanca con unas letras negras. Me paro con Lu para leerlo, pero antes de hacerlo me fijo en que allí nadie lleva traje de baño. Cojo la toalla y me envuelvo en ella. Le susurro a Lu que si ella sabe si hay vestuarios dentro, pero me dice que ella qué va a saber. Damos unos pasos y, al pasar la pared blanca, vemos tres paredes con cuadros en los que hay mar, señoras que pasean por la orilla con vestidos blancos que vuelan con el viento, señoras con sus hijos que se tapan el sol con la mano y veleros de los que hay en nuestra isla. Pero no hay una pecera con mar, no han traído agua salada ni han conseguido meter las olas en una pecera de cristal. Tampoco habrá ningún pez y de eso me alegro.

—Lu, vámonos.

Agarro a Lu de la mano y salimos corriendo. Cuando abrimos la puerta de la salida del museo, veo a Roberto que discute con dos señores de seguridad y a mamá que está callada a su lado, mirando a los lados como si le diera vergüenza. Mira hacia la izquierda, hacia la derecha y yo cojo a Lu y la escondo detrás de una maceta que mide casi más que nosotras.

—¿Qué hacemos? Tenemos que cambiarnos, Lu.

—Pues aquí mismo.

—¡No!

—Venga, en la playa siempre lo hacemos.

—No es lo mismo. No pienso cambiarme aquí delante de toda esta gente.

Mamá aparece detrás de Lu.

—¡Niñas! ¿Qué hacéis vestidas así? ¿De dónde habéis sacado todo esto?

Se ríe. Lu da un paso al frente, se sube las gafas de bucear a la cabeza y se despeina.

—¡Veníamos al mar!

—Sí, y es mentira. ¡Aquí no hay mar! —Siento que voy a llorar. Arrugo los ojos y aprieto con fuerza.

Nos coge de las cabezas con cuidado y nos acerca hasta su cintura para abrazarnos.

—Anda que... Venga, venid. Os vais a constipar.

Me da vergüenza caminar así vestida. Menos mal que por lo menos hemos cogido toallas, si no las hubiéramos cogido estaríamos casi desnudas en mitad de esta ciudad llena de cemento y coches que pitan y sueltan humo. Nos estamos acercando a Roberto, pero él sigue hablando con los señores de seguridad.

Me suelto de la mano de mamá.

—¿Por qué nos has dicho que veríamos el mar?

—Oli, mi amor, te dije que íbamos a un museo a ver una exposición de un señor que le gusta mucho el mar. El resto te lo has inventado tú sola.

—¡No me invento nada!

Para en seco, se pone delante de mí.

—No me grites, cielo.

—Pues llévame al mar, mamá.

—Vale, te llevaré al mar otro día. Prometido.

Roberto se gira y nos mira. Aunque no puedo oírlos, creo que deja a los señores con la palabra en la boca porque cuando da los primeros pasos hacia donde estamos, uno de ellos sigue moviendo la boca y el otro levanta el brazo y le grita algo. Sus pasos parece que pesan. Mueve los hombros: uno hacia delante y otro hacia atrás. Los lleva algo encorvados. Le miro, pero no lo hago durante mucho tiempo porque no me gusta cuando me mira y arruga la nariz. Quiero ponerme los pantalones, la camiseta y el jersey. Me siento tonta y tengo frío. Lu también se ha tapado con la toalla. Me mira y nos reímos. De vez en cuando le saca la lengua a la gente que la mira de una forma extraña porque va vestida de playa en la ciudad. Vuelvo a mirar a mamá, pero al que veo es a Roberto que llega y me dice que qué hago así vestida. No se lo voy a explicar, no me da la gana.

Lu coge la toalla y la tira por los aires, le saca la lengua a Roberto y da vueltas con los brazos estirados. A Lu todo le da igual, me da envidia.

2018

No tardé en hacer la maleta. Amontóné camisetas negras, un par de jerséis de cuello vuelto *beige*, gris y negro, dos pantalones vaqueros y uno de pinzas gris, unas Converse blancas y unas Nike negras. Fui al baño para coger el neceser y vi nuestros cepillos. No estaban enfrentados, no se besaban, al contrario, estaban cada uno mirando hacia un lado, dándose la espalda. El mío, transparente con una línea azul justo en la punta de los filamentos, y el de Mario, azul con una línea verde, miraban a no sé dónde. Aunque estaba sola, en voz alta me dije eres imbécil, los cepillos no son personas. Desde pequeña tenía esa manía, me imaginaba que los objetos podían sentir: cereales que morían cuando me metía la cuchara en la boca, enchufes que tenían cara de pena, coches que parecían ser felices y otros que estaban de mal humor, números malos y números buenos, como el nueve o el tres en ese mismo orden. Algo que la psicóloga siempre se tomaba con humor. Cogí mi cepillo y dejé el de Mario solo.

La certeza de saber que mi madre me apoyaría en todo lo que decidiera me ayudó a sentirme diferente. A veces tenemos que compartir nuestros miedos para que se hagan más pequeños.

Al cruzar la puerta del avión, tuve vértigo. Aquellos carros plateados que se sujetaban con una palanca roja se movieron junto a la azafata y dieron un vuelco dentro de mi cabeza. Me agarré a la puerta. La azafata se acercó, me sujetó del brazo y me preguntó si estaba bien. Asentí.

—Me he mareado, pero estoy bien.

—Siéntese aquí en primera fila y le traigo un vaso con agua y azúcar.

—Gracias.

Hice lo que me decía. Estaba tan mareada que no lograba oír a la gente que pasaba. El bullicio de las personas subiendo, colocando sus maletas y preguntándose unas a otras si ese era su asiento o si se habían equivocado, no existía. Solo oía un pitido leve y un sonido parecido a cuando me hacían bucear en la piscina climatizada del colegio. Me apretaba las orejas, las movía. El mismo ruido, una sensación de estar en mitad de la atmósfera con un casco de astronauta que me cubría la cabeza. Presión en la frente, en las sienes, en los dos lados de la nariz. La azafata me dio un vaso de plástico transparente.

—Bebe un poco. Está pálida. ¿Quiere que llamemos al servicio médico?

Negué mientras daba pequeños sorbos al agua azucarada que poco tenía que ver con el agua del mar. La azafata volvió a la puerta del avión para saludar al pasaje. Quería que se quedara a mi lado, que se sentara en el asiento que tenía cerca de mí y me cogiera de la mano, que me mirara atenta y me acariciara la frente. Quería que viniera mi madre. Mamá. A quedarse a mi lado, a

sentarse en el asiento de al lado, a cogerme de la mano y a mirarme atenta, a susurrarme todo va a ir bien, a acariciarme la frente como había hecho muchas veces, aunque a mí se me hubiera olvidado. Ahora conseguía recordarlo. Veía a mamá que cogía la sábana y me tapaba, cogía los bordes y los metía por debajo de mi cuerpo y me decía que parecía un canelón. Mamá, que me leía cuentos, me cantaba y me prometía que me dejaría tomar tarta si me terminaba sus lentejas. Sentí una punzada en el vientre. Un dolor intenso. Empecé a contar los pasajeros que entraban para distraerme. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Otra punzada que se extendía hasta la parte de atrás de mi espalda, encima de mis nalgas. Despegué la espalda del asiento y pasé las manos por mis riñones. Cinco. Seis. ¿Cuántos pasajeros debían quedar para que el avión cerrara sus puertas? Siete. Ocho. Nueve y dos niñas. Se me empezó a acumular saliva en la boca. Mucha. Saliva que parecía agua entre mis dientes, en la lengua y en la garganta. Una saliva más densa. Y otra vez el vértigo. Me agarré al asiento y una señora se paró. Diez.

—¿Está bien?

—Sí, gracias.

Siguió su camino. Conté dieciséis y la azafata cerró las puertas. El pasillo del avión se vació y, por fin, atenuaron la luz. Estábamos a oscuras, pero entraba luz por las ventanas. Aquello hizo que me relajara. La voz del piloto saludando al pasaje por los altavoces me devolvió a mi asiento. Escuchaba su voz perfectamente y aquella atmósfera de otra dimensión había desaparecido. Cerré los ojos y pensé en Diego. Durante los días que había pasado en Madrid, había intentado no pensar en él, olvidar sus llamadas, su *e-mail*, sus súplicas. Pero no pude. Fui incapaz. Pensaba en las opciones que había para que quisiera contactar conmigo con tanta urgencia y ninguna me parecía razonable, aunque había una parte de mí que había encontrado a aquel Diego de antes en los primeros días de este rodaje, que había hecho que me olvidara de mis preocupaciones y me llevara a viajar a un mundo en el que solo estábamos él y yo de nuevo en aquella bola de paja imaginándonos un futuro incierto. Él hablando de planes sencillos: un huerto, un atardecer mientras leíamos, una siesta debajo de algún olivo, el tiempo a un ritmo lento, nosotros, quizá un perro, un burro, plantar un árbol, mirar cómo corren los niños, tender las sábanas entre limoneros, escuchar música, cocinar una boloñesa a fuego lento, hacer pasteles, ir a buscar leña y quejarnos de la pereza, poner las palmas de las manos delante de la chimenea, brindar. Me puse el cinturón. El peso de la hebilla me molestaba, tenía la impresión de que podía hundirse demasiado. El avión empezó a rodar por la pista y despegó. En el aire, todavía con la sensación de estar cuesta arriba y la luz de los cinturones encendida, me entró una náusea que me obligó a salir corriendo hasta el baño y vomitar con unas arcadas demasiado sonoras como para esconderlas. La azafata no dijo nada, se quedó en su asiento agarrada a su cinturón. Cuando volví, algunos pasajeros se asomaron por el pasillo. Me costaba moverme. Perdía el equilibrio enseguida y sentía que la presión me iba a tirar al suelo.

Estaba medio dormida cuando la azafata me tocó el hombro.

—Disculpe, ¿está mejor?

—Sí. —Bajé el tono de voz—. ¿Podrías darme unas bolsitas de esas que tenéis para vomitar?

—Claro, un segundo.

Antes de volver, vi que entraba en la cabina.

—Le he pedido al piloto que le deje entrar en la cabina. Allí podrá ver el horizonte y seguro que se encuentra mejor. ¿Qué le parece? ¿Se atreve?

—Sí, pero no quiero molestar. No se preocupe, yo creo que son los nervios.

—Venga, ánimo. Allí estará mucho mejor.

Accedí para que no siguiera con preguntas e insistencias, porque los pasajeros se estaban alarmando. Entré en la cabina y al ver los uniformes fue imposible no imaginarle asomado en la cubierta del barco con sus galones y su camisa blanca. Imaginé que me miraba, que se arreglaba el pelo rubio que siempre le caía por delante de la oreja y que me decía que el mar estaba perfecto para dar un paseo. Papá. Papá y mamá y Lu mirando al mar. Me senté en el asiento detrás del segundo y miré al frente. Delante de nosotros atardecía. Los colores no podían ser verdad. Un rojo tan rojo, un naranja tan efusivo, tan enfadado que me entraban ganas de llorar al pensar que no había una explicación al universo, a que yo estuviera allí y pudiera ver esos colores. La generosidad de mis padres cobraba sentido ahora, en ese asiento a miles de metros del suelo. La azafata interrumpió con unos golpes en la puerta, abrió.

—¿Quieren tomar algo, señores?

—No, gracias. ¿Usted, señorita?

—No, muchas gracias.

Y, al pronunciar gracias, sentí un líquido caliente entre mis piernas.

Me senté sobre la taza gris, me apoyé sin pensar en quién se había sentado antes. Puse las manos apoyadas en la pared y vi que mi ropa interior estaba manchada con sangre. Un sangrado marrón que ya conocía. Vomité en el suelo, entre mis piernas. Apoyé la cabeza en el brazo. No era posible, allí no, de camino al rodaje no. No ahora, no en ese instante. No podía ser. O sí. Intenté coger papel higiénico, pero no había. Abrí el grifo, puse las manos debajo del agua e intenté limpiarme las ingles y los labios. En el espejo me encontré pálida, con la nariz y los ojos rojos, con los labios hinchados. Lloraba en silencio para que nadie se alarmara, pero quería gritar. Me subí los pantalones y me mojé, esta vez con el agua. Necesitaba cambiarme, pero no sabía cómo hacerlo sin llamar la atención de la azafata que se dedicaba a perseguirme desde que había entrado al avión. Abrí la puerta y allí estaba.

—¿Necesita algo?

—¿Otra vez?

—Perdone, es que me preocupa.

—No necesito nada, gracias.

Fui hasta mi asiento, subí los brazos, abrí el compartimento de las maletas y, cuando hice fuerza para sacar la mía, volví a sentir el líquido caliente. Solté la maleta y cayó al suelo, lo escuché mientras corría al baño.

Llamaron a la puerta mientras bajaba la cabeza para comprobar que volvía a ser el mismo líquido, el mismo color en mis bragas.

—¿Sí?

—Señorita, ¿puedo ayudarla?

—Sí, tráigame papel, por favor.

No tardó. Abrió la puerta ella misma, moviendo el cerrojo con facilidad, y me tendió el papel.

—Tenga. ¿Alguna cosa más?

—No, gracias.

Y quería decirle que sí, que entrara y me sujetara porque no podía sostenerme, que me secara el sudor de la frente y me recogiera el pelo porque me lo había manchado de vómito y se me ponía

en mitad de la cara, que por favor aterrizara el avión y llamara a un médico, que estaba asustada, pero callé, como muchas otras veces.

Cuando aterrizamos, mi cuerpo empezó a recomponerse. Ya no sangraba desde hacía un rato y había dejado de sudar, pero los pinchazos seguían apretándome el vientre y los riñones. A pesar del dolor que sentía, me despedí y agradecí a la tripulación que me hubiera cuidado tan bien. Papá. Papá otra vez. Papá enseñándome a decir adiós a la tripulación en su barco.

Para mi alivio, Alicia me cogió el teléfono enseguida.

—Puedes tener sangrados, no tiene por qué ser un aborto, Oli. Se pueden producir sangrados por anidación.

—¿Anidación?

—Sí, pero tiene que verte alguien. ¿Dónde estás?

—En Roma, acabo de llegar.

—Joder, vale. Tienes que llamar al ginecólogo que te dije. A lo mejor tienes que estar en reposo.

—¡Pero si vengo a rodar! ¡Qué reposo voy a hacer! ¡Trabajo de pie!

—Bueno, Oli, ve y que te miren. No te puedo decir a ciencia cierta lo que pasa desde aquí. Pero desde luego, si finalmente vas a seguir con el embarazo, tienes que hacerme caso.

No respondí.

—Y si no quieres también. Que es tu cuerpo, que es tu salud, joder. Parece que estás en pausa, ya basta. ¡Coge las riendas!

—No pienso ir a ver a ese subnormal.

—Bueno, tú sabrás. Te dejo que tengo trabajo.

Colgué. Antes de salir del aeropuerto, paré en una cafetería y me compré un sándwich. Venía envuelto en una caja de plástico y cartón. El jamón era de un rosa demasiado chillón para ser algo real, pero pensaba tomármelo de todas formas para reponer fuerzas antes de ir al rodaje. Cogí una de las esquinas y, cuando fui a abrir la caja, vi la fecha de caducidad: 03/01/2019. Tapé con el pulgar el año y lo miré de nuevo: 03/01. La fecha en la que Mario y yo fuimos a La Central. Tiré el sándwich.

Llegué al rodaje al cabo de hora y media, pero en vez de ir a ver al equipo, le pedí al taxista que me dejara un poco más adelante para que nadie me viera. Bajé justo detrás de casa de Giulia. Caminé hasta la puerta, estaba cerrada. Di unos golpes suaves para que nadie pudiera oírlo. Me giré y vi a Diego bajar la cuesta salteando las piedras. Llevaba un jersey azul marino de cuello vuelto, unos pantalones vaqueros arremangados justo en los tobillos y un gorro que le tapaba el pelo. Sentí ganas de abrazarle, de correr hasta allí y esconderme en su cuello. Pegué mi espalda a la pared de la entrada de casa de Giulia, así no podía verme. Volví a llamar. El miedo de que le pudiera pasar algo siempre aparecía en cuanto no estaba asomada en su puerta. Me asustaba pensar que podía irse, que podía no estar allí ni en ningún otro lugar, pero abrió. Le tapé la boca y entré.

—Perdona, estaba Diego.

Ella se abrazó a mi cintura. Y solo cuando pasé mi mano por su espalda, me di cuenta de que llevaba un camisón de hospital atado con un nudo en la nuca. El resto de su piel podía verse a través del corte de la tela que no tapaba su cuerpo arrugado.

—¿Qué ha pasado?

Señaló su corazón. Se dio la vuelta y caminó despacio hasta la habitación. Fui detrás de ella y, cuando llegué a la puerta, vi que se metía en su cama y se ponía una mascarilla. Me senté cerca y le di la mano.

—¿Te vas a recuperar?

Levantó la mascarilla y tosió, la deslicé hasta que pude colocarla de nuevo en su sitio. Giró la cabeza de un lado al otro. Pensar que se podría haber ido sin despedirse me hacía viajar al parque en el que Carlota me había contado que su cuerpo se rendía. Todas se iban. Me quedaría sola, otra vez. Apreté con fuerza la mano de Giulia. La mascarilla le apretaba en las mejillas y cada vez que se levantaba aquella máscara para intentar hablar podía ver el rastro de las gomas clavadas en su piel. Apoyé la cabeza en su mano y le dije no quiero que te pase nada. Movié su brazo debajo de mi mejilla, la miré, volvió a levantarse la mascarilla y por fin habló, dijo las cosas pasan cuando tienen que pasar, queramos o no.

1998

Me despido de Lu en la puerta de esa casa que no es mi casa, justo al lado de las rosas que ahora ya están rojas y grandes con un montón de pétalos amontonados. Ese lado de la casa, justo en el que están las rosas, el ciprés y el sauce que dice mamá que llora, me gusta y ahora siento que ese trocito de ahí sí que puede ser mi casa, porque ahí hay un banco en el que Lu me ha contado algunos secretos y, además, Roberto nunca pasa por allí.

Hoy voy a dormir a casa de mi amiga Almu. Me invitó cuando salíamos del cole y le tuve que pedir permiso a Miguel porque mamá estaba de viaje. Él dijo que no sabía, que tendríamos que hablar con María, pero me guiñó un ojo y ahora ya estoy en el coche de camino a casa de mi amiga. Me entristece soñar que Miguel me hace cosas malas porque se porta muy bien conmigo. En el coche solo me habla si le pregunto algo, me abre la puerta cada vez que llegamos a un sitio y últimamente me ayuda con la mochila cuando salgo del cole porque los libros de este año pesan mucho. No merece que sueñe cosas feas, pero no lo puedo controlar. Desde que vivo en esta casa sueño muchas cosas, es como si no durmiera del todo. Tengo muchas ganas de ir a casa de Almu porque ahora ya no le cuenta mis cosas a Clara ni se ríen sin que yo entienda por qué. Ahora pasamos mucho tiempo juntas en el recreo y en clase, nos escribimos notas en la agenda y tenemos un cuaderno que compartimos en el que apuntamos lo que nos pasa cada día. Es mi mejor amiga.

Al llegar a casa de Almu, la puerta de la entrada se abre sola. Entramos con el coche por un camino lleno de árboles a los lados. Tienen muchas hojas marrones y amarillas y algunas han caído al suelo. Es un camino muy bonito y parece cómodo. Podría caminar descalza, podría tumbarme encima de las hojas y acariciarlas con las manos. Seguro que están suaves. Me las imagino tan calentitas como el edredón por las mañanas, pero seguro que están frías. Me dan pena. Pobrecitas, ahí solas en el suelo, lejos de su familia. Al fondo veo a los padres de Almu. Ella está en medio. Forman un triángulo bonito. Su padre es alto y pasa un brazo por encima de los hombros de su madre y con el otro agarra el hombro de Almu. Podría hacerles una foto, enmarcarla y pedirles que la coloquen encima de la chimenea si tienen. O a lo mejor puedo ponerla en la estantería de mi habitación, justo en el marco vacío que alguien ha puesto allí sin pedirme permiso. Los marcos de fotos sin fotos son muy tristes. Miguel aparca en frente de ellos, me abre la puerta y, cuando salgo, los tres me saludan a la vez. Me da un poco de vergüenza que me presten tanta atención. Espero no tropezarme. Le doy un beso a Almu, me abraza.

—¡Qué ilusión que hayas venido!

Me da la mano y les pregunta a sus padres si nos podemos ir a jugar. Ellos nos dicen que por

supuesto, pero yo quiero despedirme de Miguel primero.

—Espera, Almu.

Suelto su mano, me acerco a Miguel y le digo que muchas gracias. Me acaricia la cabeza y me dice que solo faltaría. Esa caricia me recuerda a papá cuando me portaba bien y me decía muy bien, señorita. Me entristece pensar en papá, sobre todo porque hace tiempo que no pienso en él y eso me da más pena todavía.

Sigo a Almu y me lleva a un cuarto muy grande. Las paredes están forradas con un papel rugoso con líneas blancas y rosas y unas flores amarillas y rosas también. Está lleno de muñecas, de carritos de bebé, Barbies y hasta una mansión de muñecas en miniatura más grande que mi escritorio. Paseo despacio, miro los juguetes y pienso que hace tiempo que no juego con todas esas cosas. Creo que ya no me apetece. Esas muñecas me miran y quieren algo de mí que no puedo darles. Espero que haya pensado en otro juego porque este no me gusta.

—Este es el cuarto de los juguetes, pero ya casi no lo uso. Ven que te enseñe el jardín.

El jardín es mucho más bonito que el nuestro, aunque no se ve el atardecer tan bien porque hay demasiados árboles. Ahora mismo está atardeciendo y el cielo está lleno de colores, pero no veo las montañas tiñéndose de negro. Nos tumbamos en unas hamacas de color azul que están cerca de la piscina y Almu me pregunta que si estoy triste. Le digo que triste por qué y ella me dice que por lo de Jorge. No sé si estoy triste por eso. No se lo digo, me quedo callada y miro al cielo mientras pienso que ya me he acostumbrado a estar triste. Pienso también en lo que me dijo Elena el otro día en el recreo. Estaba muy contenta porque sus padres se habían separado. Lo dijo tal cual: estoy muy contenta porque mis padres se han separado. A eso añadió muy rápido que tendré dos casas, dos coches, dos fiestas de cumpleaños, dobles regalos en Navidad, dos viajes en verano, dos casas en la nieve porque a mi padre le gusta Baqueira, pero mi madre prefiere Sierra Nevada y, claro, dos habitaciones decoradas a mi gusto. Me doy cuenta de que yo no tengo dos de nada. Tengo dos padres, pero no dos casas, tampoco dos coches, no tengo doble fiesta de cumpleaños y creo que papá no vendrá a la que organice porque la de Lu fue muy triste. No sé lo que haremos en Navidad. Lo que seguro que no haremos es cantar villancicos juntos mientras papá coge una cuchara y un tenedor y hace que toca un instrumento, tampoco nos tomaremos las uvas en el mismo sofá ni nos peharemos por ver las campanadas en un canal o en otro. Eso es lo único bueno de esta Navidad, aunque seguro que Roberto no quiere ni tomarse las uvas. Eso sí que no. Si no nos tomamos las uvas será tan triste que seguro no llega el nuevo año y yo necesito que llegue. Creo que Almu se da cuenta de que estoy más triste todavía. No me dice nada. Eso me gusta de ella. Noto que me mira, que mueve la cabeza hacia mí para ver si hago algo. Me quedo inmóvil porque si me muevo, si por lo que sea me cruzo con sus ojos, si me abraza o me roza la mano, si se sienta en mi hamaca y me pregunta que qué me pasa lloraré y no quiero hacerlo en esta casa tan bonita con una familia así.

Cenamos los cuatro juntos. Hace mucho tiempo que no me siento en una mesa con padres y me da miedo hacer algo mal. Me da envidia ver que sus padres se dan las gracias, se piden las cosas por favor y se sirven uno a otro la sopa que ha preparado la madre de Almu. La luz del comedor está apagada, pero hay una lámpara encima de nuestras cabezas que hace que todo parezca más acogedor. Almu y yo estamos sentadas en el mismo lado, en frente de sus padres.

—¿Un poquito más de sopa, Olivia?

—No, muchas gracias.

—Venga, bobita, que tienes que crecer.

Algo dentro de mí se remueve y me entran unas ganas de llorar que voy a controlar. Hace tiempo que nadie me dice que coma para crecer, hace mucho que papá y mamá no se dan las gracias, de hecho, en casa no cenamos todos juntos ni nos servimos la cena unos a otros. Miro a Almu, no sonrío. Y pienso en Lu, que seguro que se reiría mucho si alguien me dijera que necesito sopa para crecer. Si fuera Almu, estaría muy feliz por tener unos padres que se quieren, pero echaría tanto de menos a Lu que creo que preferiría no ser ella. No lo sé. Su madre se levanta, recoge nuestros platos y su padre enciende un cigarro con los codos apoyados encima de la mesa.

—¿Alguien quiere postre?

—Tiramisú, por favor.

El padre de Almu lo pide por favor, pero no se levanta. Esto de los padres no lo entiendo. ¿Por qué no cogen ellos sus cosas? ¿Por qué siempre hay una mamá que les ayuda con todo lo que necesitan? ¿Por qué no recogen la mesa? Me levanto, me acerco a ella y le pregunto si necesita ayuda, pero me dice que no, que muchas gracias.

Cuando entro en la habitación de Almu, veo que nos han colocado el uniforme en perchas que cuelgan de los tiradores del armario. Los zapatos están debajo, limpios, relucientes. Hacía mucho tiempo que no me brillaban tanto los mocasines.

—¿Quién los ha limpiado?

—Mi madre. Me los limpia cada noche.

—Ah, pues muchas gracias.

A Almu le da igual, sube los hombros, se gira, da un salto y se mete en su cama. Al lado de su cama está la mía, pero antes de meterme voy a ir al baño que está cerca de la habitación de sus padres. Duermen al lado de nuestra habitación y eso me da tranquilidad. La habitación de mamá en la casa que no es mi casa está lejos, así que cuando tengo pesadillas tengo que correr mucho hasta que llego a su cuarto. Salgo de la habitación de Almu, enciendo la luz del pasillo y camino unos pasos hasta que llego al baño. La luz de la habitación de sus padres está encendida y la puerta un poco abierta. Tengo curiosidad, pero no estaría bien que entrara. Aun así, me apoyo en el marco de la puerta, muevo un poco la cabeza y me asomo. Hay dos camas separadas por una mesita de noche. El padre de Almu está leyendo un libro, su madre se acerca a la cama, se mete y no le dice nada. Apaga la luz.

—No apagues, estoy leyendo.

—Tengo sueño.

Se hablan en un tono muy seco, que no tiene nada que ver con el que nos han deseado que descansemos.

—Déjame tranquilo, te lo pido por favor.

Me doy la vuelta y vuelvo a la habitación. No he ido al baño, me doy cuenta ahora que estoy en la cama y que sigo teniendo pis. Almu ya está dormida, si fuera Lu la despertaría. Le preguntaría si está dormida y seguro que me diría que no, aunque la hubiera despertado. Echo de menos a Lu, tengo ganas de irme a casa y dormir a su lado para decirle que no pasará nada mañana en el médico, pero ya es tarde.

Nos bajamos del coche del padre de Almu, nos despide con la mano y lanza un beso al aire. Miro a Almu que le sonrío y le devuelve el beso. En el aire hay tantos besos que la gente tira y no recoge que pienso que podría trabajar recopilándolos y devolviéndoselos a cada una de las

personas que los han lanzado y esperan a que lleguen a la mejilla de alguien. Ayer cuando llegué a casa de Almu sentí que eran una familia para enmarcar, pero hoy ya no. Me gustaría cenar como ellos, sentarnos todos en una mesa y contarnos cómo nos ha ido el día, pero odiaría que luego papá y mamá se hablaran mal. Las familias son raras, en todas parece que hay algo que tiene que ir mal. Yo solo quiero una familia normal.

Hoy estoy nerviosa porque vamos a ir al médico a ver qué opina sobre Lu. La última vez fuimos con mamá porque me di cuenta de que Lu comía muy poco y, aunque ahora come más y sonríe casi como antes, creo que todavía no come demasiado. El otro día, cuando fuimos al museo del mar donde no había mar, le ofrecí Cola Cao y me dijo que no, que por las mañanas no tiene hambre. Casualidad o no, por las noches tampoco.

La sala del médico sigue siendo tan blanca como el día que fuimos con mamá. Estoy sentada en esta silla de plástico que está fría y es incómoda. Delante de mí, la pared es sosa, no tiene nada. Pienso en ese cuadro de Monet que me enseñó papá un día y creo que quedaría bien allí porque sus tonos rosados y lilas me darían tranquilidad y me ayudarían a concentrarme en sus pinceladas en vez de pensar continuamente en que a lo mejor Lu no está bien. Dos enfermeras pasan por delante de mí, van a conjunto con la pared, una de ellas lleva una caja con tubos, los mismos que llenaron con mi sangre el otro día, pero ahora están vacíos. Lu me coge de la mano. Tiene los dedos tan finitos que parecen espaguetis.

—Lucía, pase.

No me gusta escuchar Lucía entero. Parece que va a pasar algo malo. Entramos las tres: primero María, después yo y detrás de mí, Lu. El doctor está detrás de un escritorio gris con las patas azules. Cruza las manos encima de unos papeles.

—Bien, ¿qué tal te encuentras?

—Muy bien —Lu contesta muy bajito—. Bien.

—Me alegro. Vamos a pesarte. Ve detrás del biombo, quítate la ropa y quédate con la ropa interior.

Lu vuelve con sus braguitas blancas que le llegan casi al ombligo. Se le marcan las costillas y los huesos que están encima de las tetas. Todavía no le están creciendo, por eso no se tapa. Yo me taparía. Se sube en la báscula, el médico se asoma y le dice que puede bajarse y vestirse. Ahora se dirige a María.

—No sé muy bien si está al día —baja el tono y, antes de que venga Lu, susurra—, de lo del trastorno alimenticio, me refiero.

María asiente.

—Bueno, los análisis han salido bien y Lucía ha subido de peso, así que eso quiere decir que todo va a mejor. Lo único que ha resultado fuera de lo normal es el hierro. ¿Duerme bien, señorita?

Levanta la vista y mira a Lu, que viene abrochándose el botón del pantalón.

—Sí, pero siempre tengo sueño.

—Claro, normal. Bueno, le pueden dar estas pastillas y se encontrará mejor. Nos vemos pronto.

El doctor se levanta, le da la mano a María y se queda de pie esperando a que nos vayamos. No comprendo que todos nos manden pastillas. Ojalá hubiera otra forma de subir el hierro. En la tele dicen que hay un paté que lleva hierro, le diré a María que se lo compre a Lu.

Cuando llegamos a casa, al primero que vemos es a Juan. Está sentado en la escalera de la entrada. Nos mira, se levanta y se va. Lu no le mira, evita cruzarse con él y se mete en la cocina. Voy detrás de ella. Intento pisar con el mismo pie. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. Si por lo que sea pisamos al revés, doy un salto y cambio el ritmo para que volvamos a ir igual. Cruza la cocina y se mete en la despensa, justo al final, al lado de las cebollas.

—A mí también me gusta ese sitio. —Se lo digo mientras se sienta y acaricia la red de las cebollas—. ¿Ha pasado algo con Juan?

—No quiero hablar con él.

—Ya veo. ¿Por qué?

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Te lo prometo, Lu.

—No te creo. Siempre le cuentas todo a mamá y luego me regaña.

—Te prometo que no diré nada.

Le ofrezco mi dedo meñique. Sabe que si los cruzamos nunca diré nada de lo que hablemos allí, pero le cuesta acercarse. Muevo el brazo y le rozo la mano.

—Venga, dámelo.

Cruzamos los dedos meñiques y, como siempre, movemos las manos unidas dos veces hacia arriba y decimos a la vez te lo prometo y soltamos.

—Juan me llama gorda y a veces me intenta dar besos.

Se gira mientras me lo dice. Ahora mira hacia el otro lado y me da mucha pena ver que Lu está pegada a una bolsa de cebollas y dice esas cosas tan tristes.

—¿Y no quieres darle besos?

—No. A veces me gusta, pero no quiero besos.

—Lu, mírame.

No me mira, así que se lo digo de todas formas para que lo sepa y no se le olvide.

—Nadie puede hacer nada que no quieras y mucho menos decirte esas cosas tan feas. Eres muy guapa y lista y divertida y bailas genial.

No he terminado de hablar, pero entra María y nos dice que nos ha preparado unas lentejas llenas de hierro para que seamos las más fuertes del planeta. Le digo que ahora vamos, que un segundo. Pongo mi mano en el hombro de Lu, me acerco a su oído y le susurro que gordo está su padre. Consigo que Lu se ría. Me mira, tiene los ojos rojos. Me levanto, le doy la mano y se pone de pie.

Las lentejas están riquísimas. Nunca pensé que me gustarían tanto esos círculos de color oscuro y feo lleno de verduras, pero María las hace tan buenas que podría comer todos los días lentejas hasta para desayunar. Lu las devora. Le digo que respire y que deje algo para las demás, ella con la cuchara en la boca me mira, se la deja dentro, la suelta y con la misma mano me hace una peineta. Me río y escupo lentejas por toda la mesa, a lo que Lu responde con una carcajada más grande.

Suena el teléfono en la cocina, María deja el trapo sobre la encimera y lo coge.

—¿Diga?

Las dos escuchamos como dice que sí, señora, ha comido un solomillo con patatas y ahora está tomando el postre, que sí, claro, le hará un café, que perfecto, que un beso. Sé que es mamá, sé que todas esas preguntas son para saber si Roberto está bien, si ha comido, si ha tomado postre, si

va a dormir la siesta. Y sé que no ha preguntado por nosotras, sé que se le ha olvidado que hemos ido al médico, que no hará ella las lentes que le darán el hierro que necesita Lu. Sé que solo quiere saber si Roberto tiene todo lo que necesita, como si fuera su hijo, como si él no fuera capaz de hacerse la comida a pesar de tener más de cincuenta años. No sé los años que tiene, pero creo que es mayor como para saber si necesita comer o dormir. Sé que mamá ha colgado el teléfono sin preguntarle lo que vamos a comer nosotras, sin preguntarle a María si Lu ha tenido miedo en el médico. Porque sí, lo ha tenido y lo sé, aunque no me lo haya querido decir. Lu nunca admite que tiene miedo, pero lo veo en sus ojos. María deja el teléfono en la encimera. Nos mira. Pienso que no pasa nada, no pasa nada porque yo voy a cuidar de Lu siempre.

2018

Me tumbé en la camilla con las dos piernas levantadas, apoyadas en unos brazos de metal que estaban helados. Mi pantalón y mis bragas colgaban de una puerta gris, justo al lado de una mesa llena de aparatos que no quería ni mirar. El olor a desinfectante y a alcohol se mezclaban y revoloteaban a mi alrededor. El corazón me latía con fuerza. Llevé la mano derecha hasta la piel y noté el movimiento. Introdujo un aparato lleno de lubricante frío en mi vagina, lo movió de derecha a izquierda y de arriba abajo, le dio a una tecla que tenía en una máquina que no podía ver, miró con determinación la pantalla. Volvió a mover el aparato. Era mucho más brusco que Alicia. Tenía los glúteos apretados y la vagina contraída cuando me dijo que relax. Lo pronunció con dureza. Imbécil. Cerré los ojos, apreté los párpados y me mordí el labio inferior. La enfermera colocó el papel que tapaba mis piernas porque se escurría hacia la cara de ese señor.

Sacó el aparato sin miramientos, lo secó con papel y vi coágulos de sangre. La enfermera me dio papel para que me limpiara. Ahí, con el papel higiénico en la mano, las piernas abiertas y desnudas y el corazón encogido, oí que me decía desde el otro lado del biombo que tenía que reposar como mínimo quince días para que el feto pudiera salir adelante. Las dudas se clavaban en mi estómago a toda velocidad. ¿Y si nunca más pudiese ser madre? ¿Y si aquella era la única oportunidad de tener hijos? ¿Y si justo *eso* era lo que necesitaba para sentirme completa? No pienses, dije en voz alta. La enfermera se asomó.

—¿Ha dicho algo?

—No, perdone.

Cerré las piernas, me levanté y pasé el papel por el interior de mis nalgas y mis ingles. Era un líquido pegajoso que había visto muchas otras veces, pero en ese momento me recordaba a la sangre que había visto en aquel cubículo gris con los pies en las nubes. Me sentía sucia.

Cuando me vestí, fui a sentarme frente al ginecólogo, pero un no rotundo hizo que ni rozara la silla. Me mandó a hacerme análisis y me dijo que ya habíamos terminado, que le llevara los resultados a Alicia y que hiciera el reposo si no quería perder al bebé. Eso último lo dijo mirándome por encima de las gafas que tenía apoyadas en la nariz. No me dio la mano. Le pidió a la enfermera que abriera la puerta, me indicó la salida levantando el brazo y se sentó de nuevo.

Salí con la cabeza agachada. Tenía más frío que antes. Me miré las palmas de las manos porque sentí un hormigueo. Estaban blancas. Cuando levanté la vista, me di cuenta de que había llegado a la sala de espera sin darme cuenta. Había varias mujeres. Una de ellas con una tripa en la que podría apoyar su desayuno, con una vida en su interior que debía estar a punto de salir al

mundo. También había una mujer joven que como mucho, hubiera jurado que tenía veinte años y le daba la mano a un bebé sentado en su carrito. Otra mujer tenía a uno entre sus brazos y lo acunaba, estaba de pie y mecía al pequeño con un movimiento de saltos mínimos mientras tarareaba una canción.

No me hice los análisis. Darle un minuto de más a ese lugar hacía que sintiera una debilidad terrible que no podía controlar. Había sentido las miradas de aquellas mujeres clavadas en mí, tenía la sensación de que querían decirme algo, de que aquellos bebés también me miraban y que, si hubieran puesto a alguno de ellos en mis brazos, se me hubieran resbalado hasta dar en el suelo. Salí de allí y me fui de nuevo al rodaje, esta vez para recuperar mi sitio.

Enchufé el móvil al cable auxiliar de la furgoneta que me había dejado Amanda. Abrí *Spotify*, la carpeta *Classic* y le di al *play a Nocturnes, Op. 9: N° 2 in E-Flat Major. Andante*. Chopin inundó el coche. Abrí las ventanas y arranqué. Moví el retrovisor central para verme. Subí la barbilla. Tenía el flequillo desordenado, el pelo revuelto y los pómulos sobresalían más de lo que lo habían hecho habitualmente. A veces me parecía que me miraba y no me veía. Puse el retrovisor en su sitio. No sabía si estaba preparada para volver, para retomar la película, para hacer las tres escenas que quedaban, para ver cómo se clavaban en mí los ojos del resto del equipo. No había vuelto a saber nada de Mario, se había esfumado, ahora vivía solo por y para la película que yo había empezado y que pensaba terminar. Ya no éramos nosotros. No éramos nada. No quedaba ni un resquicio de la confianza que habíamos construido todos esos años ni del amor que nos había unido. Ahora entre nosotros solo había competencia y un dolor que apretaba de una forma extraña, como si solo quisiera avisar de que el final se acerca, como si no quisiera hacer daño, solo irse y abandonarnos a nuestra suerte. Estaba sola en la carretera, el aire vibraba contra las ventanas a medio cerrar. Subí el volumen. Agarré fuerte el volante. A mi izquierda había montañas con un perfil perfecto que chocaba con el cielo azul, a la derecha distintos campos de colores verdes, amarillos, marrones llevaban un ritmo intermitente como aquellas diapositivas que nos ponían en el colegio. Grité se acabó. Se acabó, se acabó, se acabó. Grité joder. Joder, basta, se acabó. Y sonreí y me reí a carcajadas y pensé que me estaba volviendo loca.

Entré en el set y esperé a que terminaran de rodar la escena. En ese momento, la actriz principal sacaba unas pastillas del cajón de la mesita de noche y las tiraba al suelo, después cogía una aguja y se la clavaba sin dudar en una vena azul sobre la piel blanquecina mientras su madre cerraba los ojos y sonreía.

—¡Corten!

Amanda se acercó a mí. Su mirada tenía una disculpa en cada pupila, sus pasos eran ligeros y venía con los brazos levantados a la altura del pecho, abiertos esperando a abrazarme. Cuando llegó a mí me abrazó y me susurró que lo sentía muchísimo.

—¡Oli ha vuelto! —gritó al resto del equipo que todavía no se había dado cuenta de que llevaba unos minutos allí, apoyada en un árbol—. Vamos, acercaos.

Vinieron todos menos Mario. Caminó con las manos en la espalda en dirección contraria, le perdí de vista cuando Diego me abrazó. Me aparté, le di dos besos y saludé al chico que tenía a su lado. Él se apartó, esperó a que terminara de saludar al resto del equipo y, cuando terminé, me pidió que habláramos.

—Ahora no, Diego. Por favor.

Se rindió y se fue. Amanda me tocó el hombro.

—Oli, ¿hablamos?

—Claro.

Caminamos un rato hasta que Amanda decidió hacer la pregunta que tanto había estado esperando. Lo hizo a trompicones, con tartamudeos que nunca había escuchado en sus palabras. Que el embarazo qué tal, dijo. Yo lo había decidido de camino al rodaje. Nadie sabría nada más sobre ese asunto, no hablaría más de todo *eso* hasta que terminara el rodaje. No hablemos más de esto, por favor, lo importante es que puedo hacerlo, contesté. Paré, miré a Amanda a los ojos y vi sus ojeras.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Bueno, me siento mal, no te voy a mentir. Creo que tendría que haberte apoyado desde el principio. Me equivoqué.

—Solo dime una cosa, ¿por qué Mario?

—Joder, lo siento. No lo sé. Cuando me llamó no pensé en las consecuencias que podía tener. La película ya estaba muy avanzada y no quería a cualquiera, la verdad.

—Vale, Amanda.

Me senté en un bordillo bajo y rugoso, cerca de la carretera de piedras que bajaba hasta casa de Giulia. Quise salir corriendo, acurrucarme en sus brazos y decirle que no tenía ganas de seguir, abandonar esa película y dejar que el tiempo pasara y todo se ordenara solo.

—Vale, ya está. Vamos a terminar con esto, ¿vale? No quiero seguir hablando de este tema. Solo déjame decirte: creo que tenemos que apoyarnos entre nosotras. Eso es respetar a las mujeres, aquí mismo está la igualdad. Eso querías tú, ¿no? ¿Qué sentiste tú cuando estabas embarazada? Amanda, tú tienes el poder de decidir que pueda rodar estando embarazada, tú eres la única en este equipo que puede aceptar que tenga que parar si me encuentro mal. Joder, si no nos apoyamos nosotras, ¿qué nos queda?

Se sentó a mi lado y se tapó la cara con las manos apoyadas en la frente. Suspiró.

—Tienes razón, Oli. Es que no sé qué decir. Mañana empezamos, ¿vale? Lo vamos a sacar sea como sea, te lo juro.

Se levantó y caminó hacia donde estaba Mario. Los vi hablar. Mario se tocaba el pelo como todas las veces en las que discutíamos o algo no era tal y como esperaba. Se movía de un lado al otro mientras Amanda hablaba y le explicaba algo que yo no podía escuchar. Después se fue, sin saludar, sin despedirse, sin preguntar. Me había convertido en una extraña para él, en alguien que había venido para quitarle su sitio. El trabajo por delante, como siempre. No podía evitar sentir el mismo miedo de otras veces, el temor a que la gente que quería se fuera y no volviera nunca más.

Llegué a la puerta de Giulia justo en el momento en el que Diego cruzaba la esquina. Se apresuró y llegó antes de que abriera la puerta.

—Oli, espera, por favor.

—Diego, no.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho, Oli?

—No dar la cara.

No fue Giulia la que abrió la puerta. Fue un señor de unos cincuenta años que al parecer me estaba esperando. Se echó a un lado y entré mientras oía que Diego decía Oli, por favor, hablemos. Aquel señor también sabía mi nombre. Dijo Olivia, acompáñeme. Vestía un traje oscuro y tenía unas gafas colgadas del cuello que me recordaron a mi padre. Quise abrazarle. Quise

abrazar a mi padre.

—Olivia, antes de entrar, ¿podemos hablar?

—Por supuesto.

Se paró en la puerta del cuarto de Giulia. Las persianas estaban cerradas, casi no había luz a pesar de ser de día. Una lámpara de pie cerca de la chimenea nos alumbraba y pude ver en sus ojos, a pesar de no conocerle, una tristeza inconfundible.

—¿Qué pasa? ¿Está bien?

Él agachó la cabeza y negó.

—No creo que quede mucho tiempo.

El tiempo siempre tiene prisa cuando menos lo deseas. Chasqué la lengua contra el paladar y abrí la puerta sin llamar mientras aquel señor me decía que esperase. Giulia estaba tumbada en la cama, tapada con la sábana hasta el cuello. Dos tubos transparentes entraban por su nariz para darle el oxígeno que le faltaba. Me acerqué, me hincé de rodillas al lado de la cama y le acaricié la frente. Susurré su nombre varias veces, pero no abrió los ojos. No sé cuánto tiempo pasó, no sé si fue mucho o poco, sentí que entre nosotras había un abismo y que el tiempo pasaba lento. Apreté su mejilla para ver si reaccionaba, pero no hacía nada.

Antes de morir me apretó la mano. No pudo mirarme, no pudo hablar, pero aquella caricia leve, ese intento de estrechar la mano para demostrarme que seguía allí, me ayudó a entender que Giulia sabía de mí, que había vuelto.

Nunca había sentido la muerte con tanta fuerza, que me quitaban algo que era mío, un trozo de mí, de mi piel, de mis sentidos. Ver a Giulia pausada, dormida y pensar que no iba a hablar más, que ya no me haría café ni compartiría todos sus secretos conmigo, que no cosería más mantas ni cuidaría su jardín, que no regaría sus claveles, no leería sus libros nunca más, que no me haría pasta fresca ni se sentaría en la puerta de su casa a mirarnos. Ver que de Giulia solo quedaba su cuerpo y nada más.

En su funeral solo estábamos el cura, aquel hombre que parecía conocerme, pero que no tenía ni idea de quién era, y yo. Fue doloroso ver que no tenía a nadie más. Muchas veces, cuando era pequeña, me imaginaba mi funeral y pensaba en si mis padres serían capaces de estar juntos, aunque fuera en ese momento. A veces, lo que la vida no puede unir, lo une la muerte. En ese caso, Giulia moría a mi lado sin nadie más y no había coronas de flores con tus hijos nunca te olvidarán, nadie leyó una carta ni un discurso, no me apretaron la mano, no pude romperme en un abrazo desconocido y nadie dijo que era una gran persona.

Al salir del funeral, mientras esperaba el taxi, el señor se acercó a mí y me dio una carpeta. Me ofreció su mano, la apretó, mencionó algo que entendí como un gracias y se marchó.

Fue en mi habitación del hotel, en la habitación 113, donde leí que Giulia me había dejado aquella casa en mitad de un pueblo abandonado y varios cuadros que tenía escondidos detrás de un armario y algo que me hizo llorar como desearía haberlo hecho el día en el que mi abuela se fue: una carta en la que decía que se había sentido muy querida después de tantos años de soledad.

1998

Abro los ojos y recuerdo que hoy vuelve mamá. Estoy segura de que ya ha llegado, así que bajo las escaleras muy rápido. Oigo a Lu que baja también. Me paro en la entrada, le sonrío y ella me da un empujón cuando llega a donde estoy.

—Tonta la última.

Lo dice mientras corre, así que la tonta voy a ser yo. Entra en el salón, voy detrás de ella y toco la silla principal. Ella me dice que no, que no era en la silla, que era en el cristal, justo donde está apoyada.

—Eres idiota, Lu.

—¡Mami!

Mamá está dormida en el sofá. Abraza un cojín y tiene la boca abierta y hasta lleva la ropa puesta en vez de un pijama. Debe de haberse quedado dormida en cuanto ha llegado. Me he acostumbrado a que se vaya. Lo sé porque, ahora que veo que está aquí, tampoco siento tanta impaciencia como antes. Creo que así es mejor. Si me acostumbro, dejaré de ponerme triste y dejará de dolerme que se vaya tanto. Me siento en el sofá, en un lado, en ese sofá de flores que parece que han elegido a conjunto con el uniforme de María. Se nota que no lo ha elegido mamá.

Roberto entra. Es él, no tengo ninguna duda. Es él porque la puerta retumba contra la pared y se cierra de un golpe. Se asoma y se da la vuelta. Se sienta en la silla del comedor y grita el nombre de mamá. Aun sabiendo que está dormida, decide despertarla. Y o nunca haría eso. ¿Cómo puede despertar a mamá con esa cara de angelito que pone cuando duerme? Me parece imposible. Además, mamá siempre se asusta cuando alguien la despierta. Ella abre los ojos, coge un montón de aire, se sienta, se arregla el pelo y, mientras se deja abrazar por Lu, le dice que qué quiere. Él le dice que le traiga un vaso de agua y un café. Ella se levanta, va a la cocina y vuelve con lo que le ha pedido. Si el amor es eso, si el amor es lo que veo en esa casa, no lo quiero.

Cuando mamá se sienta de nuevo, le empezamos a contar todo lo que ha dicho el médico. Lu casi grita, está muy contenta, mueve los brazos y da vueltas sobre sí misma para enseñarle que ha engordado y dice que le encanta el hierro de María. Mamá pregunta que qué hierro y ella dice que las lentejas están muy ricas y nunca me lo había imaginado. Mami baja la voz y nos dice que vayamos a la cocina, que allí podremos hablar mejor.

En la cocina, nos sentamos las tres en el suelo. Me divierte. Está fresquito y así podemos estar más juntas. Lu sigue contándole que el médico ha dicho que estoy muy bien, que solo me falta hierro y, además de las lentejas, también tomo un paté y eso fue idea de Oli, que es muy lista.

Mamá me da un beso en la frente.

—Mamá, ¿por qué no podemos hablar de esto en el salón? —le pregunto.

—Bueno, aquí estamos mejor, ¿no?

—Es por Roberto, ¿a que sí?

—Olí, hay cosas que prefiero que hablemos entre nosotras. Venga, basta de preguntas.

No es la primera vez que no podemos hablar delante de Roberto y creo que es porque a mamá no le gusta aceptar que hay cosas que no hacemos bien. Lo intuyo porque el otro día suspendí el examen y cuando fui a decirlo, echó el cuerpo hacia atrás para que no la viera Roberto y se llevó el dedo a la boca para que no hablara.

—Vale, mamá.

Ahora ya no quiero contar nada más. No le voy a contar que Jorge se ha ido, que Almu tiene una familia rara aunque no lo parezca, ni que creo que voy a suspender otra asignatura. Me firmaré las notas y las entregaré yo, así no tiene nada que ocultarle a Roberto. No quiero ser perfecta para él, aunque mamá sí quiera serlo y quiera que lo seamos. El móvil de mamá suena. Sé que lo va a coger, siempre lo hace. Tal y como espero, descuelga el teléfono y se lo acerca a la oreja. Dice que sí, que ahora te las paso, me ofrece el teléfono y me dice:

—Es papá.

Es papá, ha dicho. Sé que Lu me mira, sé que me mira para que coja el teléfono. Que lo coja ella. Ahora no quiero hablar con él. No quiero hablar con él, ni con Jorge, ni con Roberto, no quiero hablar con nadie. Hace muchos días que papá ni llama ni coge el teléfono, tampoco ha querido saber lo del colegio nuevo, no tuvo tiempo para escuchar que le echo de menos, que quiero ir a navegar como antes y que pienso mucho en él así que ahora soy yo la que no quiere hablar. Mamá me repite que es papá, que coja el teléfono. No consigo hablar. Solo hablo en mi cabeza. Me repito una y otra vez que no quiero, que no quiero, que no quiero y mamá me mira perpleja y no entiende que no me sale la voz. Lu le arranca el teléfono de la mano, lo coge, dice papá y sale de la cocina. Mamá me abraza y, aunque no tengo ganas de estar ahí acurrucada, me dejo. Hace tiempo que ningunos brazos me alivian del todo y tengo miedo de que nunca más vuelva a sentirme bien entre los suyos, entre los de papá y mamá. Huele a café. Me giro y veo que María ha sacado la cafetera de antes, la que se pone encima del fuego y hace burbujitas. La cafetera de papá. Papá se hace su café mientras le espío desde la puerta en nuestra casa, le miro desde la puerta. Silba y chasquea los dedos, espera a que las burbujas empiecen el concierto y canta llevo tu luz y tu olor, por dondequiera que vaya, y amontonado en tu arena guardo amor, juegos y penas. Espero al estribillo porque me lo sé y, cuando llega, entro en la cocina con los brazos en alto y le canto que nací en el Mediterráneo. Él se ríe, me abraza, me coge por los aires y damos vueltas.

Cuando sorbo por la nariz, mamá me aparta, me aleja un poco y me mira. Me seca las lágrimas que caen y quiero entender por qué a veces no logro controlar esas gotas saladas. Igual que cuando me río mientras me están regañando. Quiero controlar lo que siento, quiero dejar de echar de menos a papá, odiar a Roberto, enfadarme con mamá y a veces no puedo. A veces aprecio a Roberto, sobre todo cuando sé que se siente mal al día siguiente de habernos gritado, a veces no puedo enfadarme con mamá aunque se vaya, aunque no me coja el teléfono, aunque llegue tarde y, cuando me abraza y me dice cosas bonitas, dejo de estar enfadada al instante y a veces, muchas veces, quiero a papá como antes y me da rabia porque no se lo merece.

Lu vuelve a la cocina. Sé que está contenta, pero disimula apretando los labios como si así pudiera controlar que tiene ganas de reírse. Ella lo hace mejor que yo, como muchas otras cosas.

—Papá va a venir mañana a vernos.

—¿Qué?

—¡Eso, Oli! Que dice que viene y nos lleva a un restaurante superrico.

No le contesto, no quiero ser aguafiestas, pero no tengo ganas de comer nada y menos de ir a un restaurante con papá. Le sonrío como puedo, muevo el lado derecho de los labios para intentar forzar una sonrisa, pero es que no me sale. Salgo de la cocina. Camino por el pasillo, acaricio la pared, el papel que descubrimos Lu y yo el mismo día que llegamos. Hago el recorrido hasta que llego al espejo redondo que me deforma la cara. Hace ya mucho tiempo que estamos allí y todavía me siento rara. Levanto la vista. El techo está muy lejos. Hay unos ángeles y unas flores en relieve que descansan allí y nos miran cada día. Me pregunto si los ángeles y las flores también se pondrán tristes. Subo las escaleras despacio y, cuando estoy a punto de llegar arriba, Lu me llama. Oli, Oli. Me asomo por la barandilla y miro hacia abajo. Sus ojos azules parecen el mar. Podría tirarme. Tirarme de esta barandilla que podría ser una roca y caer de cabeza en ese mar. Muevo la cabeza rápido y veo a Lu otra vez.

—¿Vendrás al restaurante? Te echaré de menos si no vienes.

Es imposible que le diga que no a Lu.

El día de ayer pasó muy lento, igual que la mañana de hoy. Lu se ha puesto un vestido rojo y María le ha hecho una trenza de esas que empiezan desde el principio de la cabeza, se pegan a la piel y terminan en las puntas del pelo. También lleva unas horquillas a los lados de las orejas, unas horquillas que llevan purpurina. Viene y me propone ir igual vestidas, pero no me apetece llevar ese vestido tan bonito. Me voy a poner un pantalón vaquero y una camiseta gris. Me da igual lo que me digan, voy a ir como quiera.

Miguel nos lleva hasta el restaurante. Está en el centro de la ciudad y tardamos mucho rato en llegar. Ojalá fuera más, así a lo mejor papá tendría prisa y se iría, como ha hecho siempre que ha venido. Pero creo que ya estamos llegando porque veo el letrero que dice Casa Paco, el restaurante que me dijo Lu ayer. Para en la puerta, nos abre y salimos. Lu está muy guapa con ese vestido. Creo que está mucho más contenta que otros días. Me da envidia que esté tan feliz, que tenga ganas de ver a papá. Cruzamos la puerta del restaurante. Los camareros gritan y la gente tira papeles y palillos al suelo. Hay muchas personas de pie apoyadas en la barra. Comen, hablan y beben. Son muy altos, así no puedo distinguir si es papá o no. Lu me abre camino. Oigo que dice perdón, perdón, perdón, disculpe, perdón y los mueve con un empujón leve. Yo voy detrás de ella sin decir nada hasta que le veo. Está apoyado en un taburete y bebe un zumo de naranja. Al ver a Lu, se le ilumina la cara. Se abrazan. Papá coge a Lu y la levanta, da vueltas con ella, Lu echa la cabeza hacia atrás y su vestido se hincha y se mueve a su compás. Me quedo parada, los miro.

—¡Oli! ¡Ven!

Papá me toma de la mano y, cuando me estruja entre sus brazos, vuelvo a echarle de menos otra vez. Huele a papá, a casa. Subo los brazos y me agarro a su espalda con fuerza. Podría quedarme ahí, en ese restaurante, en ese momento, muchas horas, incluso días. Quiero pedirle que me prometa que no se va a volver a ir. Lu se une a nosotros. Mientras nos abrazamos, mientras me doy cuenta de que ya no estoy enfadada, pienso en que me da miedo no saber de qué hablar con él, de que no sea el mismo y, sobre todo, de que yo haya cambiado y ya no sepa mirarle igual nunca

más. Ojalá me hubiera puesto el vestido rojo.

2018

Siempre me había gustado madrugar. La quietud de la ciudad, el ritmo de las pocas personas que caminan para ir a algún sitio al que deben llegar muy pronto, el frío, las farolas encendidas a pesar de que ya se vea con bastante claridad. Aquel día el rodaje empezaba muy pronto, pero yo me desperté con demasiada antelación. Dos horas antes exactamente. Eran las cuatro de la mañana y solo podía pensar en lo poco que quedaba para terminar. Ojalá hubiera sido más largo, ojalá no hubiera tenido que irme. Salí de mi habitación y bajé hasta recepción. Allí me dijeron que sí, que desde las hamacas podría ver el amanecer, pero que el restaurante no abriría hasta las seis y media.

Me tumbé en una de las hamacas, cogí una toalla y me tapé. No podía dejar de pensar en Giulia. Los vínculos que creamos con las personas no son casualidad. No fue casualidad que me hiciera sentirme protegida en uno de los peores momentos de mi vida, ni fue casualidad que ella tuviera el consejo adecuado en el momento justo para calmar mis temores y mi impaciencia. Giulia entró en mi vida por algo concreto. Miré al cielo. Las estrellas brillaban, unas más que otras. La magnitud del universo siempre me había abrumado. No era capaz de pensar mucho tiempo en la dimensión que teníamos comparado con el resto del planeta porque enseguida mi cuerpo reaccionaba con sudores en las manos y una palpitación distinta.

—Hola.

Mario apareció delante de mí. Fui a levantarme, pero me tocó el hombro para que no lo hiciera. Cogió una hamaca y la colocó a mi lado. Se tumbó, cruzó las manos por el esternón y miró al cielo.

—¿Te importa que me quede?

—No, claro. Siéntate.

Se puso de lado y me miró. Giré la cabeza y miré de nuevo al cielo. Él volvió a colocarse boca arriba. Nos quedamos en silencio, uno de esos que cargan con demasiadas palabras que no se pueden decir. Bajé las piernas, me senté, incliné la cabeza y la puse entre mis manos, apoyando los brazos en los muslos.

—¿Qué se dice ahora? —le dije.

—No lo sé.

Me cogió de los brazos con delicadeza, los separó poco a poco y, después de ponerlos sobre mis piernas, puso las palmas de sus manos a los lados de mi cara y su frente contra la mía.

—No tengo ni idea, Oli.

Me separé de él, me levanté y caminé hasta la barandilla. Las montañas rodeaban el pueblo y a esas horas todas las farolas alumbraban los muros de piedra como si fuera Navidad. Unos pájaros empezaron a piar. Imaginé un nido de polluelos esperando a que su madre masticara por ellos y les pusiera la comida en la boca y supe que aquello iba a terminar. Mario se puso detrás de mí, pasó sus brazos por encima de mis hombros, se agarró las manos a la altura de mi pecho y apoyó su boca en mi nuca. El cielo empezaba a aclararse. Escuché cómo algunos camareros colocaban las sillas y las mesas para los dormilones que bajarían a desayunar. El resto del equipo no tardaría en volver y no quería que me vieran allí con Mario. Era el último día de rodaje, necesitaba calma. Agarré su mano y tiré, bajamos unas escaleras que daban a una piscina vacía y nos sentamos en el borde. A nuestro alrededor había árboles que nos escondían del resto de huéspedes y ahora podía ver con claridad y sin presión los ojos de Mario, ese color miel en los que tantas veces me había encontrado estando totalmente perdida. Pero algo era distinto, algo nos separaba. Dejé de mirarle. Acaricié el borde de la piscina. Estaba rugoso. Clavé la uña e intenté rasgar la piedra. Pensé en que quería contarle los cambios que había sentido en mi cuerpo, el malestar que había tenido que sufrir todos los días sin poder compartirlos con nadie por miedo a perder mi trabajo, quería decirle que había luchado por no dormirme por las esquinas, por controlar mi humor y no volverme loca cada vez que me miraba en el espejo buscando una curva que no quería que llegara. Me hubiera gustado hablarle de los esfuerzos que tenía que hacer para disimular delante del equipo todas las náuseas, los escalofríos y las arcadas mientras pensaba en que podía quedarme sin uno de los proyectos más importante de mi vida por algo que ni siquiera había planeado. Quería decirle que tenía miedo. Miedo de que los demás me juzgaran, miedo de no tener otra oportunidad de ser madre, miedo a ser madre y no hacerlo bien, miedo de no conseguir una familia como la suya, miedo de tener una como la mía, de no ser suficiente, de no ser capaz de ser tan generosa como para regalarle mi tiempo a otro ser. Me tumbé en el borde de la piscina. Él hizo lo mismo. Nuestras cabezas se rozaban.

—¿Por qué has venido? Solo te pido que me digas la verdad.

Sentí que se movía, pero no podía verle. El instante del amanecer le da una dimensión distinta a la vida, como si pasáramos a una realidad paralela, como si pasáramos a formar parte de una película. Cerré los ojos y escuché que volvía a decir no lo sé. Mentía. Claro que lo sabía. No lo sé, Oli, no lo sé. Sí lo sabes. No, no lo sé. Claro que lo sabes. Y tú también lo sabes. Claro que lo sé. ¿Entonces? Entonces qué. Me giré y apoyé la barbilla en mis manos. Mírame. Hizo lo mismo y nos miramos.

—Joder, Olivia, no me has hecho partícipe de nada como si el embarazo fuera algo tuyo solamente. ¿Y yo qué? ¿No importo aquí? ¿Solo importan tus proyectos o cómo va esto?

—No es fácil.

—¿El qué no es fácil? ¿Callarte? ¿Decidir tú sola que esto no va hacia delante? ¿Decidir por mí que no vamos a tener un hijo? ¿Desaparecer? Joder, claro que no es fácil. Hubiera sido mucho más fácil que actuaras normal, que lo compartieras como lo hacen todas las parejas.

—No es fácil tener que decidir todo esto precisamente, joder. ¿Crees que es fácil razonar con esta mierda?

—Lo único que sé es que ya eres mayorcita para entender que el mundo no funciona solo como a ti te da la gana.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, déjalo.

—El mundo funciona como nos han contado que funciona.

—Venga, sí, ahora suéltame todo este rollo otra vez. Que si la sociedad es una mierda, que si no juega a favor de vosotras, que qué machista todo. Oli, que es nuestro hijo. ¿Lo entiendes? Nuestro hijo.

—Es mi vida, Mario. Eres tú el que no entiende nada.

—¿Y nuestras madres no han tenido vida, o qué?

—Pues dímelo tú.

—No se puede ser tan egoísta.

—¿Perdona? Has venido aquí aprovechándote de mi parón por la caída, no te has preocupado ni un segundo por mí ni por quien dices que es tu hijo porque estabas demasiado ocupado enfadándote porque no he compartido contigo todo esto y ahora vienes a decirme que no puedo ser egoísta. Egoísta eres tú que te quedas con mi puesto de trabajo, que no te paras a pensar que nueve meses de mi vida son muchos meses, que mi trabajo tiene una parte física difícil de complementar con todo esto, que no entiendes que un hijo va mucho más allá y que no nos queremos, Mario. ¡Que no nos queremos ya!

Su mirada se rompió. No me contestó. El tiempo se paró en seco en esa piscina en la que ya nadie se bañaba, se paró una parte de mí y una parte de él. Se rompieron los recuerdos, las promesas, los para siempre, se partió en dos la sensación de querernos mejor que otros, de entendernos con un gesto, la eternidad, los planes en los que nos contábamos con los dedos las arrugas y las canas, se rompieron los hijos que planificamos tener, los nietos que imaginamos, la casa en Cadaqués que compraríamos para pasar todos los próximos veranos cerca de sus padres. Se fue el *llaüt* que teníamos planeado tener, los viajes a no sé dónde pero contigo da igual.

No se despidió cuando se fue, no movió la mano de un lado al otro ni se giró para mirarme una vez más antes de desaparecer. Allí, en Roma, acabó nuestra historia.

Cuando salió el sol sentí un calor nuevo, una luz distinta.

Entendí que somos libres cuando decimos la verdad y nos abrazamos a nuestra propia coherencia, a las certezas que nos acompañan y que viven dentro de nosotros mismos, aunque a veces pensemos que lo mejor sea evitarlas. Nunca me sentí mejor, más yo, menos lo que los demás querían que fuera.

Al terminar el rodaje le pedí a Amanda que le dijera al resto del equipo que no había podido ir a la fiesta de fin de rodaje porque tenía otro proyecto que se me había solapado en Madrid. Ese mismo día me había cambiado el billete para que pudiera irme cuanto antes.

Ví cómo se abrían las puertas automáticamente en cuanto me acercaba. Di un paso para atrás y al cabo de unos segundos volvieron a cerrarse. Ojalá Almu me diera la mano aquí otra vez. Cogí el móvil y ahí estaba su mensaje, siempre a tiempo, ese todo va a salir bien, estoy contigo. En una de esas veces en las que me acerqué y volvieron a abrirse las puertas, una mujer de recepción me preguntó que si podía ayudarme y le dije que sí, que acababa de aterrizar en Madrid y estaba un poco desubicada. Me hizo un gesto para que entrara. Me acerqué hasta el mostrador y ella dijo dime, en qué puedo ayudarte. Apoyé los codos y adelanté la cabeza para susurrar que tenía una cita.

—Ah, disculpe. ¡Pensaba que estaba buscando una calle! Claro, dígame su nombre.

—Olivia.

—Ah, sí. Justo a la hora. ¡Perfecto! Pase a la sala de espera y ahora vendrá una enfermera.
¿Viene sola?

—Sí.

—Es necesario que venga con acompañante.

—¿Por qué?

—Por la opción que ha elegido. Al salir puede estar un poco aturdida.

—Avisaré a alguien y estará aquí cuando salga.

—Perfecto, que pase por recepción cuando llegue y le avisaremos cuando esté lista.

La sala de espera tenía cuatro sofás verdes de terciopelo, dos mesas en el centro con revistas de cotilleos del momento, de bebés y de belleza. En la portada de una de ellas, un bebé con ojos azules sonreía a cámara. Hice que cogía la de belleza y aproveché para tapar esos ojos. En el sofá que tenía delante había una chica vestida con un uniforme de colegio con una falda de cuadros, un jersey azul oscuro de pico y unos calcetines por las rodillas. Movía la punta del pie y se apretaba las manos. Al lado, dos mujeres de unos cincuenta años debatían sobre hacerse *in vitro* a su edad, que qué locura, que a quién se le ocurre y dos chicas que tendrían mi edad se enseñaban algo en la pantalla de un móvil y se reían. Es desesperante que el mundo siga girando cuando tienes tanto miedo.

—¿Olivia?

Me levanté y susurré hasta ahora. Nadie me contestó.

Entré en un vestuario individual que tenía dos puertas: una por la que entrabas y otra por la que salías a no sabía muy bien dónde. Era como si al traspasar la puerta no pudieras volver atrás. Me quité el vaquero, la camisa, el jersey y la ropa interior como me habían indicado, me puse un camisón azul anudado en la nuca y salí con la ropa en una mano y las zapatillas en la otra. Nunca he entendido esas batas de hospital, podrían hacerlas de un material distinto, seda a lo mejor, para que por lo menos puedas engañar a tu piel y hacer que se sienta en casa. Una enfermera pelirroja me señaló una taquilla. Me recordó a mi madre. Quise darle la mano, sentarme en su regazo y que me acariciara el pelo en cuanto mi mejilla rozara su muslo. Quizá podía pedirle que al salir me acompañara a la puerta, pidiera un *Cabify* desde mi móvil y se cerciorara de que llegaba bien a casa. O podría llamar a mi madre. La enfermera dobló la esquina, dejé de verla. También podría irme sola. ¿Quién se iba a dar cuenta? ¿Qué hacía la gente que no tenía a nadie en esas situaciones? No pueden obligarte a estar acompañado. Metí la ropa en la taquilla y cogí el móvil, abrí la conversación de Almu y escribí: allá voy. Puse el móvil en modo avión y lo metí en la taquilla.

Cuando me tumbé en la camilla y vi a todas aquellas chicas a mi alrededor tuve ganas de salir corriendo. Había seis camillas. Tres de ellas delante de mí y otras dos a mi izquierda. En todas había mujeres tumbadas con un brazo conectado a una vía y la sábana doblada a la altura del pecho. La enfermera hizo lo mismo contigo: me puso la vía y esta vez no sentí miedo. Solo quería que todo aquello terminara cuanto antes. Me tapó y se fue.

—¿Has venido sola?

Me giré y vi que la chica de al lado que no tendría más de veinte años me miraba con los ojos muy abiertos.

—Sí. ¿Tú?

—Sí, es que si mi madre se entera me mata. Lo malo es que no me pueden sedar, me da mucho

miedo.

Compartir ese momento con gente extraña era doloroso. La enfermera volvió a entrar en la sala y fue a la camilla que tenía en frente para colocar algún tipo de medicación. Hizo lo mismo con todas. Camilla por camilla, una a una, siempre en el mismo orden. Era horrible esperar cinco turnos hasta que llegara hasta donde estaba yo para hacer lo mismo que a las demás. Me dejé hacer. Sentía que era un muñeco que podían mover a su antojo. Me puso una vacuna en la nalga derecha, me giró y volvió a taparme. Me dio una pastilla y con unas explicaciones dignas de profesora estúpida de colegio, dijo el baño está al fondo a la derecha, rio, coges la pastilla, abres las piernas, relajas las nalgas e introduces la pastilla con el dedo índice en tu vagina. Fui caminando hasta el baño bajo la mirada de todas las demás. Bajo la misma mirada con la que los había mirado yo antes. Caminaba despacio para que no se separara el camisón y porque me aterraba pensar en que podía tropezarme, chocarme con algo y que la vía se desgarrara. Cuando volví a la camilla, la mujer que estaba en la cama de en frente sollozaba y decía que qué injusticia, que por qué a ella. Me tumbé de nuevo y me tapé con la sábana hasta la nariz. La chica de al lado volvió a girarse y dijo en la sala de espera la he conocido y me ha dicho que su bebé tenía una malformación por culpa de un medicamento. Deseé que se callara. No le había preguntado, no quería saber nada de esas mujeres, de sus historias y sus razones, solo quería terminar, recuperar mi libertad. No contesté y dijo ya veo que no te importa. Cerré los ojos y me imaginé en el mar, tumbada con los brazos y las piernas abiertas, mecida por las olas. Las olas. El vaivén del agua rozando mis oídos, la espuma que se expande en la orilla y se diluye en segundos. Salir del agua, sentarme en la arena, secarme al sol, oler mi piel tostada, saborear la sal en los labios y notar que mis párpados se acartonan.

—Olivia, arriba que nos vamos.

La enfermera me destapó. Veía borroso. Puse los pies en el suelo y me entró un escalofrío que me recorrió el lado izquierdo del cuerpo. Arrastré el pie del gotero conmigo y caminé detrás de la enfermera, que aceleró el paso hasta llegar a unas puertas automáticas que se abrieron cuando llegó. Entré. Había cinco o seis personas, todas vestidas de verde con gorros y mascarillas, enseñándome solo sus ojos, mirándome con cierta felicidad que no logré entender. A veces la felicidad es absurda, está sobrevalorada. A veces es necesario estar triste y que te dejen estarlo. Encima de la camilla había una luz que alumbraba el sitio a donde tenía que llegar, pero no sabía cómo hacerlo. De pronto sentí que era muy pequeña, que mis piernas habían encogido y que aquella gente era mucho más alta que yo. Aquella lámpara era tan inmensa que pensé en que si se caía probablemente nos aplastaría a todos. Intenté fijar la mirada en mis pies para ver menos, pero era imposible. Los ojos se me iban de aquí para allá, del bisturí a las agujas, de la anestesia al cirujano, de la enfermera a sus manos con unos guantes blancos que pronto estarían manchados. O no. Yo qué sabía. Me temblaban las piernas y las nalgas. Y pensé en Lu y en mamá, en papá y en la casa con vistas al mar. Me agarraron de las manos y me ayudaron a subir a la camilla donde empezaron a moverme.

—Esta pierna aquí.

Y el mar y los pinos y las vistas al mar. Y las orugas subiendo por aquella camilla con ese pelo gris puntiagudo y su movimiento en eses.

—La otra pierna aquí. Muy bien.

—Tengo frío.

Tiritaba como cuando mamá nos dejaba nadar en invierno, como cuando salíamos con los labios morados y ella nos esperaba con la toalla abierta de par en par, como cuando la pasaba por nuestra espalda y se abrazaba a nosotras y temblábamos aposta para que el abrazo fuera largo.

Me taparon con una manta de esas que hay en los hostales, repletas de bolas que dejan huellas de otras historias.

—Todavía tengo frío.

—No te preocupes. En tres, dos, uno...

Me desperté en la sala donde antes habíamos sido más de seis y donde ahora ya no sé cuántos ni quiénes éramos. Subí las manos hasta mi tripa y palpé. Todo estaba igual. Escuché que la enfermera le decía lo mismo que a mí a la chica de al lado y se la llevó caminando.

—¡Oye!

Se giró y me miró sujetando el pie del gotero. Sonreí.

—Todo va a ir bien.

Asintió, intentó sonreír, pero no lo consiguió. El miedo acaba por conquistar los rincones de la inocencia cuando menos lo esperamos.

Al marcharse me sentí sola. Empecé a sentir dolor en la zona de los ovarios, era una presión fuerte que se expandía hacia la espalda. Me puse de lado y subí las piernas hasta tocar el pecho con mis rodillas. Un señor se acercó a mí, echó un vistazo al gotero y me dijo que en cuanto me encontrara bien podía irme. Como siguiera así no me iba a ir nunca. Intenté mirarle, pero tardé tanto en girarme que cuando lo conseguí ya no estaba. No había sentido a *eso* antes y tampoco lo sentía ahora. Era difícil entender que *eso* ya no estaba allí, supongo que aquel dolor que apretaba cada vez con más intensidad era la única manera de ayudarme a aceptarlo. Por favor, por favor, supliqué a nadie. Alcé la mirada. Las camillas estaban vacías. Por favor, ¿hay alguien? Me di la vuelta de nuevo, tiré de la vía y el pie del gotero chocó con la camilla. El señor volvió.

—¿Qué pasa, señorita?

—Me duele mucho.

—Es normal, su cuerpo está resentido. Si sigue doliendo me avisa y le pongo un calmante.

—Lo quiero ya.

—Vamos a esperar un poquito, ¿sí?

—No, por favor, lo quiero ya.

Tardé varios minutos en sentir el alivio del dolor cuando se va, esa calma absoluta que se esparce por los rincones que antes estaban encogidos. Me destapé, puse los pies en el suelo de nuevo y me levanté para ir a la taquilla a por mis cosas. Volví a pasar por el vestuario de dos puertas, traspasé la primera, me desvestí, me acaricié el pecho, que seguía doliéndome, la tripa que estaba en el mismo lugar que horas antes cuando había entrado, me vestí y salí.

Estaba a punto de cruzar la puerta celebrando que nadie se había dado cuenta de que no tenía a ningún acompañante esperándome cuando la señora de la recepción me tocó el hombro.

—Perdone, es que todavía tiene que pagar. ¿Le importa acercarse?

—Ah, no, claro, perdona.

—Bien, pues le cuento, la IVE son seiscientos euros.

—¿La qué?

—La interrupción.

—Ah, sí. Vale, ¿puedo pagar con tarjeta?

—Claro.

Salí de allí sintiendo que volvía a estar donde quería estar y cuando traje a mi móvil al mundo normal, en la pantalla vi que Almu me había escrito: estoy orgullosa de ti. Sonreí. Guardé el móvil en el bolso y cuando levanté la mirada la vi. Almu. Almu cruzando la calle, siempre a tiempo.

1998

Camino por el pasillo mientras escucho la tormenta que está cayendo en el jardín. Me cuesta entender los días de sol y lluvia. Esos días en los que el cielo está de un color azul gris muy feo, hay nubes de algodón que parece que alguien las ha inflado y la lluvia cae con mucha fuerza. Un rayo alumbra la puerta de mi habitación. Es rápido y bonito. Cuento uno, dos, tres, cuatro y un trueno explota y, aunque sé que va a llegar, me asusto igualmente. Me asusto, sobre todo, porque estoy a punto de entrar en la habitación de Lu ahora que no está y porque sé que voy a hacer algo que no está bien. Lo bueno de esta tormenta es que cuando el agua deje de caer, saldrá el arcoíris, grande y bonito.

Me he asegurado de que Lu no esté en casa. Le he preguntado a María y me ha dicho que se ha ido con mamá a comprarse unos mocasines nuevos porque ha roto los suyos al darle una patada a una piedra el otro día cuando se enfadó con su profesora. No sé cuánto tiempo tengo, pero no tardaré mucho en hacer lo que voy a hacer.

Pongo la mano en el pomo de la puerta, cierro los ojos, me muerdo el labio de abajo y abro. La puerta no hace ruido, menos mal. No cierro, así si alguien llega podré oír que se acerca. Camino hasta su mesita de noche y, justo cuando voy a abrir el cajón, oigo unos pasos en el pasillo. Me quedo inmóvil, me siento en su escritorio y pienso en lo que voy a decir si alguien entra. Abro un cuaderno y cojo un boli. Diré: sí, estoy aquí porque le quiero dejar una nota a Lu. O: sí, estoy en el cuarto de Lu porque le voy a ayudar con unos deberes que me ha pedido. Pero los pasos se alejan y nadie entra en el cuarto. Me levanto, me siento en la cama y abro el cajón. Ahí está. Lo abro y veo que Lu ha puesto lo mismo que hubiera puesto yo: el diario de Lucía. Porque Lucía suena más serio, aunque yo siempre la llame Lu.

Paso la página.

Paso y lo primero que anota es que espero que nadie lea este diario porque es un diario secreto, así que si lo estás leyendo te pido por favor que lo cierres. Y lo cierro. Lu tiene razón. Bueno, Lucía. Lucía tiene toda la razón del mundo. No debería estar aquí con este secreto entre las manos. No debería leer lo que piensa cuando está sola, sobre todo si ella prefiere no compartirlo. Pero lo vuelvo a abrir. Lo abro porque no entiendo cuando se calla y cuando sonrío, aunque los demás estemos tristes o enfadados.

¡Hola, Diario!

No pensaba escribir nada aquí porque no me gusta escribir. Oli me lo ha

regalado pensando que me va a gustar, pero lo que no entiende es que siempre cree que me tienen que gustar las mismas cosas que a ella y no, a mí me gustan otras cosas como las motos o el piano.

Nunca lo digo en casa porque todo el mundo está enfadado siempre, pero me gustaría decirles que echo de menos nuestra casa. Allí Oli no me mandaba tanto, éramos muy amigas y jugábamos a cosas divertidas. Ahora siento que me persigue, que busca cosas malas que hago para contárselas a mamá y que intenta que me castiguen. Es doña perfecta.

Me da mucha pena leer eso. Veo que la fecha es de hace un mes y medio. Paso las manos por la letra de Lu que es grande y rizada. Las emes parecen olas del mar. Igual que cada u. Me cuesta distinguirlas. También veo que ha hecho dibujos en algunas páginas. Estamos en un barco mamá, papá, Lu y yo. Todos nos agarramos de las manos. Me gusta pensar que Lu también nos imagina en el mar y nos imagina de la mano. Yo, si tuviera que pintarnos, lo haría así también.

Paso varias páginas hasta que llego a una en la que ha escrito Juan en grande y lo ha tachado con mucha rabia. Me gustaría entender lo que ha pasado entre ellos, pero creo que es algo que Lu quiere guardar para ella, así que no sigo leyendo ninguna de las tres páginas que hay escritas después de ese nombre tachado.

Cierro el diario y lo abro por el final. Allí, en la última página, el texto está escrito al revés. Le doy la vuelta al diario y empiezo a leer.

¡Hola, Oli!

Sabía que pasarías por aquí. Eres una cotilla y una chivata. ¡Te odio! Nunca quise empezar a escribir en este diario porque sabía que algún día intentarías saber todo lo que quiero esconder. Pero vale, me rindo, lee lo que quieras.

El otro día cuando fuimos a ver el mar pintado, en el museo, me di cuenta de que me quieres mucho y a ti no te puedo esconder nada. Muchas veces me caes mal porque me regañas todo el día y le cuentas a María y a mamá todo lo que hago mal. Pero eres mi hermana mayor y te tengo que querer, así lo dice mamá siempre. Y te quiero mucho.

No eres mi madre, pero me cuidas como si lo fueras. Aunque lo odie (mucho mucho).

Gracias. Eres una cotilla.

Te quiero aunque me caigas mal.

LU

Cierro el diario, lo meto rápido en su cajón y salgo de la habitación. Me esfuerzo mucho en que la puerta no haga ruido y me prometo a mí misma que nunca, nunca, nunca admitiré que he leído eso. Qué lista es Lu. A partir de ahora intentaré mandar menos, no quiero hacer cosas que puedan hacer que me odie porque es la persona que más quiero en el mundo. Cuando me giro después de cerrar la puerta, me encuentro con ella.

—Hola.

—¿Qué hacías en mi habitación?

—Nada.

Me pellizca.

—Tonta —me dice mientras me empuja para apartarme y entrar en su habitación.

Estoy segura de que lo sabe. Las dos sabemos lo que acabo de hacer, pero no lo hablaremos nunca.

2018

Empaquetar todo en cajas no fue fácil. Fue como repasar todo lo que habíamos vivido, tocar los recuerdos y envolverlos en papel de burbujas para que no se rompieran a pesar de que ya se habían roto hacía tiempo. Mario y yo decidimos que iríamos por separado y que las cosas que teníamos en común las venderíamos. Y así lo hicimos.

Mi nueva casa estaba cerca de la de mi madre, a dos calles. Abrí la puerta y me abrumó ver que todo estaba tan vacío. El camión de la mudanza llegaría en cinco minutos, así lo indicaba la aplicación chivata que me iba indicando el camino. Las paredes eran blancas, había un pilar de madera en mitad del salón y los ventanales cubrían casi toda la pared, haciendo hueco a un balcón pequeño que pensaba llenar de plantas. A la derecha estaba la cocina, abierta, una cocina que sabía que iba a utilizar muy poco porque siempre había odiado cocinar. Al lado de la cocina, dos columnas blancas delimitaban un espacio pequeño, pero acogedor, donde iba a colocar un escritorio para poder trabajar. En frente, mi habitación. Un cuarto más grande que el salón con suelo de baldosas hidráulicas de colores azules y blancos. Me senté en el suelo, miré a mi alrededor y sonreí. Lo había conseguido. Cogí las llaves, las puse delante de mi nariz y las moví. El ruido me hizo sonreír de nuevo. Por primera vez en mucho tiempo, volvía a sentirme en casa.

El camión no tardó en llegar. Subieron los pocos muebles que tenía y las cajas que había ordenado según la utilidad de sus objetos. Cuando se fueron, cerré la puerta, le di al *play* a *Spotify* en el móvil, subí el volumen y sonó *Don't stop me now*. Empecé por la caja de los libros. Los saqué todos y los apilé en una montaña en el suelo, apoyados cerca de la ventana. Puse una lámpara encima y la enchufé. Ahora parecía más una casa. Los libros tienen el poder de llenar las casas de historias, de amor, de aventuras, de colores. Y, entre aquellos libros, encontré *La isla*, el mismo libro que tenía el portero de casa de mi madre en las manos. Me senté cerca de la montaña que acababa de construir, levanté cuatro libros que estaban por encima e intenté sacar *La isla* sin desmontarlo todo. Lo conseguí. Cuando lo abrí, vi la letra de Diego que hacía años me había escrito «lee estas páginas para entenderme y, cuando lo necesites, llámame». Pero nunca lo hice. El simple hecho de que una isla pudiera unirme a él me ponía nerviosa. No quería más hilos que me ataran al mar. Lo puse debajo de la lámpara y seguí ordenando.

Casi había terminado, cuando llamaron al timbre. Me recogí el pelo en un moño bajo, me pellizqué las mejillas y abrí. No podía verla, pero sabía que era ella. Diez girasoles le tapaban la cara, aunque esos rizos pelirrojos eran inconfundibles.

—¡Sorpresa!

—Hola, mamá.

Cogí los girasoles y la vi. Parecía otra. Algo en su mirada irradiaba paz, un brillo distinto, algo que no era capaz de adivinar, pero que me tranquilizaba a mí también.

—¡Qué bonita! Ay, Oli, no me puedo creer que por fin tengas tu casa.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

Cuando Mario se fue aquel día después de haber hablado todo, desde Roma, a esas horas de la mañana, llamé a mi madre antes que a nadie y le conté lo que había sucedido y lo que iba a hacer en cuanto llegara a Madrid. Su comprensión alivió mis temores y creo que aquello hizo que nos perdonáramos, que comprendiéramos lo que cada una quería y nos aceptáramos tal y como éramos. No tuvimos que hablar demasiado, ella ya sabía para lo que la llamaba y fue la que llevó el rumbo de la conversación a un puerto nuevo que yo desconocía.

Se acercó y me abrazó. En ese momento volvieron a llamar al timbre.

—¡Pero bueno! ¿Qué pasa en este edificio? Acabo de llegar y es la tercera vez que llaman — le dije a mi madre mientras caminaba hacia la puerta.

—Yo no sé nada.

Abrí la puerta y ahí estaba Lu con una caja en la mano. Fui a abrazarla y se apartó.

—Primero esto.

Mi madre se acercó a la puerta.

—¿Qué es?

—No sé, mamá, una caja.

—Vamos, pesadas, abridla.

Lu llevaba un peto vaquero ancho con un jersey blanco debajo, el pelo suelto con esas ondas rubias que caían por encima de sus hombros y que me hacían pensar en el verano. Daba toquitos con el pie en el parqué, me estaba poniendo nerviosa.

—Ay, Lu, para.

—¡Venga, pues abre!

Abrí la caja. Había un papel blanco de seda. Lo aparté. Encontré una nota y, detrás, un papel con tacto de papel de fotografía. Leí la nota en voz alta.

En unos meses estaré por aquí.

No sabía si lo estaba entendiendo. Miré a Lu, miré a mi madre que ya lloraba y, cuando saqué el papel fotográfico y le di la vuelta, lo vi. Ahí estaba, en blanco y negro. Era muy pequeño. Miré a Lu. Sonreía y me miraba con convicción, con un coraje que jamás había visto en ella, con las ideas más claras que nunca. Una lágrima cayó por su mejilla, también por la mía. Pasé mi mano por su nuca y con el pulgar la rocé. Se tiró a mis brazos, la estruje contra mí y mi madre nos abrazó a las dos.

Abrazada a Lu y a mamá, levanté la mirada y le vi. Estaba parado en el penúltimo escalón, nos miraba a las tres con los brazos cruzados. Me temblaron las piernas porque otra vez el mar. El mar en ese piso en el centro de Madrid, el mar sobre el cemento, el tráfico. El mar en calma,

paciente. Solté a las dos, las aparté, caminé despacio y supe que las dos nos miraban, que Lu estaría deseando hacer lo que estaba a punto de hacer yo. Me abracé a él, me agarré a sus costillas y él se dejó hacer. Era un saco de huesos lleno de miedos que apreté fuerte para gritarle que por favor no se fuera más.

Y no lo hizo.

Ninguno de los dos.

Mis padres no volvieron a irse nunca más.

Tuve que pasar varias horas leyendo *La isla* para sentir la necesidad absoluta de llamar a Diego. Cuando lo hice, descolgó el teléfono enseguida.

—Olivia.

—Diego, ¿dónde estás?

—En una terraza tomando algo, ¿por?

—¿Puedo ir?

—Claro, te mando mi ubicación.

No siempre encontramos el motivo exacto para entender nuestros actos. Yo misma no sabía la razón por la que había llamado a Diego. Lo hice de forma impulsiva sin saber muy bien lo que iba a decirle. Movía los pedales de la bicicleta con prisa, con una impaciencia que me llevó hasta el Círculo de Bellas Artes en menos de diez minutos. Subí en el ascensor. Le di varias veces al botón y, cuando me di cuenta de que los demás me miraban con una cara extraña, entendí que debía parar y apaciguar esa prisa. Cuando llegué al último piso y salí a la terraza, el viento me aireó las ideas. Quería a Diego. Eso es lo único que quería decirle. Quería a Diego con sus pocas palabras, con su mirada altiva, con sus rarezas. Le quería a pesar de que fuera todo lo contrario que siempre pensé que quise, aunque no fuera exactamente lo que había imaginado, aunque no le entendiera. Le quería y estaba decidida a decírselo.

Estaba sentado en un taburete con las manos apoyadas en una mesa. Detrás de él, edificios y tejados descansaban en Madrid con una parsimonia inusual. Cuando me vio, se levantó. Caminé rápido hasta donde estaba. Nos mirábamos, pero ninguno dijo nada. No nos habíamos vuelto a ver desde que terminó el rodaje y me fui sin despedirme. Tenía el pelo despeinado, sus rizos se amontonaban unos encima de los otros. Sus ojos grises tenían debajo unas ojeras distintas y tenía la piel blanquecina.

—Hola —dijo.

—Hola.

—A mí estas cosas no se me dan muy bien.

—Ya lo sé.

Antes de sentarse en su taburete, movió otro que había y lo puso al lado del suyo para que me sentara cerca de él. Puso su mano en mi muslo y volví a sentir esa electricidad tan nuestra que no sentía con nadie más. No hacía falta que se lo contara, sabía que él podía sentirlo igual.

—Fue un error no posicionarme. —Se pasó la mano por los labios—. Fue un error. A veces nuestras ambiciones nos ponen la zancadilla. Y no sé, lo siento mucho, de verdad.

—Diego, te quiero.

Quitó la mano de mi muslo, echó la espalda hacia atrás y, en ese instante, pensé que se iba a ir. El viento nos movía el pelo. Cerré los ojos, respiré hondo y esperé. Me había costado mucho entender que cada uno tiene sus tiempos, que no somos las mismas personas ni nos tomamos las

noticias de una forma concreta. Entendí allí mismo, subida en el cielo de Madrid, que todos nos equivocamos y que son esos mismos errores los que nos conducen por el camino que tenemos que recorrer para ser quienes somos.

—La única cosa que necesito entender es por qué siempre te vas.

Y me lo explicó.

Aquella noche cuando llegué a casa sola, cuando subí las escaleras hasta el sexto piso, me di cuenta de que lo había hecho a oscuras.

EPÍLOGO

Si tuviera once años, si ahora pudiera volver atrás y mirar por un agujerito a mi yo de treinta y dos, me tranquilizaría.

Estoy aquí, en frente de la orilla que siempre quise tener delante. Acabo de llegar de rodar durante tres meses en un desierto y me he ido sin sentir culpabilidad a pesar de que ese cuerpecito de siete años que me mira y me sonríe desde la orilla me haya dicho hace poco que nunca se había imaginado tener una mamá tan divertida como yo. Nunca pensé que sería capaz de querer a alguien con tanta generosidad, sin límites ni esfuerzo. Ahora, aquí sentada, mientras rozo la arena con los dedos y respiro esta brisa que me abraza, entiendo lo que nos quieren nuestros padres a pesar de todo.

No hace mucho que Diego me contó su pasado. No tardé en aceptarlo. Bosco, su hijo, había perdido a su madre y él había hecho todo lo posible para que llevara cuanto antes una vida de lo más normal. ¿Y qué es lo normal? Lo normal es esto. Es Bosco retozando en la arena, entrando poco a poco en el mar, mirándome para que vea que lo hace bien. Soy yo que le aplaudo desde la arena y le espero con la toalla para que no pase frío. Lo normal es que Diego se haya ido a rodar una película ahora que yo he vuelto y que sepamos que siempre será así: iremos y vendremos, los dos, porque nuestro trabajo nos apasiona. Bosco viene y se tumba encima de mí. Me llena de arena, me pone sus manitas en mis mejillas y me aprieta los mofletes. Se me arrugan los labios. Intento hablar, pero es imposible que me entienda. Ríe, da la vuelta sobre sí mismo y cae a un lado. Me abraza. Se parece mucho a Diego. Tiene los mismos ojos grises y a veces es tan callado como él.

Ahora, aquí, en frente de este mar, en frente de mi mar, entiendo y acepto cómo soy y me doy cuenta de que pase lo que pase, esté o no esté Diego, me siento completa y sé firmemente lo que quiero: una vida normal.

Cuando Bosco se acerca a la orilla de nuevo, abro este cuaderno que llevo siempre conmigo. Es azul, de un azul tan oscuro como el de altamar. Al abrirlo se lee «El diario de Olivia» y, en la primera página, hay una redacción que dice:

Escribe en diez líneas lo que quieres ser cuando seas mayor.

A mí de mayor me gustaría ser directora de fotografía y, si todo va bien, también me gustaría ser madre, pero no tengo prisa. Me gustaría vivir mis proyectos con pasión, tener tiempo para mí y, si las cosas suceden y el destino quiere, formar una familia. O no. Lo que quiero es

ser feliz con lo que tenga y disfrutar de mi trabajo, del día a día, de mi familia. Me da igual si es normal o no, solo quiero vivir cerca de ellos.

De mayor, si al final soy madre, quiero tener la capacidad de conciliar mi vida profesional con la personal y aprender a dividir el tiempo de la mejor manera.

Y, si no soy madre, también estará bien.

Si esto hubiera sido así, estaría bien. Pero si hubiera sido de otra forma, también.
Porque lo normal, sencillamente, no existe.

AGRADECIMIENTOS

Suena *Monstruos*, de Leiva, y los recuerdo en mi cabeza. Recuerdo los vértigos, los bloqueos, los no puedo ni podré, las conversaciones con mi padre en el sofá de su casa con las manos y los pies fríos en un julio muy distinto, muy importante. Recuerdo, sobre todo, su constancia, hija, constancia y su mirada de gratitud, complicidad y empeño. Gracias, papá. Gracias por ayudarme a que sepa con certeza que no existe posibilidad de viaje sin vuelta a mí, a nosotras. Ahora la canción dice *mira hacia el cielo y baja la guardia* y recuerdo a mi madre con sus ojos de mar, su mano agarrándose a la mía en las noches de pesadillas, recuerdo su afán por conseguir que seamos mujeres independientes y valientes, su comprensión absoluta y la libertad con la que siempre nos ha dejado elegirlo todo: nuestra profesión, nuestros amores, nuestras ambiciones, nuestras tristezas. Gracias por entender que uno no siempre elige lo que siente y que los miedos, los monstruos, los vértigos, los sustos y las incertidumbres son parte de la vida y que uno vive más tranquilo cuando les da su sitio. Gracias, mamá. Gracias por repetirme que luche por mis derechos, gracias por admirar mi trabajo y por dejar que tus ojos hablen por ti cuando tú no puedes. Y ahora, cuando la canción dice *impúlsate en mis hombros, apóyate en mi espalda*, es imposible que no piense en Alba, mi hermana. No sé si existen palabras para describir el amor y la gratitud que siento por este ser. Si alguien en la vida me ha enseñado a querer, es ella. Y si alguien cree en mí, vuelve a ser ella. La palabra *siempre* solo existe contigo. Gracias, gracias, gracias por demostrarme todos los días el valor que yo no soy capaz de ver en mí. Si estas páginas están escritas, sin duda es gracias a tu empeño por recordarme lo que crees que valgo. Gracias a Laura, mi hermana pequeña, por recordarme que las consecuencias son menos importantes de lo que siempre creo, por tener la generosidad de impulsarme y hacerme reír. La canción ahora dice *que pase la tormenta, que no estás solo*, y yo recuerdo algún año en el que la ansiedad me ha ganado la batalla y Laura ha tenido el valor de escuchar, entender y aceptar mis miedos, que han sido (o son, para qué engañarnos a estas alturas) muchos. Recuerdo sus manos colocadas a unos milímetros de mi estómago con la capacidad de deshacer los nudos. Gracias, Lau. Infinitas gracias. Pensábamos que íbamos a matarnos y hemos conseguido querernos tan tan bien que todavía no doy crédito. Cuando la canción dice *que todos esos monstruos debajo de la cama se cuelan en tus sueños tan rápido* pienso en Ana, mi hermana mayor, la mayor de las cinco, la única en el mundo que me llama Alex. Y pienso en ella porque escucha atenta y con paciencia mis monstruos, sobre todo aquellos que tienen que ver con su profesión, y me llena de consuelo. Gracias, Ana, gracias por tu emoción infinita.

Empecé esta novela viviendo en el Barrio de las Letras, leyéndole en voz alta (y al borde de

un infarto) los primeros capítulos a Marta. Su visualización de nuestros sueños ha conseguido que crea que esto es posible y aquí estamos, Marta, Marta Wall, con los propósitos que escribimos más que cumplidos. Nuestro yo de noventa y nueve años estaría orgulloso. Gracias por tu talante, tu paciencia, tu aplomo y tus consejos. Haberme mimetizado contigo es lo mejor que me ha pasado en los últimos años. Te quiero muy fuerte.

Gracias a Pablo Álvarez, mi agente literario, porque cuando me preguntó que desde cuándo escribía y no supe contestarle, él dijo: sé que desde siempre. Y así es, pero los siempre a veces me asustan. Recuerdo su mirada aquel día en frente del Reina Sofía, sus comparaciones con personas a las que admiro, su lectura de apenas unas líneas antes de decirme que confiaba en mí. Gracias, Pablo. Gracias por tu confianza y por luchar para que estas líneas estuvieran en el mejor sitio posible. Y muchas muchas muchas gracias a Berta, generosa hasta límites insospechados, que me ha hecho el mejor regalo de mi vida.

Gracias a todo el equipo de Temas de Hoy. En especial a Marcel. Bendita maravilla conocerte. A Marcel y a Leti, que han escuchado mis dudas y han dejado que defienda mis certezas abrazándolas siempre que para mí eran esenciales. Gracias por recordarme que cada sugerencia era un consejo que yo podía tomar o dejar y por no parar de repetirme: esta es tu novela, no te olvides de que la última palabra la tienes tú. Nunca fui capaz de imaginarme el mundo editorial de esta forma. Ha sido un viaje increíble. Ojalá haya más destinos a vuestro lado. Gracias a Sergi, María, Bruna, Elena. Y gracias a Eli, mi Eli, Temas de Hoy nos ha regalado esta amistad y me siento afortunada.

Gracias a mis amigas. Gracias a mis primeras Martas, Marta Diego y Marta Cochetoux, y a Ale también, porque llegaron hace más de diez años, pero sobre todo porque se han quedado. A Ana Rivera, porque estar con ella es estar en nuestra isla. Gracias a Pati, Mar y Natalia, ojalá un sofá eterno donde hacernos viejitas.

Gracias a ti que me lees. Gracias por decidirte a abrir estas páginas, por compartir tu tiempo con cada palabra que he escrito. Ahora la canción dice *mira las luces del alba como iluminan y nos brindan su belleza*, y yo recuerdo algún amanecer desde mi horizonte favorito que está en la Colonia de Sant Jordi, en Mallorca, cerca de un balcón que me ha visto ser muy feliz y que vislumbro cada vez que necesito calma. Ojalá esta historia te haya llevado a un lugar así, ojalá haya conseguido que veas, sientas, escuches, huelas, ames, cuides, odies, decidas, comprendas, empatices y que, sobre todo y ante todo, hayas sido feliz.

Gracias a mi familia, que nunca fue normal ni lo será, pero que es la mía y la única posible.



ALEJANDRA PAREJO nació un mes antes de tiempo, en febrero de 1990. Una isla del Mediterráneo fue su primer hogar y, hasta hace poco, el único lugar al que consideraba su casa. Licenciada en Publicidad y Comunicación Audiovisual, ha trabajado como *copywriter* y guionista para agencias y marcas de todo tipo, siendo Atresmedia uno de sus principales clientes. Su pasión por las palabras desde muy pequeña la llevó a estudiar en la Escuela de Escritores de Madrid. Tras decenas de relatos y borradores desechados, a los 29 años publica, *Una familia normal*, su primera novela.